
BARONE
Su amor es imposible,
la atracción, inevitable
DALIA CROSS

BARONE

DALIA CROSS

Copyrigh © 2026 Dalia Cross
Portada: Dalia Cross
Corrección: Amparo Tárrega
Maquetación: Amparo Tárrega
Primera edición: julio 2026
Título: Barone

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones sin pura coincidencia.

Escucha la música que ha inspirado el libro en la Playlist de Spotify:
#Barone

https://open.spotify.com/playlist/3YfVl20BJ7rE7CDHsJz5tt?si=uIRuupQgT0yGtopWs5zS1A&pi=x5MvMhKITQ2Jo

Si quieres saber más sobre
Dalia Cross me tienes en:

Instagram
https://www.instagram.com/daliacross_libros/

TikTok
https://www.tiktok.com/@daliacross_libros?_r=1&_t=ZN-943VapTcdug

¡Gracias por comprar esta novela!

Índice

PRÓLOGO
1
Giulia
2
Giulia
3
Giulia
4
Giulia
5
Giulia
6
Giulia
7
Giulia
8
Giulia
9
Giulia
10
Giulia
11
Giulia
12
Giulia
13

Giulia

14

Adriano

15

Giulia

16

Adriano

17

Giulia

18

Giulia

19

Adriano

20

Giulia

21

Giulia

22

Adriano

23

Giulia

24

Giulia

25

Adriano

26

Giulia

27

Adriano
28
Giulia
29
Giulia
30
Giulia
31
Giulia
32
Adriano
33
Giulia
EPÍLOGO I
Giulia
EPÍLOGO II
Adriano

AVISO DE CONTENIDO

Esta novela contiene escenas que pueden herir e incomodar la sensibilidad de algunas personas. Lee con atención las advertencias y si estos temas te resultan demasiado perturbadores, o afectan a tu bienestar emocional, por favor, abandona el libro.

Advertencias

Lenguaje ofensivo
Sexo explícito
Violencia física y verbal
Personajes de moralidad gris
Torturas y asesinatos
Uso de armas de filo y fuego
Consumo de drogas
Obsesión

Para las que no quieren un príncipe azul, sino un rey de la mafia que queme el mundo entero solo por verlas sonreír.

Dalia Cross

PRÓLOGO

—¿Vas a dejarme? ¿Estás de coña?

Ser hija de un mafioso está sobrevalorado. Lo digo en serio. Es una gran mierda que no le deseo a nadie, ni a mi peor enemigo. Es cierto que tiene su parte positiva: el lujo, el dinero sin límite y la protección. Pero también una parte horriblemente mala; como que ese mismo dinero hace aflorar la masculinidad débil de la mayoría de los tíos que conozco, y la vigilancia extrema a la que estamos sometidas las mujeres toda nuestra vida.

A veces, daría lo que fuera por ser una chica normal, y no la hija bastarda de Riccardo Barone, el maldito capo de la Sacra Corona Unita. Y aunque hoy en día la organización está bastante debilitada por la policía, los Barone siguen dominando la región de Puglia, repartidos en violentos clanes que se dedican a la extorsión, el control marítimo y las apuestas ilegales.

Abandono mis cavilaciones y sigo con la mirada a Domenico, el chico con el que salía hasta hace un minuto. Camina de un lado a otro por el salón de mi apartamento con el rostro desencajado y profundas arrugas en la frente. Está demasiado taciturno, no es propio de él, y me preocupa que hable en serio y quiera dejar de verme.

—No me has contestado —insisto, dando un paso hacia él.

—No te me acerques, Giulia —advierte, volviendo a guardar las distancias. En sus grandes ojos azules veo reflejados el miedo y la desconfianza—. Eres de la puta mafia.

—El de la mafia es mi padre —me defiendo con un bufido.

—¿Acaso no es lo mismo?

—Pues no. Yo no tengo nada que ver.

—¡Eres una Barone! —exclama acusador, como si pronunciar ese apellido fuera invocar a Satanás—. Me ocultaste tu verdadera identidad.

—Joder, Domenico, ¿qué pretendías que te dijera el día que nos presentaron?: «¿Hola, me llamo Giulia y mi padre es un capo criminal de Bari?».

—¡Pues sí, maldita sea, algo así! —Se lleva las manos al cabello castaño y niega con la cabeza, sin dejar de andar en círculos.

—¿Puedes tranquilizarte?

—¡No, no puedo! ¡Me gustabas mucho! —Me mira con una mezcla de pena y rechazo—. ¿Por qué coño tienes que ser una de ellos?

—¡Eh, mírame! No pertenezco a la organización, ¿vale? Y tampoco tengo el apellido Barone. Me llamo Giulia Fabbri, vivo en Roma desde que nací y veo a mi padre una vez al año. Apenas tenemos contacto.

—¿Crees que eso arregla algo?

—No voy a obligarte a que tengas una estrecha relación con él, ni que te comportes como el yerno perfecto. Solo llevamos saliendo dos malditas semanas. Esto es entre tú y yo.

—Era —sentencia con decisión y una mueca de hastío en los labios que no me gusta en absoluto. Es la que pone frente a sus empleados en la oficina; conmigo jamás, hasta ahora—. No somos nada. Ya no. Hemos terminado.

—Pero ¿por qué? —insisto sin rendirme. Casi no quedan hombres como Domenico en el mercado. Es lo mejor que he encontrado hasta la fecha. Guapo, divertido, educado, con un trabajo estable, no toma drogas. Es el tío más centrado y decente de toda Roma—. Merezco una oportunidad. Yo no tengo la culpa de ser la hija de quien soy.

—Yo tampoco la tengo, Giulia —replica con voz tensa—. Y tampoco merezco que nadie venga a amenazarme a mi casa para que me aleje de ti.

—¿Te han amenazado? ¿Quién?

—Se presentó como Alessandro. Un psicópata de tu familia que se coló en mi apartamento. Me advirtió que te dejase en paz y después se comió todo lo que tenía en la nevera.

El pozo sin fondo de Alessandro Barone. Mi medio hermano. El primogénito de mi padre y el que últimamente se dedica a joderme la existencia. Juro que lo mataré en cuanto lo tenga delante. Papá se habrá enterado por alguno de sus perros espía de que salgo con Domenico y lo ha enviado para espantarlo. Mierda.

Un hondo suspiro escapa de mi garganta mientras intento que no siga alejándose de mí.

—Oye, pero no tienes que hacerle caso, ¿vale? Fue solo una advertencia vacía, no va a hacerte nada.

—¡Me puso una puta pistola en la boca y me obligó a bailar la tarantela mientras le juraba que me alejaría de ti!

—Oh. —Es lo único que puedo contestar.

—Aprecio mi vida, Giulia, y apenas te conozco como para jugármela contra una maldita mafia.

—Así que vas a rendirte.

—¿Crees que puedo hacer otra cosa, joder?

—¡Vale, pues vete! No sé por qué sigues aquí cuando estás tan cagado de miedo.

—Para ti es muy fácil decirlo, es tu familia, no van a hacerte nada.

Aprieto los labios con fastidio porque, aunque me gustaría gritarle, llamarle cobarde y mil burradas más, sé que tiene razón. Llevamos viéndonos quince días, apenas nos hemos dado un par de besos. ¿Por qué va a arriesgarse a que le metan un balazo por mí? Mis ojos coinciden con los de Domenico. Me jode que se acabe lo nuestro, pero no siento por él nada más que atracción.

—Si esa es tu decisión, cierra la puerta al salir.

—Me habría encantado seguir conociéndote, Giulia. Te lo juro.

—Sí, ya, que te vaya bien.

No responde, se limita a asentir. Me mira de arriba abajo con sus expresivos ojos azules antes de dirigirse hacia la puerta, dándome la espalda. Sin embargo, antes de alcanzar el pomo, se gira una última vez.

—Oye, Giulia. ¿Me harás un favor?

—¿Qué quieres? —rumio entre dientes porque me imagino lo que va a pedirme.

—Llama a tu padre y dile que ya no estamos juntos, que he obedecido su orden. No quiero volver a encontrarme a más familiares tuyos en mi casa.

Se va. El apartamento se queda en silencio cuando Domenico sale de mi vida para siempre.

Sabía que esto pasaría tarde o temprano, pero no quiero darle más vueltas de lo necesario.

Así que me pongo los auriculares inalámbricos y salgo a correr un rato. Es eso o destrozar mi apartamento para soltar la rabia que me encantaría descargar sobre la maldita familia Barone.

1

Giulia

Como cada noche de jueves, me reúno con mi amiga Siena en el restaurante que hay bajo su edificio, en uno de los laterales de la plaza Navona, para cenar juntas y quejarnos de nuestra semana de mierda con una copa de alcohol bien cargada en la mano.

Es un ritual al que nunca faltamos. Lo más parecido a ir a terapia, pero sin tener que pagarle a un desconocido al que no le importa si nuestra vida se va al garete de forma estrepitosa.

A Siena sí le importa. Me escucha y me da cientos de consejos a los que nunca hago caso. Pero me quiere igual. Supongo que la amistad es eso: aceptar, respetar y querer a una persona de forma incondicional a pesar de que su estabilidad emocional y psíquica esté al borde del colapso y no sepa manejar las riendas de su vida sin cagarla aún más por el camino.

—Tienes mala cara —comenta, empujando sobre la mesa un margarita con sombrilla incluida en cuanto tomo asiento frente a ella. Hago una mueca lastimera con los labios al tiempo que me lo llevo a la boca.

Hace una noche bastante cálida, estamos a principios de junio y es agradable sentarse en las terrazas de los restaurantes y no congelarse de frío.

—Mi vida es una mierda —sentencio, apoyando la espalda en el asiento.

—Ya, como la de todos.

—No, pero la mía más.

—Todos los jueves dices lo mismo.

—Después de quince años de amistad, deberías empezar a creértelo, ¿no?

Siena y yo nos conocemos desde que íbamos al colegio. Creo que es la única amiga que me queda de esa época, porque las demás acabaron alejándose de mí cuando a sus familias les llegó el rumor de quién era mi padre. A mis veinticuatro años, puedo contar con los dedos de una mano a mis verdaderas amistades. Y aún me sobrarían dedos.

Siena es descendiente de una dinastía de joyeros y relojeros, cuya tienda lleva abierta desde hace más de un siglo en el centro de la ciudad. Fue una estudiante pésima, abandonó la universidad sin acabar la carrera y ahora se dedica al negocio familiar, aunque con mucho más éxito que sus antecesores.

Siena Greco es una de las diseñadoras de joyas más aclamadas del país a pesar de no tener ni treinta años. Su caché y popularidad subieron tan rápido como su cuenta corriente.

Es alta, preciosa, elegante y tiene un rostro redondo y dulce que no concuerda para nada con su personalidad explosiva.

—Venga, cuéntame, ¿qué ha pasado? —se interesa, inclinando el cuerpo hacia adelante.

—Domenico me ha dejado.

—¿Tu padre otra vez?

—No sé ni para qué preguntas.

—Joder. Esta vez ha vencido su propio récord —suspira—. El último tío con el que saliste duró un mes antes de que Riccardo Barone metiese sus zarpas en vuestra relación.

—¿Tú crees que mi padre me odia?

—Lo que creo es que es demasiado protector.

—Voy a acabar vieja, sola y rodeada de gatos. Ya lo estoy viendo.

—No seas exagerada, Giulia. Además, ni siquiera tienes gato.

—Llevo sin echar un polvo casi tres años.

—¿Y eso también es culpa de tu padre?

—Es que no me da tiempo a conocer bien a nadie.

—Una excusa de mierda —me contradice tras dar un sorbo a su cóctel—. Si alguno de ellos te hubiese gustado para follar, no habría hecho falta más que un par de miradas y un condón.

—Yo no soy así, Siena.

—Todas somos así cuando queremos sexo. Si no te has acostado con Domenico ni con los otros que vinieron antes de él, fue porque no te ponían cachonda.

—Eran muy buenos chicos.

—Entonces deberías conocer a algún malote, a ver si despierta tu lado zorrón. Un boxeador con la nariz reventada que la meta como un gorila hambriento. O un pandillero con una cruz tatuada en la mejilla que te folle con un cuchillo entre los dientes.

—Gracias por la sugerencia, pero no. —Me cruzo de brazos—. Con mi padre y mis hermanos ya tengo el cupo completo de hombres malos en mi vida.

—Entonces, seguirás otros tres años sin probar una polla.

—¿De verdad lo crees?

—Podría jurarlo.

Expulso el aire de un suspiro por la nariz y apoyo los codos en la mesa, sin dejar de mirar a mi amiga, quien acaba de levantar la mano y llamar al camarero para que nos traiga otros dos cócteles.

—Me he desinstalado la aplicación de citas.

—Giulia, cariño, ahí solo hay pringados. Los tíos interesantes de verdad no se pasan las horas muertas mirando perfiles de chicas tras una pantalla.

—Y, además, no soporto a mi padre.

—Ya, eso dices siempre.

—No sé qué espera de mí. Nos vemos un puto día al año y se cree con el derecho de dirigir mi vida y mis relaciones.

—¿Has hablado con él?

—No, no lo he llamado.

—Hoy es jueves, los jueves siempre habláis.

—Pues que espere sentado. No puede meterse en mi vida de esta forma.

—Lo hace porque se preocupa por ti.

—Si eso fuera verdad, no me habría dejado al cuidado de mis tíos desde que nací. —Doy el último trago al cóctel antes de que el camarero nos traiga el nuevo—. Gracias. —Luego miro a Siena con hastío—. No he pisado su casa de Bari nunca, puedo contar con los

dedos de las manos las veces que he visto a mis dos hermanos mayores, no conozco a su familia. Los Barone son desconocidos para mí. Sé que tengo tíos, tías, primos. Pero yo no existo para ellos. Dudo mucho de que mi padre les haya hablado de mí. Soy un vergonzoso secreto al que mantiene lejos de su perfecta vida de mafioso.

—Porque tu madre fue la amante, cariño. Hay personas que están demasiado chapadas a la antigua.

—¿Y tengo yo la culpa?

—De nada. —Apoya su mano sobre la mía.

—Si mi padre no me visita más es por su mujer. Vittoria no puede ni verme. Me culpa de que su marido le fuese infiel con mi madre. Para ella soy el anticristo.

—Pues que se aguante, porque Riccardo Barone te quiere. Te ha mantenido, pagado tus gastos y estudios desde siempre. ¿Y qué me dices de la cuenta corriente a rebosar de dinero que te regaló cuando cumpliste dieciocho?

—No la he tocado. No puedo hacerlo.

—Pues deberías. Deberías gastarte todo ese dinero, viajar y dejar de pensar tanto.

—¿Y dónde iba a ir?

—Conmigo —sentencia con la sonrisa más amplia que pueden soportar sus labios—. Ven a pasar el fin de semana a Nápoles.

Frunzo el ceño y me humedezco los labios antes de dar otro sorbo al margarita. El alcohol empieza a marearme un poco.

—¿Qué se me ha perdido a mí en Nápoles?

—Hay una feria de joyería en la Galería Umberto. Podrías acompañarme. Solo serán un par de horas, te lo prometo, y luego saldremos a divertirnos por ahí. Nos desmadraremos, beberemos, conoceremos a gente interesante… y te empujaré sin piedad hacia el primer tío bueno que llame tu atención, a ver si con un poco de suerte te caes sobre su polla.

—¡Siena! —exclamo sin parar de reír.

—Además, me vendría muy bien tu cuello para la feria. —Pone morritos suplicantes—. Podrías lucir el collar nuevo que he diseñado. El Aurora.

—No sé. Me apetece encerrarme en casa para lamentarme, ponerme hasta el culo de alcohol y desear mi muerte, hasta que no tenga más remedio que volver a trabajar al colegio el lunes.

—Es un planazo: alcohol y suicidio —ironiza, enarcando las cejas —. Pero vas a tener que dejarlo para otro fin de semana, porque te vienes conmigo a Nápoles. Estás oficialmente secuestrada.

◆ ◆ ◆

Llego a casa a las once de la noche y me cuesta tres intentos meter la llave en la cerradura. Voy bastante borracha. Las salidas con Siena siempre acaban igual, y debo decir que hoy la necesitaba como el respirar.

Cierro la puerta cuando consigo entrar y me apoyo en la pared colindante, intentando que todo lo de mi alrededor deje de dar vueltas. Debo conseguir llegar a mi dormitorio sin acabar cayendo de boca contra el suelo. Mañana tengo que trabajar. Mis niños no se merecen que su profesora de música llegue con una resaca de caballo. Ni tampoco me lo merezco yo, ya que tendré que soportar los pitidos de las flautas dulces durante cinco horas mientras finjo buena cara.

Camino despacio apoyándome en las paredes y, cuando llego a mi cama, me dejo caer en ella sin preocuparme siquiera de quitarme los zapatos. Dormir con pijama y desmaquillada está sobrevalorado. Mañana me tocará cambiar las sábanas, pero ahora mismo no podría mover ni un músculo más.

Me quedo dormida casi al instante y no despierto hasta que el sonido de mi teléfono comienza a taladrarme el cerebro.

Cuando miro el reloj, resoplo, porque son las dos de la madrugada. Después, me limpio el hilo de baba que moja mi barbilla y leo en la pantalla quién demonios llama a estas horas. Al descubrir el nombre de mi padre, pongo los ojos en blanco.

Sabía que llamaría, pero pensaba que lo haría por la mañana. La parte buena es que tengo la cabeza un poco más despejada. Hablar borracha con un mafioso por teléfono no es lo más inteligente, por muy padre mío que sea.

—Estas no son horas —gruño nada más pulsar el teléfono.

—¿Estabas durmiendo? —La voz de mi padre es grave, la de un capo omnipotente y todopoderoso, por eso siempre me hace gracia cuando se pone cariñoso—: No quería despertarte, *principessa*.

—Sabes que mañana tengo que trabajar.

—Pues déjalo, no lo necesitas. Eres la hija de Riccardo Barone.

—Sí, papá, sí lo necesito. No puedo estar encerrada en casa todo el día.

—¿Por qué no?

—Porque me moriría de aburrimiento.

—¿Has salido hoy también con Siena Greco como cada jueves?

—Sabes que sí.

—No me gusta que bebas, una Barone debe tener la mente clara en todo momento.

—Gracias a Dios que llevo el apellido de mi madre, porque los Fabbri bebemos cuando nos da la gana.

—Giulia, puedes llevar el apellido que quieras, pero siempre serás mi hija.

—Ya, por desgracia —rumio en voz baja.

—Oye, ¿por qué no me has llamado? He estado toda la tarde esperando a que sonase el teléfono.

—Estoy enfadada contigo.

—¿Conmigo? —su voz suena asombrada.

—Sí, así que deja de meterte en mis asuntos.

—¿Estás enfadada por lo de ese contable con el que te estabas viendo?

—Se llama Domenico.

—Ese gilipollas no le llegaba a mi niña ni a la suela de los zapatos.

—¡Bueno, pero es mi decisión!

—Y la mía, y la mía.

—¡Tengo veinticuatro años! ¡Si no dejas de espantar a los hombres con los que salgo voy a acabar sola y amargada!

—¿Mi *angioletta* quiere un hombre? Yo te presentaré al indicado para que te cases.

—¡No pretendo casarme! ¡Quiero divertirme! ¡Salir, bailar, follar!

—¡Por el amor de Dios, Giulia! Un padre nunca debería escuchar esas palabras en la boca de su pequeña. Una buena mujer italiana se guarda para su marido.

—Los tiempos han cambiado.

—Los Barone damos valor a la moralidad.

—¡Deja de decir eso! ¡No soy una Barone! ¡No conozco a tu familia, me has mantenido escondida como si tuviera la peste, solo te dignas a visitarme un puto día al año, papá! ¿Ellos me conocen? ¿Saben que existo?

Durante unos segundos, guarda silencio.

—Tus hermanos te conocen, eso es lo importante.

—Ya, ¿y la demás familia? ¿Les has hablado siquiera de mí?

—Saben que existes.

Suspiro hondo y cierro los ojos, notando un nudo en la garganta. No puedo evitarlo aunque intente hacerme la fuerte.

—¿Sabes qué? A la mierda. Te voy a decir lo que pienso. —Inspiro —. Todos estos años me has hecho sentir que no valgo lo mismo que mis hermanos, que te avergüenzas de mí.

—Giulia, no digas estupid…

—¡Déjame acabar! —exclamo con desesperación—. Siento que no soy más que una molestia, que me das dinero y me lo pagas todo para comprar mi silencio, para que tu bastarda no se presente en la puerta de tu mansión y estropee tu vida perfecta. Pero lo que estás haciendo es destrozarme. Me haces sentir que no valgo lo suficiente y que solo soy un estorbo que quieres tener encerrado, aislado del mundo, para que no haga nada que manche tu inmaculada dignidad frente a esa gentuza con la que trabajas.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —su voz suena solemne.

—Es lo que me has demostrado.

Mi padre se queda en silencio, pensando. Quizás he sido demasiado dura con él, pero tenía que soltar todo lo que llevo dentro. Son demasiados años sintiéndome la última mierda en su vida.

—Bien, *bambina mia*. Te demostraré que estás equivocada. Haz las maletas, porque te vienes a casa.

Durante los siguientes segundos me quedo sin habla. Habría esperado cualquier respuesta menos esta. Abro la boca varias veces antes de conseguir articular palabra.

—¿Qué has dicho?

—Que vas a venirte a vivir conmigo.

—Pero…

—Mañana les diré a tus hermanos que vayan a por ti. Haré que limpien tu habitación para que esté perfecta cuando llegues a Bari.

—No… No puedo irme, papá. Aquí tengo una vida, tengo un trabajo y…

—Déjalo.

—¡No voy a dejar el colegio! Quedan quince días de clases antes de las vacaciones de verano, no lo abandonaré cuando está a punto de acabar el curso.

—Entonces, haré que vayan a por ti el último día de clase.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Estoy hablando muy en serio. No tenía ni idea de que te sentías así. Lo remediaré.

—Papá, no voy a dejar Roma para irme a vivir a Bari.

—Pues pasa las vacaciones de verano con nosotros. ¿No querías conocer a la familia? Los conocerás como que mi nombre es Riccardo Barone. *Principessa*, tú no eres menos que nadie, y mucho menos una molestia.

Una suave sonrisa curva mis labios. Se me ha caldeado el corazón con esas simples palabras. Mira que soy facilona, joder.

—Bueno… Yo… no sé si me quedaré todas las vacaciones. Pero sí iré a visitarte un par de semanas.

—Bien, es un buen comienzo —asiente conforme—. ¿Qué día acaban las clases?

—El 22 de junio.

—Tus hermanos irán a por ti ese día. Ten las maletas preparadas para entonces.

2

Giulia

Definitivamente, nunca sería una buena modelo. Mi metro cincuenta y ocho de estatura, mis cartucheras rebeldes y la maldita incomodidad cuando soy el centro de atención, lo avalan.

Llevo dos horas sentada en un taburete, en el estand de la joyería de los Greco, mientras Siena explica a los posibles compradores lo maravilloso que es su nuevo collar. El que llevo puesto alrededor del cuello, por cierto. No sé en qué momento dije que sí a esto. Bueno, sí lo sé. Estaba medio borracha, y cuando bebo nunca tomo buenas decisiones. Debería tatuármelo para que no se me olvide: alcohol más decisiones igual a caca. Seguro que me evita muchas situaciones embarazosas como esta. Me duele la cara de sonreír y debe notarse a la legua que es una sonrisa falsa.

La parte buena es que el sitio es una pasada. Nunca había venido a la galería Umberto. Es como un palacio en medio de Nápoles. Su cúpula de hierro y vidrio es inmensa, recoge el murmullo del gentío que pasea por su interior. A nuestros pies, las baldosas dibujan estrellas y constelaciones, como si caminases por un cielo invertido. Su belleza neoclásica contrasta con el caos napolitano. Es un lugar precioso, pero ahora mismo la incomodidad de tener decenas de ojos puestos en mi cuello desinfla todo lo demás.

—Eh, respira —susurra Siena a mi lado, dándome un suave codazo en el costado. Volvemos a estar a solas al fin—. Te estás poniendo morada.

—¿Falta mucho para terminar? —susurro entre dientes sin dejar de sonreír.

—Dos horitas.

—No me jodas, Siena.

—Pero si estás monísima con mi collar.

—Odio ser el centro de atención. Tengo el cuerpo tan rígido que me duele.

—Luego contrato a un gigoló para la cena y que te relaje. Por arriba y por abajo.

—Vete a la mierda.

—No me digas que no es una buena solución. Un tío bueno dispuesto a hacerte de todo por un módico precio.

—¿Tan desesperada parezco?

—No es desesperación, cariño, es aprovechar las facilidades de la vida. Quizá contrate a uno también para mí. —Se da varios golpecitos en la barbilla—. O podríamos aprovechar al tuyo y sacarle el jugo entre las dos. Alquilar a un hombre es caro.

—Dime que no estás pensando en compartir porque vomito ahora mismo.

—Seríamos una trieja increíble.

—En serio, cállate. —Pero no puedo dejar de reír—. Ni siquiera sé qué es eso.

—Una pareja de tres. Tienes que modernizarte, Giulia. Te has quedado antigua.

—*Tradicional* es la palabra.

—Yo diría más bien aburrida, si con tradicional te refieres a follar haciendo el misionero.

—Me refiero a no contratar gigolós para echar un polvo.

—Pues deberías pensártelo —sugiere, recolocándome el collar—. Estamos en el puto Nápoles. Es tu oportunidad de quitarte las telarañas del coño sin que tu padre se entere.

Me muerdo el labio inferior y la miro.

—¿Sabes que sugirió presentarme a un hombre para que me case con él?

—Estás de coña. —Se ríe.

—No, no lo estoy. Para Riccardo Barone no hay relación posible entre ambos sexos si no es con un anillo de por medio.

—¿Crees que intentará convencerte de que te cases cuando vayas a verlo en vacaciones?

—Espero que no, porque cojo las maletas y me largo.

Apoya la cadera en el estand de cristal en el que expone las demás joyas y me mira sonriente.

—Todavía no me creo que te vayas a Bari.

—Ya, a mí también me cuesta digerirlo.

—¿Estás nerviosa por conocer al fin a tu familia?

—Un poco. Y no sé si llegaré a considerarlos como tal. La única familia que he conocido desde que nací son mis tíos maternos. Para mí, ellos son mis padres.

—¿Qué opinan de que te vayas con los Barone una temporada?

—Respetan mi decisión, pero sé que no les gusta. La mafia solo ha traído problemas a sus vidas.

—Te tienen a ti, y tú no eres un problema, dudo mucho que piensen eso.

—Pero perdieron a mi madre. Ella huyó aterrorizada.

—Giulia, tu madre no era una buena persona. ¿Qué clase de madre abandona a su bebé en casa de su hermana y desaparece para siempre, sin importarle lo que le ocurra a esa criatura?

—Tenía miedo.

—Le dio igual que el hombre del que huía te encontrase. Y vaya, te encontró. Y no te mató, sino que se ocupó de que no te faltase de nada.

—No puedo odiar a mi madre sin conocer sus motivos.

—Te entiendo, pero entonces tampoco deberías ser tan dura con Riccardo Barone. Podría haber sido un padre ausente, en cambio, se preocupa por ti.

No puedo contradecirla porque tiene razón. Mi padre ha estado presente en mi vida desde que tengo uso de razón. Quizá no todo lo que a mí me hubiese gustado, pero me hace saber que soy importante para él.

—Oh, Dios, ponte recta, viene más gente —me avisa Siena, dándome otro codazo en las costillas—. Sonríe.

—Si sonrío más se me va a caer la boca al suelo.

—Parece que llevas un palo metido por el culo. ¡Relájate!

—Si fueras tú quien estuviese expuesta como un mono, no te reirías tanto —bufo.

Siena no me responde porque varias personas acaban de llegar al estand y observan el collar de mi cuello con mucho interés. En realidad, es una pieza preciosa. Está compuesto por una fina cadena de oro blanco de 18 quilates, pulido hasta lograr un brillo sedoso. Aunque la verdadera protagonista es una esmeralda colombiana tallada en forma de lágrima y rodeada por un halo de microdiamantes que intensifican su resplandor.

Mi amiga habla con ellos de orfebrería y diseño. Explicación que ya sé de memoria, por cierto, de haberla escuchado cien veces durante estas dos horas. Así que pongo la mente en blanco y fijo la mirada en la tienda de lujo de enfrente, donde hay expuestos varios trajes masculinos de Armani. Necesito disociar de la realidad, intentar relajarme y olvidar que soy el centro de atención.

Entonces, los veo.

Frente a nosotras pasa un grupo de hombres vestidos de negro, con actitud dominante y chulesca, que apenas se molesta en prestar atención a lo que hay a su alrededor. Son cinco. Caminan como si fueran en formación militar, en cuña, y el que va primero, además de ser un gigante con gafas de sol cubriendo sus ojos, lleva un teléfono al oído al que habla con mucha seriedad. Por su vestimenta, podrían pasar por ejecutivos, pero no lo son. No actúan como tal. Uno de ellos incluso lleva un sombrero.

Cuando miro mejor al de las gafas de sol, me doy cuenta de que es joven. No tendrá más de ¿treinta? Su pelo es negro, grueso, repeinado hacia atrás. Tiene el cuello completamente tatuado. Sus altos pómulos marcan un rostro sexi y anguloso, esculpido con una fuerte masculinidad; labios gorditos, estirados en una mueca de desagrado, y el mentón cuadrado con un descarado hoyuelo que le da un aire desafiante.

El traje negro le queda perfecto. Se le ajusta al cuerpo como si estuviese confeccionado a medida. Seguro que lo está, me jugaría un pie. Y en la mano con la que sujeta el teléfono lleva tatuada una calavera.

Me obligo a cerrar la boca para no parecer estúpida, porque no puedo dejar de mirarlo embobada. Desprende un halo de poder que no me deja apartar los ojos.

Aunque, de repente, algo cambia.

El tipo gira la cabeza en un acto reflejo y mira hacia nuestro estand mientras sigue hablando por teléfono. Pasa la mirada por las joyas expuestas y levanta la cabeza hacia donde estamos Siena y yo. Entonces, frena de golpe, logrando que los cuatro hombres que van tras él tengan que hacerlo para no chocar.

Me remuevo más incómoda en el taburete al darme cuenta de que no deja de mirar hacia aquí. Se ha quedado quieto, casi petrificado. Se quita el teléfono de la oreja y se lo guarda en el bolsillo del pantalón, a la vez que una sonrisa sibilina curva sus labios. No sé qué mira, o a quién. Las gafas de sol no me permiten verle los ojos. A continuación, levanta la mano derecha y con los dedos índice y corazón llama a uno de sus hombres, el cual se adelanta y se pone a su lado. Él le habla al oído sin apartar la mirada de nuestro estand en ningún momento. El otro asiente y vuelve a su posición como un militar perfectamente instruido.

El tipo de la calavera en la mano sonríe de nuevo como si hubiese algo que le causase una gran satisfacción. ¿Qué mira? ¿El estand con las joyas? ¿A Siena? ¿A mí? ¿A las personas que observan el collar que llevo en el cuello? Ni idea, porque, tras un par de segundos en los que me cuesta incluso respirar con normalidad, gira de nuevo la cabeza y reanuda la marcha por la galería, alejándose, seguido por los otros hombres de negro. Como si nada. Como si esto nunca hubiese sucedido.

◆ ◆ ◆

Doy gracias a los dioses nórdicos, a Batman y a la Pachamama cuando la tortura termina por fin. Siena y yo volvemos al hotel para cambiarnos e irnos a cenar, mientras su equipo desmonta el estand y se lleva las joyas de regreso a Roma, junto con los pedidos conseguidos en la galería.

Según mi amiga, ha sido un rotundo éxito. Me alegro por ella. Y por mí, porque es un alivio relajarme al fin; sin embargo, me duele la espalda por la rigidez con la que estaba sentada en ese maldito taburete. Y el cuello. Si hay dos cosas que ahora mismo tengo claras

en la vida es que somos polvo de estrellas, pero con facturas, y que jamás volveré a dejarme convencer para acompañar a mi amiga a otra feria de joyas, esté lo borracha que esté.

A las doce y cuarto, pagamos la cuenta del restaurante y caminamos por el centro de Nápoles en busca de algún garito donde bailar y tomarnos alguna copa antes de regresar al hotel. ¿Me apetece? No. Estoy agotada y me encantaría meterme en la cama para dormir cien horas, pero ¿quién soy yo para chafarle a Siena la ilusión de encontrarme a un hombre con el que follar esta noche, aunque ambas sepamos que eso no va a ocurrir?

Así que me dejo arrastrar, sin quejarme demasiado, hasta que llegamos a la discoteca Flame, situada en pleno barrio Vomero, que, por cierto, está a reventar.

—¡Menudo ambiente! —exclama ella, entrelazando nuestros dedos para no perdernos entre el gentío mientras cruzamos la pista de baile.

Está oscuro, la música suena a tantos decibelios que molesta y recibo miles de pisotones antes de llegar a un amplio patio ajardinado donde, milagrosamente, queda una mesa libre con dos sillas. Por suerte, la mayoría de la gente está bailando apiñada en la sala. A nuestro alrededor hay varias parejitas acarameladas, hablando y aprovechando que todavía les queda algún tímpano sano, ya que aquí la música está a un volumen aceptable.

Siena y yo vamos a la barra para pedir algo de beber y tomamos asiento antes de que nos quiten el sitio.

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Verdad que es una pasada de garito?

—Está bien. —Señalo la pista de baile—. Pero como siga viniendo más gente, tendremos que salir escalando sobre sus cabezas.

—Como las estrellas de rock. —Me guiña un ojo y da un sorbo a su bebida—. Lo mejor de todo es que aquí hay dónde elegir. ¿Has visto a ese de la camiseta roja? Es guapo, ¿verdad?

—Estaría bien si no fuera puesto de cocaína hasta las cejas.

—¿Cocaína? Pero ¿qué dic…? —se calla al ver cómo saca una bolsita blanca del bolsillo—. Es verdad. ¿Y ese? El de los pantalones pitillo. Tiene un culazo.

—Sí, y novia —me río, señalando a la rubia que se restriega contra su polla.

—Era demasiado perfecto para estar soltero —bufa—. Te encontraremos otro. Seguro que aquí…

—Siena —la interrumpo a mitad de la frase y apoyo una mano sobre la suya—, no voy a acostarme con nadie esta noche.

—Llevas tres putos años sin follar, joder.

—Entonces, serán tres años y un día. No lo haré con el primer tío que se me ponga delante, no estoy tan desesperada.

—Hazlo por mí. —Cuando niego de nuevo con la cabeza, ella resopla—: Eres una aguafiestas.

—Perdón por querer elegir bien al chico al que permitiré que me meta la polla —respondo con sarcasmo.

—Es que le quitas toda la diversión. —Da otro trago a su copa—. Eres como mi madre, pero con treinta años menos.

—Y, aun así, me quieres.

—Pues sí, y a veces no sé por qué —Siena apoya la barbilla en una de sus manos y me mira desilusionada—. Tenía planeada una gran noche para nosotras, ¿sabes?

—No sé si quiero saberlo.

—Tú follarías, yo follaría, y por la mañana desayunaríamos juntas con la máscara de pestañas corrida por la cara y con el coño contento. Y lo mejor de todo, sin que tu padre pudiese impedirlo.

—Haré algo mejor: te acompañaré hasta que conozcas a algún tío que te guste y después me retiraré silenciosamente mientras tú te enrollas con él.

—¿Y qué vas a hacer sola?

—Irme al hotel a dormir.

—A dormir y a rellenar los papeles de la jubilación, señora anciana —bufa—. Y luego dices que no sé… ¡Dios!

—¿Qué?

—¡Joder, mierda! —exclama con los ojos muy abiertos, agarrándose con fuerza a mi brazo—. Pellízcame.

—¿Puedes decirme qué coño te ocurre?

—Giulia, he encontrado al tío con el que quiero follar hoy y el resto de mi vida.

—Ah, ¿sí?

—Disimula y mira a la mesa de enfrente. Es el que está de pie.

Me muerdo el labio inferior para no reírme y giro la cabeza hacia donde señala, para ver a ese hombre misterioso por el que va a dejar las demás pollas para siempre.

Cuando fijo la mirada en dicha mesa, descubro a tres hombres en ella, pero dirijo la mirada al que está de pie, tal y como me ha dicho Siena. Sin embargo, al reconocer a la persona, tengo que agarrarme a la mesa para no caerme de espaldas por la impresión.

El tipo de la galería. El de las gafas de sol.

Habla relajado con los otros dos que están a su lado, mientras sujeta un vaso de tubo entre los dedos. Sigue vistiendo con ese traje negro que le sienta como un guante. El cabello perfectamente repeinado hacia atrás y en sus labios esa oscura sonrisa que recuerdo tan bien. No lleva las gafas de sol y al fin puedo verle los ojos, que son oscuros, rasgados y le dan un aire de perdonavidas que postraría a sus pies a una legión de tías.

Sé que es él. Un hombre así es imposible de olvidar. Es demasiado… de todo. Demasiado guapo, demasiado alto, demasiado musculoso, demasiado sexi. Y cuando, de repente, levanta la mirada y sus ojos coinciden con los míos, el estómago me da un vuelco de tal forma que tengo que apartar la mirada, tan nerviosa como nunca. ¿Qué coño me pasa?

—Dime que no es un maldito sueño de hombre —insiste Siena, relamiéndose los labios.

—Está… bien.

—Y una mierda. Es un bombón de los pies a la cabeza, Giulia. —Se muerde el labio inferior y lo mira coqueta—. ¿Debería ir a presentarme?

Me encojo de hombros y asiento, insegura y sin querer volver a mirar.

—Sí, ve y habla con él. Creo… creo que le gustas. Esta tarde lo he visto en la galería Umberto. Y me dio la sensación de que te observaba.

—¡Lo sabía! No deja de mirar hacia aquí. —Se mete varios mechones de cabello detrás de las orejas, se retoca el labial rojo y

me sonríe con nerviosismo—. Vale, voy a ir. Con un poco de suerte, mañana desayunaré contigo recién follada y con una sonrisa que me ocupe media cara.

Río y niego con la cabeza, porque con Siena es imposible no hacerlo. Se levanta de su silla recolocándose el vestido, y yo hago lo mismo, pero no para ir con ella hacia el tío bueno de las gafas de sol, sino en dirección contraria.

—En un rato me cuentas, voy a la barra a por otra copa.

—Deséame suerte, Giulia. Ese hombretón todavía no sabe la que se le viene encima.

3

Giulia

Hay personas que nacen para triunfar, como Siena Greco. De esas que salen de fábrica con una estrella en el culo y, hagan lo que hagan, la fortuna les sonríe.

En cambio, luego está el resto del mundo, al que me sumo, que nos limitamos a existir y rezar para que la vida no nos joda de manera extrema. Caminamos de puntillas para no hacer demasiado ruido, para no llamar la atención, con la esperanza de que la próxima hostia del destino no sea demasiado cruel.

El mundo está muy mal repartido, pero ya estoy acostumbrada a no ser la elegida de los dioses. Así que, tras levantarnos de nuestras sillas, nos separamos y tomamos caminos distintos. Yo hacia la barra y ella en dirección al tipo de la galería. Se lo va a llevar de calle, lo sé. Es la chica más directa, divertida y bonita que conozco; todos caen babeando a sus pies. El de las gafas de sol no va a ser una excepción. Y me alegro por ella. Se merece todo lo bueno que le pase.

Conforme me alejo del jardín interior de la discoteca, noto que mi cuerpo se relaja. No sé qué me ha pasado cuando he vuelto a verlo, pero no me gusta sentirme así: tan nerviosa, temblorosa. Me sentía estúpida y ni siquiera estaba mirándome a mí. Lo sé. ¿Por qué iba a hacerlo cuando está Siena a mi lado, que es perfecta?

Al llegar a la barra, hay una cola impresionante. Aguardo pacientemente a que sea mi turno. Y espero tanto tiempo que empiezan a dolerme los pies por los tacones. Son preciosos pero asesinos. Levanto la mano varias veces llamando la atención del barman e intento que me escuche; sin embargo, siempre hay

alguien que grita más que yo, o se pone delante echándole mucho morro. Me dan un par de empujones, intentando colarse, y si no me caigo es porque me sujeto a la barra.

Al levantar de nuevo la mano para llamar la atención del camarero, otro chico se me adelanta y empieza a pedir. Sin embargo, veo que se tambalea hacia un lado al recibir un empujón de alguien que acaba de aparecer a mi lado.

El tipo de las gafas de sol.

Joder.

Trago saliva por la impresión de tenerlo tan cerca y me muerdo el labio cuando compruebo que, en las distancias cortas, es aún más alto, más fuerte y guapo. Y está mirando con ojos desafiantes al chaval que intentaba colarse.

—No es tu turno —brama con voz suave y amenazante, logrando que el otro asienta convulsivamente—. Primero la señorita.

Después, vuelve la cabeza hacia mí y su semblante se suaviza un poco mientras le hace una señal al camarero para que se acerque.

—¿Qué quieres beber?

Cierro la boca para no parecer boba y cojo aire antes de contestar, aunque no sé si seré capaz de articular palabra. Siento sus ojos fijos sobre mí. Son como el fuego helado. Oscuros, letales…

—Eeeh, yo… quiero ron.

Él asiente y le habla al barman con voz de mando, como si el mundo entero estuviese a su servicio.

—Sírvele ron.

—¿De cuál prefieres? —me pregunta el camarero.

—Cualquiera. —Encojo los hombros.

—Ponle el mejor que tengas —sentencia el tipo de la galería.

Mientras el barman me sirve la copa, abro el bolso para sacar la cartera y evito mirarlo de nuevo. Me pone demasiado nerviosa. ¿Por qué mierda me pone tan nerviosa? Sí, vale, es guapísimo y tiene un aura de poder muy atrayente, pero no es el primer hombre guapo que veo. Aunque huela de vicio y su cuerpo parezca una pared inmensa de granito.

—Guarda el dinero, esta la pago yo.

—No, no. —Levanto la cabeza y nuestros ojos coinciden. Mantengo la calma e intento parecer una mujer normal y no un bol de gelatina—. No tienes que invitarme.

—Bien, pero quiero hacerlo de todos modos.

—Ah. —Sonrío con suavidad—. Pues… gracias.

—Eres la amiga de Siena, ¿verdad?

—Sí. —Vale, ahora lo entiendo. Quiere impresionar a Siena y por eso me ha invitado—. Soy yo.

—¿Cómo te llamas?

—Giulia. Giulia Fabbri.

—Yo soy Adriano. —Alarga el brazo esperando a que le estreche la mano, así que lo hago, aunque de forma breve. No quiero que note que me tiembla todo, porque ni siquiera yo sé qué me está pasando —. ¿Eres de Nápoles, Giulia?

—No, de Roma.

—No voy mucho por allí. Pero puede que empiece a hacerlo.

—Sí, ya, bueno, seguro que a Siena le encanta la idea. —Cojo la copa que el camarero acaba de dejar sobre la barra y le sonrío una última vez antes de dar un par de pasos hacia atrás, tomando distancia. El corazón se me va a salir del pecho, maldita sea—. Gracias por invitarme, eres muy amable. Yo… Esto… Un placer conocerte, Adriano —sonrío nerviosa—. Pues eso, que me voy. Adiós, supongo. Sí, eso. Adiós.

Doy media vuelta y me alejo de él sintiéndome torpe y estúpida. «¡Mierda, Giulia, qué despedida más patética! ¡No ha podido ser más lamentable!», me digo a mí misma. Definitivamente, jamás seré una *femme fatale* que vuelve locos a los hombres. Hay mujeres que nacen con ese don; en cambio, yo solo tengo un padre que espanta a los pocos tíos que me resultan interesantes.

Al regresar al jardín, descubro que Siena vuelve a estar sentada en la misma mesa de antes, y me resulta extraño. Pensaba que continuaría con los amigos de Adriano esperando a que él regrese de la barra para seguir tonteando, pero ya veo que no. Los dos tipos de negro continúan hablando como si nada, aunque cuando me ven pasar se quedan mirando.

—Pues sí que has tardado en pedir una copa —dice ella nada más apoyo el culo en la silla.

—No te imaginas la de gente que hay. Se me colaban todos. Por cierto, me he encontrado allí al dueño de tus futuros polvos —respondo, ahora mucho más tranquila. Hasta puedo bromear—. Se lo está currando. Se ha presentado y me ha invitado a la copa. Yo creo que le gustas, quiere caerle bien a tu amiga.

—Me parece a mí que vas un poco desencaminada —se ríe.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño—. ¿Y por qué has vuelto tan pronto a la mesa?

—Porque no le intereso.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has visto alguna señal en él?

—Una señal enorme con luces luminosas parpadeantes. Cuando he empezado a coquetearle, me ha mirado con asco y me ha dicho: «No me interesas».

—¡No! ¿Así de golpe?

—Sin anestesia.

—Joder. —Creo que es el primer tío que rechaza a Siena—. ¿Y qué le has contestado?

—Nada, me he quedado en blanco. Pero él sí que me ha dicho algo más.

—¿El qué?

—Me ha preguntado por ti.

No sé cómo reaccionar, en serio. Su respuesta acaba de dejarme perpleja. Tengo que volver a beber de mi copa. Noto la boca tan seca como si hubiese comido arena. Miro a Siena a los ojos. Los míos no pueden estar más abiertos por la sorpresa.

—¿Por mí? ¿Qué… qué te ha dicho?

—En realidad, me ha preguntado si estabas casada. Por si tenía que cargarse a tu marido antes de ir a buscarte. —Me da un codazo y se ríe—. Mira por dónde, hoy sí que vas a follar. Y con el hombretón más espectacular del puñetero mundo, ni más ni menos.

Doy otro trago al ron.

—Madre mía. —Estoy alucinando.

—Tienes que tirártelo.

—Joder.

—¡Giulia, mírame! ¡Hazlo por mí y por todas las mujeres que no vamos a poder catar en la vida a un hombre como ese! Tiene pinta de ser un tipo malo, y todas sabemos que los hombres malos son los que mejor follan.

—Ah, ¿sí? —Otro trago.

—Hazme caso, que yo de esto entiendo. Es matemático, una regla de tres. —Observa con disimulo a los tíos de negro de la mesa de enfrente. Después, me susurra al oído—: Seguro que son de la mafia. Me jugaría el clítoris. ¿Qué mafia es la que domina Nápoles?

—La Camorra, creo.

—¡Es que es perfecto, poético! ¡Puede que incluso conozca a tu padre y sea un aliado! ¡Aún mejor: un enemigo de los Barone! ¡Seríais como Romeo y Giulieta!

—En ese libro muere demasiada gente, Siena.

—Sí, bueno, pero sin las muertes, claro. Visualízalo: dos familias mafiosas unidas por un polvo de una noche. Crearíais una alianza. Tu padre estaría tan orgulloso de ti…

—¿Puedes callarte un segundo, por favor? Ni siquiera sé cómo digerir que te haya preguntado por mí.

—Pues más vale que lo digieras pronto, cariño.

—¿Por qué?

—Porque viene hacia aquí.

—¡¿Viene?! —No estoy entrando en pánico, no estoy entrando en pánico—. ¿Para qué viene?

—Lo he invitado a sentarse con nosotras. A él y a sus amigos.

—Traidora —susurro entre dientes justo antes de que una gran presencia ante nosotras me haga levantar la cabeza.

Adriano está aquí, y a su lado los dos tipos que lo acompañan. Silenciosos, vigilantes, como si estuvieran acostumbrados a desconfiar de todo. Cuando mis ojos coinciden una vez más con los suyos, los latidos vuelven a acelerarse dentro de mi pecho. Sobre todo cuando me sonríe y toma asiento a mi lado. No es una sonrisa inocente, como la que podría dedicarme cualquier amigo; hay cierto erotismo en la forma que tiene de mirarme, en cómo acerca su silla a la mía.

—Ahora sí que lo pasaremos bien —dice Siena, dándoles la bienvenida—. Acabamos de llegar a Nápoles y no conocemos a nadie.

—¿Os quedáis mucho tiempo en la ciudad? —pregunta Adriano con voz grave. Está hablando conmigo, solo conmigo, porque cuando Siena responde, él no le hace ni caso, sigue esperando a que conteste yo.

—Solo este fin de semana —asiento a media voz. Después, termino con el contenido de mi vaso.

—¿Quieres otra copa?

Niego con la cabeza.

—Cuanto menos beba, mejor. Borracha suelo tomar decisiones de mierda.

—¿Qué tipo de decisiones? —Sonríe y apoya el codo sobre la mesa, inclinándose hacia mí, como si mi respuesta fuera la cosa más interesante del mundo.

—La última vez que bebí, acepté hacer de maniquí para un collar de Siena en la galería Umberto.

—¿Eso es lo que estabas haciendo allí cuando te he visto esta tarde?

—Por desgracia. —Encojo los hombros y me obligo a serenarme —. Odio ser el centro de atención. No sabía dónde meterme de la vergüenza.

—Es normal que te miren. Yo no puedo dejar de hacerlo desde que te he descubierto.

—Seguro que no habrá sido por mis habilidades como modelo.

Adriano ríe y se muerde el labio inferior, tirando de él de un modo sensual. Después, pasea la mirada desde mi cara hasta la punta de mis pies.

—Me alegro de que tomases esa decisión de mierda. Si no hubieses venido a Nápoles, seguiría sin saber que existes.

No sé qué contestar a eso. Y tampoco puedo echar mano al alcohol para que la saliva no se me quede atorada en la garganta. Mierda, tendría que haber aceptado esa copa. En cambio, me limito a mirarlo con desconfianza, como se mira a algo que no comprendes en absoluto.

—¿Es verdad que le has preguntado a Siena por mí?

—Es verdad.

—¿Te has interesado en si estaba casada?

—Un hombre tiene que asegurarse de esas cosas.

—Has dicho que habrías matado a mi marido de haberlo tenido. Estarías bromeando, ¿no?

—Depende.

—¿De qué? —Frunzo el ceño.

—De si te vas a asustar con la respuesta.

—¿Eso es un sí?

—¿Si lo fuera, saldrías corriendo?

—No te tengo miedo.

¿Me pone nerviosa? Mucho. ¿Me parece el tío más impresionante que he visto en mi vida? Sin dudarlo. Pero ¿miedo? Rotundamente, no. Cuando se es hija de uno de los mafiosos más violentos de Italia, hace falta más que una amenaza hacia un marido que ni siquiera existe para que me asuste.

—¿Y si te advierto de que deberías tenérmelo? —su voz es suave, profunda, sugerente.

—Te respondería que, quizás, eres tú quien tendría que temerme a mí.

—¿Eres peligrosa? —Sonríe, bordeando el filo de mi vaso con el dedo índice.

—Tengo un padre muy… exigente en cuanto a las compañías que frecuento.

—Si tuviese una hija como tú, también lo sería.

—Es una pena que no os conozcáis, os llevaríais muy bien.

—¿Quién dice que no voy a conocerlo? —Se acerca más a mí—. Estoy a punto de caer en la tentación y raptar a su hija. Creo que lo más noble sería presentarme al menos.

—¿Raptarme? —Sonrío—. Si te atrevieses a hacer eso, serías hombre muerto.

—Me encanta el riesgo.

—Ni siquiera sabes quién soy.

—Te llamas Giulia Fabbri, eres preciosa y te quiero para mí. ¿Qué más debo saber?

—Por ejemplo, lo que pienso de esta situación, ¿no?

—¿Y qué piensas?

—Que estás loco.

—No es una mala respuesta.

—Esto es surreal. Parece una broma de mal gusto.

—Ya, a mí también me sorprende. Es la primera vez que me pasa algo así con una mujer.

—¿Debería sentirme afortunada?

—Deberías.

—Genial. Voy a hacerme un dedo en el aseo para celebrarlo —respondo intentando parecer sarcástica, pero sin poder evitar que esta situación me tenga temblando de excitación y nervios.

Me levanto de mi asiento, alejándome de Adriano, en dirección a los servicios. Escucho a Siena llamarme a pesar de que la música cada vez suena más alta, pero me obligo a seguir caminando. En serio, tengo que alejarme de él. Es la conversación más onírica e inverosímil que he tenido en mi vida. Y la más estimulante.

Demasiado para mi propio bien. No sé si estoy igual de loca que él, pero me encanta. Es que… Dios, la forma que tiene de mirarme, de morderse el labio, de acariciar el borde de la copa, de aceptar que le atraigo. No había conocido a nadie tan directo en mi vida. A su lado, mis exnovios me parecen ridículamente insulsos. Ni siquiera entiendo por qué me molesté en retener a Domenico cuando apenas me atraía. Supongo que fue para molestar a mi padre.

Me humedezco los labios cuando entro al aseo y me coloco frente al espejo. Por suerte, a mi alrededor no hay nadie, estoy sola. Contemplo mi reflejo con atención, intentando entender qué ha visto en mí. Soy la misma Giulia de siempre. Normal, aburrida, del montón. No tengo un cuerpo perfecto ni un rostro que levante pasiones. Soy guapa, sí, vale, y el pelo me brilla esta noche un montón gracias al acondicionador caro de Siena. Pero nada más.

Lo peor de todo es que, aunque la situación debería darme miedo y asco, tengo las bragas empapadas solo de pensar en él. En un maldito desconocido del que solo sé su nombre y que posiblemente pertenezca a una organización criminal similar a la de los Barone.

No tendría que haber bebido.

Voy a dejar el alcohol. O a medicarme. No sé. Por primera vez en toda mi vida estoy deseando romper la regla de no follar con un hombre en la primera cita, ¡y esto ni siquiera es una cita! Me da miedo que mi amiga tenga razón. Que no me apeteciera acostarme con nadie en estos tres años de sequía sexual porque los tíos con los que salía no me ponían cachonda de verdad.

Contemplo mi reflejo en el espejo una vez más y admito que, si Adriano sigue insistiendo y comportándose como un simio posesivo y mandón, es posible que acabe desayunando mañana con la máscara de pestañas corrida y el coño contento como Siena quiere.

4

Giulia

Me echo un poco de agua en la nuca y me aseguro de que se me pasa el calentón antes de atreverme a salir del baño. Hace calor aquí dentro, el vestido se me pega a la piel y se sube a cada paso que doy. Es de Siena. Casi me obligó a que me lo pusiese y llevo desde que salimos del hotel con la sensación de que se me va a salir una teta.

Sí, no niego que sea precioso. De un satén negro que captura la luz en cada movimiento, bastante corto y con un escote profundo, apenas sostenido por dos finísimos tirantes que parecen más decorativos que funcionales. Pero yo soy más de pantalones vaqueros y tops. No nos engañemos.

Me cruzo con dos chicas que entran al baño y alcanzo el pasillo, que también se encuentra vacío, en el que la música se escucha amortiguada pero bastante fuerte. Empiezo a prepararme mentalmente para volver a ver a Adriano. Y me juro que no voy a comportarme como una tontita blandengue.

—Hey. —Una profunda voz a mi derecha me hace frenar de golpe. Al levantar la mirada, descubro que el hombre que tiene a mi corazón dando saltos mortales desde que lo conozco está junto a la puerta del cuarto de mantenimiento, con un pie apoyado en la pared y los brazos cruzados sobre el pecho.

Su sonrisa es oscura, misteriosa. Como siga mirándome así, voy a acabar tan mojada que iré dejando un rastro de babas a mi paso como un caracol.

Recompongo mi cara de póquer y camino lentamente hacia él, como la mujer segura de sí misma que ahora misma no soy.

—¿Me has seguido?

—¿Por qué huyes de mí? —responde con otra pregunta—. Cada vez que intento acercarme, te me escurres, Giulia.

—No estoy acostumbrada a tratar con hombres tan directos como tú.

Adriano enarca una ceja, extrañado por mi respuesta.

—¿Y con qué clase de mierdas has salido hasta ahora?

—Con chicos normales.

—Gilipollas que no sabían ni dónde estaba su polla, al parecer. —Camina hacia mí. Se asemeja a una pantera. Un animal salvaje que ha elegido su presa y tiene la intención de devorar hasta el último de sus huesos. Sin pretenderlo, retrocedo unos pasos, manteniendo las distancias, hasta que mi espalda choca con la pared—. Desde que te vi en la galería Umberto, tengo muy claro lo que quiero.

Apoya los brazos a cada lado de mi cabeza, acorralándome entre su cuerpo y la pared, pero sin rozarme.

—¿Y qué quieres? —Si dijera que no me tiemblan las piernas, mentiría—. ¿Qué pretendes conseguir?

—A ti —susurra muy cerca de mi boca—. Nunca había deseado poseer a nadie de esta forma.

—No sé a qué te refieres.

Se ríe entre dientes y me acaricia la mejilla con la mano en la que lleva el tatuaje de la calavera, dejando un ardiente cosquilleo en mi piel.

—No te preocupes, estoy más que dispuesto a explicártelo.

—¿Esto… Esto te funciona con las tías?

—No lo sé, ¿funciona?

No puedo evitar sonreír.

—No te conozco, Adriano.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Eres de la mafia?

—Directa al grano, ¿eh? —Se muerde el labio inferior y piensa unos segundos antes de asentir—. ¿Tienes algún inconveniente con eso?

—Estoy cansada de hombres malos.

—El único lugar donde seré malo contigo será en la cama.

—No me acuesto con cualquiera, y mucho menos el mismo día que lo conozco.

—Me alegro. —Sonríe encantado—. Porque yo no soy cualquiera, *tentazione*.

—Si quieres algo de mí, vas a tener que insistir —lo reto sin que la sonrisa se me borre de los labios. Me siento pequeña a su lado, mi campo de visión se reduce a él, su perfume logra nublarme la mente y su rostro perfecto y masculino mantiene mi corazón acelerado—. No vamos a follar esta noche.

—¿Por alguna manía en particular?

—Necesito conocer a la persona. Esa es mi manía, como acabas de llamarlo. No voy a abrirme de piernas con alguien a quien he visto dos veces, y de casualidad.

—¿Casualidad? —se ríe y me agarra las mejillas con una mano para que lo mire a los ojos. Los suyos son de un marrón tan oscuro que embriaga—. La primera vez, en la galería, sí fue casualidad. Lo de vernos aquí, no.

—¿Me has investigado?

—No me ha dado tiempo todavía. Pero uno de mis hombres ha averiguado quién era la dueña del estand de joyas y el hotel donde estaba alojada.

Me humedezco los labios y paseo la mirada por su rostro hasta que vuelvo a posarla en sus ojos.

—¿Puedo pedirte algo?

—Lo que te apetezca.

—No quiero que me investigues.

—¿Por qué?

—¿Deseas algo de mí? Esfuérzate. Hazlo de la manera tradicional. Como lo haría cualquier hombre con una chica que le atrae.

Mi reto parece gustarle, porque su sonrisa se torna amplia. Y yo me quedo más tranquila. No quiero que Adriano sepa quién es mi padre de momento. No sé a qué organización pertenece ni si tienen buenas relaciones con los Barone. Mezclar temas tan serios cuando ni siquiera nos conocemos me parece innecesario. Lo más probable es que acabe perdiendo el interés y no lleguemos ni a echar un polvo. Los hombres como él no se esfuerzan en estas cosas. Tienen

a demasiadas mujeres rondando cerca de sus camas, no lo necesitan.

No calculo el tiempo que pasamos en silencio, simplemente mirándonos, pero cuando Adriano abre la boca para decir algo más, escuchamos risas a nuestra espalda y el sonido de unos zapatos de tacón repiqueteando por el suelo de mármol. Lo veo fruncir el ceño por la interrupción y, cuando giramos la cabeza para ver de quién se trata, descubrimos a Siena y a uno de sus hombres comiéndose la boca, toqueteándose a lo bestia mientras corren hacia el aseo de mujeres. Mi amiga se ríe de nuevo y levanta los ojos hacia nosotros con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Giulietta, aprovecha con tu Romeo y recuerda lo de mañana! ¡Coño contento y rímel corrido!

Desaparecen por la puerta del aseo y escuchamos el portazo cuando entran en uno de los cubículos para follar. Parpadeo varias veces, intentando asimilar lo que acabo de ver. Mis ojos coinciden con los de Adriano, quien sonríe, sin ocultar que la situación le ha hecho gracia.

—Deberíamos imitarlos, *tentazione*.

—¡Cállate! —Me echo a reír y me tapo la cara con una mano antes de preguntar—: ¿Siena va a estar bien con él? Dime que ese tipo no es peligroso, por favor.

—¿Lorenzo? —Niega con la cabeza—. Tu amiga está en las mejores manos.

◆ ◆ ◆

Las calles de Nápoles están casi desiertas cuando regreso al hotel, salvo por las dos personas que caminan delante y que llevan una borrachera importante, pues se ríen de forma escandalosa y andan haciendo eses. Siena no ha venido conmigo. Me ha llenado el teléfono de mensajes disculpándose por dejarme sola y avisándome de que Lorenzo iba a llevarla a su hotel para seguir con su fiesta particular. Sabía que esto pasaría, pero lo que no imaginaba era con quién. Eso sí que ha sido una sorpresa. Que se divierta. Estoy

acostumbrada a sus locuras y no me molesta lo más mínimo. Sobre todo porque no estoy sola.

Adriano ha insistido en acompañarme a nuestro hotel y camina a mi lado, relajado pero vigilante, atento a cada pequeño detalle, a cada uno de mis movimientos. Cada vez que giro la cabeza para mirarlo, me sorprende el halo de poder que lo envuelve. Es innato, como si hubiera nacido para ser un líder. Los hombres como él son los más peligrosos para la salud mental de cualquier mujer. Embaucan con su aspecto, te llevan a su terreno, te embriagan con su voz de mando, con su masculinidad bruta y potente. Y cuando te quieres dar cuenta, estás perdida.

Mientras camino a su lado, nuestros ojos coinciden de vez en cuando. Bueno, en realidad, él casi siempre me mira. Y yo intento mantener el tipo como puedo.

—¿Eres profesora de música? —pregunta con el ceño fruncido, como si la idea no le gustase en absoluto. No hemos dejado de hablar desde que salimos de la discoteca—. ¿Por qué?

—¿Que por qué soy profesora de música? ¿O profesora en general?

—Ambas. —Niega con la cabeza—. Tú no deberías trabajar, Giulia.

—Sigues hablando como mi padre.

—Tu padre sabe lo que dice.

—Estamos en pleno siglo XXI. Las mujeres somos mucho más que madres, esposas y amas de casa. Hemos luchado muchos años por conseguir la igualdad.

—Lamento decirte que hoy en día estáis más en desigualdad y explotadas que nunca. Además de la casa y los niños, también tenéis que trabajar de sol a sol. —Acerca los labios a mi oído—. Cuando me case, no consentiré que mi mujer acabe extenuada cuando tiene a su hombre que debe ocuparse de la mitad de las obligaciones.

—¿Cómo consigues que tus ideas machistas no suenen tan mal? —Me río y le doy una suave palmada en el brazo—. Tienes tanta labia que serías capaz de convencer a la propia Mary Wollstonecraft de que abandonase la filosofía feminista y se pusiera a cocinar.

—¿Y a ti? —Gira la cabeza y me mira sonriente—. ¿Te estoy convenciendo?

—Mmm… No, lo siento.

—Eres más tenaz de lo que creía.

—No todas las mujeres nos dejamos impresionar por una mole guapísima de músculos.

—Conque no te he impresionado. —Se muerde el labio inferior y yo me derrito otro poco—. ¿Y qué debo hacer para impresionar a Giulia Fabbri?

—Me gustan las flores. —Sonrío—. Y los detalles inesperados. Sentirme elegida siempre por mi pareja. Que sepa montar un mueble sin enfadarse. Que se acuerde de mi cumpleaños. Que me diga algo bonito sin que yo se lo pida… No sé, ese tipo de cosas. Tampoco soy tan complicada.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —La sonrisa no desaparece de los labios de Adriano.

—El 3 de agosto. ¿Y el tuyo?

—El 25 de enero.

—¿Eres Acuario? —Hago una mueca—. Terco, independiente y emocionalmente distante.

—¿De dónde has sacado eso? —Me mira horrorizado.

—Astrología.

—¿Crees en esas cosas?

—No mucho, pero ha valido la pena por la cara que has puesto.

Sus carcajadas retumban a nuestro alrededor, haciéndome reír con él. Tiene una risa profunda y melódica. Perfecta. Como sigamos así, vamos a despertar a todos los vecinos, pero me da igual. Me lo estoy pasando bien. Demasiado bien, de hecho. Y me encanta. Joder, no debería encantarme tanto porque apenas lo conozco, pero la marea que despierta en mi cuerpo es acojonante.

Seguimos caminando, hablando de tonterías, como si fuera lo más normal del mundo entre los dos. Como si nos conociésemos desde hace siglos. Sin embargo, antes de que nos demos cuenta, hemos llegado a mi hotel y Adriano guarda silencio.

—Pues… ya estamos aquí.

—Hotel Vesubio Mare —lee el nombre en el frontón, situado entre dos columnas de mármol—. Parece un buen sitio.

Lo es. Nuestro hotel es un edificio señorial de cinco plantas de estilo neoclásico, con muros color ocre. La fachada parece algo desgastada por el tiempo, al igual que los bordes de las cornisas, gracias a la brisa salina. Sobre la entrada hay tres banderas, la italiana, la de la Unión Europea y la del propio hotel, y para acceder al recibidor, dos amplias puertas de madera oscura que dejan ver el elegante interior.

—Es el mejor hotel en el que he estado. —Sonrío—. Siena es un hacha para estas cosas.

—Vamos, te acompaño hasta tu habitación.

—No es necesario.

—Sí que lo es. —Adriano entrelaza nuestras manos, obligándome a seguirlo—. Me aseguraré de que llegues bien.

—No van a secuestrarme en el descansillo. —Río.

—Por si acaso.

—¿Siempre eres tan mandón?

No responde, se limita a mirarme de soslayo y a sonreír entre dientes. Me lo tomaré como un sí.

—¿En qué planta está tu dormitorio?

—En la cuarta.

—¿Número?

—Cuatrocientos siete. —Resoplo—. ¿Quieres saber también mi talla de sujetador?

—Eso lo averiguaré por mí mismo.

—Eres un chulo —vuelvo a bufar.

Pulsa el botón del ascensor y las puertas se abren de inmediato. Entonces tira de nuevo de mi mano y nos mete dentro antes de que nadie pueda subir con nosotros. Cuando las puertas se cierran y quedamos aislados, soy plenamente consciente de lo pequeño que es este sitio. Adriano ocupa más de la mitad del espacio. Y todavía tengo que retroceder más cuando da un paso hacia mí, aprisionándome entre su cuerpo y la pared. Apoya las manos a cada lado de mi cabeza y mi respiración se vuelve trabajosa. Los latidos se me han revolucionado.

—¿No estás demasiado cerca?

—Sí.

—¿Qué se supone que haces? —Sonrío.

—Aprovechar el tiempo. —Pasea las pupilas por mi rostro y se humedece los labios cuando las posa en mi boca—. Podría devorarte aquí mismo, *tentazione*.

—No te he dado permiso para besarme.

—No lo necesito.

—¿Y por qué no lo haces?

La comisura de sus labios se curva todavía más.

—Porque me vas a besar tú.

—¿En serio? —Trago saliva, a pesar de que tengo la garganta seca de pura excitación. No puedo apartar la vista de su cara, de sus labios, de la forma en la que me sonríe.

Agarra mi barbilla con una mano y jadeo con la seguridad de que va a hacerlo. Sin embargo, no se acerca; sigue mirándome como si quisiese memorizar cada centímetro de mi rostro.

—¿A qué se refería tu amiga con eso de los coños contentos?

Su pregunta me hace reír.

—Siena se ha empeñado en que tengo que follar esta noche. Dice que mañana desayunaremos juntas con la máscara de pestañas corrida por la cara y el coño contento. —Me sujeto a su americana. Tenerlo tan cerca está empezando a producirme vértigo—. Ella… Ella quería que me tirase a alguien esta noche, a cualquier tío que me gustase.

—¿A cualquier tío? —Frunce el ceño. Mi respuesta no le ha gustado—. ¿Tiene más de dos neuronas funcionales en el cerebro?

—No es eso. Siena sabe que he pasado mucho tiempo de sequía y…

—¿Sequía? ¿Cómo que sequía?

—Sexual.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Sequía sexual? —Frunce el ceño—. ¿Tú, en serio?

—¿Tanto te extraña? —Sonrío.

—Joder, sí.

Me humedezco los labios y suspiro mientras jugueteo con la tela de su manga como si nada.

—Llevo una larga temporada sin encontrar a alguien con quien me apetezca… hacerlo.

—Porque no eran más que gilipollas.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé y punto.

La puerta del ascensor se abre de repente cuando llegamos a la cuarta planta, pero ninguno de los dos nos movemos de nuestro sitio. Seguimos de pie contra la pared, mirándonos a los ojos, encajonada por su cuerpo y con unas ganas locas de que me bese. Adriano quiere hacerlo. Yo quiero que lo haga. Pero ha dejado claro que quien tiene que dar el primer paso debo ser yo. Así que me pongo de puntillas con suavidad y acerco nuestras caras hasta que su nariz roza la mía.

Por primera vez desde que lo conozco, la sonrisa se le borra de los labios y su respiración se acelera tanto como la mía. Entonces salvo la distancia que nos separa y junto nuestros labios en un beso suave que logra ponerme la piel de gallina. No dura más que unos segundos. Pero, en cuanto me separo, me percato de que el pecho de Adriano sube y baja a mucha velocidad. Traga saliva con el cuerpo crispado contra el mío y niega con la cabeza, como si ya no pudiese soportarlo más.

—Joder, Giulia —susurra entre dientes antes de lanzarse a mi boca, pero esta vez con una fuerza y una intensidad devastadora, consiguiendo que nuestros labios colisionen en un beso salvaje y despiadado al que no puedo resistirme.

5

Giulia

Me devora la boca. Su lengua empuja contra mis dientes para que la deje entrar y, cuando lo hago, un jadeo escapa de mi garganta al sentir que no hay rincón que Adriano no tenga intención de reclamar. Lame, mordisquea, succiona. Sus manos rodean mi cintura y me aprietan contra él tan fuerte que puedo notar en el estómago la enorme dureza de su polla.

La puerta del ascensor amenaza con volver a cerrarse, pero él pone un pie para que eso no ocurra. Entonces, me levanta en peso y salimos al pasillo, donde seguimos comiéndonos con una desesperación abrumadora.

Chocamos con la pared y el sonido retumba a nuestro alrededor. Sonríe contra mi boca y me muerde la comisura, bajando poco a poco por mi mandíbula hasta que besa mi cuello.

—Oh… —gimo muy excitada y me agarro fuerte a sus brazos, dejándome hacer. Sus dientes se clavan en mi piel; sé que me dejará marca y que no es lo más profesional para una maestra de primaria, pero, joder, ahora mismo me da exactamente igual. No quiero que pare—. Adriano…

—Eso es, *tentazione*, di mi nombre —susurra de nuevo contra mi boca—. Me encargaré de que nunca pronuncies otro nombre que no sea el mío.

Vuelve a devorarme y me levanta en peso por segunda vez, logrando que enrede los brazos en su cuello para no perder el equilibrio. Mi espalda choca con la pared de enfrente, pero en lugar de quejarme por el golpe, gimo más fuerte cuando una de sus manos me aprieta con fuerza el trasero. Tengo el coño tan mojado

como nunca. Adriano es una maldita fantasía convertida en hombre. ¿Cómo demonios besa así? Es como si me estuviera follando con la boca, como si estuviera besándome de arriba abajo; todo mi cuerpo arde por él.

De repente, me inmoviliza los brazos contra la pared y otro golpe resuena por todo el pasillo. Se relame los labios y gruñe como un animal salvaje cuando me obliga a arquear la espalda y mis tetas quedan levantadas hacia él.

—¡Maldita sea, ¿es que no han visto la hora que es?! —Una repentina voz a nuestra izquierda nos interrumpe. Al girar la cabeza, descubrimos a un hombre calvo y con cara de sueño que se asoma por la puerta más cercana—. ¡Ya está bien de tantos golpes, algunas personas queremos dorm…!

Se queda mudo cuando Adriano saca un arma y lo apunta a la frente, contemplándolo con el rostro helado, amenazante, aunque sin soltarme en ningún momento.

—Cierra la maldita puerta y no se te ocurra volver a molestarnos a no ser que quieras acabar la noche con tres agujeros en tu brillante calva de gusano.

—¡Pe… Pero, señor!

Adriano apunta al techo y dispara sin pensárselo, logrando que una pequeña parte de la moldura de yeso le caiga al tipo en la cabeza.

—No lo repetiré, perro.

El hombre se esconde dentro de su habitación tan rápido como salió, cerrando la puerta con pestillo, y nos quedamos a solas de nuevo en el pasillo. El único sonido que escucho ahora es el de nuestras respiraciones aceleradas. Adriano no intenta volver a besarme; se limita a mirarme y a acariciarme los labios, como si estuviese haciendo el esfuerzo más difícil de su vida por no echarme sobre su hombro y follarme en cualquier esquina.

—Puto aguafiestas —susurra con anhelo.

—Pero tiene razón, es tarde. Todos los huéspedes están durmiendo y nosotros hacíamos bastante ruido.

—Eso no era ruido, *tentazione*. El día que pueda follarte, te enseñaré qué es hacer ruido de verdad. —Acerca su rostro y roza

mis labios con la punta de su nariz—. ¿Estás cansada?

—Un poco.

—¿Me invitas a entrar en tu dormitorio?

Una suave sonrisa curva mis labios mientras acaricio la tela de la solapa de su americana.

—No, Adriano. Aún no.

—Así que voy a tener que ganármelo de verdad.

—Vas a tener que ganártelo.

—¿Solo os quedáis este fin de semana en la ciudad? —se asegura con voz suave.

—Mañana por la tarde volvemos a Roma —asiento.

—Te invitaría a desayunar, pero no estaré aquí cuando amanezca. Tengo algunos asuntos de los que encargarme y que me mantendrán ocupado unos días.

—Ah, claro. —No quiero demostrar que estoy decepcionada, pero lo estoy. Ahora es cuando nos despedimos y no vuelvo a saber nunca más de él—. Entonces, deberías irte a descansar.

Adriano me mira a los ojos y suspira antes de asentir.

—Dame tu teléfono. —Frunzo el ceño por la petición; sin embargo, lo saco del bolso, lo desbloqueo y se lo ofrezco. Él teclea en silencio durante unos segundos y la melodía de su propio móvil comienza a sonar dentro del bolsillo de su pantalón—. Ahora tienes mi número, Giulia. Úsalo.

◆ ◆ ◆

Doy mil vueltas antes de quedarme dormida. Estoy demasiado acostumbrada a mi cama, y la del hotel, a pesar de ser bastante cómoda, me resulta extraña. Tumbada boca arriba, con los ojos fijos en el techo, me da tiempo a pensar en todo lo que ha ocurrido desde que llegamos a Nápoles. Aunque nuestra aventura en la ciudad comenzó no demasiado bien, por la vergüenza de posar con el collar de Siena delante de toda esa gente, reconozco que lo repetiría mil veces si con eso volviese a encontrarme de nuevo con él.

No puedo creer que esté diciendo esto, pero me apetece muchísimo ver de nuevo a un tipo que ha admitido abiertamente que pertenece a la mafia. Llevo toda la vida renegando de mi padre y de los Barone por lo que son y lo que representan, y ahora voy y me lío con un hombre con las mismas taras y moralidad que ellos.

Estoy para que me encierren, joder.

He huido de los hombres turbios desde que tengo uso de razón. Salido con chicos normales, con trabajos decentes y personalidades suaves, para, en un abrir y cerrar de ojos, acabar comiéndome la boca, y más caliente que un horno industrial, con un tipo de los malos. Uno repleto de tatuajes y personalidad de matón, que empezó la noche sopesando la posibilidad de raptarme. Lo peor de todo es que me da igual. En unas horas, Adriano ha hecho que mi cuerpo reaccione de un modo brutal; nunca había sentido algo así. A su lado, los demás hombres con los que he salido me parecen insípidos y sin gracia.

Y ahora voy a llevarme la hostia del siglo cuando no vuelva a llamarme. Porque no va a hacerlo. Más vale que no me haga ilusiones y acepte que he desaprovechado la única oportunidad que tendré jamás de follarme a un tío como él.

Cuando amanece, apenas he dormido más de una hora seguida y estoy tan cansada que ni las campanas del duomo, que no dejan de repiquetear, logran que me levante. Me pesan los ojos. Se me cierran… hasta que la puerta de la habitación se abre de par en par, dando un fuerte golpe contra la pared. Por ella aparece Siena, que acaba de regresar de su noche de sexo con el tipo que acompañaba a Adriano.

—¡Madre mía! ¡Cómo follaba ese hombre! —Se tira en mi cama con teatralidad, aplastándome—. No voy a poder andar con las piernas juntas el resto de mi vida.

Aprieto los labios para no soltar una carcajada y la empujo para que se quite de encima.

—Pues se te ve muy despejada para haber pasado toda la noche dándole al tema.

—Uuuf, es por la adrenalina. —Apoya la cabeza en la almohada y me mira a los ojos. Tiene la máscara de pestañas corrida—. ¡Y qué

boca tiene!

—¿Besaba bien?

—No me refiero a eso. —Da una palmada al aire—. Sino a las guarradas que salían de sus labios. Voy a tener que confesarme o iré directa al infierno.

—Pagaría por ver la cara del cura al que le cuentes lo de esta noche.

—Acabaría excomulgada. Lorenzo y yo hicimos cosas que deben estar penadas por ley.

—Ilegalidades aparte, me alegro de que te lo pasases bien con él.

—Me hacía mucha falta liberar tensiones. —Asiente sin dejar de sonreír—. Llevo unos meses sin salir del estudio. Esta nueva colección de joyas me ha costado horrores.

—Pues te ha quedado preciosa.

—Sí, sí, preciosa y todo lo que tú quieras, pero ¿qué pasa contigo?

—¿Qué pasa conmigo?

—¡Empieza a cantar y cuéntame cómo ha sido magrearse con ese portento de la naturaleza que me dio calabazas y prefirió follarse a mi mejor amiga! —Salta de nuevo en la cama y se pone de rodillas a mi lado, mirándome con una sonrisilla tontorrona—. Dime que la tiene como un barco de grande y que empotra como si quisiera cerrar un cajón atascado, y que…

—¡Siena, para! —Me echo a reír.

—No, no paro. ¡Quiero saberlo todo!

—Es que no pasó nada.

—¡No me jodas! —Me mira con la misma decepción que mi antigua nutricionista cuando le dije que la fruta que más comía era el yogur de fresa—. ¡Dime que te estás quedando conmigo! ¡Tiene que ser una broma!

—No me acosté con él —repito, cada vez más arrepentida de no haberlo hecho.

—¡Pero ¿por qué?! ¡Lo tenías babeando por ti! ¿Es que no viste cómo te hablaba, cómo te sonreía? ¡En mi vida me han mirado como ese hombre te miraba a ti! ¡Y tú vas y no te lo follas!

—Siena, yo no soy así.

—¡Todas somos así con tíos como él!

—Bueno, en realidad, nos besamos —acepto con una suave sonrisa.

—¿Y cómo besa?

—Pfff… Es increíble.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Estaba segura, joder, solo hay que verlo! ¡Y tú la has cagado! ¡Podríamos haber sido las Audrey Hepburn italianas y haber desayunado recién folladas delante de alguna tienda de lujo, pero no, porque mi mejor amiga ha dejado pasar a un hombre flipante!

—Tengo su teléfono.

—Y yo tengo un billete de lotería del año pasado. ¡O sea, nada! No vas a volver a saber de él ni te va a llamar. Estas oportunidades no pasan dos veces.

Cuando voy a contestar, el sonido de la puerta nos interrumpe. Alguien está traqueteando. Siena y yo nos miramos con el ceño fruncido y nos ponemos de pie para ir a abrir. No esperamos a nadie, que yo sepa. Nada más hacerlo, uno de los camareros del hotel nos sonríe con mucha amabilidad mientras empuja un carrito metálico con ruedas, repleto de comida y café caliente.

—¿Señorita Giulia Fabbri?

—Sí, soy yo. Pero no he pedido nada del servicio de habitaciones.

—Es un regalo —aclara tras dejar el carrito dentro de la habitación. Después, me da una tarjeta doblada por la mitad—. Esto también es para usted.

Cuando volvemos a quedarnos a solas, Siena y yo nos miramos con los ojos muy abiertos.

—¡Abre la nota! —exclama, dando pequeños saltitos delante de mí —. ¡Muero de la curiosidad!

Yo tampoco puedo esperar. Desdoblo la pequeña cartulina; en su interior hay un mensaje escrito con una cuidada caligrafía en tinta negra.

No estoy ahí para desayunar contigo, pero sí
puedo invitarte al mejor almuerzo de la ciudad.
Adriano.

Los latidos del corazón se acaban de volver locos dentro de mi pecho y la mano con la que sujeto la tarjeta comienza a temblar mientras releo el mensaje. Me muerdo el labio inferior y miro a Siena con un brillo ilusionado en las pupilas.

—Ha sido él.

—¡Júramelo! —Le paso la tarjeta para que la lea y su expresión muta de la sorpresa a la estupefacción—. Giulia, nena…

—¿Sí?

—¿Qué coño le has hecho a ese hombre? No sé cómo fue el beso que os distéis ayer, pero este es el detalle más jodidamente bonito del mundo.

Viajamos en tren de regreso a Roma esa misma tarde y me despido de Siena con un abrazo antes de tomar el autobús que me lleva a Monte Sacro, el barrio donde vivo. Son las ocho de la tarde y tengo el tiempo justo de deshacer el equipaje y recuperar las horas de sueño para no quedarme dormida en clase encima de cualquier xilófono.

A las once menos cuarto, me meto en la cama y toqueteo mi teléfono. Vuelvo a la conversación que empezamos Adriano y yo esta mañana, cuando le agradecí por mensaje el haberme invitado a ese desayuno que ni siquiera pude acabar con la ayuda de Siena. Su respuesta fue amable pero corta: «Un placer, *tentazione*». No quise insistir ni escribir nada más para no resultar pesada. Sé que está ocupado con sus chanchullos con la mafia y lo último que necesitará es que una tía que acaba de conocer esté dándole el coñazo con tonterías.

◆ ◆ ◆

La semana empieza como cualquier otra. Los días pasan entre el colegio, recoger la casa y mirar cada cinco minutos el teléfono en busca de algún mensaje de Adriano. Espóiler: nunca lo hay. Y a pesar de estar mentalizada de que esto iba a pasar, me siento desilusionada. La vida son oportunidades y yo dejé escapar una

oportunidad de oro con él. Así que ahora no tengo ningún derecho a quejarme.

El miércoles por la tarde, al terminar la jornada lectiva, me quedo hablando un par de minutos con el jefe de estudios. Uno de los niños a los que doy clase está empezando a comportarse de un modo extraño con el resto, y le he pedido que programe una reunión con sus padres. Cuando vuelvo a quedarme sola en clase, me cuelgo el bolso en el hombro y borro la última lección que hay en la pizarra antes de marcharme a casa. Sin embargo, cuando estoy a punto de dejar el borrador en el canasto, me sobresalta un carraspeo a mi espalda. Al girarme para ver de quién se trata, encuentro a un repartidor, vestido con un mono azul oscuro, que lleva en la mano un precioso ramo.

—¿Giulia Fabbri?

—Soy yo.

—Esto es para usted. Firme aquí, por favor.

Hago un garabato en el papel y el hombre se marcha, dejándome en los brazos el enorme ramo de rosas rojas. No me da tiempo ni a leer la tarjeta cuando mi teléfono comienza a sonar. Mas, al sacarlo del bolso y leer el nombre de Adriano en la pantalla, apoyo la espalda en la pared, pues todo mi cuerpo comienza a temblar. Nada más ponerme el aparato al oído, escucho su voz:

—Contéstame a una pregunta, *tentazione* —comienza a hablar con su voz grave y oscura—. ¿Conservas mi número en la agenda?

—Eeeh, sí.

—¿Y por qué no me has llamado?

—Pensaba que estarías muy ocupado con tus asuntos.

—Nunca voy a estar tan ocupado como para no responderte, Giulia.

Me muerdo el labio inferior al tiempo que acaricio una de las rosas. Volver a escuchar su voz es como un chute de adrenalina directa en vena.

—También podrías haberme llamado tú.

—Un gilipollas arrojó mi teléfono a un cubo de ácido mientras nos deshacíamos de… algo, y no he podido conseguir otro hasta hoy.

—No voy a preguntarte qué hacíais con un cubo de ácido. Esta noche quiero dormir sin pesadillas.

—Entonces, mejor que no lo sepas. —Se ríe y guardamos silencio unos segundos—. ¿Cómo estás?

—Bien. Iba a marcharme a casa cuando me han traído el ramo. —Sonrío de nuevo—. Gracias, Adriano. No hacía falta.

—¿Te gustan las flores?

—Son preciosas. —Apoyo la cabeza en la pared y suspiro—. ¿Cómo has sabido dónde trabajaba?

—Tengo mis trucos.

—Y me has investigado, ¿verdad? —Pongo los ojos en blanco.

—Solo un poco. Lo justo y necesario para saber a dónde tengo que ir a verte este fin de semana.

—¿Vienes? —Se me ilumina el rostro.

—Si no se tuerce ningún asunto, el sábado estaré libre. ¿Tenías planes?

—No.

—Perfecto, no hagas ninguno porque voy a quererte para mí solo esos dos días completos.

—Prepararé el sofá para que puedas dormir en casa. —Escucho su bufido al otro lado de la línea y me echo a reír—. Disimulas muy mal que no te ha gustado la idea.

—No voy a dormir en un puto sofá cuando tú estás sola en una cama.

—Si quieres que te deje un hueco a mi lado, vas a tener que convencerme —respondo retándolo.

—Dalo por hecho.

6

Giulia

El viernes por la tarde, cuando empieza a anochecer, salgo de la ducha y me envuelvo en un albornoz blanco mientras me desenredo el pelo.

Solo hace media hora que llegué a casa, aunque las clases terminaron a las cuatro. He pasado primero por el supermercado para que mi nevera no parezca la superviviente de una masacre zombi. Mañana viene Adriano y, como no sé lo que le gusta comer, he comprado un poco de todo. Espero haber acertado. Llevo tres días con el estómago encogido por los nervios. Dios, es que ¡va a venir a verme! ¡Y no puedo estar más eufórica!

Hemos hablado mucho desde el miércoles, cuando me envió el ramo de flores al colegio. Me escribe mensajes cada vez que tiene un rato libre; conversamos de lo que nos gusta, de lo que haremos cuando llegue a Roma. He prometido hacerle un *tour* por la ciudad para enseñarle mis rincones favoritos. Los que están alejados de las zonas turísticas, los que solo frecuentamos los romanos. Y él está siendo un encanto, joder. Detallista, atento, con un toque chulesco que me encanta…

Desde que lo conozco, he tenido que aprender a medir mis palabras. Ayer por la tarde, mientras hablábamos por teléfono, comenté que tenía antojo de *supplìs* y, a los veinte minutos, un repartidor llamó a la puerta con una caja de doce para mí sola.

Dejo el cepillo dentro del cajón y me miro una última vez antes de salir del baño. Llevo el cabello mojado, pero hace bastante calor y me apetece que se seque al aire. Camino descalza por el salón,

disfrutando de la frescura del terrazo, y aprieto un poco más el lazo del albornoz para que no se abra.

Dos de mis compañeras del colegio me han invitado a una fiesta, pero no voy a ir. No me apetece llegar a las tantas. Quiero estar fresca para cuando él llegue mañana. Enciendo la televisión del salón y me dejo caer en el sofá con un suspiro de satisfacción. Sin embargo, ni siquiera me da tiempo a cambiar de canal cuando mi teléfono empieza a sonar. Sonrío al leer el nombre en la pantalla y me lo pongo al oído.

—Hola, papá.

—*Principessa*, ¿cómo fue la semana?

—Bien. —Frunzo el ceño—. ¿Desde cuándo me llamas los viernes?

—¿Es que no puedo preocuparme por cómo le ha ido a mi pequeña?

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y suspiro.

—He estado hasta arriba con el tema de la evaluación final. El lunes tengo que darle al jefe de estudios las notas de los niños.

—¿Y dónde fuiste el pasado fin de semana?

Me pongo recta.

—¿Cómo sabes…?

—Mis hombres me dijeron que saliste de Roma.

—¿Puedes dejar de mandar a tus malditos secuaces a vigilarme?

—Eres mi hija, Giulia. Es normal que me preocupe.

—No me vigilabas tanto cuando era una niña.

—Es ahora cuando debo alejar a los buitres de ti, *bambina mia*. Eres un bocadito joven y demasiado jugoso para esos perros.

—¡Es que no quiero que alejes a nadie! ¡Soy lo suficientemente madura como para elegir mis relaciones!

—Sí, ya, pero ¿dónde fuiste? —insiste sin tener en cuenta lo que acabo de decir.

Suspiro.

—Te lo digo si me prometes que vas a dejarme en paz y no mandarás de nuevo a tus hombres a vigilarme.

—Pues no metas en tu casa a ese gilipollas de Domenico Vitale, ni a ninguno de esos tipos a los que tuve que espantar.

—No lo haré, te lo prometo. —Sonrío. Adriano está fuera de su lista. Perfecto.

—Está bien, *piccolina*, nada de vigilantes. Y ahora, dime dónde fuiste.

—A Nápoles.

—¿Qué se te ha perdido a ti en terreno de la Camorra?

—¿Los Barone os… lleváis mal con ellos? —Me muerdo el labio inferior. ¡Que diga que no, que diga que no!

—No nos llevamos mal. Hacemos negocios de vez en cuando.

—¡Qué bien, joder! —suspiro aliviada por Adriano.

—¿Bien? ¿Por qué? ¿En qué te beneficia que tengamos buena relación con la Camorra?

—Oh, no, por nada. Es que… está bien que no todos sean enemigos de la familia —finjo.

—Valentina está casada con un Bianchi. Tenemos una relación cordial con ellos.

—No sé quién es esa señora, papá.

—Mi hermana. La conocerás cuando vengas a casa.

—Aaah.

—¿Y qué has hecho en Nápoles?

—He ido con Siena a una feria de joyería. A presentar su nueva colección.

—Avísame la próxima vez que vayas a viajar.

—Ni lo sueñes —respondo contundente.

—Giulia, *amore*, eres terca como mi madre. —Chasquea la lengua, dándose por vencido—. Tus hermanos irán a por ti el próximo sábado. Les he dicho que se lleven el furgón para cargar tus cosas.

—Papá, voy de visita un par de semanas, no necesito un furgón —me río.

—Las mujeres tenéis demasiada ropa. Mejor ser precavido.

Ni siquiera me da tiempo a responder, porque cuelga enseguida. Ya estoy acostumbrada a que pierda el interés cuando consigue lo que pretende, que, en este caso, ha sido sonsacarme dónde estuve el fin de semana. Supongo que es deformación profesional. Está tan acostumbrado a tenerlo todo controlado y a que todo el mundo le

obedezca que no se preocupa cuando es desconsiderado o insistente.

Me guardo el teléfono en el bolsillo del albornoz y alargo la mano para coger al fin el mando del televisor. Sin embargo, antes de poder incluso rozarlo, el móvil vuelve a sonar.

Esta vez, cuando leo el nombre que se refleja en la pantalla, el corazón se me dispara. Es Adriano. No esperaba que llamase tan pronto. Suele hacerlo por las noches, cuando estoy tumbada en la cama. Ni siquiera tengo que responder cuando me pongo el aparato en el oído; él lo hace antes.

—¿Con quién hablabas? Tu teléfono no dejaba de comunicar —comenta con su oscura y sensual voz.

—Hola a ti también. ¿Hoy es el día de los interrogatorios?

—¿Qué? —Por su forma de contestar sé que debe estar frunciendo el ceño.

—Dos llamadas, y en las dos todo son preguntas.

—¿Quién te ha llamado? —insiste.

—Mi padre. Al parecer, últimamente, está muy interesado en mi vida amorosa.

—¿Le has hablado de mí?

—Eeeh, no.

—Deberías hacerlo, *tentazione*.

—Nos hemos visto una vez. —Me río.

—La primera de muchas. Cuanto antes sepa tu padre que existo, mejor para todos.

—Lo sabrá a su debido tiempo. Ni siquiera estamos saliendo.

—¿Te preocupa que pueda rechazarme por ser quién soy?

—Primero: la que tiene que aceptarte o rechazarte soy yo, no mi padre. Segundo: ¿por qué iba a preocuparme? Si no le gustan los hombres con los que salgo, es su problema, no el mío.

—La familia es importante, Giulia.

—No estoy unida a ellos.

—¿Por qué?

—Es un tema delicado.

—Si me das su teléfono, puedo hablar con él personalmente. Soy de fiar y no debe temerme.

—Mi padre no le tiene miedo a nadie. Al revés.

—Bien, entonces, lo llamaré para presentarme y dejarle claras mis intenciones contigo.

—¿Cómo que tus intenciones? ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Tú qué crees?

—Creo… creo que me estoy agobiando —acepto a media voz. Y no es por Adriano. Es que, en cuanto Riccardo Barone sepa que salgo con otro hombre, no parará hasta que lo haya espantado, y no quiero. Me gusta. Me apetece conocerlo de verdad, aunque tenga un padre obsesionado con que nadie es lo suficientemente bueno para mí.

Después de unos segundos en silencio, vuelvo a escuchar su voz:

—Giulia, en realidad te he llamado porque tengo que decirte algo. —Suspira—. No voy a poder ir a verte mañana.

—Aaah. —Es lo único que puedo decir. Siento como si una bola de decepción comenzara a crecerme en el estómago. Llevo una semana deseando volver a verlo. Dos días eufórica al saber que vendría. Soñando despierta con cómo sería. Pero, finalmente, eso no va a pasar.

—No te enfadas, ¿verdad?

—No, no, claro que no —me apresuro a responder, intentando sonar indiferente y serena. Como una adulta racional, aunque en el fondo tenga ganas de gritar y maldecir por haberme hecho ilusiones —. No pasa nada. Ya nos veremos en otra ocasión y…

—Ha surgido algo.

—No tienes que darme explicaciones.

—¿No quieres saber por qué no voy?

—Eres de la mafia, ¿no? Estarás ocupado deshaciendo cuerpos en ácido y… yo qué sé. Lo que quiera que hagas. No hace falta que me digas el…

—Giulia —me interrumpe en medio de mis cavilaciones.

—¿Qué?

—Abre la puerta.

—¿C… cómo? —Me quedo de piedra, se me cae el teléfono en el regazo y me apresuro a ponérmelo de nuevo en la oreja—. ¿Qué has…?

—No puedo ir mañana a verte porque ya estoy aquí. En el 25 de la vía della Lungaretta. Es el edificio donde vives, ¿verdad? Primer piso, puerta D.

Me levanto del sofá de un salto y tengo que sujetarme el estómago por los nervios. Me cuesta incluso respirar cuando vuelvo a preguntar:

—¿De verdad? ¿Estás aquí?

—De pie en el rellano. —Suena el timbre de casa y también lo oigo a través del teléfono—. ¿Abres?

La mano con la que sujeto el móvil me tiembla tanto que tengo la sensación de que se me caerá al suelo. Corto la llamada y lo tiro sobre el sofá, mirando fijamente la puerta, tras la que está Adriano. Tengo el corazón revolucionado, me late a un ritmo frenético y la sangre recorre mis venas a tres mil revoluciones por segundo. Sin aguantar las ganas, corro hacia la entrada y quito el pestillo que mantiene la puerta asegurada.

Cuando abro, lo descubro frente a mí. Es como si la tierra acabase de escurrirse bajo mis pies. Vestido de negro, apoyado en el marco, tan alto y corpulento como lo recordaba; con una sonrisa ladina dibujada en los labios que se acentúa al verme. Ahora mismo, me parece incluso más guapo e irresistible que hace una semana. Quizá sean las ganas que tenía de volver a verlo, pero noto sus ojos más oscuros y anhelantes, sus labios más apetecibles, su torso más ancho. Está buenísimo, joder.

Lleva el pelo peinado hacia atrás, despejando completamente su rostro cuadrado. Me observa con intensidad, como si fuera el filete más jugoso del bufé y él estuviese hambriento. Incluso se humedece los labios cuando posa la mirada en mi boca. Lleva colgado del hombro derecho un petate militar en el que ha traído ropa para pasar el fin de semana, y en la mano una gran caja de bombones que me ofrece sin mediar palabra.

—Gracias. —La acepto ilusionada, tan feliz de verlo que apenas sé cómo actuar—. No deberías comprarme tantas cosas. Me voy a malacostumbrar.

—Si soy yo quien te malacostumbra, está bien. —Se me eriza la piel de los brazos solo con escuchar su voz. No, en serio, ¿qué

demonios me pasa con él? Nunca he sido tan impresionable, ni mi cuerpo se había comportado como un estúpido tembloroso con tanta facilidad.

—No te esperaba hoy.

—Hemos terminado un poco antes con lo que teníamos entre manos. —Sus ojos se posan de nuevo sobre los míos—. ¿Puedo pasar?

—¡Oh, claro, joder, por supuesto! —Me hago a un lado, sintiéndome tonta por haber estado bloqueando la puerta desde que he abierto. Adriano entra en casa y me sigue hasta el salón. Apoyo la caja de bombones sobre la mesilla auxiliar—. Deja el bolso donde quieras.

—En tu habitación.

—¿De verdad que no prefieres el sofá? Es muy cómodo —replico, y me echo a reír al ver que pone los ojos en blanco. Doy un golpe de cabeza, señalando el pasillo—. La segunda puerta a la izquierda.

—Guíame tú.

—¿Tienes miedo de perderte en un apartamento de sesenta metros cuadrados?

—Quiero seguir viendo cómo mueves el trasero dentro de ese albornoz. —Me mira de arriba abajo y se muerde el labio inferior—. ¿Siempre recibes a las visitas vestida así?

—¿Tú qué crees?

—Por el bien de tus visitantes, mejor que no.

—¿Eso ha sido una amenaza, señor mafioso?

—En toda puta regla. —Sonríe misterioso.

—Para tu información, acabo de darme una ducha, y no esperaba a nadie.

—Entonces, he llegado en el mejor momento.

Bufo divertida y le doy la espalda, guiándolo por el pasillo. Sin embargo, el burbujeo de mi estómago no desaparece en ningún momento porque, aunque no lo veo, sé que Adriano no aparta la vista de mi cuerpo. Cuando cruzamos la puerta de mi dormitorio, él contempla todo lo que hay a nuestro alrededor. Desde la gran cama de matrimonio, pasando por las modernas mesitas de noche de madera blanca satinada, hasta acabar en el baño, en el que todavía

se observan las huellas de vapor en el espejo de cuando me he duchado.

Adriano deja el petate en una de las mesitas y se acomoda sobre el colchón, muy cerca de mí. No pide permiso, no le preocupa hacer algo que esté fuera de lugar. Él hace lo que quiere, toma lo que le apetece. A pesar de que no dice nada, su expresión es de todo menos inofensiva. Parece un animal salvaje reclamando un nuevo territorio. Y a la presa que va a devorar. Mi respiración se acelera cuando levanta una mano y me hace una señal con dos dedos para que me acerque.

—Ven aquí, *tentazione*.

—¿Para…? —Sonrío, retadora.

—Da igual el motivo, ven.

—No te he dado permiso para que te tomes tanta confianza, y mucho menos en mi dormitorio. —Enarco una ceja, divertida—. Te he ofrecido mi sofá y lo has rechazado.

—No he conducido cinco putas horas para dormir en un sofá. —Alarga el brazo y atrapa mi mano, tirando de ella hasta que me tiene acorralada entre las piernas.

Ni siquiera me ha acariciado y ya siento una caliente humedad en mi sexo. Sobre todo cuando me apoya las manos en la parte trasera de los muslos y empuja más hacia él, hasta que mi pecho queda pegado a su cara.

—Desde Nápoles a Roma no hay cinco horas en coche —comento lo primero que se me ocurre, intentando quitarle intensidad a este momento.

—No vengo de Nápoles.

—Pero la ropa…

—Preparé el petate el sábado pasado, cuando me fui de tu hotel. —Me agarra las mejillas con una mano y acerca mi rostro al suyo para susurrar—: Esa noche supe que iba a volver a verte.

—¿Sin preguntarme? ¿Y si no hubiese podido?

—Habrías podido —declara convencido—. Me hubiera encargado de ello.

—Eso es pecar de confiado, señor mafioso.

—Cuando quiero algo, hago todo lo que está en mi mano para conseguirlo, Giulia.

—¿Y si me hubiera negado? En este caso, también tengo derecho a opinar, ¿no?

—Opina cuanto quieras. —Sonríe y roza mis labios con su nariz, logrando que me tiemblen las piernas—. Pero primero vas a saludarme. No me has dicho ni hola cuando he venido.

Es verdad. Estaba tan sorprendida y eufórica por volver a verlo que se me ha olvidado. Mis ojos se clavan en los suyos. Veo la diversión en sus pupilas mezclada con una ardiente oscuridad que me acelera el pulso.

—Hola —susurro cerca de su boca.

—Continúa.

—Me alegro de volver a verte.

—*Tentazione*, espero algo mejor que ese saludo anodino e impersonal.

—¿Por qué no me besas ya? —lo animo, mientras le acaricio los tatuajes del cuello—. Es lo que quieres.

—No voy a hacerlo.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—Tú primero, ¿recuerdas? —Acerca sus labios a mi oído—: Como en el ascensor. Quiero que des el primer paso.

—¿Es algún fetiche tuyo que deba saber?

—Uno que no sabía que tenía —asiente—. Necesito que la preciosa chica de la galería Umberto demuestre interés sexual por mí.

Le acaricio la mejilla y la aspereza del vello que empieza a nacer me hace cosquillas en las yemas de los dedos. La tensión entre ambos se podría cortar con un cuchillo.

—Te deseo, Adriano —reconozco a media voz, y un suave sonrojo colorea mis mejillas—. Pero aún no estoy segura de poder ir más allá. Llevo demasiado tiempo sin hacer esto. Estoy desentrenada. Sería un desastre y tú no qu…

—Espera —me interrumpe antes de que pueda acabar la frase. Después, frunce el ceño, incrédulo—. ¿Qué estás queriendo decir, *tentazione*? ¿Te preocupa decepcionarme?

—No soy una diosa del sexo ni nada por el estilo.

—No vas a decepcionarme, joder.

—Solo me he acostado con un chico y fue hace mucho tiempo. Tengo más experiencia con mi vibrador y los vídeos porno que con los hombres. Nunca he sido una persona demasiado sexual. He follado dos veces y ambas fueron con un exnovio al que mi padre espantó como a las moscas, igual que a todos los demás. Lo hicimos dos veces y una de ellas ni siquiera me corrí.

Adriano no dice nada, se limita a mirarme fijamente, procesando lo que acabo de contarle, hasta que…

—¿Me cuentas esto para que pierda el interés en ti?

—Te estoy avisando.

—Bien. —Ejerce más presión en mis muslos y quedo totalmente pegada a él—. Y yo te aviso de que me pareces jodidamente dulce, Giulia Fabbri. Si me dejases, hundiría los dientes en cada centímetro de tu piel, te follaría, te marcaría, te reclamaría.

—¿A pesar de lo que acabo de decirte?

—Me encantan los retos. —Apoya una mano en la parte trasera de mi cuello y me obliga a acercarme tanto que sus labios rozan los míos—. Quiero que confíes en mí, *tentazione*. Que entiendas que nunca voy a hacerte daño. Jamás. Tú pones las reglas. Tú marcas la velocidad.

Estoy sin aliento, con la mente a punto de colapsar por su declaración de intenciones. Adriano debe saber que ahora mismo no soy capaz de darle ninguna respuesta coherente, porque sonríe encantado antes de continuar:

—Y ahora… mi beso. Lo llevo esperando desde que crucé esa puerta y no aguanto más.

7

Giulia

Yo tampoco aguanto más. Adriano está demasiado cerca, mirándome como si en su mundo no existiese nada más que yo. Sus ojos anhelan que dé el paso, su aliento choca con mi rostro, traga saliva lentamente. Su nuez sube y baja con un erotismo que me anima a acercarme. Es una trampa en la que estoy deseosa de caer.

Así que lo hago. Junto nuestros labios con suavidad y el calor de su boca me eriza la piel de los brazos, la de todo mi cuerpo. Su olor es embriagador. Sus manos me rodean la cintura y me aprietan con una fuerza deliciosa. Lo que empieza como un beso delicado, casi inocente, comienza a mutar en algo mucho más intenso, más oscuro. Su lengua empuja para que la deje pasar. No dudo en hacerlo. Dejo que se cuele dentro, que reclame cada rincón, que me devore.

Al ver que respondo con las mismas ganas, Adriano jadea contra mis labios y me enreda una mano en el pelo, aplastando nuestras bocas de forma despiadada, en un beso salvaje, casi cruel, que logra hacerme temblar de anticipación.

—Así quiero que me saludes siempre, Giulia —susurra gutural, sin dejar de tocarme, de apretarme contra su cuerpo.

Entonces, tira de mi cintura y me hace caer en la cama, pillándome por sorpresa. Se coloca sobre mí, me come con una intensidad que me desarma. No hay nada de suave en él. Es exigente, reclama todo lo que soy capaz de darle. Me aplasta contra el colchón sin soltarme el pelo. Aumenta la presión y gimo contra su boca con una mezcla de placer y dolor que me calienta aún más. Sus manos me acarician por todas partes sobre el albornoz. Aprieta uno

de mis pechos mientras me mordisquea la mandíbula a placer, para, después, acabar de nuevo poseyéndome los labios.

Le rodeo el cuello con ambos brazos y le devuelvo el beso con avidez, saboreándolo, disfrutándolo. No puedo pensar, una gran euforia me embarga entera. Me siento más viva que nunca.

Deseo que esto no acabe, que lo que está haciéndome sentir sea eterno. Estoy tan concentrada en sus besos que ni siquiera me doy cuenta de lo que hace hasta que da un último tirón al lazo que mantiene sujeto mi albornoz y este queda abierto, mostrando mi cuerpo desnudo. Adriano me mira con un fuego destructor en las pupilas. Se relame los labios al posar su atención en mis pezones erectos, en el sedoso agujero de mi ombligo, en mi sexo.

—Joder, *tentazione*. Eres una puta preciosidad.

Apoya las yemas de los dedos sobre mis tetas y las desliza sobre ellas, haciéndome cerrar los ojos de puro gusto. Después, baja lentamente, dejando un reguero de mariposas por donde toca, hasta que sus dedos se enredan en el vello de mi vagina. Al darme cuenta de lo lejos que estamos llegando, abro los ojos de golpe y le sujeto la mano.

—Espera, Adriano. No sé si…

—Pararé cuando tú quieras —me asegura con intensidad—. Solo tienes que pedírmelo, ¿de acuerdo?

Respiro de forma irregular; con cada bocanada mi pecho sube y baja a una velocidad imposible. Asiento. Y en sus labios se dibuja una sonrisa lobuna que hace temblar mis piernas. Con las pupilas clavadas sobre las mías, continúa bajando la mano y roza suavemente la línea que une mis labios mayores, internándose poco a poco en mi centro.

—Oh, Dios —gimo con la boca entreabierta. Sujeto con fuerza las sábanas de mi cama.

—¿Quieres que pare, Giulia? —ronronea con voz oscura.

—Sigue —lo animo, sin pensar en nada más que en lo que me hace entre las piernas.

Me devora la boca como respuesta y continúa masturbándome, acariciándome el clítoris en círculos con los dedos índice y corazón. Es intenso, muy intenso. Mi cuerpo responde a él. Muevo las caderas

arriba y abajo animándolo a no parar, sobre todo cuando clava sus dientes en mi cuello. Sé que va a quedarme marca, pero ahora mismo me importa una mierda.

—Mira, *tentazione* —susurra, mostrándome los dedos con los que me tocaba. Brillan empapados por mis fluidos—. Todo esto es por mí.

Se los lleva a la boca y los lame a placer, degustándome, tan cachondo como lo estoy yo. Después se acaricia la polla para intentar calmarla, ya que luce enorme y apretada contra la tela de sus pantalones. Me come la boca para que paladee mi propio sabor, al tiempo que sus dedos regresan a mi coño. Un gemido lastimero escapa de mi garganta.

—¿Dónde tienes ese vibrador del que me has hablado antes? —pregunta sin dejar de masturbarme.

—En… en el cajón de la mesita.

—¿Puedo verlo?

—Sí.

Tira del asa y el cajón se abre sin oponer resistencia. Adriano rebusca un poco en él y otra sonrisa de depredador se acentúa en su rostro al encontrar algo que no esperaba.

—¿Qué es esto? No me habías hablado de este juguete. —Me muestra el consolador oscuro con forma de polla que compré hace unos meses por una página de internet—. Esto no es un vibrador, Giulia.

—Tengo ambos.

—Mmm… Y con venas y todo. —Ríe y pulsa un botón. El consolador empieza a vibrar—. ¿Cuántas velocidades tiene?

—Seis.

—¿Las has probado todas? —Asiento, y un intenso sonrojo colorea mis mejillas—. Esto no es para principiantes. Es nivel Pro, nena.

—Te dije que tenía poca experiencia con los hombres. Con los juguetes es otra historia. —Me muerdo el labio inferior, muerta de vergüenza.

—Mírate, estás preciosa cuando te sonrojas. —Comienza a acariciarme las tetas con el consolador al tiempo que me frota el

clítoris. Cierro los ojos cuando lo desliza por mis costillas y llega a mi sexo, justo donde tiene los dedos—. ¿Quieres jugar con él?

—Por favor —gimo.

—Qué educada eres —responde contra mis labios—. Me encantará descubrir si sigues siendo igual de correcta cuando esté follándote con todas mis fuerzas.

Desliza el consolador sobre los pliegues, lubricándolo con mis propios fluidos antes de apoyarlo en la entrada de mi vagina. Empuja la punta por mi conducto, llenándome poco a poco con el grosor del juguete.

—Mmm…, sí. —Me estremezco—. ¡Aaah!

—Me has mentido, Giulia —continúa susurrando contra mi boca.

—¿Yo?

—Dijiste que me decepcionaría contigo, que no eras una diosa del sexo. —Me muerde los labios al tiempo que aumenta la velocidad con la que me penetra con el juguete—. Pero sí que eres una jodida diosa, *tentazione*. Ni siquiera me has tocado y me estás poniendo la polla a punto de explotar con cada una de tus reacciones. Por cómo aceptas mi contacto. Estoy haciendo un gran esfuerzo de contención, ¿sabes? Me encantaría ser yo quien estuviera enterrado en tu coño, y no un puto consolador.

Trago saliva intentando poner orden a los pensamientos que centrifugan en mi cabeza.

—Podemos parar, si quieres.

—Vas a hacer algo mucho mejor por mí. —Lame el lóbulo de mi oreja antes de susurrar—: Te vas a correr en mi cara.

Ni siquiera puedo responder porque Adriano desciende por el colchón y se coloca entre mis piernas, metiendo un brazo por detrás de mis caderas para levantarme el trasero y exponerme del todo a él. Entonces, empieza a comerme con un hambre demoledora. Me lame el clítoris. Lo succiona con fuerza y pasa la lengua de arriba abajo varias veces, mientras, con la otra mano, me folla con el consolador.

—¿Quieres que pare, Giulia?

—Sigue —gimo, moviendo la cabeza hacia los lados.

Mi respuesta es la señal que necesita para volverse loco contra mí. Para hundir del todo la cara en mi sexo y devorarme como un animal hambriento al que le han negado la comida durante meses. Apoyo las manos en su pelo y enredo los dedos, tirando de él, empujándolo más fuerte contra mí, animándolo con gemidos y susurros a que no pare.

Es lo más loco y delicioso que me han hecho en la vida. Nunca me habían comido el coño, y mucho menos mientras me follan con un consolador. Sin embargo, Adriano no se conforma con eso porque, de repente, pulsa el botón del juguete y este comienza a vibrar con potencia.

—¿Quieres que pare ahora? —pregunta de nuevo al escuchar que mis gemidos suenan desesperados, casi lastimeros.

—¡Sigue, sigue, sigue!

No duro mucho sin correrme. Apenas un par de minutos más. Y cuando lo hago, caigo de lleno en el orgasmo más intenso y descomunal que he sentido en la vida. Mi cuerpo vibra por él, mi piel se eriza de pies a cabeza y mis manos en su pelo tiran tan fuerte que lo escucho gemir. Cuando todo acaba, me quedo desmadejada sobre la cama, con Adriano aún entre mis piernas y el consolador apoyado en el colchón. Se me cierran los ojos. Ha sido la masturbación más monstruosa y demoledora que he experimentado jamás. No puedo moverme y noto una gran humedad entre las piernas. No soy consciente del todo cuando él se incorpora y vuelve a recostarse sobre el colchón, a mi lado. Pero cuando noto su lengua en mi cuello, vuelvo a cerrar los ojos por el placer.

—La próxima vez será mi polla la que sienta tus espasmos cuando te corras.

◆ ◆ ◆

Tardo una eternidad en recuperarme después del orgasmo. Creo que incluso me he quedado dormida pues, cuando abro los ojos, Adriano ya no está conmigo en la cama. Me encuentro sola en la habitación y el único rastro suyo que queda es el petate, que continúa apoyado en la mesita donde lo dejó. Al ponerme en pie, me doy cuenta de

que aún llevo abierto el albornoz y mi desnudez se refleja en el espejo del armario. Me paso una mano por el cuello, donde una naciente marca púrpura colorea la nívea piel que se une con el hombro. Muerdo mi labio inferior cuando una sonrisa traicionera me ilumina el rostro.

¿Me acaba de masturbar un tío bueno de la mafia? ¿El hombre más jodidamente guapo que he visto en mi vida? ¿El que conocí en Nápoles hace una semana? Madre mía. Si no estuviera viendo su petate con mis propios ojos, me obligaría a pellizcarme para asegurarme de que no estoy alucinando. Me quito el albornoz y me visto antes de salir de la habitación con un top blanco de manga corta y una falda vaquera. Aún llevo el cabello húmedo, así que me lo dejo suelto. No sé dónde se ha metido Adriano. Ni siquiera sé si seguirá en casa o, por el contrario, se ha cansado de esperar a que me despierte y se ha ido a ver Roma por su cuenta. No me extrañaría. Estoy siendo una anfitriona de mierda. Lo recibo medio desnuda, le ofrezco un sofá en el que pasar el fin de semana y, después de darme el puto mejor orgasmo de mi vida, me quedo dormida y lo dejo solo. Si yo fuera él me habría largado. Aunque espero que no lo haya hecho. Por favor, que siga aquí. Que siga aquí.

Abro la puerta del dormitorio y lo primero que escucho es el sonido de la televisión; sin embargo, ya estaba encendida cuando él ha llegado, así que no me sirve de mucho. Recorro el pasillo agudizando los oídos, pero cuando entro en el salón él no está. La estancia permanece vacía.

—Joder —digo en voz baja, convencida de haberlo aburrido, espantado y mil cosas horribles más.

De improviso, unos sonidos amortiguados provenientes de la cocina me hacen contener el aliento. Seguidos por el suave golpe del frigorífico al cerrarse. Cuando cruzo la puerta, descubro a Adriano de espaldas a mí, frente a la vitrocerámica. Se ha quitado la americana, se ha arremangado la camisa por encima de los codos y remueve el contenido humeante de una cazuela que huele delicioso.

—¿Qué haces?

Al escuchar mi voz, gira la cabeza para mirarme y sonríe. Parece un gigante en una casita de juguete. Su cuerpo musculoso es enorme en comparación con el resto de las cosas que nos rodean. Mi cocina es bastante pequeña, pero está bien distribuida. Los muebles son modernos, como en el resto de la casa, en tonos claros. La encimera de granito en color marfil recorre la pared principal, interrumpida solo por la placa de inducción y el fregadero. Cerca de la ventana hay una reducida mesa plegable de madera y hierro, atornillada a la pared.

—¿Tienes hambre? —pregunta sin dejar de remover lo que hay en la cazuela cuando apoyo la cadera en la encimera, a su lado.

—Mmm… Un poco sí. ¿Qué estás cocinando?

—Una receta familiar.

—Huele genial. —Me inclino para ver de qué se trata. Parece un guiso de carne—. Así que también se te da bien la cocina.

—¿Te asombra?

—Pensaba que a los mafiosos solo os gustaba trapichear y pegar tiros.

—Me gusta hacer muchas cosas. —Me guiña el ojo y vuelvo a notar ese burbujeo en el estómago al tenerlo tan cerca.

—Cuando me he despertado y no te he visto en la habitación, pensé que ya no seguirías en casa.

—No quería despertarte. Si me hubiera quedado en la cama, te habría hecho de todo menos dejarte dormir.

Al recordar sus manos sobre mi cuerpo, la respiración se me dispara. No puedo remediarlo. Acaba de hacer que me corra por todo lo alto y ya noto de nuevo ese calor entre las piernas tan familiar cuando estoy con él.

—Estoy siendo una anfitriona horrible, ¿verdad?

—¿Por qué? —Frunce el ceño.

—Tendría que estar haciendo yo la cena. Se supone que eres mi invitado.

—En realidad, fui yo quien se autoinvitó a tu casa. Tú solo… no te negaste.

—Eso da igual.

—Me gusta cocinar —declara sin más—. Me relaja. Es algo así como un *hobby*.

—¿En serio? —Sonrío—. ¿Después de hacer el mal y asesinar a vuestros enemigos vas a clases de cocina?

—Vuelve a burlarte de mí y azotaré ese trasero respingón hasta que se torne escarlata. —Se supone que ha sido una amenaza, pero tengo que cerrar las piernas por la excitación cuando imagino la escena: yo, sobre su regazo, mientras él me azota. Joder. Adriano, al darse cuenta de que se me ha acelerado la respiración, acerca su cara a la mía y me devora la boca—. Dios, nena, eres jodidamente perfecta.

Tardo varios segundos en poder pensar con claridad cuando deja de besarme. Estoy agarrando la encimera de mármol tan fuerte que me duelen los nudillos.

—Así que la cocina es tu *hobby* —continúo, obligándome a comportarme como una persona racional.

—De niño pasaba mucho tiempo con mi *nonna*. Ella me enseñó.

—Yo nunca conocí a mis abuelos.

—Le caerías bien, lo sé. —Entrelaza nuestras manos y tira de mí hasta que quedo pegada a su torso—. Algún día te la presentaré.

—Se llevaría una desilusión. No me gusta la cocina. Si lo hago es puramente por supervivencia.

Adriano se echa a reír y niega con la cabeza.

—Entonces, qué suerte que yo esté aquí para alimentarte.

—¿Alimentarme? Lo que tendría es que coserme la boca una temporada.

—¿Por qué?

—No tengo un cuerpo de modelo ni nada por el estilo. Por no hablar de mis cartucheras.

—¿Qué tienen de malo? —Me agarra de la barbilla para que lo mire a los ojos—. Tus cartucheras me la ponen muy dura, Giulia. No te sobra ni te falta nada.

8

Giulia

Cenamos en el sofá, frente al televisor, pero ignoramos la película que se reproduce. No hemos dejado de hablar y tontear desde que lo descubrí en mi cocina. Y reconozco que cada palabra que sale de su boca me gusta más que la anterior.

Adriano, además de estar buenísimo y comer coños como un actor porno, es un hombre inteligente, culto, que está pendiente de mí en todo momento. Tiene una boca que haría combustionar al volcán más extinto del planeta. Me resulta increíble que solo nos conozcamos una semana. Es tan fácil hablar con él que tengo la impresión de que podría seguir haciéndolo siglos y no cansarme.

A veces, no nos aguantamos las ganas y empezamos a enrollarnos a lo bestia, a tocarnos, a frotarnos sobre el sofá como unos quinceañeros salidos. Olvidamos por completo que tenemos los platos en las manos hasta que algún trozo de carne acaba en el suelo. Sé que mis bragas no llegarán sanas y salvas hasta la noche. Acabarán desintegrándose por lo caliente que estoy.

Después de separarnos, tras otro intenso beso, me muerdo el labio inferior y lo veo resoplar, aguantándose las ganas. Adriano deja el plato sobre la mesa y apura el vino de su vaso. En realidad, yo tampoco tengo más hambre.

Lo que me apetece es comérmelo a él. Entero. A bocados. A pesar de no haber tenido ni una cita formal. De ser un casi desconocido para mí.

—Y… bueno —comienzo a decir, intentando enfriar un poco el ambiente—. No sé qué edad tienes.

—Treinta y tres. —Su voz es oscura, casi gutural por las ganas contenidas.

—Nueve más que yo.

—¿Supone eso algún problema para ti?

—Ninguno. ¿Cuál es tu apellido?

—De Luca.

—Adriano De Luca. Me gusta. Suena aristocrático.

—Uno de mis tatarabuelos fue conde.

—Mmm… Así que estoy hablando con la nobleza.

—No, qué va. El título se lo quedó la otra rama de la familia. La mía solo conserva una propiedad en ruinas en Bitetto.

Me cruzo de brazos y asiento antes de responder:

—Según mi tía, los Fabbri venimos de familia ganadera. Nuestros antepasados tenían una granja en las afueras de la ciudad, pero se quedaron sin ella cuando Roma creció hacia el oeste. Se la expropiaron.

—Qué mala suerte.

—Sí, bueno, no me veo criando vacas, así que…

Adriano se echa a reír y sus carcajadas resuenan por todo el salón. Es la risa más varonil y bonita que he escuchado nunca. Aunque me temo que ya no soy imparcial. Todo lo que tiene que ver con él me fascina. Cuando termina de reír, se queda mirándome a los ojos en silencio y acerca sus labios para besarme de nuevo con una intensidad que me desarma. Enreda los brazos alrededor de mi cintura, me pega a su torso mientras me devora.

—Mmm… Parece que te han gustado mis raíces humildes, señor mafioso.

Adriano vuelve a sonreír y asiente.

—Me fascinan.

—Entonces, vas a correrte cuando te diga que un hermano de mi abuelo fue zapatero ambulante.

—Es lo que me faltaba por saber para pedirte matrimonio, *tentazione*.

—¿Sin un título nobiliario en tu rama de la familia? Ni lo sueñes. Mi padre no dejaría que pisases a dos kilómetros de distancia de su casa.

Él no deja de sonreír. Sus ojos oscuros brillan por la diversión, se le nota relajado, a gusto a mi lado. Pero tras mirarme varios segundos más, su expresión cambia, se vuelve más intensa. Acaricia mi mejilla con una mano y me agarra por la barbilla para que lo mire a los ojos.

—Entonces tendré que hablar personalmente con mi futuro suegro para asegurarle que soy un buen partido.

—Te deseo suerte. Es un hueso duro de roer.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Riccardo.

—Riccardo Fabbri —dice pensativo.

No lo saco de su error. Por el momento, quiero dejar a los Barone a un lado. Mi padre me aseguró que tienen una relación cordial con la Camorra, pero no quiero que Adriano me juzgue por un apellido que ni siquiera utilizo. Deseo que me valore por quien soy de verdad: Giulia. Una chica normal con una vida y un trabajo normal. Ya habrá tiempo de hablar sobre familias y mafia cuando llegue la ocasión.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Es… empresario —respondo intentando sonar natural.

—¿De qué tipo?

—Eeeh…, pues toca varios sectores. —Se me acaba de secar la boca. Joder, no quiero mentirle—. Sobre todo, se dedica al ocio. Salas de juegos, entretenimiento…

—¿Y le va bien?

—Lleva toda la vida en eso, así que, supongo que sí.

—Mi *tentazione* es la heredera de un imperio. —Sonríe.

—No soy la heredera de nada. Tengo dos hermanos mayores. Ellos se ocuparán de los negocios cuando mi padre no esté.

—A ti te corresponde una parte, por derecho.

—Es complicado. —Sobre todo porque ni siquiera figuro legalmente entre los hijos de Riccardo Barone—. Además, me encanta ser maestra. No tengo ningún interés en eso.

—¿De verdad?

—Me gusta mi vida, prefiero las cosas sencillas. —Adriano asiente, aunque puedo percibir que frunce el ceño, pensativo—. Bueno, ¿y

qué hay de la familia De Luca? ¿A qué negocios turbios os dedicáis?

Se encoge de hombros.

—Es algo parecido a lo de tu padre, pero también vigilamos el transporte marítimo.

—¿Vuestro territorio es Nápoles o abarcáis alguno más?

—Alguno más.

—¿Dónde?

—Eso no es importante ahora. Cambiemos de tema.

—¿No quieres contestar? —Me quedo un poco extrañada.

—Prefiero que hablemos de otras cosas, Giulia. Mi vida no es tan sencilla como la tuya. No quiero asustarte. Centrémonos en nosotros, por el momento.

Yo también lo prefiero. Y me parece muy tierno que Adriano no quiera asustarme con los negocios de los De Luca. Si él supiera quién es mi familia… Los Barone son conocidos en Puglia por ser los cabrones más violentos y despiadados de la región. Soy yo quien debería cuidar lo que digo para no acojonarlo.

—Bien, cambiemos de tema —asiento con una naciente sonrisa en los labios—. Háblame de tus exnovias.

—Ese tema tampoco me gusta —bufa.

—Te aguantas, señor mafioso. Quiero una respuesta.

—Te llevarías una decepción.

—Me arriesgaré —insisto tras darle un último trago a mi copa de vino—. Háblame de cómo es Adriano De Luca en pareja.

—No he tenido parejas, *tentazione*.

—¡Venga ya!

—Nunca me ha interesado lo suficiente ninguna mujer como para comprometerme a serle fiel y dejar de ver a otras.

—Joder, ¿en serio? —Frunzo los labios en un mohín de sorpresa.

—Ya te he dicho que te ibas a decepcionar.

—No, no es decepción. Es… no sé.

—Cuando me ha gustado una mujer, me la he follado y he seguido con mi vida.

—Creo que necesito más vino.

Adriano sonríe y me agarra el brazo para subirme a horcajadas sobre su regazo. De esta forma, nuestros ojos están a la misma

altura y noto apretada contra mi ingle su erección.

—¿Y tú, Giulia? ¿Cuántos gilipollas han perdido el tiempo intentando conquistarte?

—Cinco. —Me quedo pensando—. No, seis, contando a Domenico.

—Tiene nombre de ser un puto perdedor.

—Era una buena persona.

—¿Vive en Roma? ¿Cerca de aquí?

—¿Vas a cargártelo para asegurarte de que no se me acerca? —Bufo, poniendo los ojos en blanco. Pero una sonrisilla tensa en sus labios me basta para comprender que es justo lo que está pensando —. ¡Adriano, ni se te ocurra!

—¿Hasta dónde llegaste con él?

—Solo fueron un par de besos de nada.

—Entonces solo serán un par de disparos de nada.

—¡Vete a la mierda! —Intento quitarme de encima, pero él me rodea por la cintura y me lo impide—. Ya no quiero hablar de este tema.

—Ahora al que le interesa es a mí.

—¿Para qué molestarte? Lo nuestro va a ser otro de tus polvos sin importancia.

—Es la primera vez que viajo cinco horas para ver a una mujer.

—Me alegro por ti, has desbloqueado un nuevo nivel. Enhorabuena.

Trato de soltarme de su agarre. Lo empujo para poder tomar asiento a una distancia prudencial; sin embargo, Adriano enreda una mano en mi pelo y tira hasta que nuestros rostros están demasiado cerca. Tanto que su aliento choca con mis labios.

—Giulia —susurra con una oscuridad en la voz que me encanta—. Me gustas mucho. Cuando te descubrí en la galería Umberto, supe que haría cualquier cosa por volver a verte.

—Ya me has visto —respondo, intentando hacerme la dura.

—Quiero más. Con este fin de semana no será suficiente. Llevo una puta semana pensando en ti. Deseando tener un maldito hueco libre para hablar contigo por teléfono, para escuchar tu voz. —Roza mis labios con los suyos y gimo sin poder evitarlo—. Me he pajeado más desde que te conozco que en toda mi vida. Recordaba tu cara,

tu olor, tu sonrisa. El sabor de tus labios me pone la polla como una piedra, *tentazione*.

—¿Estás… estás queriendo decir que esto es diferente para ti?

—Diferente. —Me besa con suavidad—. Especial. —Lame mis labios—. Muy fuerte.

Esta vez soy yo la que no aguanta y se lanza a su boca con una intensidad demoledora. Adriano responde al instante con el mismo ardor. Sujeta mi cabeza firme con la mano que todavía tiene enredada en mi cabello y la otra apoyada en mi mandíbula. Me mete la lengua hasta el fondo, exigiendo más, haciéndome estremecer de excitación.

Si me quedaba alguna duda con él, ya no la hay. Sé que está diciéndome la verdad, que él también siente esto tan potente entre ambos. Tras morderme la comisura de los labios, lo escucho rugir de un modo tan erótico que mi cuerpo tiembla entre sus brazos. Me empuja sobre el sofá, hasta tenerme recostada, con su cuerpo pegado al mío. Comienza a acariciarme las tetas, pero el top le imposibilita entrar en contacto con mi piel, así que desgarra la tela, dejando a la vista mis pezones rígidos.

Se deshace de su camisa, consiguiendo que varios botones salten a nuestro alrededor. Su torso moreno y musculoso aparece ante mis ojos. Los tatuajes de su cuello continúan por sus pectorales y acaban en las costillas. No puede ser más perfecto. Cierro los ojos y gimo desesperada cuando se lanza a mis pechos, apoderándose de uno de mis pezones, luego del otro. Los chupa con tantas ansias que se me escapa un grito de puro placer animal.

—Voy a marcarte, Giulia. Quiero dejarte los dientes tatuados en la piel.

Ni siquiera me da tiempo a responder cuando hunde sus dientes alrededor de mi pezón, logrando que me retuerza bajo su cuerpo y contenga el aliento por el escozor. Sí que duele, pero también noto cómo un ardiente mar me empapa las bragas. Luego apoya una mano en la cinturilla de mi falda vaquera. Desabrocha el botón y tira un poco hacia abajo, llevándose las bragas con él.

—¿Quieres que me detenga? —susurra contra mis labios antes de continuar.

—Sigue —le suplico al tiempo que me retuerzo bajo su cuerpo.

Mientras me desnuda, yo hago lo mismo con sus pantalones. Suelto los botones y los empujo hasta que se queda en bóxers. Contra la fina tela, un enorme bulto que no me aguanto a tocar. Al sentir mis dedos en su polla, se le dilatan las fosas nasales y su mandíbula se tensa. Dios, me encanta que un solo roce lo haga reaccionar de ese modo. Me hace sentir preciosa, muy deseada. La adrenalina corre por mis venas, mi piel se eriza con cada pequeño contacto; es una maldita locura. Sé que está luchando por no perder el control, pero quiero que lo haga. Quiero que se vuelva loco, que me folle como nunca me han follado antes.

—No te atrevas a contenerte —susurro mientras sigo acariciando su polla sobre los calzoncillos—. Lo necesito todo. Hazme lo que quieras.

—¿Sabes lo que estás diciendo? No quiero hacerte daño.

—Si no puedo soportarlo, te pediré que pares.

Una sonrisa tensa y muy oscura aparece en sus labios al tiempo que agarra mis tobillos y me arrastra hasta el borde del sofá. Entonces, entierra la cara en mi coño y me devora con tantas ansias como lo hizo en mi cama, como si quisiera comerme. Echo la cabeza hacia atrás y abro la boca en un gemido sordo, al tiempo que me masajeo los pechos intentando calmar el fuego que me abrasa.

Sujeta mis caderas con firmeza mientras me succiona el clítoris. Tengo las piernas apoyadas en sus hombros. Me retuerzo, gimo perdiendo el control por completo. Y cuando desliza un par de dedos en mi interior, me corro de forma violenta y repentina.

—¡Oh, Adriano! —grito en medio de la explosión de placer.

Sigue comiéndome a pesar de mi orgasmo. Se lleva una mano a los bóxers y libera su polla, que es enorme, gruesa y venosa. Me muerdo los labios al verla al fin. De ella asoma una pequeña gota de líquido preseminal que me muero por lamer, pero lo que de verdad llama mi atención son dos bolitas metálicas que atraviesan su glande de manera horizontal. Tiene un *piercing*. Qué fantasía, joder.

Salvo en fotos, nunca he visto una perforación genital tan de cerca. Al darse cuenta de la curiosidad que me produce, Adriano sonríe y empieza a masturbarse lento.

—¿Te gusta?

—Sí. —Vuelvo a acariciarme las tetas, sin dejar de mirar—. ¿Así es más placentero para ti?

—Se siente más intenso.

—¿Puedo?

—¿Quieres tocarlo?

—No. —Sonrío—. Chupártela.

Mi respuesta logra que deje de masturbarse y me mire con una intensidad abrumadora. Su respiración se torna errática.

—¿Es lo que deseas, *tentazione*?

—Mucho.

Se incorpora del suelo y apoya los brazos en el respaldo del sofá, de tal forma que su polla queda a la altura de mi boca. Es la primera vez que hago esto y la verdad es que estoy tan caliente que ni siquiera me preocupo por si sabré mamársela bien. Abarco su miembro con una mano y comienzo a masturbarlo lento, mientras me relamo los labios. Lo primero que chupo es esa deliciosa gotita de líquido que asoma por la pequeña abertura, logrando que él se estremezca y apriete los labios en señal de contención. Después, doy suaves besitos en su glande y paseo mis labios por la suave piel hasta que me la meto en la boca despacio. El contraste de su suavidad con la dureza del *piercing* es increíble al tacto de mi lengua.

Adriano me sujeta con fuerza el pelo y tira de él, animándome a comérsela hasta el fondo.

—Así, nena, joder…

Cierra los ojos y gime entre dientes. Luego, me agarra más fuerte del cabello y toma impulso para empezar a follarme la boca a una velocidad ascendente. Lo miro desde abajo y lo que veo me excita demasiado. Un gigante musculoso de rostro sexi que parece a punto de correrse mientras le chupo la polla con todas mis ganas.

—Me estás volviendo loco, Giulia —gruñe con fuerza y aumenta la fuerza de sus embestidas hasta que doy una pequeña arcada. Pero en lugar de pedirle que pare, me llevo una mano a mi sexo y empiezo a masturbarme mientras llevo a Adriano cada vez más alto.

Tras un nuevo gemido, frena de golpe y saca la polla de mi boca, dejándome con ganas, huérfana. Desciende por el sofá y me devora los labios con un hambre desmedida.

—Luego te exigiré que vuelvas a comérmela. Te lo tragarás todo, hasta la última gota. Pero ahora… quiero tu coño.

Alarga la mano hasta sus pantalones y de ellos saca un condón debidamente cerrado. Cuando me lo muestra, nos sonreímos. Me muerdo el labio inferior por lo sexi que me parece que lo abra con los dientes y se lo ponga con una sola mano.

Al penetrarme, ambos contenemos el aliento, disfrutando de la increíble fricción de nuestra carne. Me agarro con fuerza a sus brazos y gimo cuando llega al fondo de mi conducto, tras un fuerte empujón.

—Sabía que serías tan jodidamente dulce, Giulia —me susurra al oído. Después, me muerde el lóbulo, haciéndome estremecer—. ¿Estás bien? ¿Quieres que pare?

Niego rotundamente con la cabeza.

—Sigue.

Entonces me folla con fuerza. Profundamente. Se hunde sin control en mi interior, como si su vida dependiese de ello. Con cada penetración nuestros jadeos llenan el salón con su musical sonido. Me siento empalada. Tan llena de él que no soy capaz de moverme. No puedo. Es demasiado grueso, demasiado bueno. Adriano bombea contra mí como una bestia salvaje. Sus embestidas son una mezcla de placer y dolor que me hacen subir al cielo y caer a plomo después. Mis pechos se agitan arriba y abajo, bambolean por la fuerza con la que se mece contra mí.

Se me tensa el estómago al notar que estoy a punto de correrme otra vez. Nuestros cuerpos están sudorosos. La piel de Adriano brilla bajo la luz de la lámpara. Es un espectáculo. Mis pulmones arden, pero no quiero que pare. Noto cómo me agarra el culo con una mano para darse más impulso. Fiero, casi despiadado, me folla sin medida.

Finalmente, ya no aguanto más. Arqueo la espalda sobre el sofá y mis gritos resuenan a nuestro alrededor cuando otro orgasmo me barre de forma apoteósica. Él se corre poco después, y sus

profundos gemidos me erizan la piel. Su polla convulsiona dentro de mí. Tiene los latidos desbocados y respira de forma irregular contra mi cuello. Se deja caer al relajarse tras el orgasmo. Pesa, pero es tan agradable que me quedaría así para siempre.

Unos minutos más tarde, nos quedamos dormidos.

9

Giulia

Es el mejor fin de semana de mi vida, aunque no hayamos hecho ninguna de las cosas que había planeado para su visita. No le he enseñado Roma ni lo he llevado a mis restaurantes favoritos; ni siquiera hemos salido a la calle. Llevamos dos días metidos en casa follando, conociéndonos, comiendo todo lo que Adriano cocina para mí. Y, joder, reconozco que ha superado mis expectativas de un modo que aún no soy capaz de asimilar.

Después de tres años sin sexo, mi sequía ha acabado de forma apoteósica. Y con el tío bueno más impresionante del mundo, para más inri.

El domingo, a mediodía, después de que Adriano me lo haga en el suelo del salón como una bestia hambrienta, lo ayudo a recoger su ropa y guardarla de nuevo en el petate, porque en un rato tiene que marcharse de vuelta a Nápoles. Vestida con unas mallas cortas y un top a juego, espero, apoyada en la puerta de mi dormitorio, a que termine de ponerse la americana. Lo miro con una suave sonrisa en los labios, intentando parecer indiferente, aunque me da pena que tenga que irse. He estado tan a gusto con él que me resisto a volver a la rutina.

Cuando termina de abotonarse la prenda, se cuelga el petate al hombro y se acerca con una sonrisa parecida a la mía. Mis ojos se pasean por su rostro, memorizándolo. No sé cuándo volveré a verlo, o si esta es la última vez. Espero que no. Adriano se sitúa tan cerca que sus pantalones negros me rozan las piernas. Su aroma llena mis fosas nasales. Esa mezcla de bergamota y sándalo tan característica en él.

Es demasiado intenso; esto no puede terminar aquí. Me niego.

Levanta una mano y me sujeta la barbilla para alzar mi rostro hacia el suyo. La desliza hacia mi nuca hasta que apoya la palma en mi cuello, tirando de mí para juntar nuestras bocas.

El primer roce me hace jadear. Es un beso tan ardiente y posesivo que tengo que agarrarme a su americana para no perder el equilibrio. Adriano me muerde los labios, los chupa, los reclama, y yo respondo con las mismas ganas, dándole todo lo que me pide. Con el otro brazo me rodea la cintura y me levanta en peso, aplastándome entre su cuerpo y la pared.

Cuando nos separamos, estamos jadeantes, muy cachondos y aguantando apenas las ganas de continuar.

—¿Me acompañas hasta la puerta, *tentazione*? —pregunta con la voz oscura y gutural.

—Claro.

Sin embargo, no me suelta. Recorre conmigo en brazos el apartamento, sin dejar de besarme, y yo no aguanto la risa.

—¿De qué te ríes?

—Sé andar. Así parezco otra de tus pertenencias.

—Es que eres de mi propiedad.

—Sí, por supuesto —me burlo.

Él frena de golpe y me obliga a mirarlo de nuevo a los ojos antes de decir:

—Te has corrido en mi polla, así que eres mía, Giulia. Nadie más que yo va a tocarte.

—Si estás exigiendo fidelidad, más vale que sea recíproca, señor mafioso.

—La duda ofende, nena —asiente de inmediato.

Se me acelera el corazón. Ni siquiera sé qué contestar, porque acaba de resolver todas mis dudas en menos de dos frases. Está interesado en mí y quiere que lo respete, que no me acerque a otros, porque él tampoco va a ver a otras mujeres. ¿Qué maravilla es esta? ¿Puede ser Adriano De Luca más perfecto de lo que ya es? Estoy tan en *shock* que ni siquiera sé qué responder, así que digo lo primero que se me pasa por la cabeza, algo que no tiene nada que ver, por cierto:

—¿Dónde tienes el coche?

—Lo dejé en el aparcamiento subterráneo de la vía Val Pellice.

—Jura que llevarás cuidado de regreso a Nápoles.

—Prometo que llegaré de una pieza. —Me da otro beso antes de dejarme en el suelo, frente a la puerta de la entrada—. Te llamaré cuando esté allí y cada vez que tenga un hueco esta semana.

—Vale.

—Tienes mi número. Úsalo. Esto también debe de ser recíproco, *tentazione*.

—Lo será —aseguro con una sonrisilla ilusionada en los labios.

Adriano asiente complacido y junta de nuevo nuestras bocas en otro beso intenso que me hace temblar.

—El próximo fin de semana no hagas planes —susurra contra mis labios—. Vendré a verte.

—No los haré, te esper… —Dejo de hablar a mitad de la frase cuando me acuerdo de algo. Entonces, me llevo una mano a la frente y maldigo en voz baja—: Mierda. El próximo fin de semana será imposible.

—¿Por qué? —Frunce el ceño.

—Estaré en la casa de mi padre. Le prometí que pasaría con la familia un par de semanas.

—Un par de semanas —repite. Después niega con la cabeza—. No voy a estar un par de semanas sin verte, Giulia. Ni de coña. —Se muerde la comisura de los labios, pensativo—. El sábado, cuando termine con mi trabajo, te llamaré y te raptaré de la casa de tu padre un par de días. Avísalo, porque tendrá que compartirte conmigo. En esto no estoy dispuesto a negociar.

◆ ◆ ◆

La última semana lectiva termina en un abrir y cerrar de ojos. Las notas de los niños ya están en la plataforma del colegio, en manos del jefe de estudios, así que, estos últimos cinco días, durante las horas de clase, no hacemos nada más que jugar y practicar con los instrumentos. Voy a echarlos de menos. Es muy probable que no vuelva a verlos. No sé en qué colegio trabajaré tras las vacaciones.

Hasta la fecha, he sido suplente. Y, por el momento, a menos que salga un concurso público y consiga plaza fija, seguiré siéndolo. Pero me lo tomo con filosofía. Es eso o tirarme por un puente. Y yo no soy de las que aman los deportes de riesgo. Ya me parece peligroso andar por casa con el suelo recién fregado, así que figúrate.

Además, estoy contenta. Bueno, más bien eufórica, gracias a cierto mafioso que ha cumplido su palabra de seguir llamándome todos los días. Adriano y yo hablamos cada noche. Y alguna tarde. Siempre hay algo que me recuerda a él, pero intento no escribirle mucho para no molestarlo mientras se ocupa de sus tareas de gánster, que no sé cuáles son. Y prefiero no saberlas. Mis chacras alineados y mi salud mental me lo agradecen.

Lo que sí tengo son muchas ganas de volver a verlo. Por videollamada no es lo mismo, aunque nos pongamos calentorros y acabemos masturbándonos a distancia antes de dormir. Me falta tocarlo. Tener sus labios pegados a mí. Hablar y tontear mientras comemos sentados en el sofá algo delicioso que haya cocinado. Creo que me estoy ilusionando. Nunca había sentido esto por ninguno de los tíos con los que he salido hasta la fecha. Y eso que a Adriano lo conozco mucho menos tiempo que a ellos.

El jueves por la noche, como manda la tradición, quedo con Siena en la cafetería que hay cerca de su casa para ponernos al día de nuestra semana y quejarnos de todo sin ser juzgadas por nadie.

Cuando llego, mi amiga aún no está sentada en la mesa que siempre solemos ocupar, así que le pido un par de cócteles al camarero y la espero dando unos sorbos a mi bebida. Dejo el vaso en la mesa y una sonrisilla divertida curva mis labios cuando se me ocurre algo. Saco el móvil, le hago una foto al cóctel y se la envío a Adriano sin texto. Antes de bloquear el teléfono, ya me ha contestado.

Adriano
¿Has quedado con Siena?

Giulia
Hoy toca noche de chicas.

Adriano
Cuidado con la bebida. No estoy allí para quitarte a los babosos de encima.

Giulia
Aunque hubiera alguno por aquí, yo solo tengo ojos para cierto napolitano que cocina como los ángeles.

Giulia
En fin, solo quería avisarte de que, posiblemente, esta noche, cuando hablemos por teléfono, me notes mucho más cariñosa. Cuando bebo me pongo muy cachonda, sobre todo si pienso en ti.

Adriano empieza a escribir. En la pantalla se ven los tres puntitos, pero su mensaje no termina nunca de llegar. Hasta que…

Adriano
Joder.

Adriano:
Mierda.

Adriano
Estoy demasiado lejos, nena.

Giulia
Tendremos que conformarnos con decirnos guarradas por videollamada.

Adriano
¿Llevas escote? Mándame una foto.

Giulia
¿Has terminado de trabajar?

Adriano
No, pero quiero saludar a mis tetas. El trabajo puede esperar.

—¡Pero qué sonriente estás, Giulietta! —La voz de Siena me interrumpe antes de poder responder. Mi amiga me da un beso en la

mejilla y toma asiento en la silla de enfrente. Luego le da un gran trago a la copa que he pedido para ella—. ¡Dios, cómo necesitaba esto!

Me despido de Adriano mucho más rápido de lo que me gustaría y dejo el teléfono sobre la mesa para prestarle atención a la recién llegada. Siena va vestida con unos pantalones de ganchillo blanco y un top a juego que le queda de vicio. Lleva el pelo recogido en una coleta alta y unas gafas de sol sobre la cabeza, a pesar de que es de noche. Está estupenda, como siempre.

—¿Mucho lío en el taller? —le pregunto, dando otro trago a mi cóctel—. Es raro que tú llegues tarde a nuestra cita de los jueves.

—Ha sido un día de mierda. Mi madre no deja de meter las narices en la nueva colección. No acepta que está jubilada. —Resopla—. A veces lo mandaría todo a pastar y montaría mi propia firma de joyería. Pero luego recuerdo que sin el apellido Greco no me comería ni un colín, y se me pasa.

—Problemas del primer mundo.

—En fin, no quiero hablar más de trabajo. —Suspira y apoya la espalda en el asiento de su silla. Después sonríe—. La que tiene que cantar como un pajarito sobre lo de este fin de semana eres tú.

—Ya hablamos el lunes por teléfono, y el martes. ¿Qué más quieres saber?

—¡Todo, Giulia! ¡Quiero saberlo todo, con pelos y señales! ¡Con muchos pero muchos pelos! Sé patriótica con las pobres mujeres como yo que nunca cataremos a un espécimen como él.

—¡Pero si te follaste a su amigo!

—Sí, bueno, quien no conoce a Dios a cualquier santo le reza.

—¡Siena! —Me echo a reír.

—A ver, que no digo que Lorenzo follase mal.

—¡Regresaste al hotel alucinando!

—Estuvo de vicio para deshacerme del estrés, pero visto desde la distancia, fueron unos polvos bastante mejorables. —Levanta la mano para pedirle al camarero otros dos cócteles, aunque no me quita los ojos de encima—. ¿Y bien?

—Fue perfecto.

—¿*Perfecto* significa que te la metió por todos los agujeros habidos y por haber?

—Eres muy burra. —Pongo los ojos en blanco, pero una sonrisa traicionera curva mis labios antes de continuar—: Adriano es increíble, Siena. Educado, simpático, atento…

—Y dime que, además de eso, el sexo se le da de muerte. Por favor. Por favor. Por favor.

Sonrío porque no tiene remedio.

—Se le da de muerte.

—¡Lo sabía! ¡Te ha reventado a polvos y ha sido la hostia!

—¡Shhh! —Miro hacia todos los lados con las mejillas teñidas de un rojo delator.

—Relájate. No me ha escuchado nadie.

—Claro, aparte de mí y de media Roma, nadie más.

—Recapitulando: has pasado todo el fin de semana sin bragas y ese hombretón ha limpiado las telarañas de tu hambriento conejito.

—¿Cómo es posible que en tu boca suene tan sórdido?

—Pornográfico, no sórdido. —Me guiña un ojo—. ¿Cómo te sientes después de haber sido su juguete sexual? Yo estaría eufórica. Da igual que no vuelvas a verlo en la vida; esto es algo que toda mujer debería incluir en sus memorias.

—Sería una buena historia. —Sonrío—. La cuestión es que sí vamos a volver a vernos.

La mandíbula de Siena cae estrepitosamente por el asombro. No sé qué me hace más gracia, su cara de estupor o que acaba de derramar medio cóctel.

—Repite eso ahora mismo. Creo que la conmoción me ha hecho sufrir un fallo renal o algo así.

Otra carcajada escapa de mi garganta. No hay nadie más dramática que Siena Greco.

—Adriano y yo nos divertimos juntos y funcionamos en la cama. No hay nada de raro en que él quiera seguir viéndome, ¿no?

—¡Y encima fue idea suya! ¡Vaya jodida suerte tienes! ¡Si soplases una vela, se te cumpliría hasta lo que no has pedido!

—Yo todavía alucino cada vez que me llama —le doy la razón y me retuerzo las manos al pensar en él, notando ese inquieto

nerviosismo que Adriano De Luca despierta en mí desde que lo conocí—. No sé. Creo que me gusta mucho.

—¿Y a quién no?

—¿Es normal que esté ilusionándome a pesar de conocerlo menos de dos semanas?

—No lo sé, ¿cómo de grande tiene la polla?

—¡Siena, que estoy hablando en serio!

—Y yo, y yo. Es directamente proporcional.

Abro la boca para responder; sin embargo, mi teléfono vuelve a sonar. Cuando lo cojo de la mesa y veo que es un mensaje de Adriano, un estremecimiento me recorre entera.

> **Adriano**
> Sigo esperando la foto de mis tetas, *tentazione.*

Aprieto los labios para no reír y niego con la cabeza, apagando el teléfono sin contestar. Al levantar de nuevo la mirada, descubro a Siena mirándome con los labios curvados en una sonrisa.

—¿Era él?

—Sí.

—¿Te estás ilusionando de verdad, Giulia?

—Creo que sí —acepto, dándome cuenta de que, en realidad, me da miedo sentir esto.

—Y él también está encoñándose, por lo que parece.

—No lo sé. Ojalá.

—Te llama todos los días, os mandáis mensajes a todas horas, va a volver a Roma para verte. Blanco y en botella, ¿no crees?

—Bueno, en realidad no podremos vernos aquí. Mañana vienen mis hermanos para llevarme a Bari con mi padre.

—Ah, joder, es verdad. —Frunce el ceño y me mira solemne—. ¿Él sabe quién es tu familia?

—No, pero se lo diré cuando volvamos a vernos.

—Espera, espera, ¿pretendes verte con Adriano en Bari? ¿En la misma boca del lobo?

—Aún no lo sé. Tengo que hablar antes con él.

—No creo que a Riccardo Barone le guste que otro tío al que no conoce de nada vaya tras su hija, y mucho menos encontrárselo en su propia casa.

—Pues que se aguante. Ya va siendo hora de ponerme firme con este tema. Tengo veinticuatro años. Más le vale no meter las narices en mi vida, porque si vuelve a hacerlo, si amenaza a Adriano y consigue que se aleje de mí, regresaré a Roma. Cortaré mi relación con él y con los Barone para siempre.

10

Giulia

Solo voy a estar dos semanas en la casa de mi padre. No me preocupo por llevar demasiado equipaje; el justo y necesario para no ir en bañador delante de los Barone.

Bari es un destino turístico cada vez más popular entre las familias italianas. La ciudad es bonita y sus playas no están masificadas, por lo que vaticino que pasaré las horas muertas en la arena. Sobre todo, si me siento incómoda rodeada de la familia de mi padre.

Llevo años, qué digo años, toda la vida soñando con que Riccardo Barone me invite a conocer a los suyos, pero ahora que se va a hacer realidad, no sé si habría sido mejor rechazar la invitación. Estaré rodeada de mafiosos a los que no conozco de nada. Sí, ya sé que no van a poner mi vida en peligro; no obstante, ¿de qué voy a hablar con ellos si no tenemos nada en común? Yo no entiendo de negocios turbios ni de extorsión; me dan miedo las armas y le tengo pánico a la sangre. Soy todo lo contrario a lo que debería ser la hija de un mafioso.

Si no fuera demasiado tarde, cancelaría el viaje. Pero mis hermanos están aquí. De hecho, Alessandro continúa apoyado en el marco de la puerta de mi habitación, observando cada cosa que hago. Vigilante, no se le escapa el mínimo movimiento. Y me está poniendo de los nervios. Lleva unas gafas de sol sobre la cabeza mientras mastica a placer un bocado del *panini* que sostiene en la mano derecha.

Es el mayor de los hijos de Riccardo Barone y el que heredará el cargo de capo cuando él falte. Alessandro es un tío alto, fuerte y guapo, con mirada de perdonavidas y el cabello perfectamente

echado hacia atrás gracias al kilo y medio de gomina con el que suele peinarse. Tiene treinta y cuatro años, está soltero por decisión propia y, de mis dos hermanos, es el más parecido a nuestro padre. Posee un rostro cuadrado de lo más anguloso, unos intensos ojos marrones y la habilidad de comer a todas horas sin llenarse. Es como un pozo sin fondo versión mafiosa. Y un cabrón al que nadie quiere tener de enemigo.

—Estás llenando el suelo de migajas y barrí esta mañana —bufo, cerrando la maleta.

—Le prometí a papá que no te quitaría la vista de encima hasta que llegásemos a Bari —responde con su voz de macho alfa—. Además, me aseguro de que no haya escondido por aquí otro gilipollas que se crea lo suficientemente bueno para estar con mi hermana.

—Alessandro, no te metas en mis asuntos —le advierto con voz tensa.

—Tus asuntos son nuestros asuntos. Le rajaré el cuello al próximo que se atreva a tocarte.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes? Soy mayorcita para arreglármelas sola.

Suelta una suave carcajada y niega con la cabeza tras darle otro bocado al *panini*.

—Tendrías que haber visto a ese gilipollas de Domenico Vitale bailando la tarantela mientras le apuntaba con la pistola.

—A mí no me hace gracia. No podéis encerrarme en una jaula ni evitar que los hombres se interesen por mí.

—Cuando quieras un hombre, papá te conseguirá un marido como Dios manda. Mientras tanto, seguiré divirtiéndome con tus amiguitos.

—¿Te gustaría que yo hiciera lo mismo con las mujeres que te follas?

—No es lo mismo, Giuli. Yo soy varón.

—Y un machista del carajo. —Resoplo. Después, bajo la maleta de la cama y tiro del asa hasta que me pongo frente a él—. Quítate de en medio, ya he terminado.

—Pero no te enfades, *piccola*. Esto lo hacemos por tu bien. —Frunzo el ceño y levanto la mirada hasta que nuestros ojos coinciden. Luego, de improviso, le doy un gran bocado a su *panini*, dejándolo casi sin nada. De hecho, me cuesta masticar de tan llena que tengo la boca—. ¡Eh, mi comida!

Cuando consigo tragar, fuerzo una sonrisa.

—Es el precio por meterte donde no te llaman. —Le doy un empujón—. Ya podemos irnos.

Salgo a la calle perseguida por Alessandro, que murmura enfadado por haberlo dejado sin su comida. Que se aguante. No voy a seguir permitiendo que todo el mundo se crea con el derecho de meterse en mis asuntos. Tiro de la maleta y me dirijo a una furgoneta negra aparcada frente a mi edificio, de la que se incorpora un hombre que me saluda con una suave sonrisa.

Es Fabio, mi otro hermano.

A diferencia de Alessandro, Fabio es un tipo más diplomático. Con él se puede hablar sin que acabe soltando ninguna gilipollez sobre la diferencia entre sexos. Quizá sea porque es el más joven de los dos, casi de otra generación, pues solo es un año mayor que yo.

—¿Cómo estás, *piccola*? —Me abraza con fuerza y besa mi frente —. Cuánto tiempo sin verte.

—Estaría mejor si el monstruo de las galletas dejase de meterse en mi vida —respondo, señalando a Alessandro.

Se echa a reír y niega con la cabeza.

—Nosotros solo seguimos órdenes.

—Pues podrías hacer oídos sordos de vez en cuando, ¿no?

—Sabes tan bien como yo que papá nos cortaría el cuello. —Frota mis brazos—. Se toma muy en serio tu seguridad.

También es moreno, aunque su cabello se tiñe de reflejos color miel bajo la luz. Es guapo y alto, pero con el rostro más afilado que Alessandro. Sus ojos son verdes y tiene una arruga permanente en el ceño que solo desaparece cuando sonríe. Mi padre asegura que Fabio es un clon de su mujer, Vittoria. Sin embargo, aparte de saber su nombre y que no soy de su agrado, nunca la he visto.

—Antes de emprender el viaje, pasa por una gasolinera —ladra Alessandro cuando llega a nuestro lado—. Tengo hambre.

—Te acabas de comer un *panini*, joder.

—La *piccola* me lo ha robado a traición.

Cuando ambos se quedan mirándome, la sonrisa se me amplía en los labios.

—Ups —me hago la inocente.

Fabio suspira y abre la puerta trasera de la furgoneta para cargar el equipaje. Después, coge la maleta en peso y la asegura con una cinta a uno de los laterales.

—¿Dónde está el resto de tus cosas?

—Solo llevo esto.

—¿Una maleta para dos semanas? —Levanta las cejas—. ¿Estás segura?

—Voy a pasar casi todo el día en la playa, tampoco es que necesite veinte vestidos de gala, ¿no?

—Y si los necesitas, papá te los comprará —sentencia Alessandro, hinchando el pecho.

—Tengo mi propio dinero.

—Ya conoces a Riccardo Barone, no querrá que gastes ni un euro mientras estés en casa. Acostúmbrate a que te consienta.

—Venga, vámonos, el viaje es largo —apremia Fabio, que cierra el maletero y se acomoda al volante—. Si no nos damos prisa, nos pillará atasco para salir de Roma.

Tomo asiento en el sillón de atrás y me pongo el cinturón cuando el coche comienza a moverse. Es la primera vez que viajo a Bari, pero he buscado la distancia por internet y sé que se tarda más de cuatro horas en llegar.

◆ ◆ ◆

Paramos varias veces a lo largo del camino para que Alessandro compre comida. No, en serio, mi hermano mayor debe tener algún parásito intestinal para comer de este modo sin engordar. Es casi enfermizo. Por lo demás, es un viaje bastante tranquilo. Fabio conduce relajado y la música es aceptable. De vez en cuando pego alguna cabezada, aunque la vibración del cristal en mi mejilla acaba despertándome.

Hablamos a ratos. Preguntan por el trabajo en el colegio, por mis amistades. Me cuentan cosas de su vida en Bari, de la familia, alguna pincelada del negocio… Y ninguno de los dos me ha dejado pagar nada desde que estoy con ellos. Cuando paramos en alguna gasolinera, se ocupan de comprarlo todo. He decidido no salir más del coche hasta que lleguemos a la casa de nuestro padre. Ha llegado un punto en que compran cada cosa que llama mi atención, aunque no lo quiera, aunque solo lo esté mirando y ni siquiera me apetezca. Parece una competición por ver quién me consiente más de los dos.

Media hora antes de llegar, el sonido del teléfono me despierta de otra pequeña cabezada. Al mirar los mensajes y ver el nombre de Adriano en la pantalla, un intenso burbujeo me remueve el estómago.

Adriano
Qué raro no haber recibido ningún mensaje tuyo esta mañana, *tentazione*.

Giulia
Voy de camino a la casa de mi padre.

Giulia
No estoy sola.

Adriano
¿Te acompaña algún miembro de mi futura familia política?

Giulia
Mis hermanos.

Adriano
¿Me los presentarás cuando vaya mañana a verte?

Me muerdo el labio inferior al pensar que muy pronto tendré que hablarle a Adriano de los Barone y explicarle que no estoy en Roma. No quiero, maldita sea. No me apetece meter a mi familia tan pronto en nuestra relación, pero es inevitable. Merece saber con quién se

está viendo y en qué maldito lío se está metiendo, porque, en cuanto mi padre y mis hermanos sepan de su existencia, empezarán a amenazarlo. Además, Bari está demasiado lejos de Nápoles como para que venga a pasar un día. Lo más probable es que no podamos vernos esta semana. Quizá la próxima. Bueno, eso si no sale huyendo cuando sepa quién soy.

Giulia
Si quieres conocerlos, te los presentaré.

Adriano
Pero primero te raptaré durante algunas horas para hacerte todas las guarradas que tengo en mente desde el domingo pasado.

Giulia
Lo estoy deseando.

Adriano
¿Le has hablado ya a tu padre de mí?

Giulia
Aún no lo he visto. Quizás esta noche.

Adriano
Bien, avísalo de que iré a su casa a buscarte. Tengo muchas ganas de verte, nena. Esta semana se me ha hecho eterna.

Giulia
Y a mí.

Adriano
Me habría encantado haber ido hoy, pero me ha surgido un asunto familiar y no podré escaparme hasta mañana.

—Eh, *piccola*, ¿con quién estás hablando? —la voz de Alessandro me hace pegar un pequeño respingo y apagar rápido el teléfono antes de poder contestarle a Adriano.

Cuando levanto la mirada, veo a mi hermano prácticamente girado hacia mí en el asiento. Tiene el ceño fruncido y señala el

móvil con la mano con la que sostiene una barrita energética de fresa.

—Es una amiga —le quito importancia.

—¿Siena Greco?

—Sí.

—¿Y por qué pones ojitos hablando con tu amiga?

—Déjala en paz, joder —resopla Fabio y le da un empujón para que vuelva a sentarse bien—. Métete en tus asuntos. Es mayorcita. Bastante tiene con papá.

Nota mental: comprarle a Fabio un regalo de la hostia esta Navidad. A Alessandro, no, porque empieza a discutir sobre mi edad y mis obligaciones con la familia. Que si debo casarme con alguien que ellos elijan… Que si las buenas mujeres italianas deben hacer esto y aquello…

Desconecto mentalmente. He escuchado esta conversación cientos de veces y siempre acaba igual: Giulia tiene que obedecer lo que diga papá. Y no me sale de las narices. Punto.

Sin embargo, una nueva llamada los interrumpe mientras siguen enzarzados en la discusión. Y esta vez no es mi teléfono, sino el de Alessandro. Mis hermanos callan de repente y el susodicho se coloca el aparato en la oreja antes de contestar:

—¿Qué ocurre, Teo? Sí, estamos a punto de llegar a Bari. —Alessandro se queda en silencio unos segundos antes de responder —: Llevamos a mi hermana en la furgoneta, ¿de verdad te ha dicho que hagamos eso? Ah, está bien. Sin problema. Dile a Drio que en quince minutos llegaremos al almacén. Que tenga la mercancía preparada.

Cuelga.

—¿Me desvío entonces hacia el almacén? —se asegura Fabio antes de dar media vuelta.

—Tenemos que llevarle a papá la mercancía. La está esperando.

—¿Y qué pasa con Giulia?

Alessandro se gira de nuevo hacia mí.

—*Piccola*, ¿te molesta que hagamos un trabajito antes de llevarte a casa?

—Adelante. —Primer viaje con mis hermanos y mi primera incursión en las ilegalidades de los Barone. En fin, vengo preparada mentalmente para ver alijos de droga, sobornos y todo lo demás.

—Te dejaríamos primero en casa, pero papá le ha dicho a Teo que quiere la mercancía ya.

—¿Quién es Teo? —me intereso tras escuchar varias veces ese nombre.

—Teodoro, el hermano de Drio.

—Vale, genial, tampoco conozco al tal Drio.

—Son los hijos del tío Ettore, del hermano de papá.

—Vale, así que finalmente tengo primos. —Sonrío.

—Tienes seis primos —asiente Fabio—. Teodoro y Drio, y los cuatro hijos de la tía Valentina: Luca, Marco, Giovanni y Leonardo, que viven en Livorno.

—¿Todo chicos? ¿No tengo ninguna prima?

—Los Barone solo sabemos engendrar machos —contesta Alessandro orgulloso—. Tú eres la única niña de la familia.

—Eres la primera a quien consentir, *piccola*. Se pelearán por pasar el tiempo contigo.

—¿Van… van a estar todos en casa de papá?

—Nadie ha querido perderse tu visita —comenta Fabio sonriente —. Y papá tampoco lo hubiera consentido. Es importante para él que la familia conozca a su pequeña. Considéralo tu presentación formal después de veinticuatro años.

A veces no sé para qué abro la boca. Si hubiera estado calladita, ahora mismo seguiría en mi casa, tranquila, esperando a Adriano, y no de camino a convertirme en la estrella del *show* en un nido de mafiosos. ¿Es demasiado tarde para arrepentirme y pedir que me lleven de vuelta a Roma?

Tras varios minutos en silencio, Fabio para el coche frente a una enorme nave de ladrillo construida en medio de ninguna parte. Un almacén que parece haber tenido tiempos mejores y que luce abandonado desde hace décadas. Alessandro y Fabio salen de la furgoneta y me ordenan que no me mueva de aquí. ¿Adónde creen que voy a ir? No sé dónde estoy. Suben la persiana de la nave y entran como si nada. Claro, estarán acostumbrados a pasear por

sitios como este en busca de la mercancía con la que trapichean los Barone.

Me entretengo sacando el teléfono y entrando en mis redes sociales; esas que tengo olvidadas desde hace años y a las que prácticamente no hago ningún caso. Si voy a tener que viajar los últimos kilómetros hasta la casa de mi padre junto a un alijo de droga, necesito una fuente de entretenimiento y hacer *scroll* a lo bestia. No tardan demasiado. Cuando me doy cuenta, Fabio ha vuelto a ocupar el asiento del conductor y Alessandro abre la puerta trasera, a mi lado, para cargar la mercancía.

—Quieto aquí, perro —rumia entre dientes.

Y cuando levanto la mirada hacia la supuesta droga, lo que encuentro es a un tipo maniatado y con el rostro cubierto de sangre que me mira suplicante.

—¡Pero qué cojones, Alessandro! —Pego el cuerpo todo lo posible a la puerta y lo miro horrorizada. El hombre que mi hermano acaba de cargar a mi lado parece de mediana edad, aunque su rostro está tan destrozado que no podría asegurarlo. Tiene un ojo cerrado, hinchado y muy amoratado, la nariz rota y su boca rezuma sangre al haberle arrancado varios dientes.

—Tranquila, *piccola*, si quiere seguir respirando, este gilipollas no moverá ni un músculo.

—¡Está herido! ¡Este hombre…! ¡Su cara!

—Drio ha hecho un buen trabajo, ¿verdad?

—No jodas, ¿te… te refieres a nuestro primo? —Los observo sobrecogida porque al tipo le cuesta hasta respirar—. ¿Él le ha hecho esto?

—Es un artista haciendo cantar a los traidores que venden a la familia —dice Fabio con orgullo.

—Joder, joder… —Mi recién estrenado primo es una mala bestia, maldita sea.

Entonces Alessandro coge del cuello al tipo y lo zarandea amenazante, logrando que toda la furgoneta se balancee por la fuerza con que lo hace.

—Y tienes suerte de que no te haya matado, hijo de puta —susurra despectivo—. Pero no cantes victoria todavía. Mi padre se

encargará de terminar contigo ahora que has admitido tu traición.

Voy a vomitar. Juro que vomitaré aquí mismo si pienso en el desenlace que le espera a este hombre. Lo más triste es que no debería sorprenderme la crueldad de los Barone. Llevo toda la vida escuchando barbaridades sobre ellos, pero una cosa es oírlo y otra vivirlo en primera persona.

11

Giulia

Si dijera que el resto del viaje sigue siendo tan relajado y agradable, me crecería la nariz hasta la estratosfera. No he estado tan tensa y ansiosa en toda mi vida. El hombre ensangrentado que tengo al lado no ha dejado de quejarse y lloriquear durante todo el trayecto. Alessandro ha acabado apuntándolo con su arma para que cerrase el pico de una vez y lo dejara comerse otra de sus barritas energéticas tranquilo.

Me niego a mirarlo. No quiero volver a ver sus ojos suplicantes ni lo destrozado que tiene el rostro. Si lo hago, acabaré saltando de la furgoneta en marcha y huyendo con el rabo entre las piernas de vuelta a casa. Estoy tan nerviosa que no me doy cuenta de que Fabio ha parado el vehículo hasta que la puerta vuelve a abrirse y Alessandro saca al tipo de un fuerte tirón, haciéndolo caer de bruces al suelo.

—De pie, hijo de puta, se te ha acabado el viaje.

—Giulia —la voz de Fabio me sobresalta—. Quédate un momento por el jardín. Papá tiene que ocuparse de unos asuntillos antes de darte la bienvenida.

Asiento de forma convulsiva y salgo de la furgoneta como si el asiento me estuviera abrasando el trasero. No tengo que preguntar cuáles son esos asuntos, porque *el asunto* en cuestión vuelve a caer de rodillas frente a nosotros cuando mi hermano mayor lo empuja con bestialidad para que eche a andar. Pensar en el horrible desenlace que sufrirá ese hombre me pone el vello de punta. Así que doy media vuelta con la ansiedad mordiéndome el estómago, sin despedirme de ellos ni agradecerles el viaje, y me alejo por un

camino bordeado de setos al que grandes árboles proporcionan sombra. No sé hacia dónde conduce. A algún lado llevará, digo yo. Me da igual. Necesito tomar distancia.

De todos modos, ni siquiera sé dónde estamos. He pasado los últimos quince minutos tan nerviosa que mi mente no ha almacenado esa información. Camino con el estómago revuelto hasta que ya no aguanto más y acabo vomitando detrás de un enorme ciprés.

—Mierda —susurro tras enjuagarme la boca con un poco de agua que llevo en el bolso—. Y solo son las primeras horas con los Barone. Joder.

Apoyo la espalda en el tronco y, ahora sí, algo más repuesta, levanto la vista hacia lo que me rodea. Estoy en medio de un jardín de estilo renacentista, precioso, muy bien cuidado y repleto de plantas en plena floración; limoneros y algún que otro olivo centenario. A mi alrededor vuelan mariposas de colores. Si no acabase de ver a un tipo ensangrentado en la furgoneta de mis hermanos, podría jurar que estoy dentro de un sueño. Incluso hay estatuas que evocan la monumentalidad y el realismo etrusco, esparcidas a lo largo del camino. Los muros del lugar no me dejan ver qué hay tras ellos pues, además de ser bastante altos y contar con cámaras de seguridad, están flanqueados por árboles que dan sombra a la mayor parte del terreno.

Me obligo a seguir caminando y me adentro aún más en el sendero que bordea el jardín, en el que encuentro una espectacular fontana esculpida como si fuera un teatro romano. La contemplo con detenimiento. El sonido del agua y la belleza de la composición son hipnóticos.

—Espectacular, ¿cierto? Es obra de Nicola Salvi, el arquitecto que diseñó la Fontana di Trevi.

Una repentina voz femenina a mi espalda me sobresalta. Cuando me doy la vuelta, encuentro a una mujer madura de cabellos negros, rostro anguloso y unas marcadas líneas de expresión alrededor de los labios y la frente. Va vestida con una elegante sencillez. Pantalones de pinza azul marino y camisa crema con motivos

geométricos que acentúan las bonitas formas de su cuerpo. Debe de ser Vittoria Conti, la mujer de mi padre.

—Lo siento, no pretendía husmear por su jardín —digo sin saber muy bien cómo comportarme frente a ella—. Es que… me han dicho que esperase aquí y…

—No te disculpes, querida. Tu padre me ha pedido que te haga compañía hasta que acabe con los asuntos que tiene entre manos. —Sonríe y da un paso hacia mí, observándome con detenimiento—. Santo Dios. Eres bellísima. Te pareces mucho a tu madre. A Vittoria no va a gustarle tener un clon de Elena Fabbri en nuestra casa. Es un tema espinoso para ella.

—¿Usted no es…? Disculpe, pensé que era Vittoria.

—Soy tu tía Raffaella, la mujer de Ettore, el hermano de tu padre.

—La madre de Teodoro y Drio —ato cabos.

—¿Ya conoces a mis hijos?

—Mis hermanos me han hablado de ellos.

—Les vas a encantar. La familia lleva mucho tiempo deseando conocerte, Giulia. —Apoya una mano en mi hombro y lo frota con calidez—. Si esta presentación se ha atrasado tanto ha sido para no incomodar a Vittoria.

—No quiero molestar a nadie.

—Tendrá que acostumbrarse —le quita importancia—. Este también es tu hogar. Riccardo habla maravillas de ti. Dice que eres perseverante, trabajadora y cabezota, como una buena Barone.

—Pues es mucho más de lo que me ha dicho a mí.

—Mi cuñado no es de los que se deshacen en halagos con nadie, pero se nota que está muy orgulloso de la mujer en que te has convertido.

—Vaya. —Se me forma un incómodo nudo en la garganta con el que no puedo tragar con normalidad. Después de toda una vida desempeñando el papel de la bastarda indeseada y apartada de la familia, escuchar esto en boca de una Barone es, cuando menos, sorprendente.

—Vamos, te acompañaré al despacho de tu padre. Estará a punto de terminar con los asuntos que tenía pendientes. Lleva eufórico desde que aceptaste venir al *palazzo*.

—¿*Palazzo*? —¿En serio? ¿Los Barone viven en un maldito palacio?

—El Palazzo Porto Antico —asiente Raffaella—. Tu padre y mi marido lo compraron hace más de treinta años, cuando el negocio comenzó a ser rentable. Si seguimos el camino de la fontana, llegaremos a la entrada. El terreno es irregular y los árboles no nos dejan verlo. Está construido en lo alto de la loma.

—¿Tan grande es la propiedad?

Asiente en silencio.

—Cuenta con once hectáreas, embarcadero propio y playa privada. Hasta que mi cuñada Valentina y sus hijos se fueron, toda la familia vivíamos junta. Y, bueno, ya sabes, los niños crecen y quieren independizarse. —Sonríe—. Mis hijos también se fueron a vivir a sus propias casas. Los únicos que se quedaron con nosotros fueron tus hermanos, pero también se marcharán cuando se cansen de convivir con los carcamales de sus padres y sus tíos.

Me río por lo bajo con ella y continuamos paseando hasta que una construcción señorial aparece ante nosotras. Un palacio. Un. Puto. Palacio. De estilo barroco tardío, repartido en dos plantas construidas en piedra caliza que ha adquirido un tono dorado con los años. Tiene infinidad de balcones de hierro forjado y varios escudos familiares erosionados por el aire salino del Adriático. Los grandes portones de madera oscura están reforzados con clavos de bronce y permanecen abiertos de par en par.

—Joder —susurro por lo bajo sin ser capaz de asimilarlo. Otro detalle más que explicarle a Adriano cuando tenga que contarle la verdad sobre mi familia.

Raffaella continúa hablando sin darse cuenta de que estoy a punto de sufrir un *shock* por la impresión. No, en serio: ¡mi padre vive en un maldito palacio barroco! Una vez dentro, cruzamos el vestíbulo de techos abovedados y coloridos frescos que representan una escena mitológica que no reconozco. Al llegar a la sala principal, lo primero que llama mi atención son las lámparas de cristal de Murano que deben de costar tres riñones y medio cada una. Además de las alfombras orientales que cubren el suelo y la infinidad de retratos de gente que no conozco y que nos observa desde las paredes.

—El despacho de tu padre está en la planta superior. La tercera puerta por el pasillo de la derecha.

—Espera, Raffaella, ¿no me acompañas? —La miro suplicante.

—Tranquila, no tiene pérdida, yo tengo que ocuparme de unos asuntillos. —Me da un beso en la mejilla—. Nos vemos a la hora de la cena.

Abro la boca para responder; sin embargo, el fuerte eco de un disparo, el cual reverbera por cada rincón del salón, me hace contener el aliento y agarrarme fuerte a su mano. La miro horrorizada.

—¿Qué cojones…?

—Ahora sí, Riccardo ha terminado con sus negocios. Ve con él, te estará esperando.

No oigo nada mientras subo por las escaleras en dirección al despacho de mi padre; mi corazón late demasiado fuerte como para escuchar otra cosa que no sean sus latidos desbocados.

—Qué buena idea, Giulia —susurro sarcástica—. Qué divertido es visitar a papá y mezclarte con su familia de asesinos. ¿En qué coño pensabas? —Subo otro escalón—. Vas a pasar dos malditas semanas de tus vacaciones de verano en un palacio repleto de mafiosos para sentirte parte de una familia a la que nunca le has importado un carajo.

Alcanzo el último escalón y miro a ambos lados del señorial pasillo. Después, tomo rumbo a la derecha, tal y como me indicó mi tía Raffaella. Al fondo, escucho voces amortiguadas. Supongo que saldrán del despacho de mi padre. Cuando estoy a punto de llegar, la puerta se abre de golpe y por ella aparecen Alessandro y Fabio bromeando, mientras arrastran por el suelo un enorme saco manchado de sangre del que asoma una pierna. Y da la casualidad de que esa pierna lleva los mismos pantalones que el tipo de la furgoneta.

Me tapo la boca para ahogar un grito y pego la espalda a la pared cuando pasan por mi lado. Fabio me guiña un ojo.

—*Piccola*, papá te está esperando.

—Nos vemos a la hora de la cena —añade Alessandro, dando un tirón tan contundente al saco que la otra pierna se une a la primera

y ambas acaban arrastrándose por el suelo—. Volveremos a casa enseguida. Tenemos que sacar la basura primero.

El trayecto que me separa del despacho lo hago a toda leche, con la ansiedad bailando en mi estómago. Así que, cuando cruzo la puerta, estoy hiperventilando.

—*Principessa*, ¿qué te pasa?

La profunda voz de mi padre me hace levantar la mirada hacia un antiguo escritorio de madera que preside la sala, donde Riccardo Barone se encuentra revisando unos papeles. Su presencia resulta abrumadora. Desprende tal dominio y liderazgo que me siento insignificante a su lado. Es un hombre apuesto de cabello moreno cubierto de canas, rostro cuadrado y severo, que siempre suaviza cuando me tiene enfrente. Posee una altura considerable que ninguno de mis hermanos ha podido superar. A sus sesenta y un años, goza de una energía arrolladora que podría desbancar a cualquier jovencito que empieza en el negocio.

Al verme tan nerviosa, deja los papeles a un lado y recorre la distancia que nos separa para darme un abrazo que intenta ser tranquilizador; aunque a mí se me antoja agobiante al recordar que acaba de disparar a una persona.

—Papá, ¿qué demonios has hecho? —le recrimino nada más abrir la boca—. Ese hombre… El de la furgoneta…

—¿Qué le pasa?

—¡Lo habéis matado!

—Estaba enfermo, no sufras por eso.

—¿Enfermo? No fastidies, ¿y qué tenía? ¿Agujeritis fulminante? ¿Plomitis aguda?

Mi padre se echa a reír y niega con la cabeza, mirándome como si fuera la cosita más inocente y dulce del mundo. Comparada con todos ellos es posible que lo sea.

—Es parte del negocio, *bambina*; yo no escribí las reglas, me limito a hacerlas cumplir. Quien traiciona a los Barone paga las consecuencias.

—¿No podrías haberle pedido dinero o algo así?

—En nuestro mundo las cosas no funcionan de ese modo, Giulia. Esos gilipollas deben comprender que con nosotros no se juega.

—¿Quién… quién era?

—Nadie importante. —Rodea mis hombros con un brazo—. Estás aquí para relajarte y conocer a la familia. Deja que yo me ocupe de lo demás. Limítate a disfrutar el tiempo que pases con nosotros.

Sé que tiene razón. Sabía qué iba a encontrar cuando acepté venir. No son santos. Siempre lo he sabido y nunca me ha importado demasiado. Me dolía más pensar que para Riccardo Barone yo era una donnadie. A ver, no es que me dé igual que mi familia paterna vaya cargándose a gente a diestro y siniestro, pero lo tengo asumido desde que era una niña.

—Está bien, intentaré relajarme y disfrutar de estos quince días contigo.

—Así me gusta, *principessa*. Estoy deseando que toda la familia conozca a mi pequeña. Tu abuela lleva preguntando por ti desde que le dije que vendrías.

—¿Mi abuela? —Abro los ojos como platos. Siempre he sabido que tenía una, pero para mí era algo tan lejano que nunca he considerado a esa señora como a una abuela.

—La conocerás en la cena. Ahora está descansando. Lleva todo el día preparando la comida de esta noche.

—¿Ha cocinado ella sola?

—La *nonna* Maddalena no deja que nadie entre en su cocina. —Se ríe—. Hace tres meses amenazó con un picahielos al chef que tu tío Ettore contrató para aliviarle el trabajo.

Me muerdo el carrillo para no reír porque sé que tuvo que ser horrible para ese pobre hombre verse amenazado por una matriarca de la mafia agresiva y territorial.

—Me… me han dicho Fabio y Alessandro que toda la familia ha venido a Bari para conocerme.

—Ajá. Nadie ha querido perderse la presentación de mi pequeña. —Aprieta su abrazo y me besa en la frente—. Ven, acompáñame, te llevaré a tu habitación. Todavía faltan unas horas para la cena. Querrás darte una ducha, ponerte cómoda y organizar tu ropa en el armario.

12

Giulia

¿Cómo se viste una persona para cenar con su familia mafiosa a la que ni siquiera conoce?

Llevo media hora frente al espejo de la habitación en la que me han acomodado, la cual está situada entre la biblioteca y otro dormitorio que, según mi padre, está vacío. Es una estancia tan amplia, luminosa y elegante como el resto del *palazzo*. Y aunque debería estar eufórica por pasar dos semanas completas en este sitio, mis pensamientos intrusivos no dejan de joderme la vida. No sé si estaré a la altura, si les gustaré o si, por el contrario, les parecerá indigno que una persona tan normal como yo sea parte de la familia Barone.

Necesito causarles una buena impresión. La mejor. Así que llevo más de una hora mirando mi ropa, porque no soy capaz de decidir qué ponerme para la cena. Sé que tendrá lugar en el salón principal a las ocho y por nada del mundo quiero retrasarme. Después de haber pasado la mayor parte de la tarde encerrada en este dormitorio, he llegado a la conclusión de que tengo que abrir la mente e intentar no parecer débil ni asustadiza delante de ellos. Que no me vean como a una niñita tonta. Maldita sea, soy la *fucking* hija del capo. Ilegítima, sí, pero su hija al fin y al cabo.

Me muerdo el labio inferior tras mirar una vez más las dos prendas por las que no me decido y las arrojo sobre la cama mientras tecleo en el teléfono a la única persona que puede ayudarme en este momento:

Giulia

¿Cómo sueles vestirte cuando tienes una comida con tu familia?

La respuesta no tarda en llegar:

Adriano
Depende de la ocasión.

Giulia
Así no me ayudas, señor mafioso.

Adriano
¿Me estás pidiendo consejo sobre estilismo? ¿A mí?

Giulia
Parece ser que sí.

Adriano
No soy la persona correcta, *tentazione*. Yo quiero quitarte la ropa, no ponértela.

Adriano
Está bien. A ver, ¿de qué clase de comida estamos hablando?

Me muerdo el labio inferior porque voy a mentirle otra vez. Joder, me siento fatal. Tengo que sincerarme con él cuanto antes y contarle la verdad sobre mi familia.

Giulia
Mi hermano nos va a presentar a su novia.

Adriano
Pero ¿cenáis en la casa de tu padre?

Giulia
Ajá. Con toda la familia.

Adriano
Yo me pondría algo cómodo, pero con un toque formal.

Giulia

Había pensado en un vestido de flores.

Adriano
Perfecto. Y ahora enséñame cómo te lo pones.

Suelto una risita nerviosa y noto un fuerte mariposeo en el estómago.

Giulia
Te estás desviando de la conversación.

Adriano
Me merezco un premio por el consejo. Hazme una videollamada mientras te desnudas.

Giulia
Ojalá tuviera tiempo. Debo reunirme con mi familia en cinco minutos.

Adriano
¿A qué hora terminarás de cenar?

Giulia
No lo sé, ¿sobre las once?

Adriano
Te llamaré a esa hora.

Giulia
¿No tenías un compromiso esta noche?

Adriano
Puedo escaparme sin problema. Debo hacer acto de presencia durante un par de horas. Luego seré libre para ir a Roma a comerte enterita. Dame la dirección de la casa de tu padre.

Mierda. ¿Qué le digo yo ahora? No puedo soltarle sin más que, en realidad, no estoy en Roma, sino en Bari. Necesito explicarle las cosas bien, con calma y rezar para que no salga huyendo cuando le desvele el apellido de mi familia.

Giulia
En un rato hablamos, me está llamando mi padre.

Apago el teléfono y cierro los ojos sintiéndome la persona más embustera y miserable del mundo. Se me está acabando el tiempo y no tengo más opción que contarle la verdad. Espero que no se enfade mucho conmigo por haberle ocultado quién soy.

Unos minutos después, tras decantarme por el vestido de flores, me miro por última vez en el espejo y asiento conforme con la imagen que se refleja en él. Es una prenda sencilla, entallada en la cintura y que me llega a las rodillas. Me favorece. Aunque no tiene mucho escote, me hace un pecho precioso. Voy elegante pero no demasiado, tal y como me aconsejó Adriano. Me he dejado el pelo suelto y lo he peinado en ondas. Apenas llevo maquillaje, pero el lápiz de labios que he elegido contrasta bellamente con mi tono de piel.

Cuando abandono el dormitorio, por el pasillo ya se escucha el rumor de las voces provenientes del salón, así que trago saliva aguantando los nervios y recorro el trayecto hasta las escaleras que llevan a la primera planta. Hay una parte de mí que preferiría echar a correr y evitar el baño de multitud que me espera; sin embargo, me obligo a seguir avanzando porque esto es lo que he querido toda la vida: ser aceptada por fin dentro de mi familia paterna.

Nada más cruzar la puerta del salón, descubro la gran mesa que preside la estancia, vestida con un elegante mantel de damasco en tono azul y dorado, en la que no cabe más comida. Frente a ella, unas quince personas a las que no conozco, salvo mi padre y mis hermanos, charlan de pie y ríen escandalosamente sin percatarse de mi presencia. Pero eso cambia de inmediato.

—¡*Principessa*, ven con nosotros! —Mi padre se acerca con los brazos abiertos, rodeándome por los hombros mientras me arrastra hacia los Barone, con el pecho hinchado de orgullo.

Y yo… ahora mismo solo quiero que la tierra me trague. Así que rezo para que el mal trago pase cuanto antes.

—¡*Mio Dio*! ¡Qué jovencita más bella! —exclama un hombre de altura y edad similares a las de mi progenitor, aunque su sonrisa es mucho más pronunciada—. ¡Ven y dale un abrazo a tu tío Ettore!

El hermano de mi padre me envuelve en sus grandes brazos y, durante unos segundos, me roba el aliento por lo fuerte que me aprieta.

—Hermano, mi Giulia no está acostumbrada a tus abrazos de oso —ríe mi padre.

—Tendrá que acostumbrarse —se ríe el otro—. He pasado veinticuatro años sin poder mimar a mi sobrina. —Me da un sonoro beso en la frente—. ¡Raffaella, ven a conocer a la niña de Riccardo!

—Ya la conozco, querido. —Su mujer se acerca y me guiña un ojo, sonriente—. Fui la primera en recibir a Giulia cuando llegó al *palazzo*.

—Así que tú eres mi sobrina. —Otra voz femenina se inmiscuye en la conversación. Al volver la cabeza, me encuentro a una mujer con los mismos ojos de mi padre, aunque mucho más bajita. Tiene el pelo corto, peinado en un exagerado cardado y los labios rojos como la sangre—. ¡Dale un beso a tu tía Valentina, *cara*! ¡Riccardo no exageraba cuando nos habló de lo bonita que eres!

Después de mi tía Valentina me abraza su marido, el tío Sandro, que huele a pachuli y a tabaco negro, y tras él, sus cuatro hijos: Luca, Marco, Giovanni y Leonardo, que tienen más o menos mi edad y a los que soy incapaz de distinguir. Demasiadas caras, demasiados nombres a la vez.

—¡¿Dónde está?! —Otra voz femenina interrumpe el escándalo—. ¡¿Dónde está la niña?!

—Aquí, *mamma*, venga a conocer a mi Giulia —la invita mi padre, obligando a los demás a que se aparten.

Cuando logro ver a la mujer, descubro a una señora regordeta y muy bajita de blanco cabello recogido en un moño en la nuca. Viste enlutada, y en su rostro adusto puedo apreciar un amago de sonrisa y una brillante humedad en los ojos.

—¡Ay, mi pequeña! ¡Ven con la *nonna*! —Abre los brazos cuando la tengo delante y me envuelve en otro abrazo apretado al que respondo sin dudar. A pesar de ser tan mayor, es una mujer fuerte

—. ¡Mi niña Giulia, nunca le perdonaré a tu padre el haberte separado de nosotros!

—No se enfade conmigo, *mamma*.

—Silencio —lo manda callar—. Deja que vea a mi nieta. Qué belleza de niña.

—Gracias, señora. —Sonrío.

—¿Señora? ¡No, no, no! ¡*Nonna* Maddalena! —Me agarra por las mejillas y sonríe—. Ahora que ya estás con nosotros, te quedarás para siempre, ¿cierto?

—*Mamma*, ya sabe que Giulia solo va a estar aquí dos semanas.

—¡Ella es Barone, y como Barone vivirá con su familia!

—*Nonna* Maddalena, no puedo quedarme —le explico con suavidad—. Mi vida está en Roma, y mi trabajo también.

—Riccardo te conseguirá un marido para que no tengas que volver a trabajar. Te quedarás en Bari con tu *nonna*.

Miro a mi padre con reparo cuando mi abuela me suelta al fin. Pero él niega con la cabeza para que no me preocupe.

—La *nonna* estaba deseando conocerte, pero tendrá que comprender que debes irte —dice él con calma.

—Parece una mujer muy cariñosa.

Mi padre se ríe.

—Todo lo contrario. Es un monstruo de metro cincuenta que nos lleva a todos por el camino de la amargura. Pero tú eres su única nieta y nunca me ha perdonado que te dejase con la hermana de tu madre.

—Ettore, ¿dónde están los chicos? —le pregunta Raffaella a mi tío mientras mira a nuestro alrededor.

—Hablé con Teodoro hace un rato. No tardarán en llegar.

—Drio estaba ocupándose de un asuntillo en la nave —añade mi padre con tranquilidad—. Es culpa mía que se hayan retrasado.

Un temblor en mi bolso me hace mirar el teléfono: en la pantalla aparece otro mensaje de Adriano.

Adriano
Ya le has hablado a tu padre de mí, ¿verdad,
tentazione?

Giulia
Pensaba hacerlo esta noche.

Adriano
Hazlo ya. Quiero que tenga tiempo hasta mañana para hacerse a la idea de que iré a hablar con él.

Giulia
¿Por qué no lo dejas para otra ocasión y nos centramos en nosotros?

Adriano
No. Debe saber quién soy y cuáles son mis intenciones contigo.

Me muerdo el labio inferior y suspiro nerviosa.

Giulia
Ni siquiera yo sé cuáles son tus intenciones conmigo, señor mafioso. ¿No deberías contármelo a mí primero?

Adriano
Te asustarías, nena. No sé si estás preparada para todo lo que busco de ti.

Giulia
Puedes probar. Quizá te sorprendas.

Comienza a escribir, pero su respuesta nunca llega. Hasta que simplemente dice:

Adriano
Habla con tu padre. Tú y yo tendremos esta conversación mañana, cuando vaya a verte.

Cierro los ojos con fuerza y reprimo una sonrisa de ilusión al pensar en lo que quieren decir sus palabras. Él desea que lo nuestro vaya en serio. Ese tío impresionante que ha estado pendiente de mí en todo momento. El que folla como los demonios más cochinos del

infierno. El que me hace saber que soy su prioridad en todo momento.

—Papá —llamo su atención, envalentonada—. Tengo que decirte algo. Es importante.

Mi padre me agarra del brazo y nos separa con disimulo del resto de la familia.

—¿Qué pasa, *bambina*?

—Eeem, pues que… yo… estoy conociendo a alguien.

—Conociendo a alguien —repite con cautela, entrecerrando los ojos.

—A un hombre.

—¿Vamos a volver a hablar sobre ese tema?

—Me gusta mucho. Y yo le gusto a él.

—Otro gilipollas que no sabe dónde se mete —resopla.

—¡Basta! ¡Esta vez no lo espantarás, ni tú ni mis hermanos! —le advierto poniéndome firme—. ¡Me gusta de verdad!

—Todavía no sabes lo que te conviene, *principessa*. Eres muy joven.

—Lo sepa o no, respetarás mi decisión o me iré de aquí y no volveré nunca.

—¿Me estás amenazando?

—Sí. —Nuestros ojos encallan en los del otro, como echándonos un pulso—. Él… vendrá mañana.

—¿Aquí? ¡¿A mi casa?!

—Quiere hablar contigo.

—Oh, muy bien, porque yo también quiero hablar con él. —Sonríe con maldad.

—¡Y serás amable! ¡Es de los vuestros!

—¿Cómo que de los nuestros, Giulia? ¿Dónde te has metido?

—Es miembro de la Camorra.

Mi padre se lleva una mano al mentón, pensativo. Tan serio que me da mala espina.

—¿Tuvo algo que ver ese maldito viaje a Nápoles con Siena Greco?

—Lo conocí estando allí —asiento.

—¿Cuál es su apellido?

—De Luca.

—No conozco a ningún De Luca en la Camorra.

—Adriano De Luca —apunto.

—¿Y dices que viene a hablar conmigo sobre ti?

—Mañana. —Me muerdo el labio inferior—. Bueno, eso creo. Es que… él no sabe quién soy yo. No he querido asustarlo.

—Yo lo asustaré por ti.

—¡Papá! ¡Estoy hablando muy en serio! ¡Deja de hacer eso!

Riccardo Barone, cuando se enfada, impone mucho respeto. No me gustaría estar en la piel de sus enemigos una vez decide tomarse la justicia por su mano. La parte buena es que no soy uno de ellos, sino su hija. Me quiere y tendrá que respetar mi decisión.

—Deja que lo piense durante la cena —rumia entre dientes, no del todo conforme.

—Es una simple conversación.

—Giulia, eres mi pequeña y un tipo de la Camorra al que no conozco quiere venir a reclamarte a mi casa. A mi territorio. Tengo mucho en qué pensar, créeme.

La conversación termina tan pronto como empezó, y no tengo claro si el resultado ha sido bueno o malo. A ver, no se ha negado en redondo, así que eso ya es una victoria. Con disimulo, saco de nuevo mi teléfono y comienzo a teclear:

Giulia
Mi padre me dará una respuesta después de la cena.

Adriano
Hablaré con él con o sin su consentimiento. Más vale que lo avises.

Giulia
Por favor, no me pongas las cosas difíciles tú también. No pasa nada por esperar unas semanas a que digiera la noticia.

Adriano
Yo no quiero ponerte nada difícil, nena. Al contrario. Y no necesito la aprobación de tu

padre para tomar lo que quiero, Giulia, pero me gustaría que nuestra relación fuese cordial, sobre todo porque va a verme contigo muy a menudo a partir de ahora.

Giulia
Solo te pido un poco de paciencia con él.

Adriano
Lo pensaré.

¿Por qué todo el puñetero mundo tiene que pensarlo justamente esta noche? Tampoco estoy pidiendo tanto, creo yo.

Adriano
Escríbeme la dirección de la casa de tu padre. Mañana, en cuanto amanezca, conduciré hacia Roma.

Giulia
Oye, es que… En cuanto a eso… Hay algo que debes saber. Mi padre no vive en Roma.

Adriano
Donde viva, dame su dirección.

Giulia
Estamos un poco lejos, la verdad.

Empiezo a escribirle, confesándole el apellido de mi familia; sin embargo, me quedo a medias cuando siento una mano en mi hombro.

—Conque tú eres mi prima, ¿eh?

Apago el teléfono de inmediato, sin poder contestarle a Adriano, y me doy la vuelta. Me encuentro de frente con un gigante de largo cabello moreno, rostro de perdonavidas y unos ojos profundos como las noches sin luna.

—Soy Teodoro, el hijo mayor de tu tío Ettore.

—Hola. —Le sonrío—. Mis hermanos me han hablado de ti.

—Conociéndolos, te habrán dicho barbaridades. —Se ríe—. Eres más mayor de lo que pensaba, Giulia.

—¿Creías que era una niña?

—Algo así. Drio y yo estuvimos a punto de comprarte una muñeca.

Vuelvo a sonreír y me remuevo incómoda al notar que mi teléfono sigue vibrando dentro del bolso. Mierda, no he podido responderle a Adriano y creerá que estoy ignorándolo.

No sé cómo disculparme con mi primo Teodoro sin parecer una estúpida. Me causa ansiedad saber que está escribiéndome y no contestar.

—Por cierto, ¿dónde coño está mi hermano? —pregunta Teodoro, mirando hacia todos lados, hasta que, de repente, levanta las manos antes de exclamar—: ¡Drio, joder, deja el puto teléfono y ven a conocer a la prima Giulia! —Luego vuelve a mirarme a mí—. Últimamente mi hermano está embobado con ese aparato.

—Como todos —le quito importancia.

—Conoció a una chica hace unas semanas y lo tiene tan enganchado que le han volado los sesos. —Levanta una vez más la mirada—. ¡Drio! ¡Adriano, coño, ¿quieres venir?!

—¡Ya voy, joder! ¡Tengo una puta vida, ¿sabes?! —grita él desde lejos.

Me quedo paralizada cuando escucho esa voz. Su voz. ¿Acaba de decir Teodoro que Drio en realidad se llama Adriano? No, no, no. Su voz es similar, pero no es la de él. Es imposible que lo sea.

—Ya estoy aquí. Hola, prima, perdón por el retraso.

No quiero darme la vuelta. Estoy temblando. ¡Es su maldita voz!

—Giulia, ¿estás bien? —pregunta Teodoro con el ceño fruncido al darse cuenta de que no me giro para encarar al recién llegado.

—S… sí.

—Entonces, saluda a Drio.

—No la agobies, coño, la chiquilla estará nerviosa. —Él cambia de posición hasta que se coloca enfrente con una amplia sonrisa—. Demasiada gente, ¿verdad? Yo no sabría si…

Se congela cuando nuestros ojos coinciden por primera vez. Incluso noto cómo yergue la espalda y se le tensa la mandíbula al reconocerme. Se queda de piedra durante unos eternos segundos. Tan de piedra como lo estoy yo.

—¿Giu… Giulia?

Esto no puede ser verdad.

Es él. Mi Adriano.

Rostro anguloso, piel aceitunada, ojos oscuros. El tío alto y musculoso que me folló hace una maldita semana en mi casa de todas las malditas posturas, el que me lamió de arriba abajo. El que lleva siendo un jodido encanto desde que nos conocemos. El que ha insistido en hablar con mi padre para formalizar nuestra relación.

—¿Qué coño…? —Es lo único que puedo decir porque estoy helada.

Su expresión empieza a mutar cuando se da cuenta de la verdad. Parece horrorizado. Me mira como si hubiese cometido el peor pecado del mundo, como si estuviésemos condenados a ir al infierno.

—Pero ¿qué mierda os pasa a vosotros dos? —se ríe Teodoro, rodeándome los hombros con un brazo—. Mi hermano es feo, pero tampoco es para tanto, prima.

—Cierra el puto pico, Teo —gruñe Adriano entre dientes, sin despegar sus ojos consternados de mí.

—Madre mía —susurro con el rostro desencajado, intentando comprender qué está ocurriendo.

—Espera. —Teodoro nos mira a ambos, extrañado—. ¿Es que ya os conocíais? ¿Habías coincidido antes con la hija del padrino, Drio?

Abro la boca para responder; sin embargo, Adriano se me adelanta con ojos helados, apático, dando un paso hacia atrás.

—No, no la conozco de nada. —Después, aprieta de nuevo los labios y me mira de arriba abajo—. Un placer conocerte, *prima*. Un jodido placer.

Entonces da media vuelta y se aleja de nosotros, mezclándose entre los Barone, como si para él fuera lo más normal del mundo.

¿Qué demonios hace aquí? ¿Y por qué me ha llamado prima? Adriano no es un Barone. Su apellido es De Luca. Vive en Nápoles. Es de la Camorra. ¡Nada de esto tiene sentido, maldita sea!

—¿Qué te han parecido mis hijos? Son guapos, ¿verdad? —se interesa Raffaella con una sonrisilla simpática en los labios,

colocándose a mi lado—. Teo y Drio tenían muchas ganas de conocerte.

—Yo… Esto… —La miro confusa—. ¿Son… hijos biológicos de Ettore?

—¿Qué? —Se echa a reír—. Por supuesto que sí, ¿qué clase de pregunta es esa?

—¿Drio…? ¿Adriano De Luca es mi primo?

—¿De Luca? —Me mira como si estuviera loca de remate. No obstante, incluso yo dudo de mi lucidez mental en este momento—. Drio no se apellida De Luca. Él es un Barone. La única De Luca en la familia soy yo.

13

Giulia

Me he acostado con mi primo. Con el hijo menor del hermano de mi padre.

Y lo peor de todo es que soy incapaz de reaccionar. Me encuentro sentada alrededor de la mesa mientras mi familia paterna cena y habla despreocupada, sin sospechar que dos de sus miembros follaron como animales la pasada semana y se lo comieron todo el uno del otro. Creo que voy a volver a vomitar por los nervios. Apenas he probado bocado, aunque la *nonna* Maddalena no deja de llenar mi plato cada vez que me descuido.

No sé cómo me siento. Tengo tal nudo en el pecho que podría gritar y maldecir mi puta suerte a los cuatro vientos, y aun así sentirme tan miserable como ahora. Apenas participo en la conversación. Cuando me preguntan algo, me limito a responder con monosílabos o a sonreír con amabilidad.

Mis ojos van hacia él. Adriano se encuentra varias sillas más allá, a mi derecha, sentado entre Fabio y Teodoro. Tiene la mirada puesta en su plato y no ha comido una mierda, igual que yo. Parece muy enfadado, pues la rigidez de su cuerpo es evidente y su ceño fruncido no hace más que darme la razón. Esto es un puto desastre. ¿En qué momento se ha convertido mi vida en una película de serie B sin ningún tipo de sentido? ¿Dónde ha quedado la ilusión por todo lo que iba a vivir estas dos semanas en Bari? ¿Con él? ¿Con mi familia? ¿Qué voy a hacer ahora?

—Por cierto, Riccardo, ¿dónde está tu esposa? —se interesa la tía Valentina antes de meterse un poco de ragú en la boca.

—Vittoria está indispuesta, os ruega que la disculpéis —responde mi padre.

Todos se limitan a asentir, pero ninguno de los presentes nos tragamos sus palabras. La mujer de mi padre no ha asistido a la cena porque yo estoy aquí. No quiere verme ni tenerme en su casa. Su antipatía no es algo nuevo. Lo sé gracias a Alessandro. Mi hermano no es muy ducho guardando secretos y en más de una ocasión se le ha escapado el asco que me tiene su madre por ser el fruto de la infidelidad de su marido.

—Bueno, *principessa* —continúa mi padre, llamando mi atención y la del resto—. Ahora que estamos todos, quiero que sepas que lo he pensado y que estoy de acuerdo en que ese chico del que me has hablado venga a visitarte. Si de verdad es una persona seria y de buena familia, no me opondré a tener una conversación con él.

Mierda. ¿Puede dejar el destino de ser tan hijo de puta? De manera mecánica, mis ojos van hacia Adriano, que acaba de levantar la vista de su plato y me mira con una hostilidad que no merezco. Aprieta tanto la servilleta entre los dedos que sus nudillos están completamente blancos. ¿En serio? ¿Ahora resulta que la culpa es mía? ¿Toda? ¡Sí, bueno, es posible que yo le ocultase parte de la verdad, pero él me mintió deliberadamente, maldita sea! ¡Ni se apellida De Luca, ni vive en Nápoles y mucho menos pertenece a la Camorra! ¿Ahora se hace el ofendido? ¡Pues que se joda, porque yo también lo estoy! ¡Y muy desilusionada, por cierto!

Cuando vuelvo a centrar la atención en mi padre, me doy cuenta de que no solo me observa él, sino que los demás Barone también esperan una respuesta.

—He decidido que no va a venir, papá —suelto con una frescura que ahora mismo no siento—. Lo he pensado bien y me he dado cuenta de que, en realidad, no vale la pena. Estoy mejor sola.

Un golpe sordo en la mesa hace que todos giremos la cabeza hacia Adriano, al que poco le falta para saltar sobre mí como un lobo rabioso sediento de sangre.

—¿Te ocurre algo, hijo? —pregunta mi tío Ettore al verlo tan crispado.

—Nada, papá, todo está perfectamente —susurra con una rigidez antinatural.

—Me alegro de tu decisión, *bambina mia* —manifiesta mi padre con una enorme sonrisa por haberse salido con la suya—. Yo te buscaré un buen hombre. Esos gilipollas con los que sales no te convienen.

—Tienes razón —asiento movida por el enfado—. No sé en qué estaba pensando.

—Eres joven, y los jóvenes os equivocáis. Me alegra que hayas recapacitado. Tú déjamelo a mí, te encontraré al marido ideal.

—Seguro que me encanta tu elección. Meter a ese tipo en tu casa habría sido un gran error. —Sonrío con tirantez y levanto la cabeza, altanera—. Oye, papá, ¿sería de muy mala educación retirarme ya a mi dormitorio? Estoy muy cansada. Hoy ha sido un día de grandes emociones.

—Me encantaría que te quedases con nosotros, *piccola*, pero comprendo que necesites descansar. No todos los días se conoce a toda una rama de la familia.

Después de que palmee mi mano y me dé su aprobación, me levanto de la silla y miro con amabilidad a todos los Barone, excepto a Adriano, al que ignoro a conciencia.

—Disculpadme. Estoy agotada. Prometo que mañana pasaré más tiempo con la familia. —Luego le sonrío a mi abuela—. Buenas noches, *nonna*. Estaba todo buenísimo.

◆ ◆ ◆

Recorro a la carrera los últimos metros que me separan de mi dormitorio, poniendo distancia lo más rápido posible. Me tiembla todo. Mi cuerpo se ha convertido en una maldita gelatina. Siento tal flojedad en las piernas que, como no llegue pronto, acabaré cayendo de bruces al suelo. Necesito pensar fríamente en lo que acabo de vivir allí abajo, rezar para que el aire vuelva a llenar mis pulmones y no morir asfixiada como una estúpida.

Una vez me encierro en mi habitación, apoyo la espalda en la pared colindante a la puerta y cierro los ojos tan fuerte que veo

cientos de estrellitas centelleantes.

—Mierda, mierda, mierda —susurro entre dientes con un profundo nerviosismo jodiéndome por dentro—. ¿Es mi puto primo? ¿En serio?

Y yo que pensaba que la vida no podía ponerse más hija de puta conmigo después de haber pasado toda la vida siendo señalada como la bastarda de Riccardo Barone. ¡Sorpresa! Pues resulta que sí. Esto ya es pasarse de crueldad. ¡Estaba muy ilusionada con él! Pensaba que todo estaba yendo sobre ruedas, que había encontrado a un tío que de verdad valía la pena, pero la realidad es muy distinta. ¡Me he acostado con el hijo de mi tío Ettore! Con Drio Barone, la mala bestia que le destrozó la cara al tipo de la furgoneta, uno de los mejores ejecutores de la familia, según mis hermanos. ¡Es Adriano, maldita sea! ¡Mi Adriano!

Estoy tan confusa que no dejo de darle vueltas intentando comprender cómo demonios ha podido pasar. Apoyo una mano en la pared y miro a mi alrededor, sintiendo que todo lo que me rodea es irreal. Desde la enorme cama con dosel, propia de una princesa, las torneadas mesitas de noche en madera de cedro colocadas a cada lado del cabezal, las mullidas alfombras en tonos crudos, hasta el amplio baño, al que no le falta detalle.

¿Qué estoy haciendo aquí? Me siento fuera de lugar, jugando a ser la orgullosa hija de un mafioso cuando en realidad solo soy Giulia Fabbri, una chica normal, con una vida y un trabajo normales. Ni siquiera estoy segura de si debería quedarme las dos semanas que le prometí a mi padre. Y mucho menos después de esto.

Me aparto de la pared y camino lentamente hacia la cama, comenzando a desabotonarme el vestido. Estoy muy cansada. La desilusión por lo que acaba de pasar me ha deshinchado por completo. Sin embargo, de golpe, la puerta de mi habitación se abre con violencia y una persona se cuela dentro, asegurando el pestillo antes de girarse y mirarme con esa misma hostilidad con que me premió estando rodeados de los Barone.

Adriano.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con aspereza. Luego me llevo una mano al pecho para cubrirme, ya que llevo varios botones del vestido desabrochados.

Su presencia empequeñece lo que nos rodea. Lo siento enorme frente a mí. Amenazador. Va vestido con unos tejanos oscuros y una camiseta blanca, sencilla, sobre la que lleva puesta una chupa de cuero que le queda de vicio. Es la máxima expresión de lo masculino y lo sexi. Pero esta vez sus ojos no me miran con deseo, sino con rabia. Sus labios están fruncidos en una mueca de desagrado mientras que su postura rígida da a entender que esta situación le incomoda tanto como a mí. Durante los primeros segundos no contesta, sino que me mira de arriba abajo, con un gesto tan impersonal como el de cualquier desconocido.

—¿Qué coño significa todo esto, Giulia? —ruge y camina hacia mí.

Cuando lo tengo enfrente, levanto la mirada y mis pupilas encallan dentro de las suyas. Su respiración es rápida y la rigidez de sus brazos es notable, sobre todo cuando aprieta de nuevo los puños. Me odia. La forma en que me mira lo deja bastante claro. Me culpa de todo lo que ha pasado, le da igual que yo tampoco entienda nada. ¡Pues que le jodan! ¡No voy a representar el papel de mártir!

—No lo sé, dímelo tú, Drio, Adriano, o como quieras que te llames —lo reto, negándome a demostrar lo que siento de verdad.

—¡No juegues conmigo y contesta a mi pregunta! —grita él.

—Largo de mi habitación.

—¡No me sale de los huevos irme! —Da otro paso hacia mí, quedando tan cerca que nuestros muslos se rozan—. ¿Tú lo sabías? ¿Sabías que nuestros padres eran hermanos?

—¿Qué? —Lo miro con su misma hostilidad y luego resoplo y me echo a reír—. ¿Que si lo sabía? ¡Pues claro, me encanta follarme a todos mis primos!

—¡No se te ocurra usar el sarcasmo conmigo! ¡No sabes con quién estás hablando!

—Y encima me amenazas. —Me cruzo de brazos—. ¿El chico encantador que me prometía todo también era una farsa? ¿Este es tu verdadero carácter?

—¡Eres mi jodida prima!

—¡Y tú una puta bestia que destroza caras! —lo ataco también.

—¿De qué hablas?

—Del tipo de esta tarde, el que mis hermanos recogieron de la nave. ¡Tú le hiciste esa mierda!

—¡Es mi trabajo! ¡Y no tienes ningún derecho a opinar sobre mí cuando solo me has dicho mentiras desde que nos conocemos!

—¿Conque solo he sido yo? —Lo empujo con todas mis fuerzas, pero no logro moverlo ni un centímetro—. ¡Un embustero es lo que eres! ¡Así que tu nombre era Adriano De Luca! ¿De Luca? ¡Ja! ¡Eres un maldito Barone!

—De Luca es el apellido de mi madre.

—¡Ya lo sé, me lo dijo ella cuando casi me dio un síncope al verte aparecer! —bufo con ira—. Ni eres un De Luca, ni vives en Nápoles, ni perteneces a la maldita Camorra. ¡Y ahora resulta que la mentirosa soy yo!

—¡No quise asustarte, Giulia! ¡Todo el mundo teme a los Barone, pensé que saldrías huyendo cuando supieras quién era! —Me mira con desprecio—. ¡Pero no, porque tú eres de los nuestros, joder!

—¡Soy Giulia Fabbri!

—¡Eres la jodida hija de mi tío! —truena muy cerca de mis labios —. ¡Y me lo ocultaste!

—Iba a decírtelo esta noche.

—Ya —resopla él.

—¡No se te ocurra volver a llamarme mentirosa! ¡Si no te lo dije antes fue porque tampoco quise espantarte con el apellido de mi padre, pero todo lo demás que sabes sobre mí es cierto!

—¡Ahora eso ya da igual! ¡Somos familia! ¡Primos, joder! —Niega con la cabeza y me señala con el dedo índice—. Nadie puede enterarse del error que cometimos, ¿me oyes?

—¡Vaya, me habían llamado muchas cosas antes, pero es la primera vez que me dicen *error*! —Lo miro a los ojos con fiereza, notando que un gran peso me aplasta el pecho, y doy media vuelta alejándome de él—. No quiero volver a saber nada más de ti. Vete de mi habitación, Adriano.

—¡No me des la espalda! ¡No se te ocurra darme la espalda en tu puta vida, porque todavía no hemos terminado! —Me agarra por el brazo y me obliga a girar hasta que acabo aplastada contra su pecho musculoso. Después enreda su otro brazo en mi cintura, cruel, y me

aprieta con fuerza, hasta que nuestras bocas están tan cerca que siento su aliento en mis labios—. Podría destrozarte, Giulia. No me costaría ni dos segundos partirte el cuello y dejarte caer sin vida a mis pies.

—Y a mí no me costaría nada gritar para que toda nuestra familia supiera lo que está ocurriendo.

—¡A mí no me amenaces! —Me zarandea.

Peleo contra él para que me suelte, pero solo logro desestabilizarme y acabar encajonada entre la pared y su cuerpo.

—¡Suéltame, maldita sea!

—No quiero —susurra contra mis labios con una sonrisa helada.

—Después de todo, yo tenía razón, ¿verdad? Tampoco eres ese hombre dulce que me hiciste creer.

—Podría haberlo sido, nena. Por ti habría sido el gilipollas más suave del mundo, pero me has jodido. No te lo mereces.

—Largo de mi habitación —repito entre dientes—. Ya.

—Me iré cuando quiera. A mí nadie me echa de ningún sitio. —Enreda los dedos en mi pelo y me obliga a levantar la cabeza—. ¿O es que vas a pelear contra mí para que me vaya?

—¡Me haces daño! —Intento pegarle, pero me inmoviliza del todo entre su cuerpo y la pared. Después vuelve a tirarme del pelo y nuestros labios se rozan. Me quedo muda.

No deja de mirarme con una intensidad que me confunde, es como si estuviera decidiendo entre permitirme seguir viviendo o, por el contrario, mandarme al infierno de una vez. Entonces hace algo que me desconcierta del todo. Apoya la mano en mi mejilla y la acaricia. ¿Por qué me acaricia? Es como si estuviera memorizando la textura de mi piel, cada pequeño surco de mi cara. Es extraño para mí estar tan enfadada con Adriano y desear que no deje de tocarme. ¿Qué clase de locura es esta?

Sus dedos se posan en mis labios, delineando el arco de Cupido, acariciando su piel, mientras siento contra mi estómago la dureza de su polla. Se me disparan los latidos cuando junta nuestras frentes e inspira mi aroma, llenándose los pulmones con mi olor. Cierra los ojos y aprieta aún más la mano en mi pelo. Sus labios tocan los míos

y mi respiración se dispara. Entreabro la boca y jadeo excitada, agarrándome con fuerza a sus brazos.

—Joder, Giulia —susurra con intensidad, logrando que me tiemblen las piernas sin remedio. No puedo pensar en nada que no sea él, en lo que me hace sentir, en lo mucho que deseo que salve la ínfima distancia que nos separa y me bese de una maldita vez. Sin embargo, un ruido sordo sobre mi cabeza rompe la magia del momento. Adriano acaba de golpear la pared con el puño, mirándome como se mira a un imposible—. Joder, *tentazione*.

Entonces se aparta de mí. Lo hace con tanta brusquedad que me tambaleo. Parece tan confuso como yo. No dice nada más, ninguno lo hace; no podría articular palabra aunque me lo propusiera. Simplemente nos miramos a los ojos, cachondos, muy enfadados. Hasta que de repente da media vuelta y camina hacia la puerta para abandonar mi dormitorio. Sale dando un violento portazo, dejándome sola y con un vacío gigante en el estómago que no sé cómo gestionar.

◆ ◆ ◆

No puedo dormir en toda la noche. Juro que lo intento, pero lo ocurrido con él me mantiene despierta y nerviosa hasta que amanece. Todavía en la cama, me rodeo las piernas con los brazos y apoyo la barbilla en las rodillas, me siento tan rara como nunca. No sé si estoy preparada para volver a verlo ni si sé seré capaz de disimular delante de nuestra familia. Cuando Adriano está frente a mí, mi cuerpo se comporta como un yonqui en busca de su dosis. ¿Cómo es posible que en solo dos malditas semanas me sienta de este modo? No es lógico ni sano, y debo obligarme a fingir que esto no está ocurriendo.

La desesperación es tal que sopeso la idea de no acudir al desayuno. Prefiero ayunar que ver de nuevo esos ojos furiosos sobre mí. Necesito desahogarme con alguien, pero me es imposible hacerlo con ninguno de los Barone sin exponer lo que hemos hecho Adriano y yo. Así que alargo la mano hasta la mesilla de noche y tecleo el número de la única persona con la que puedo vomitarlo

todo. Tras dar señal varias veces, la voz soñolienta de Siena me saluda al otro lado de la línea.

—Más te vale que sea importante, Giulietta. Estaba durmiendo.

—Es importante.

—Y estoy acompañada —apunta ella.

—¿Has conocido a un tío y no me habías dicho nada?

—En realidad, he conocido a dos. —Se ríe—. ¿Alguna vez has hecho un *ménage à trois*? No, no me contestes, ya sé que no. En fin, yo tampoco… hasta esta noche.

—¡Siena! —exclamo mientras me tapo los ojos con una mano—. ¿Te has follado a dos tíos a la vez?

—En serio, deberías probarlo. He hecho cosas que no sabría ni explicar. Alucinarías con la elasticidad que tenemos ahí abajo.

Me echo a reír y niego con la cabeza, algo más despejada. No falla. Dos minutos hablando con mi amiga es mejor que una maldita terapia.

—No sé si quiero saberlo, la verdad.

—Repetiré, seguro. Nunca me habían follado por el culo.

—Vale, demasiada información por el momento.

Escucho que un suspiro sale de sus labios antes de continuar:

—Y, bueno, dime, ¿qué era esa cosa tan importante que tienes que decirme?

—Creo que me voy a morir —me quejo al recordar lo sucedido con él.

—Sí, ya, como todos.

—No, en serio, Siena, tengo una mala suerte del carajo.

—¿Te ha pasado algo malo con la familia de tu padre? ¿Los Barone se han portado mal contigo?

—Todavía peor.

—¿Te has quedado preñada?

—¡No! ¡Es por Adriano!

—¿Ha pasado de ti?

—¡Es mi puto primo! —Trago saliva—. ¡Hijo de mi tío Ettore! ¡Del hermano de mi padre!

—¡Espera! Creo que me he perdido. ¿De qué Adriano estamos hablando? Solo conozco a un Adriano al que te follas y es de

Nápoles.

—No es de Nápoles. Me mintió.

—¡¿Qué cojones?! ¿Me estás diciendo que tu primo te mintió para poder follar contigo? ¡Qué turbio, coño!

—¡No, él tampoco lo sabía! ¡Ninguno sabíamos que éramos familia cuando…! —Me tapo la cara con una mano y lloriqueo como una niña—: ¡No es justo!

—Giulia, deja que lo procese durante unos segundos, te juro que me he quedado blanca.

—Pues imagínate yo. Estaba superilusionada con él. Dios, ¿por qué tengo tan mala suerte?

—Vamos a recapitular: Adriano es tu primo, no lo sabías y habéis follado como bestias.

—Básicamente, sí.

—Uf, te van a negar la entrada a la iglesia por hereje.

—Querrás decir por incesto, en todo caso —la corrijo.

—Eso suena mucho peor.

—Lo sé. Mierda, es que es mucho peor.

—Madre mía, es tu primo. Estoy flipando.

—Así llevo desde ayer.

—¿Y qué dice él? ¿Cómo ha reaccionado Adriano a la noticia?

—Mal. Me culpa de todo. Se comporta como si solo yo hubiera estado ocultando información, pero él también lo hizo, me mintió.

—Típico de los hombres. Ahora se lava las manos y la mala eres tú —bufa ella—. Estoy pensando en hacerme lesbiana.

—Te has zumbado a dos hombres a la vez esta noche, ¿cómo vas a hacerte lesbiana?

—De pensamiento.

—¡Cállate! —Me echo a reír—. A ti te encantan las pollas.

—Por desgracia. Y a ti te encanta la polla de tu primo.

—Sí, qué puta mierda —admito con voz triste.

—¿Y qué vas a hacer?

—Estoy pensando en volver a Roma.

—¡Espera! ¿Vas a volver a casa con el rabo entre las piernas por un tío al que apenas conoces? ¡Ni se te ocurra, Giulietta!

—No me apetece verlo todos los días.

—¡Entonces ignóralo! ¿No has dicho que está muy enfadado contigo? ¡Pues mejor! Adriano mantendrá las distancias y tú podrás seguir disfrutando de las vacaciones con tu padre. ¡Llevas años deseando que Riccardo Barone te incluya en su familia! ¡Ahora que por fin lo ha hecho, no vas a dejar que un tío lo estropee todo! ¡Aunque sea un maldito dios del sexo y esté buenísimo! ¡Eres Giulia Fabbri, nena, que no se te olvide! ¡Puedes merendarte a todos los Barone de este maldito mundo y dejar un hueco para el postre! ¡Así que ponte guapísima, finge tu mejor sonrisa y métete a esos mafiosos en el bolsillo!

14

Adriano

El grito desgarrado de Paolo Romano, tras romperle el pulgar contra un cajón de su despacho, retumba por las paredes logrando que la sonrisa cruel se me intensifique en los labios.

A mis pies, su hermano se desangra lentamente entre fuertes convulsiones después de haberle pegado dos tiros a bocajarro en el estómago cuando se negó a contestar a una pregunta. Que se joda. Muerto está mejor. Las sabandijas como los Romano no deberían tener el privilegio de respirar el mismo aire que yo.

—Te lo preguntaré una vez más, hijo de puta —musito, apoyando las manos en su escritorio, muy cerca de él, mientras Teodoro y Lorenzo observan la escena casi con indiferencia a unos pasos de distancia—. ¿Dónde está nuestro dinero?

—Juro que lo tendréis a final de semana —balbucea con un temblor incontenible en los labios.

—Eso mismo dijiste hace siete días, Paolo.

—Esta vez es cierto. Cobraré una deuda y el dinero será vuestro.

—Mmm…

—Adriano, te lo ruego, llevamos haciendo negocios con los Barone desde hace décadas. Solo es un pequeño retraso. Habla con tu tío, él me dará la razón.

—Escucha bien, pequeña mierda, mi tío confía en que la decisión que tome será la adecuada. —Jugueteo con mi pistola haciéndola girar sobre la brillante madera—. Y mi decisión es que no nos vamos a ir de tu casino sin nuestro dinero.

—¡Es que no lo tengo, maldita sea! ¡Dame al menos unas horas!

—No tengo tanto tiempo. —Después señalo a su hermano, que continúa en el suelo desangrándose—. ¿Quieres acabar como el bueno de Francesco? Míralo, es cuestión de minutos que se muera, y todo porque tú no quieres colaborar.

—¡Quiero, por el amor de Dios, claro que quiero! —Junta las manos en oración—. Dame una hora, dos como máximo, y tendréis vuestra parte.

Ladeo la cabeza pensando si aceptar sus condiciones, pero la verdad es que me dan igual. Así que no lo pienso dos veces cuando amartillo la pistola y le disparo directo al corazón, matándolo en el acto sin apenas parpadear.

—No hay trato, gilipollas —declaro con voz helada a pesar de que ya no puede escucharme.

—¡Drio, ¿qué demonios haces?! —salta Teodoro, acercándose a mí con el rostro contrariado—. ¿Es que has perdido la cabeza, joder? ¡No debías matarlo a él también!

—Paolo Romano no iba a pagarnos —sentencio sin más, guardándome el arma en la americana.

—Te estaba suplicando que le dieras unas horas para reunir el dinero, ¿qué coño te pasa? ¡El padrino nos pedirá explicaciones!

—Y se las daré, no te preocupes.

Teo gira la cabeza hacia Lorenzo, que no se ha movido de su sitio, buscando una lógica a mi comportamiento.

—¿Tú sabes lo que pasa? Lleva dos putos días cargándose a todo el que se le pone delante.

—Ni idea —responde Lorenzo.

—No me pasa una mierda —gruño entre dientes.

—Tu hermano siempre ha sido un cabrón sin sentimientos —le quita importancia Lorenzo—. Le dolerá una muela, o algo así.

—Seguro que no es eso. —Se pasa una mano por su largo cabello negro y me mira con el ceño fruncido—. ¿Quieres conversar acerca de algo, Drio? Si te ocurre alguna cosa, podemos…

—¡Que no ocurre nada! ¿Vale? —ladro con desprecio, dirigiéndome hacia el gran armario del fondo, que está cerrado con un grueso candado. Lo reviento a balazos y, nada más abrir la puerta, encuentro varias bolsas repletas de un polvillo blanco que

me resulta demasiado familiar. Desato una, meto el dedo meñique dentro y esnifo una pequeña cantidad sin pensármelo dos veces. Bingo. Cuando la droga entra por mi nariz, cierro los ojos con fuerza y una sonrisa ladina curva mis labios—. Es cocaína y está sin cortar. Le sacaremos mucho más dinero de lo que nos debía ese cabrón.

Le lanzo las bolsas a mi hermano y, sin decir ni una palabra más, doy media vuelta y los dejo a solas en el despacho. Mi trabajo aquí ha terminado. Ahora le toca a Teodoro llamar a nuestros hombres para que limpien la sangre y se deshagan de los cadáveres antes de que alguien se dé cuenta de lo que ha pasado.

Al salir a la calle, me coloco sobre los ojos las gafas de sol y camino despreocupado hasta mi vehículo, estacionado a unas calles de distancia.

—¡Eh, Drio! ¡Espera!

Es Lorenzo. Viene tras mis pasos a la carrera, después de ponerse sus propias gafas de sol. Cuando me alcanza, enciende un cigarro y expulsa el humo con satisfacción. Lorenzo Monti y yo somos amigos desde que tengo memoria. Su padre fue un gran aliado de mi tío Riccardo en la Sacra Corona Unita hasta que se lo cargaron de un tiro en la nuca en un enfrentamiento con la policía. Después de aquello, su familia dejó el negocio por miedo a la pasma. De hecho, desde hace más de veinte años la cuarta mafia está muy debilitada. Solo quedamos cuatro familias al frente de la organización: los Barone, los Valenti, el matriarcado Farnese y los hermanos Marino.

Lorenzo camina a mi lado en silencio, aunque sé que tiene algo que decirme. Lo conozco demasiado bien. Y cuando titubea tanto es porque sabe que sus palabras me van a incomodar.

—¿Qué quieres? —rumio entre dientes al darme cuenta de que no deja de mirarme.

—¿Por qué tendría que querer algo?

—Porque me estás persiguiendo en vez de ayudar a mi hermano con los cuerpos de esos cabrones.

No me contradice, sino que se echa a reír y se rasca el cogote después de darle otra profunda calada a su cigarro.

—Es solo… Me preguntaba cómo estás después de la borrachera de anoche.

—No es la primera borrachera de mi vida, Lorenzo. —Frunzo el ceño—. No me mires así, estoy bien.

—Pero sí que es la primera vez que te enrollas con una chica que resulta ser de tu familia, tu pr…

—¡No lo digas!

—Adriano. —Suspira—. No hace falta que finjas.

—No quiero hablar del tema, ¿de acuerdo? Haz como si nunca hubiera sucedido.

—Es que sí que ha sucedido. Te encontré en el club a punto de sufrir un coma etílico por una mujer.

—Me pasé un poco bebiendo, eso es todo. Giulia no tiene nada que ver.

—Alguien que no te conozca podría tragárselo. Yo, no. Estuve ahí, ¿recuerdas?

—¿Ahí? ¿Dónde?

—¡En Nápoles! ¡En la puta Galería Umberto! Drio, moviste cielo y tierra para saber quién era ella y en qué hotel estaba alojada.

—¿Y qué? —Pongo los ojos en blanco—. Quería echar un polvo, ¿qué hay de raro en eso?

—Que lo tuyo con Giulia no era solo un polvo. —Aplasta el cigarro con un pie antes de continuar—. Somos amigos, llevo viendo cómo te follas a infinidad de mujeres desde que tengo memoria. Te las tiras y pasas de ellas como si nada. Con esa chica era distinto.

—¡¿Podemos cambiar de puto tema?!

—Es normal que estés jodido por lo que ha pasado.

—¡Deja de darme el coñazo, maldita sea! ¡No tendría que haberte dicho nada!

—Estabas demasiado borracho como para frenar tu lengua. —Se ríe—. Vale, si quieres que deje de hablar de ella, lo haré, pero no me creo que te sea tan indiferente. He visto cómo lo dejabas todo, incluso el trabajo, para contestar cuando ella te escribía un puto mensaje de mierda a la hora que fuese. Has conducido hasta Roma sin tomarte ni un descanso por las ganas que tenías de verla. Llevabas toda la puta semana eufórico porque este fin de semana ibas a volver a encontrarte con ella. Así que, de acuerdo, no volveré

a sacarte el tema, pero no quieras tomarme por gilipollas, porque no lo soy.

—¿Has terminado ya de darme el sermón? —Lorenzo suspira y finalmente asiente—. Bien, pues me voy. Tengo cosas que hacer. Dile a mi hermano que le lleve las bolsas de cocaína a nuestro padrino cuando acabéis aquí.

Monto en mi coche, un Maserati MC20 de color negro, una maldita bestia de seiscientos treinta caballos y doble turbo, y cierro la puerta de un fuerte golpe, dejando a Lorenzo de pie en la acera cuando acelero a fondo y las ruedas chillan sobre el asfalto. Aprieto los dientes muy fuerte al pensar en todo lo que acaba de decirme y le doy un violento golpe al volante, porque el cabrón tiene razón.

Estoy jodido desde que encontré a Giulia en la casa de mi tío y nos enteramos de nuestro parentesco. Llevo furioso y desatado desde entonces. No me controlo, no controlo mis actos. Solo han pasado dos días sin saber de ella y ya me he cargado a siete personas sin motivo alguno. Necesito descargar la tensión y la rabia de algún modo, y hacerle comprender a mi mente que tenerla ya no es posible. No puedo reclamarla para mí, como llevo deseando desde que la conozco. Es la hija de mi padrino. Tenemos la misma sangre. Sería un puto escándalo.

Llevo reprimiendo las ganas de ir a verla desde que me largué la otra noche hecho un basilisco. Es la primera vez, desde que me independicé de la familia, que me apetece regresar al *palazzo* y ocupar mi vieja habitación para estar cerca de ella. Es un sinsentido, porque sé que no debo hacerlo. Giulia y yo no podremos volver a estar juntos nunca, y esa certeza me pone tan furioso que podría despellejar a todos los gilipollas que se pongan en medio sin sentir el mínimo remordimiento.

Era perfecta para mí. Sí, vale, nos conocemos poco más de dos semanas, pero han sido suficientes como para tener claro que habría viajado a Roma durante el resto de mi vida solo porque ella estaría allí esperándome. Puto destino. Puta mierda de vida. De entre todas las mujeres de este jodido mundo, ¿por qué ha tenido que ser ella la hija de Riccardo Barone?

Reconozco que no me interesó conocer a esa prima perdida de la que todo el mundo hablaba por los rincones. En mi mente seguía siendo una niña pequeña. Alguien que nunca despertó mi curiosidad. De hecho, jamás pregunté nada sobre ella. Mi tía Vittoria llevaba muy mal que alguien sacase el tema estando presente. Estuvieron a punto de divorciarse cuando el escándalo salió a la luz y la madre de Giulia se presentó en casa con un bebé en brazos. Su desliz, y el nacimiento de esa niña ilegítima, fue un tema delicado en la familia durante muchos años.

Y ahora… Joder, ahora soy yo quien se encuentra en una encrucijada con esa misma niña. La diferencia es que ahora es una mujer. Una mujer preciosa, sensual y perfecta que remueve cada fibra de mi cuerpo hasta límites que no sabía que tenía. Una mujer prohibida a la que debo evitar a toda costa, porque su sola presencia me empuja a cometer la mayor de las locuras, y eso significaría traicionar a mi familia.

◆ ◆ ◆

Tres días más tarde, aparco el coche en el jardín del *palazzo* y me guardo las llaves en el bolsillo mientras camino a paso lento hacia el interior. Llevo todo el camino repitiéndome que no voy a verla a ella, que el motivo de mi regreso no es encontrarme con Giulia, sino visitar a mi madre, eso es todo. Este lugar también ha sido mi casa desde que era niño, tengo todo el derecho a venir cuando quiera. Punto.

Son las doce del mediodía y en el salón solo se encuentran varias limpiadoras sacándoles brillo a las lámparas de cristal de las que se encaprichó mi tía Vittoria hace un par de años. Todo está en silencio, no se oye ni un débil murmullo. Mi padre y mi padrino deben de estar encerrados en el despacho, poniéndose al día de todos los negocios y las deudas pendientes. Mis primos, Alessandro y Fabio, cobrando los sobornos que nos pagan los comercios de Bari a cambio de protección, y mi tía Valentina y su familia ya se han marchado de vuelta a su hogar tras conocer a Giulia.

Paseo por el *palazzo* en dirección al despacho de mi madre. Raffaella De Luca es la *contabile* de la familia desde hace más de diez años, un trabajo que requiere la máxima concentración, pues un simple fallo puede hacernos perder mucho dinero.

Mientras recorro el pasillo, mi cabeza gira hacia cada sala, esperando encontrar a esa personita a la que llevo evitando desde hace cinco días. Sé que no debería buscarla, pero no puedo evitarlo. Mis ganas son más fuertes que la razón. Y es una mierda, porque por mucho que me gustase la idea, Giulia y yo nunca podremos volver a estar juntos. Además, querer verla tampoco es tan grave siempre que no pase de ahí. Tocarla está prohibido y desearla también.

—¿Drio? —la voz sorprendida de mi madre hace que me detenga a mitad de camino a su despacho. Al darme la vuelta, me la encuentro perfectamente vestida, peinada y maquillada, y con uno de sus bolsos colgado al hombro—. No sabía que ibas a venir.

—Estaba cerca y he decidido pasarme un momento a saludar.

Me da un beso en la mejilla y sonríe con cariño, al tiempo que me alisa las arrugas imaginarias de mi camisa.

—¿Tienes pensado quedarte a comer?

—No creo.

—Quédate. La *nonna* está cocinando *parmigiana di melanzane*. Y tu hermano estará a punto de llegar.

—¿Ah, sí?

—Viene casi todos los días desde que Giulia está aquí. —Sonríe ella.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño, hostil. Puto Teodoro.

—Se llevan muy bien. —Sonríe—. De hecho, Giulia se lleva bien con toda la familia. Es un encanto de niña. Es una pena que vengas tan poco a casa. Eres el que menos la conoce de todos nosotros. Casi no habéis pasado tiempo juntos, y es una pena, regresará a Roma la próxima semana.

—Ya —Joder, si ella supiera—. Es que estoy ocupado, mamá.

—Bueno, pero hoy te quedas a comer, ¿de acuerdo? —Se mira el reloj de muñeca—. Yo vuelvo enseguida. Tengo que pasarme por el centro comercial a recoger un vestido que encargué hace unos días.

—¿Entonces no hay nadie en el *palazzo*?

—Oh, sí. Puedes buscar a Giulia. Quizá tengas suerte y la encuentres sola. —Se ríe—. Siempre hay alguien con ella. Todo el mundo se la rifa.

—Mira qué bien —bufo.

—No, en serio, deberías hacerlo. Es una chiquilla increíble.

Estoy poniendo de mi parte, maldita sea. Recurriendo a mi jodida fuerza de voluntad para no ir a buscarla. Lo último que necesito es que mi madre me empuje también hacia ella. Al final lo mandaré todo al carajo y cometeré un puto secuestro, porque no me faltan las ganas de llevármela, encadenarla a mi cama y follármela con todas mis fuerzas, sin que me importe una real mierda el parentesco que nos une.

Cuando me quedo a solas, cierro los ojos y lucho una vez más contra ese maldito demonio que me recuerda lo mucho que me encanta esa mujer. Lo combato pensando en la traición que supondría hacerle eso a mi padrino. Una vez abro los ojos de nuevo, el sentido común ha regresado a mi mente. Así que me dirijo a un lugar seguro. En busca de la compañía que me conviene de verdad, de la persona que más serenidad me transmite de todos los Barone: mi *nonna*.

No me permito pensar en nada mientras recorro los escasos metros que me separan de la cocina. Estoy haciendo lo correcto. Estoy poniendo de mi parte. Jodiéndome por la familia. Deberían hacerme un puto monumento.

Sin embargo, cuando doy el primer paso al interior de la estancia, el sonido de las cazuelas junto con una preciosa risa femenina me hace frenar en seco.

Mierda. Es Giulia. Está con mi abuela. Juntas. Cocinando mientras escucha atentamente algo que la anciana le dice en voz baja y que vuelve a hacerla reír.

Trago saliva y apoyo la mano en el quicio de la puerta, notando que mi cuerpo bulle al verla. Es como un maldito volcán que despierta cada vez que la tengo enfrente.

Es preciosa. Tiene un rostro delicado de piel tersa como el de un puto ángel, unos ojos grandes, expresivos, de un color marrón tan

intenso como el del chocolate. Naricilla respingona que le da aspecto travieso y unos labios mullidos y muy sexis que la chupan como si hubieran sido creados para acoger mi polla entre ellos. Lleva un sencillo vestido violeta sobre el que se ha colocado un delantal para no mancharse.

Detengo la mirada más de la cuenta en la curva de sus pechos y trago saliva al recordar lo mucho que me encantó comérselos. En su cintura estrecha, en la pronunciada curva de sus caderas. Se ha recogido el cabello en una tensa coleta y su rostro luce sin una pizca de maquillaje, dejando a la vista las pecas que adornan sus mejillas. Está concentrada cortando la berenjena en láminas para la comida y se muerde los labios cuando no le salen tan finas como ella quiere.

Es lo más bonito que he visto nunca y una perdición que me guste tanto, porque el destino no me lo está poniendo fácil.

—¡Drio, has venido! —exclama mi *nonna* con el semblante rebosante de felicidad—. ¡Mira, Giulia, está aquí tu primo!

Mas, cuando levanta la cabeza y me descubre apoyado en el marco de la puerta, se queda paralizada con el cuchillo en la mano. Incluso creo ver un leve temblor en sus dedos. Me mira con los ojos muy abiertos, como si frente a ella acabase de aparecer el demonio. Sé que esto le gusta tan poco como a mí. No quiere verme, se nota en su expresión. Así que mi primera reacción es sonreírle con una frialdad y una tensión que no le pasan desapercibidas, para demostrarle que el sentimiento es mutuo.

—¡Ven con nosotras! ¡Hace mucho tiempo que no cocinas con la *nonna*!

No respondo. Mis ojos siguen fijos en ella, esperando una reacción a las palabras de mi abuela. Pero esta no llega. Giulia se limita a ignorarme y a seguir cortando la berenjena. Su actitud me jode. Llevo cinco putos días volviéndome loco por no poder verla, y ella actúa como si nada. Me hace saber que no significo una mierda. ¿Ese es su juego? Joder. Entonces, juguemos.

Fuerzo una vez más la sonrisa y entro en la cocina escudándome en una chulería descarada que me sale de lo más natural. Voy directamente hacia mi abuela y le doy un suave beso en la mejilla, haciéndola reír de pura felicidad.

—*Nonna*… Tenía muchas ganas de verte.

—Eres un bribón, Drio Barone —responde encantada y me pasa un delantal limpio del cajón—. No sabía que ibas a venir a comer. Te habría preparado *ossobuco*.

—Da igual, otro día.

—Pasas muy poco por casa —me recrimina ella.

—Sabes que estoy ocupado.

—Mmm… Un hombre ocupado y maleducado. —Me da un codazo —. Ni siquiera has saludado a Giulia.

Una sonrisa lobuna me curva los labios cuando mis ojos van de nuevo hacia ella. Se ha puesto nerviosa y corta las láminas de berenjena con torpeza.

—Hola, prima, ¿cómo estás?

—Hola. Bien, gracias. —Apenas me sostiene la mirada.

—¿Te está gustando convivir con la familia?

—Bastante.

—Estoy intentando convencerla para que se quede más tiempo con nosotros —se inmiscuye mi *nonna*—. Dos semanas no son nada, puedo morirme dentro de un mes y me encantaría disfrutar de mi nieta.

Giulia le sonríe con dulzura y apoya la mano sobre la de nuestra abuela.

—Vendré a verte a menudo, te lo prometo.

—No tendrías que hacerlo si te quedases con nosotros, ¿no te parece, Adriano?

—Sí, prima, quédate —respondo burlón. Siento su mirada furiosa sobre mí, así que la sonrisa se me intensifica en los labios.

—Drio, coge un cuchillo y ayuda a Giulia con la berenjena. Como no nos apresuremos, la comida no estará lista a su hora.

Ni me lo pienso. Abro el cajón de los cubiertos y, con el cuchillo en la mano, rodeo a mi abuela y me coloco a su lado, muy cerca. Después cojo una berenjena y, en silencio, comienzo a laminarla mucho más rápido que Giulia, quien, al ver lo bien que se me da, para de cortar y mira atenta cómo lo hago, tratando de imitarme.

—Adelanta los nudillos o acabarás rebanándote algún dedo —le indico con voz indiferente. Sonrío complacido cuando veo que me

obedece.

Continuamos cortando sin hablar mientras nuestra abuela se ocupa del resto de tareas. La tengo tan cerca que, de vez en cuando, nuestros cuerpos se rozan, y aunque solo es nuestra ropa la que entra en contacto, produce el mismo efecto en mí que si fuera su mano la que estuviera acariciándome. Me muerdo el labio inferior y miro disimuladamente su escote. No es pronunciado, ni siquiera insinuante; sin embargo, mi imaginación vuela y mi polla comienza a crecer dentro de los pantalones.

Trago saliva con dificultad al posar los ojos en su yugular, en la piel nívea y delicada de su cuello. Ya no tiene las marcas de mis dientes. Han desaparecido por completo. Daría cualquier cosa por volver a marcarla. Por dejar tantas marcas en su piel que nadie se atreviese nunca a acercarse a ella.

—¡*Porca miseria*! ¡Otra vez se han olvidado de comprar albahaca! —se queja nuestra *nonna*, dando un fuerte golpe en la mesa—. Creo recordar que en el sótano dejé secar un poco. Drio, asegúrate de que no se queme el sofrito. Enseguida vuelvo.

Nos quedamos a solas y la tensión que hay entre nosotros crece aún más. Soy consciente de cada uno de sus movimientos, de su olor dulce, de su respiración. Y me repito cientos de veces que no debo acercarme a ella.

—Así que era verdad eso de que cocinabas con tu abuela —dice Giulia de repente, sin apartar la vista del cuchillo con el que corta.

—¿Te sorprende?

—No lo sé, Adriano. —Me mira de soslayo y se encoge de hombros—. Ya no sé qué creer de ti.

—Lo mismo digo.

—¿En serio? —ríe con desapasionamiento—. Solo te omití parte de la verdad para que no salieras huyendo. Todo el mundo teme a los Barone. No es la primera vez que me pasa.

—Me dijiste que tu hermano iba a presentaros a su novia la noche que me preguntaste qué ropa llevar a la cena.

Ella se pone muy recta y abre la boca para contestar, pero de sus labios no sale sonido alguno hasta que pasan unos segundos.

—Eso es una gilipollez.

—Es una mentira.

—Si la comparamos con las tuyas es casi inocente —dice ella con orgullo.

—Haz el puto favor de quitarte el halo de la cabeza, porque no eres ninguna santa.

—Yo no he insinuado eso.

—Ambos mentimos, acéptalo de una maldita vez —sentencio con voz tensa.

Aprieta los labios y fija sus ojos en el suelo antes de continuar:

—La única verdad que me has dicho desde que nos conocemos es que te gusta cocinar con la *nonna*.

—Puedes creer lo que quieras.

—Me engañaste incluso cuando prometiste que nunca me harías daño.

—No me jodas, ¿y dónde está la mentira?

—Me amenazaste. En mi dormitorio. La última noche que estuviste aquí.

—¿Y qué querías? Acababa de descubrir que la mujer con la que estaba follando era mi prima.

—Así que, cuando algo no sale como tú quieres, te dedicas a amenazar.

—Y tienes suerte de que solo fueran palabras lo que obtuviste de mí.

—Lo estás volviendo a hacer —me recrimina ella.

—Ah, ¿sí? —Sonrío con una frialdad que me hiela el rostro—. Parece ser que me sale solo, así que no me toques mucho los huevos, nena.

Giulia pone los ojos en blanco y bufa, sin la mínima muestra de miedo en su rostro.

—No tengo intención de tocarte nada. De todas formas, lo nuestro se acabó. Tú conocerás a otras mujeres y yo saldré con más hombres. Fin.

Su respuesta me hace erguir la espalda de repente. Se me crispan los dedos de las manos y una profunda ira comienza a enroscarse en mi estómago. Entonces salvo la escasa distancia que nos separa y la

acorralo entre la mesa y mi cuerpo con una actitud tan rabiosa que me sorprende incluso a mí.

—¡Atrévete! —susurro entre dientes, fulminándola con la mirada —. ¡Atrévete a acercarte a otro tío!

—¿Puedes dejar de amenazarme de una jodida vez?

—No. Y escúchame bien, *tentazione*, porque esto no es ninguna mentira: si permites que un hombre que no sea yo te ponga las manos encima, haré mucho más que amenazar.

Giulia frunce el ceño y me empuja, intentando apartarme de ella; sin embargo, lo único que consigue es que una de mis manos acabe enredada en su pelo.

—¿De qué coño vas? ¡Tú y yo no vamos a estar juntos! ¡No puedes negarte a que conozca a otros hombres!

—Sí que puedo y lo estoy haciendo. —Acerco mis labios a su boca y susurro con tono gutural—: Tú. Eres. Mía.

—Esto no tiene ningún sentido, maldita sea.

—Nadie ha dicho que lo tuviese.

—Déjame en paz, Adriano.

—Jura que no vas a dejar que ningún gilipollas te toque.

—¿Pretendes que me quede sola toda mi vida?

—Joder, sí —respondo convencido.

Giulia aprieta los dientes al escuchar mi respuesta y me pega en el pecho.

—¡Suéltame, ya!

—¡Promételo!

—No lo repetiré dos veces. ¡Déjame en paz!

—Oblígame.

De repente, con un rápido movimiento de su brazo, me apoya el cuchillo en el cuello. Apretándolo contra mi yugular, firme, amenazante.

—¿Así, o quieres que te obligue un poco más, *primo*?

El asombro y la admiración logran que una amplia sonrisa curve mis labios. Giulia Fabbri tiene cojones, y eso me pone muchísimo. Maldita sea, ¿hay algo de ella que no me guste?

—¿Serías capaz de hacerlo?

—¿Rebanarte el cuello? Yo que tú no me pondría a prueba.

—Hazlo —la animo con la diversión reflejada en las pupilas—. Vamos, mátame. Lo tienes muy fácil, no opondré resistencia.

Ladeo el cuello, dándole vía libre a mi yugular, y ella me mira horrorizada. Traga saliva y niega con la cabeza. La seguridad desaparece de sus ojos; en cambio, me mira como si hubiese perdido del todo la cabeza.

—¿Estás loco?

—Vamos, termina lo que has empezado. —Pego aún más el cuello al cuchillo, logrando que un hilillo de sangre resbale por mi piel cuando la afilada hoja me corta.

—¡Estate quieto! ¡Adriano! —exclama horrorizada al ver mi sangre manchar el arma. El miedo logra que se le humedezcan los ojos—. ¡Joder, para! ¡Te vas a hacer daño!

—¿Te asusta que pueda pasarme algo?

—¡Sí, maldita sea, y ahora para!

La sonrisa helada de mis labios se hace aún más amplia. Respira de un modo tan rápido y superficial que sus pechos rozan contra mi torso a gran velocidad. Siento los incontrolables latidos de su corazón y el temblor de su cuerpo. Separo el cuello del cuchillo al fin y me quedo mirándola con fijeza, entendiendo que quizás estos cinco días separado de Giulia han sido una batalla perdida desde el primer segundo, porque ya ni siquiera recuerdo por qué debo permanecer alejado.

—Deberías haberlo hecho —susurro contra sus labios—. Has tenido la oportunidad y la has desaprovechado.

Entonces le arrebato el cuchillo de las manos y, sin darle tiempo a reaccionar, presiono la punta contra su hombro para dibujar una A mayúscula en su piel. La marco con mi inicial de tal modo que, aunque no llega a sangrar, es suficiente para que el grabado resalte.

—¡Aaah, Adriano! ¡¿Qué cojones?! —Se zarandea y abre los ojos como platos al ver la letra que ahora tiene marcada en su piel.

—No te cubras el hombro. Quiero que todo el mundo la vea.

—¡¿Has perdido la maldita cabeza?! —me grita ella.

Pego la boca a su hombro y lamo a placer los arañazos que acabo de hacerle. La escucho contener el aliento, pero no se aparta. Luego le agarro las mejillas con una mano para que me mire a los ojos.

—No puedo tenerte, Giulia, estás prohibida para mí, pero tampoco lo harán otros. Juro que mataré a todo el que se atreva a intentarlo.

15

Giulia

Escuchamos pasos que se dirigen a la cocina y Adriano me suelta justo a tiempo para que la *nonna* no descubra lo que estaba pasando entre ambos. Nuestra abuela regresa con un puñado de albahaca seca en la mano y sonríe cuando nos ve cortando la berenjena como si nada hubiese ocurrido, como si Adriano no acabase de marcarme y declararme de su propiedad.

Me tiemblan tanto las manos que acabaré cortándome. Mi cuerpo bulle por lo sucedido. Por su proximidad. Por su forma posesiva de reclamarme. Tengo las bragas empapadas. ¿Cómo puedo estar tan cachonda después de lo que acaba de hacerme? ¿Qué clase de enferma soy? Debería ir a un psicólogo. O hacerme una lobotomía.

Miro de soslayo a Adriano, que continúa laminando la verdura como si nada con una sonrisa victoriosa. No es justo. No debería sentir esto por él. Ni tampoco notar esta euforia en el estómago después de que se haya autoproclamado dueño de mi cuerpo.

—Drio, hijo, ¿qué te ha pasado en el cuello? —pregunta nuestra abuela con preocupación al percatarse de la sangre.

Él niega con la cabeza, restándole importancia, y me mira con disimulo, sonriente.

—Soy muy torpe, *nonna*. Me he arañado con el cuchillo.

—¡*Mio Dio*! Estás perdiendo tu habilidad en la cocina.

—Tendré que venir más a menudo.

—¿Y tú, Giulia? ¿Por qué estás tan pálida? —me pone una mano en la frente para asegurarse de que no tengo fiebre.

—Yo… No me encuentro bien, *nonna*. —Dejo de cortar la berenjena—. Necesito echarme un rato. Disculpadme, por favor.

◆ ◆ ◆

Ya sé que irme de esa forma es de cobardes, pero necesitaba tomar distancia y dejar de hiperventilar. Tener a Adriano Barone al lado y no caer en la tentación de saltarle encima es mucho más difícil en la práctica que en la teoría. Me gusta demasiado, me atrae, me encanta, y eso supone un gran problema. Cinco minutos más a solas y lo habría montado como a un animal salvaje para que me follase como un psicópata.

Joder, estoy muy mal. Lo acepto. Desde que he vuelto a verlo, mi cabeza no es capaz de pensar nada racional. Yo, que juraba que los tipos malos no me atraían, que pasaba de ellos… Pues no. Resulta que llevo más de tres semanas perdiendo el culo por uno. Y lo peor de todo es que, lejos de asustarme sus amenazas, me ponen muy cachonda. Bien, Giulia, esta vez te has lucido.

Debo irme cuanto antes de Bari o hasta mis tataranietos acabarán excomulgados por mi culpa. Después de varias horas encerrada en mi habitación, no me queda más remedio que reunirme con todos a la hora de la comida. Adriano sigue en el *palazzo*, pero ahora ya no intenta acercarse. Se muestra indiferente, guarda las distancias y se limita a hablar con su hermano y mi padre sobre los negocios. Tengo la sensación de que también es difícil para él porque, de vez en cuando, nuestros ojos coinciden sin que podamos remediarlo, y, bajo esa fachada de enfado y orgullo, reconozco el anhelo. Un deseo compartido demasiado fuerte como para ignorarlo. La cuestión es: ¿hasta cuándo seremos capaces de aguantar?

Los siguientes tres días él no aparece, pero me siento bien. Me niego a admitir que lo echo de menos. Empiezo a convencerme de que tampoco es para tanto. Es solo un hombre a quien conozco hace tres semanas. Lo que tuvimos fue muy intenso, sí; no obstante, se acabó. Y la vida sigue. No es la primera vez que me llevo un desengaño.

La segunda semana en el *palazzo* de los Barone estoy mucho más libre que la anterior. Ya no soy la novedad. Todo el mundo ha tenido tiempo de conocerme, así que puedo aprovechar para descubrir

rincones de la propiedad que antes no conocía, como la pequeña playa privada en la que nunca hay nadie. Me quedan tres días en Bari antes de regresar a Roma y tengo la intención de pasarlos al sol, además de conocer la ciudad. Es curioso que aún no haya salido del *palazzo* desde que mis hermanos me trajeron, y me apetece respirar un poco de aire fresco.

Termino de darme una ducha y me quito la arena pegada en la piel. Me he quemado un poco. Tengo los hombros y las mejillas enrojecidas. Así que me pongo un vestido sin tirantes para no rozarme las quemaduras y abandono mi dormitorio para reunirme con la familia. Son las ocho de la tarde y la cena no estará lista hasta pasada media hora; sin embargo, suelo acudir antes al salón porque siempre hay alguien con quien conversar. Y hoy no es la excepción.

Mi padre y mis hermanos ya están aquí. Hablan sobre un cargamento de armas que proviene de la isla de Creta, de parte de un tal Mavros; sin embargo, no les presto atención porque prefiero no saber en qué asuntos turbios andan metidos.

—¡*Principessa*! —me llama mi padre al descubrir que avanzo hacia ellos—. Ven con nosotros, teníamos ganas de verte.

Al llegar a su lado le doy un beso en la mejilla. Otro a Fabio, que permanece sentado en el sofá junto a él, y cuando me acerco a la banqueta del piano del salón, donde Alessandro está acomodado, tira de mi brazo y me hace caer a su lado.

—¡Aaah, idiota! —Me río al tiempo que le doy una palmada en el hombro. Antes de poder levantarme, mi hermano mayor me da un sonoro beso en la mejilla.

—Quédate aquí. —Pulsa una tecla del piano—. Enséñame cómo funciona esta cosa, profesora Barone.

—Llevo años sin tocar uno. Los niños en el colegio donde daba clase tocan la flauta dulce.

—No te esfuerces con él, *bambina*, lo único que se le da bien a Alessandro es comer a todas horas —se burla Fabio, guiñándome un ojo.

—Tú cállate, gilipollas, por tu culpa hemos perdido un buen negocio esta tarde.

—¡No me culpes de tus mierdas! —Se levanta del sofá encarándolo—. ¡Fuiste tú quien presionó demasiado a ese hijo de puta de Giovinazzo!

—¡Basta! —sentencia mi padre, levantando los brazos para que ambos guarden silencio—. Se acabó el trabajo. Vuestra hermana merece nuestra atención.

—No te preocupes por mí, papá, no me importa que habléis de los negocios.

—De todas formas, prefiero que nos cuentes qué has hecho todo el día en el *palazzo*.

Sonrío y me encojo de hombros, porque, en realidad, no hay mucho que contar.

—Pues… por la mañana he estado un rato con la *nonna* y luego he pasado el resto del día en la playa.

—Te has quemado —señala Fabio, frunciendo el ceño—. Papá, manda a alguien del servicio a comprarle crema. Debe escocerle.

Me muerdo el labio inferior y sonrío cuando mi padre saca su teléfono y le da la orden a la persona que ha contestado. Desde que estoy aquí, estos tres peligrosos mafiosos se desviven por consentirme y cuidarme como si fuera un tesoro.

—No pasa nada, papá, quiero salir mañana a pasear por Bari, puedo comprar yo la crema.

—¿Al pueblo? —asiente—. Está bien, avisaré a alguno de mis hombres para que te acompañe.

—¿Por qué? Puedo ir sola. No necesito un canguro.

—Una Barone no andará por ahí sin protección. Es peligroso.

—Llevo toda la vida haciéndolo y sigo viva.

—Esto no es Roma, *principessa*, estás en nuestro territorio. Pueden relacionarte con nosotros. No dejaré que nadie te haga daño.

Pues nada. A la mierda mi paseo relajante por Bari. Ahora tendré que soportar que uno de los gorilas de mi padre vaya pisándome los talones cuando salga del *palazzo*.

—Por cierto, ¿has tomado ya una decisión sobre lo que hablamos ayer?

—Papá, no hay nada que decidir, dije que me quedaría dos semanas en Bari.

—Es muy poco tiempo, Giulia. No puedes dejarnos tan pronto.

—Es que… no he traído más ropa y…

—Puedo comprarte toda la que quieras. Es más, mañana meteré dinero en tu cuenta para que vayas a…

—No es eso, es que… —No sé cómo excusarme para que mi subconsciente no me traicione y acabe nombrando a Adriano. Si me quedo más tiempo en el *palazzo*, seguiremos viéndonos y necesito tomar distancia, aunque eso signifique separarme de ellos.

—La *nonna* no deja de insistir, *bambina* —habla Fabio, poniendo cara triste—. Vas a partirle el corazón si te vas.

—¡Eso no vale, es chantaje emocional!

—Es la verdad —lo secunda Alessandro—. No la he visto más feliz en mi vida.

Me muerdo el labio inferior sin saber qué responder.

—Piénsatelo, Giulia —insiste mi padre, premiándome con su sonrisa más cariñosa—. Nos harías muy felices a todos. Somos tu familia. Podrías quedarte el resto del verano y regresar a Roma cuando empiecen las clases.

Podría y me encantaría. Joder, ¿cómo es posible que esto se haya complicado tanto? Estoy rechazando pasar más tiempo con mi padre por un hombre. Por mi primo, maldita sea. Pero la puta verdad es que ahora mismo estoy bloqueada, no podría darles una respuesta coherente de la que luego no me arrepintiese. Sus ojos están fijos en mí. Esperan una respuesta y temo que no va a gustarles lo que voy a decir. No obstante, cuando abro la boca para rechazar su ofrecimiento una vez más, su teléfono comienza a sonar con mucha insistencia. Cuando se lo pone al oído y contesta, su cuerpo toma una rigidez antinatural que logra que mis hermanos se levanten de sus asientos porque saben que algo no va bien.

—¿Quién te ha dado el chivatazo? ¿Estás seguro de que Russo ha sido el culpable? —Se lleva una mano a los ojos y los frota con fuerza antes de golpear el sofá en el que está sentado—. ¿Tenéis a ese hijo de puta? ¡Lo quiero vivo! ¡Yo me encargaré de él! ¡Nos vemos en media hora en el almacén!

Una vez vuelve a guardarse el móvil en el interior de su americana, mira a mis hermanos con solemnidad.

—Hemos encontrado a la rata que le filtraba información a la policía.

Los labios de Fabio se curvan en una sonrisa terrorífica que me pone los pelos de punta porque sé lo que significa. La última vez que sonrió así, él y Alessandro acabaron arrastrando un cadáver frente a mí por el pasillo del *palazzo*.

—Entonces, vayamos —asiente Alessandro, dando un paso al frente—. Pero antes cogeré algo para matar el hambre por el camino.

Mi padre pone los ojos en blanco cuando el pozo sin fondo de mi hermano mayor pasa por delante y se dirige a la cocina. Luego recorre los escasos metros que nos separan y se acoda en el piano, junto a la banqueta donde estoy sentada.

—*Principessa*, hoy tendrás que cenar sola. No podremos acompañarte. La *nonna* está cansada y comerá algo en su dormitorio, y el tío Ettore y Raffaella han ido a visitar a un contacto en Castel del Monte.

—No te preocupes, papá, quizás imite a la *nonna* y cene también en mi habitación. Me sentiría muy extraña comiendo sola en el salón.

Él asiente y se acerca para darme un beso en la frente antes de marcharse.

—Como prefieras. Nos vemos mañana.

Al quedarme a solas, paso las yemas de los dedos por las teclas del piano mientras el salón se me antoja enorme. No creo que pudiese acostumbrarme nunca a vivir en un sitio como este.

Estoy tan distraída mirando a mi alrededor que ni siquiera me percato de lo que hago hasta que el sonido del instrumento resuena por toda la estancia. Tengo los dedos colocados sobre las teclas. Me pica la curiosidad de averiguar si todavía recuerdo cómo se hace.

Cuando era niña me encantaba tocar el piano. Mi padre estuvo pagando clases particulares hasta que entré en el instituto y me quedé sin tiempo para seguir practicando. Siempre me encantó la música. Se me daba bien, era un refugio, un lugar seguro cuando

me sentía sola. La hermana de mi madre me cuidó desde que era un bebé, pero el estigma del abandono de las personas que me trajeron al mundo nunca dejó de doler.

Presiono una tecla, sintiendo la frialdad del marfil en mi dedo, y un la grave, profundo, resuena en la caja armónica del instrumento. La vibración recorre mis brazos. Una suave sonrisa me curva los labios al sentir de nuevo esa familiar sensación en el estómago. Un acto que me catapulta a la niñez. Sé que, si vuelvo a presionar otra tecla, el martillo golpeará la cuerda tensada y el melodioso sonido inundará mis oídos. Así que lo hago. Empiezo a tocar una pieza que todavía recuerdo de memoria, la que mejor se me daba. Al principio mis dedos buscan las teclas con cautela, como si temiera equivocarme de octava, pero a medida que avanzo algo cambia. Me siento más segura.

Cierro los ojos sintiendo la vibración de las cuerdas; crean un eco cálido que llena el salón. Una enorme sonrisa curva mis labios. No recordaba lo bien que me siento frente al instrumento. Mis manos se mueven solas, como provistas de vida propia sobre las teclas. Es casi mágico. Abro los ojos y asiento orgullosa al percatarme de que, a pesar de la velocidad con que lo hago, no me he equivocado en ninguna nota.

Alargo el brazo para tocar un do alto y, cuando vuelvo a mi posición, levanto la mirada hacia la puerta porque me ha parecido ver un movimiento por el rabillo del ojo. Entonces contengo el aliento al darme cuenta de que ya no estoy sola. Dejo de tocar de improviso. Mis dedos se han congelado sobre las teclas.

Adriano se encuentra apoyado en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa misteriosa en los labios mientras me mira con intensidad. Va vestido con su típico traje chaqueta negro, aunque tiene los primeros botones de la camisa abiertos y la piel morena de su torso asoma por ella. Ninguno de los dos dice nada, pero en el estómago comienzo a sentir ese burbujeo tan potente que ya me es demasiado familiar cuando él está conmigo.

Sus oscuros ojos castaños están fijos en mi persona. De repente, siento la boca seca y el nerviosismo regresa a mi cuerpo logrando

que me mueva incómoda sobre el taburete.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunto nerviosa.

—El suficiente —declara misterioso, curvando aún más los labios en esa fina sonrisa.

—¿No tienes asuntos turbios de los que ocuparte?

—Tengo la noche libre. Es viernes.

—¿Y qué haces aquí cuando podrías estar en cualquier otro lugar más divertido?

—Me he pasado a saludar.

—Pues mi padre no está, ni mis hermanos. Han salido hace un rato hacia el almacén.

—A ellos ya los vi esta tarde.

—La *nonna* se retiró a su dormitorio. Estaba cansada. Pero seguro que se alegra de verte.

—No he venido a ver a la *nonna*.

Los latidos del corazón se vuelven locos dentro de mi caja torácica al comprender lo que significan sus palabras.

—¿Has… has venido a verme a mí?

La sonrisa se pronuncia aún más en sus labios y, aunque no responde con palabras, asiente despacio.

—Sigue tocando el piano, Giulia. Toca para mí.

—Estoy… desentrenada. Seguro que me equivoco.

—Me da igual. Hazlo. Quiero verte.

No se mueve de su sitio. Sigue apoyado en la puerta a varios metros de mí. Prefiere mantener la distancia entre ambos. Así es más seguro.

Inspiro hondo, tratando de llenar de oxígeno mis pulmones, y asiento, dispuesta a hacer caso a su petición. Tampoco es que Adriano me haya pedido un estriptis, solo quiere que toque el piano. Soy una tía patética comportándose como una exagerada frente al chico que le gusta.

Apoyo de nuevo los dedos sobre las teclas, pero ahora me tiemblan tanto como las piernas al saber que está aquí observándome con atención, como si verme tocar un instrumento fuera un planazo de la hostia para una noche de viernes. Continúo la

pieza por donde la dejé, en un arpegio suave con la mano izquierda mientras la derecha continúa la melodía fluida tocada con un *legato*.

Me muerdo el labio inferior al mirarlo de reojo. Siento la intensidad de sus ojos en mi cuerpo. Nunca habría creído que ser observada mientras toco un instrumento pudiera ser tan estimulante, pero vibro junto al piano porque él está aquí.

Sin embargo, cuando estoy a punto de terminar, unos pasos furiosos a mi derecha junto con una exclamación ahogada me hacen frenar de golpe.

—¿Quién coño te ha dado permiso para tocar mi piano?

Cuando fijo la mirada en la recién llegada, descubro a una mujer morena, entrada en años, que me mira como si ante ella hubiese aparecido uno de los ángeles del Apocalipsis tocando la trompeta. Sus ojos desprenden veneno, la rigidez de su cuerpo es antinatural y la mueca iracunda que me dedica deforma sus bellas facciones maduras. Es algo más alta que yo, viste con elegancia y delicadeza y es la primera vez que nos encontramos desde que llegué al *palazzo*, porque se ha ocupado de evitarme a toda costa y de demostrar que mi presencia aquí no es de su agrado.

Vittoria Conti, la esposa de mi padre, da un par de pasos hacia el piano y me mira de arriba abajo, como a una cucaracha asquerosa.

—Aparta las manos de mi instrumento, ya.

Me levanto del taburete y alzo los brazos a la altura de mi rostro, demostrando que no quiero pelear, que voy en son de paz.

—Señora, no quería molestarla.

—Tu sola presencia me molesta —escupe entre dientes.

—Tía Vittoria, sé amable. —Adriano se inmiscuye entre ambas. Ya no está apoyado en la puerta, sino que camina hacia nosotras, cauteloso.

Ella ríe con una frialdad impenetrable en su delicado rostro y bufa antes de responder:

—Esta niñata no se merece ni un ápice de amabilidad por mi parte.

—No era mi intención…

—¿Qué? ¿Incomodarme? ¡Tu vida me incomoda! ¡Saber que existes me incomoda!

—No es justo que diga eso.

—i¿Que no es justo?! ¡Yo te diré lo que no es justo! —Me señala con descaro—. ¡No es justo que te pasees por mi casa como si tuvieras todo el derecho del mundo de hacerlo! ¡Que te comas mi comida, que disfrutes con mi familia, que te traten como a una más!

—¡Tía Vittoria! —vuelve a meterse Adriano con voz tensa.

—¡Tú no eres una Barone! —continúa sin piedad—. ¡Solo eres un descuido de mi marido! ¡Un polvo desgraciado con una puta que se abrió de piernas creyendo que sería la señora del Palazzo Porto Antico!

—Siempre le he tenido un gran respeto, Vittoria. Pero no voy a permitir que me hable así ni hable así de mi madre.

—¡Tu madre no te quería! ¡Te abandonó nada más darte a luz y se marchó lejos a engañar a otro desgraciado para que la mantuviese! —Suelta una carcajada y me mira de arriba abajo con desprecio—. Lo mejor para todos es que te hubieras muerto.

—¡Vittoria, basta! —grita Adriano, colocándose delante de mí, protegiéndome con su cuerpo de los ataques de la mujer de mi padre—. ¡Giulia no tiene la culpa de que tu marido te pusiese los cuernos con otra! ¡Ella es una víctima como tú, joder!

—¿Por qué la defiendes? ¡Tendrías que estar de mi parte! ¡Yo te sostuve en brazos cuando naciste, Adriano! ¡Y el día de tu bautismo! ¡Te he tratado siempre como uno más de mis hijos!

—Te tengo un gran aprecio, madrina, pero no voy a permitir que la machaques por algo de lo que no es culpable.

Me tiemblan los labios por las ganas de llorar. Las palabras de Vittoria Conti duelen. Desgarran como un par de puñales en el estómago. Nunca he querido una enemistad con la mujer de mi padre. Incluso puedo llegar a entender su dolor.

Es una batalla perdida. Para ella soy escoria. Y lo peor es que tiene razón. Mi madre nunca me quiso. Me abandonó al nacer y se fue sin mirar atrás. Sin importarle lo que pudiera sucederme. Una lágrima resbala por mi mejilla mientras Adriano y Vittoria siguen enzarzados en su discusión. No quiero que me vean llorar. Pero el dolor acumulado todos estos años es traumático y punzante. Doy varios pasos hacia atrás, alejándome de ellos. Necesito tomar

distancia, protegerme. Reconstruir el escudo que llevo en los hombros desde que tengo memoria. Así que me limpio una nueva lágrima y echo a correr hacia el jardín del *palazzo* antes de que un sollozo escape de mi garganta.

16

Adriano

Giulia se ha ido llorando. Y ahora mismo mis ganas de asesinar a la esposa de mi tío de forma cruel y despiadada van en aumento. Se encuentra ante mí con gesto victorioso al saberse la ganadora de la pelea. Una pelea que ella ha empezado y en la que ha luchado sola, pues Giulia ha intentado ser conciliadora en todo momento.

—¿Qué demonios te pasa, madrina? ¿Esto es lo que buscabas? ¿Machacar a una inocente?

—Esta no es su casa.

—¡Es la hija de tu marido!

—Es una bastarda. No la quiero aquí.

—¿Dónde está tu puta humanidad?

—¡Me la robó su madre, la zorra que se lio con mi esposo! ¡Giulia Fabbri es su viva imagen, otra fulana que busca vivir de Riccardo!

—¡Basta, es suficiente! —rujo, dando un paso hacia ella, amenazante—. No voy a permitir que vuelvas a insultarla, porque si lo haces, tú y yo tendremos un serio problema.

—Sigues defendiendo a alguien que no merece la pena, Drio.

—Quizá sea al revés. En el poco tiempo que conozco a Giulia, me ha demostrado que es una buena chica, alguien que no ataca sin motivo ni escupe veneno a personas inocentes.

—¡Tenme un respeto, te lo exijo!

—¡Entonces compórtate como la señora del Palazzo Porto Antico, no como una barriobajera sin educación, maldita sea! —Aprieto los dientes al tiempo que la miro de arriba abajo—. No voy a hablarle de esto a mi padrino, porque si se entera de lo que le has dicho a su hija, acabarás en la calle y con un tiro entre las cejas, tía Vittoria.

Pero, te lo advierto, deja a Giulia en paz. Si vuelves a hablarle de esa forma, olvidaré el cariño que te tengo y estarás en serios problemas.

Ni siquiera espero su respuesta; doy media vuelta y salgo airado del salón en dirección al jardín. Voy a buscarla. Debe de estar destrozada, joder. No permitiré que nadie vuelva a hacerle daño, por mis cojones. Aunque tenga que liarme a balazos con todo el puñetero mundo.

Llevo, desde hace tres días, cuando la encontré cocinando con la *nonna*, sin dejar de darle vueltas a todo lo que siento. Sé que debo alejarme de ella, que, si alguien descubre lo que ocurrió entre ambos en Roma, puede armarse un escándalo de la hostia. Que no es ético desear a mi propia prima. Pero, joder, es malditamente difícil. Ni siquiera he podido mantener la distancia.

Es viernes por la noche; debería estar con mis amigos tomando algo por Bari, o follándome a cualquier tía que llame mi atención. En cambio, aquí estoy, en el *palazzo*. He venido a verla. Siendo consciente de mis actos. Me ha dado igual todo lo demás. Así que creo que ya tengo una respuesta. Una que no debería agradarme, porque estoy dándome cuenta de que no soy capaz de controlar mis impulsos por una mujer. Me he obsesionado de un modo brutal con Giulia Fabbri.

Una vez piso la húmeda hierba del jardín, miro a mi alrededor intentando encontrarla entre los matorrales y las plantas en plena floración. El cielo está oscureciendo; en cuestión de minutos la noche caerá al fin sobre Bari, así que las farolas que alumbran el jardín ya están encendidas, dándole un halo místico a todo lo que me rodea.

Sigo el camino de tierra que lleva a la fontana, desde el que se oye el rumor del agua. Cuando éramos pequeños, mis primos, mi hermano y yo jugábamos por aquí cada tarde, después de que nuestra profesora se marchase del *palazzo*.

Sin embargo, no presto demasiada atención al conocido paisaje porque, de repente, la descubro frente a mí. Giulia está sentada cerca de la fuente, a los pies de una estatua femenina que parece bailar. Rodea sus piernas con los brazos y mantiene la vista fija en un punto del suelo mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas.

Es preciosa, maldita sea. Y haría cualquier jodida cosa porque no volviese a llorar nunca más.

Cuando me descubre acercándome a ella, se limpia las lágrimas que humedecen su rostro y se remueve nerviosa a los pies de la estatua, mirándome con desconfianza. No digo nada; me limito a tomar asiento a su lado, en el suelo, sin que me importe una soberana mierda que los pantalones se manchen con la hierba. Observo la fontana en silencio, deleitándome con su olor dulce y afrutado; quiero que se acostumbre a mi cercanía, que deje de estar tan tensa cada vez que me tiene enfrente. Aunque no tardo en girar la cabeza. Es un impulso superior a mí. Necesito mirarla. Recorrer su rostro a placer, beberme cada gesto, cada mueca. Pero me llevo una sorpresa, porque Giulia también me mira a mí. Nuestros ojos coinciden fijos en los del otro y se me acelera la respiración. Se me acelera todo el puto cuerpo.

—Ven aquí —susurro en voz baja.

No le doy tiempo a que reaccione, pues yo mismo enredo los brazos en su cintura y tiro hasta que la tengo pegada al costado. Hasta que siento su cuerpo curvilíneo junto al mío. Espero unos segundos a que llegue su reacción. A que se intente apartar y se aleje de mí; sin embargo, Giulia hace todo lo contrario. Apoya la cabeza en mi pecho y se acurruca dejando que las lágrimas sigan resbalando por sus mejillas.

—No llores, *tentazione* —digo con la boca pegada a su pelo mientras hundo la nariz en él y aspiro su olor.

—No puedo remediarlo —responde a media voz.

—Tú no tienes la culpa de nada.

—Vittoria me odia.

—Es su problema, no el tuyo.

—Estoy en su territorio. Me siento una intrusa que no debería seguir aquí.

—Eres la hija de Riccardo Barone. Tienes todo el derecho de estar en su casa. —Apoyo la mano en su pelo y hundo también mis dedos en él—. Mi madrina tendrá que aceptarlo tarde o temprano.

—¿Y si nunca lo hace? —pregunta, levantando la cabeza para mirarme de nuevo.

—Sigue sin ser tu problema. Has sido amable, has intentado conciliar a pesar de los insultos.

Ella suspira y pasa la mano por mi camisa hasta que se agarra fuerte a mi brazo. Joder. No quiero que lo suelte en toda la puta noche.

—Tengo tan mala suerte… —se queja al tiempo que se limpia otra lágrima.

—No es verdad.

—Vaya que si lo es. He pasado la vida soportando el rechazo de todo el que se entera de quién es mi familia, sintiéndome menos que mis hermanos por no haber nacido dentro de un matrimonio. Desde que tengo uso de razón, me he sentido sola, Adriano.

—Pensaba que te criaron tus tíos maternos.

—Sí, y les estaré agradecida siempre. Ellos son mis padres de corazón. Pero la espina del abandono siempre ha estado aquí. —Se toca el pecho—. Elena Fabbri me dejó nada más nacer, nunca vino a visitarme, ni se preocupó de si estaba enferma o si la necesitaba. Simplemente, desapareció. Y mi padre… bueno, él ya tenía otra familia de la que ocuparse, así que a mí me dio dinero y pensó que con eso sería suficiente.

Cierro los ojos con fuerza y maldigo en voz baja. Siento unas repentinas ganas de matar a mi propio padrino por haber tratado a Giulia de ese modo. Como si fuera una maldita segundona.

—Aquí siempre supimos que existías. Mi tío hablaba mucho de ti.

—¿Y nunca os enseñó una foto mía?

—Posiblemente, pero la verdad es que yo no hacía caso a esas cosas. —Me humedezco los labios—. Para mí eras alguien demasiado lejano, alguien que no llamaba mi atención y a quien nunca conocería. Hasta hace unas semanas, seguía pensando que eras una niña, ¿sabes? No te consideraba parte de mi familia, así que, si hubo alguna fotografía, ni me molesté en mirarla.

—Es normal. —Se encoge de hombros—. Para mí, los Barone erais algo parecido. Sabía que existíais, que compartíamos sangre, pero tampoco me preocupé por conocer vuestra identidad. Me sentía tan dolida con mi padre que nunca me ha interesado su rama de la familia. Solo significabais problemas.

—Espero que tu visión sobre nosotros haya cambiado un poco. —Sonrío.

—Me jode admitirlo, pero sí. Sobre todo por cierta octogenaria mandona que es un maldito cielo y cocina como los ángeles.

Suelto una suave carcajada y la sonrisa se tatúa en mis labios sin poder evitarlo. Tampoco puedo evitar apretarla más contra mi cuerpo.

—La *nonna* es la mejor de todos, y no hay discusión.

Giulia asiente y cuando mis ojos van de nuevo hacia ella, ya no llora, sino que sonríe con timidez.

—Gracias, Adriano.

—¿Por qué?

—Por hacer que me sienta mejor.

—Ya. —Me humedezco los labios y trago saliva antes de continuar —: Ahora el que está jodido soy yo, ¿sabes?

—¿Por qué? —Su sonrisa se ensancha, extrañada, y me mira de frente.

—Porque, en realidad, es a mí a quien le persigue la mala suerte.

—Imposible. Eres bueno en tu trabajo, la familia te respeta, eres alto, guapo. No creo que exista nadie con mejor suerte que la tuya. Lo tienes todo.

—¿En serio? Pues hace casi un mes, conocí una chica preciosa, que me voló la cabeza y me dejó embobado, cuando cruzaba con mis hombres la Galería Umberto —digo con solemnidad—. Me obsesioné tanto con ella que mandé averiguar el hotel donde estaba alojada. Hice que la siguieran y me informasen del lugar donde se encontraba en cada momento, para poder ir en su busca cuando terminase con los negocios que tenía pendientes en Nápoles. — Giulia se incorpora un poco, pero no deja de mirarme con una suave sonrisa, esperando a que continúe—. Cuando hablé con ella en persona, me pareció perfecta. Tenía todo lo que buscaba en una mujer, incluso más. Era divertida, preciosa, buena y mi cuerpo reaccionaba a ella con una intensidad a la que no estaba acostumbrado. La semana siguiente, fui a verla a Roma y después de unos días acojonantes, en los que la follé como nunca y nos conocimos mejor, supe que estaba completamente perdido. Que era

la mujer que quería para mí. Pero ¿sabes qué descubrí el siguiente viernes? —Es una pregunta retórica y Giulia guarda silencio—. Descubrí que era mi prima. Que compartíamos sangre. El destino me jodió de un modo tan cruel que me negaba a creerlo.

—Es una mierda —asiente en voz baja.

—Una puta mierda, *tentazione*, porque, por mucho que me repita que somos familia, mi cuerpo y mi mente se niegan a dejarte ir. Ni puedo ni quiero hacerlo. Tú eres para mí. —Le acaricio la mejilla—. Quizás he llegado al límite de la locura contigo, porque me da absolutamente igual que seas mi prima. Un puto parentesco no me va a separar de lo que es mío.

Los labios de Giulia tiemblan al escuchar mi declaración, pero no dice nada. Se limita a mirarme a los ojos y a respirar de forma entrecortada. Del mismo modo que lo hago yo.

¿La he asustado?

Joder, no quiero asustarla, pero tiene que entender que no voy a dejarla ir, y mucho menos permitiré que otro hombre se apropie de ella. Sin embargo, después de unos segundos agonizantes, apoya la mano en mi mejilla y me acaricia con una suavidad que me hace jadear.

—Creo que somos dos los que hemos perdido la cabeza, Adriano, porque a mí tampoco me importa nuestro parentesco. Ya no. Estoy cansada de negar lo que siento cuando estás conmigo.

—No lo niegues más, nena. —La euforia que ahora mismo bulle en mi interior es tan fuerte como nunca. Acabaré cometiendo alguna estupidez si no me contengo a tiempo—. Nada importa más que nosotros, ¿de acuerdo?

—¿No crees que esto sea algo demasiado inmoral?

—De todas formas, voy a ir al infierno, ¿qué más da otro pecado si con eso puedo tenerte? Te has metido bajo mi maldita piel. —Acerco mi rostro al suyo y me humedezco los labios al tenerla tan cerca. Quiero devorarla, comérmela entera y no dejar ni un puto hueso. Necesito resarcirme por estas semanas sin poder tocarla. Destrozarle la ropa, follármela como un psicópata desesperado, desbordar sus dulces agujeros con mi semen y marcarla de tal forma que a nadie le quepa duda de a quién pertenece. Sin embargo, a

pesar de que estoy deseando lanzarme a ella, separo nuestros rostros y maldigo en silencio—. En el jardín hay cámaras de vigilancia.

—Es verdad —responde, poniéndose más recta y tomando algo de distancia.

—Debemos llevar cuidado, aquí hay ojos en todas partes, Giulia. —Me quedo en silencio una vez más, buscando algo de sentido común en mi excitada mente—. Maldito *palazzo*. Quiero estar contigo a solas, nena.

—¿Y qué hacemos?

De repente, una idea pasa por mi mente como un *flash* brillante que me hace curvar todavía más la sonrisa.

—¿Ves esa puerta de allí? —Mira hacia donde señalo. Una pequeña edificación colindante que lleva muchos años cerrada—. Es la antigua guardería, el cuarto de juegos de todos los primos. Nuestros padres la construyeron cuando éramos niños, para que no molestásemos a las visitas si acaso venían a hacer negocios.

—¿Y dices que allí no hay cámaras?

—Las hay, pero puedo desactivarlas. Nadie las echará en falta. Hace varios años, estuvieron a punto de echar la guardería abajo y construir un gimnasio separado de la casa, pero tu padre decidió conservarla para cuando viniesen los nietos.

—¿En serio? —Sonríe—. Pues vamos.

—Ve tú primero y espérame allí. Me reuniré contigo cuando desactive las cámaras. Hay otra puerta que comunica la cocina con el cuarto infantil. Así nadie nos verá entrar juntos.

17

Giulia

El corazón me late a tres mil revoluciones por minuto cuando entro en la antigua guardería de los Barone. Es un lugar oscuro y muy silencioso que no me da buenas vibraciones. Es como si estuviese metida en la típica película de miedo donde la que muere primero es la animadora tetona, que, en este caso, soy yo, y no por tener las tetas grandes, sino por haber aceptado venir sola.

Presiono un interruptor que hay junto a la puerta, pero no funciona. Si es verdad lo que dice Adriano y este sitio está abandonado desde hace años, dudo mucho que se hayan preocupado de cambiar las bombillas.

Miro a mi alrededor desde mi posición, porque me resisto a entrar. Apenas puedo vislumbrar nada de lo que hay dentro, salvo un pequeño parque acolchado que se encuentra bajo una claraboya central, por la que entran los tímidos reflejos de la luna.

No soy fan de la oscuridad. Sobre todo si estoy en sitios que no conozco; sin embargo, le dije que lo esperaría aquí y voy a cumplir con mi palabra, aunque no me sienta del todo segura de en dónde me estoy metiendo. En todos los sentidos.

Sé que esto es una maldita ida de cabeza, que no debería dejarme llevar por las emociones, pero no deseo evitarlo. Ya no. Llevo toda mi vida sintiéndome la última mierda para todos. Alguien prescindible. Y ahora que encuentro a un hombre que me encanta, que es perfecto y para el que soy su prioridad, no me alejaré. Si mi padre y los Barone no entienden nuestra relación, es su problema, no el nuestro.

Cierro la puerta detrás de mí y el eco del portazo resuena a mi alrededor. Los latidos de mi corazón se aceleran cuando comienzo a caminar hacia el interior de la sala, con cuidado de no tropezar con ningún mueble y hacerme daño. Me dirijo hacia la claraboya, hacia la luz. Crea una falsa sensación de seguridad a la que necesito aferrarme hasta que Adriano termine de desconectar las cámaras de vigilancia y se reúna conmigo.

Cuando estoy bajo el cristal, levanto la vista hacia el cielo, donde decenas de puntitos brillantes se amontonan alrededor de la luna. Pero en vez de disfrutar de la visión de las estrellas, a mi cabeza regresan las palabras de Vittoria. Se ha comportado como una auténtica zorra. No dejo de darle vueltas al asco que reflejaba su rostro; rebosaba rabia, me miraba como si fuera una sucia alimaña que se había colado a hurtadillas en su casa. Y a pesar de que siempre he sabido que me odia, tenerla delante y ser el objeto de su ira, ha sido horrible. Ni siquiera supe reaccionar más que para encajar los golpes. A diferencia de ella, yo nunca podría hablarle así, por respeto a mis hermanos. Es su madre, maldita sea, aunque tenga una lengua de víbora venenosa.

Despego los ojos de la claraboya, obligándome a dejar de pensar en esa señora, e intento vislumbrar algo de lo que me rodea, además del parque acolchado en el que me encuentro. Si este lugar ha sido una guardería, debe haber juguetes o alguna otra evidencia de que en el pasado estuvo repleto de niños.

Sin embargo, cuando me dispongo a dar un paso hacia adelante, una mano agarra fuerte mi brazo y tira de él hasta que acabo chocando contra un torso enorme justo en mi espalda.

—Ni se te ocurra marcharte —la grave voz de Adriano en mi oído me dispara la respiración. Noto la dureza de sus pectorales en mi espalda; es jodidamente excitante. Su aliento me acaricia el cuello y logra que mi piel se erice con cada una de sus palabras. La mano que me sujeta el brazo se mueve lentamente hacia mi estómago. Apoya la palma en él y agarra con fuerza mi vestido, arrugándolo dentro de su puño en un acto posesivo que logra que mis piernas tiemblen sin remedio—. ¿Adónde ibas, *tentazione*?

—Solo quería… reconocer el terreno.

—Está demasiado oscuro. Podrías tropezarte.

—He intentado encender la luz.

—Lleva años sin funcionar. —Acaricia mi mandíbula con su nariz. Después pasa la lengua por el filo, dejándome un ardiente rastro de saliva que me hace jadear—. Pero no la necesitamos. Con la que entra por la claraboya es más que suficiente para lo que voy a hacerte.

Trago saliva al imaginarlo follándome muy duro y cierro los ojos, buscando calma.

—Creía que íbamos a hablar un poco antes. Ya sabes, de nosotros.

—Mírame, Giulia —me ordena imperativo. Giro la cabeza lentamente hacia atrás y mis pupilas encuentran la negrura de las suyas. El rostro de Adriano está contraído por la tensión—. Cuando te he seguido hasta el jardín, mi intención era hablar contigo. Lo ha sido desde que llegué al *palazzo* esta tarde. —Se humedece los labios y sus ojos se posan en mi boca—. Ahora mismo, mis intenciones se han ido al carajo, nena.

—¿Por qué? —Estoy tan alterada como él.

—Frente a la fontana casi te devoro. Ha faltado muy poco para mandarlo todo a la mierda y comerte delante de las cámaras de seguridad. He tenido que recurrir a toda mi fuerza de voluntad. —Me muerde el cuello y gimo sin pretenderlo, presa de una mezcla increíble de placer y dolor—. Llevo aguantando las ganas de joderte desde que nos separamos en Roma. De tenerte para mí solo y lamerte de arriba abajo. He estado negándomelo a mí mismo cada puta noche, obligándome a no venir a por ti, secuestrarte y llevarte a donde nadie pudiese encontrarte. Me he repetido hasta la saciedad que esto no podía ser, que era imposible, que no debía traicionar a tu padre. —Me agarra el cuello y me obliga a apoyar la cabeza en su hombro para rozarme el lóbulo de la oreja con los labios—. Pero a la mierda. Me vuelves jodidamente loco. Eres mi puto talón de Aquiles y te he echado demasiado de menos. No aguanto ni un segundo más alejado de ti.

La sonrisa logra que mis labios se curven hacia arriba. Noto su erección pegada a mi culo, y en vez de hacer gala de mi sentido

común y apartarme, muevo las caderas contra él, frotándome sobre su polla.

—¿Y si nos descubre alguien?

—Aquí nunca viene nadie.

—¿Qué pasaría si viniesen?

—Por su bien, espero que no lo hagan, o tendré que arrancarle los ojos a todo el que te vea desnuda.

—¿Siempre eres tan posesivo?

—Todavía no has visto nada, *tentazione*. —Sonríe—. Nadie mira, toca ni desea a mi mujer sin acabar con un agujero en la cabeza.

Aprieto las piernas por la excitación cuando Adriano empieza a meter una mano por debajo de mi vestido. Me roza los muslos.

—Ya conoces a mi padre. Quizá quiera presentarme a algún hombre y…

—Ese hombre acabará dentro de una zanja si se atreve a rozarte con uno de sus asquerosos dedos.

—No puedes hacerle daño a todo el que se acerque a mí.

—Sí que puedo. —Cuela la mano en mis bragas y ríe por lo bajo al sentir que me estremezco contra sus dedos—. ¿Qué tenemos aquí? Pero si estás goteando, nena. Tu coño sabe a quién pertenece; se rinde a mí.

—Oooh… ¡Sí! —gimo cuando me mete dos dedos de golpe y bombea en mi interior como un maldito loco.

—Eso es, trágatelos. Mira qué bien lo haces. Has nacido para que te folle. —Clava los dientes una vez más en mi cuello y aúllo de gusto—. Dime cuánto desearías que fuera mi polla en vez de mi mano.

—Mucho. Dios, muchísimo. —Sus dedos me castigan a un ritmo que me vuelve loca. Si sigue masturbándome de esta forma, mientras me dice guarradas al oído, me correré demasiado pronto—. Aaah, Adriano…

Al escuchar que pronuncio su nombre con esa desesperación, me hace girar de forma brusca hasta quedarnos frente a frente. No deja de follarme con los dedos; es más, lo hace con más fuerza, logrando que me agarre a sus brazos para no caer de bruces al suelo.

Cuando nos miramos a los ojos, descubro un fuego atronador en los de él. Su rostro grita sexo. Tiene la mandíbula muy tensa y las aletas de la nariz dilatadas. Nunca había visto nada más erótico en mi vida.

Apoyo las manos en su torso, sobre su americana; me muerdo el labio inferior cuando sus dedos me llevan al borde del orgasmo. Entonces se lanza a mi boca y me devora con unas ansias brutales a las que respondo de igual modo. Había echado tanto de menos estos labios… Su lengua empuja hasta que la dejo entrar y la enreda con la mía, exigiendo una intensidad que estoy encantada de brindarle.

—Oooh, joder… —Me corro. Acabo deshecha por un orgasmo salvaje en sus dedos, entre convulsiones y gemidos silenciados por su boca. Me envuelve la cintura con su brazo libre, sujetándome contra él para que mis piernas, que tiemblan demasiado después del clímax, no me dejen caer de bruces al suelo.

A pesar de que ya he terminado, sus dedos siguen bombeando dentro de mí, lo que logra que una sensación rara me embargue entera; una mezcla de dolor y placer comienza a calentar de nuevo mi vagina. Deja de besarme al notar que empiezo a responder de nuevo a sus embestidas.

—No voy a ser suave contigo, Giulia.

—Nunca lo eres.

—Hoy menos que nunca. —Enreda la mano en mi pelo y tira de él para que levante la cabeza y lo mire a los ojos—. Quiero marcarte, follarte hasta que tu cuerpo tenga mi nombre.

—¿Eso… eso significa que me harás daño?

—No lo sé. ¿Te da miedo que pueda dolerte si no logro reprimirme lo suficiente?

—Puede. Pero no quiero que te reprimas.

—No sabes lo que estás diciendo, *tentazione*. Estoy demasiado cachondo por tu culpa.

—¿Debería echar a correr?

—Deberías si yo estuviese dispuesto a permitirlo.

—Pero no lo estás.

—Y una mierda. Voy a meterme en tu piel como un puto parásito y no querrás dar un paso si no estoy contigo.

Elevo las cejas, asombrada por su declaración. Una sonrisa chulesca aparece en mis labios.

—Lleva cuidado, señor mafioso, porque el plan puede volverse en tu contra.

—Se volvió en mi contra hace semanas. Ya estoy perdido, total y completamente, así que te arrastraré conmigo.

Vuelve a besarme y esta vez es tan salvaje y exigente que su intensidad me parece incluso aterradora. Me come como si quisiera dejar sus labios tatuados sobre los míos. Agarra mi pelo de nuevo con una mano y me sujeta con firmeza mientras su lengua reclama mi boca con totalitarismo. Escucho suaves gruñidos salir de su garganta. Su cuerpo enorme se aprieta contra el mío, dejándome el pulso muy acelerado y la piel en llamas.

Entonces, antes de que pueda saber qué está pasando, Adriano me rodea la cintura con sus fuertes manos y me sube en volandas hasta que mi espalda choca con una de las paredes. Me toca por todas partes, exigente, reclamándome casi con brutalidad. Le envuelvo el cuello con los brazos y le devuelvo el beso con sus mismas ganas.

Doblo la rodilla y subo la pierna hasta su cadera, empujándolo hacia mí, aunque eso no sea posible, pues nuestros cuerpos no pueden estar más juntos de lo que ya lo están. Y cuando su mano regresa a mi coño, estoy tan preparada que, con un par de caricias, ardo, a punto de correrme por segunda vez.

—Lo siento, *tentazione* —susurra sobre mis labios sin dejar de besarme ni un segundo—. Perdóname.

—¿Qué? —Frunzo el ceño—. ¿Por qué dices que lo sient…? —Se me atascan las palabras en los labios cuando me penetra de golpe. Su enorme polla se abre camino por mi conducto con una violencia que me roba el aliento. Estaba tan pendiente de cómo me besaba que ni siquiera me he dado cuenta de que se había soltado los pantalones.

—Oooh, joder… —gime tembloroso contra mí, quedándose muy quieto en mi interior. Yo apenas puedo articular palabra. Un intenso

escozor hace que me encoja un poco contra él—. Giulia, maldita sea, me encanta la forma en la que me ordeña tu coño.

Varias lágrimas escapan de mis párpados y corren por mis mejillas. Ha sido brusco e intenso, pero el escozor empieza a remitir poco a poco. Sin embargo, Adriano no deja que se vaya del todo, pues comienza a bombear con una brutalidad salvaje contra mi coxis.

Siento que va a destrozarme. Acabaré rota a sus pies por la fuerza con la que me folla. Es la primera vez que alguien se vuelve tan loco contra mi cuerpo. Ni siquiera sé cómo reaccionar, pero, con cada nueva penetración, un furioso calor comienza a calentarme la piel. Es demasiado intenso.

¿Me estoy poniendo cachonda a pesar de que está a punto de partirme en dos? La respuesta es sí. Rotundamente sí.

Lo que empieza como un tímido calor en mi centro se convierte en un incendio que me devora entera y me sube tan alto como nunca.

—¿Es demasiado? —pregunta casi sin voz, tan caliente como empiezo a estarlo yo. Me agarra la barbilla con una mano y me come la boca con un gemido ahogado escapando de ellos—. ¿Quieres que pare, Giulia?

Niego con la cabeza mientras las lágrimas no dejan de resbalar por mis mejillas.

—Sigue —lo animo con la piel tan sensible que la mínima caricia es una locura—. No se te ocurra parar. ¡Sigue!

Sus labios se curvan en una sonrisa depredadora. Apoya una mano en la pared para darse más impulso y clavarse en mi interior con todas sus fuerzas. Me folla como si su vida dependiera de ello, como si hacerlo de otro modo fuera doloroso para él.

—Eres mía —susurra contra mis labios—. De mi maldita propiedad. Mía, joder.

Un sollozo escapa de mi garganta y asiento, a punto de correrme de forma apoteósica.

—Mírame, Giulia —me ordena con la voz oscura y gutural—. Quiero que lo digas tú también.

Acelera el ritmo de las embestidas, aunque no creía que fuera posible, y todo lo demás se desdibuja para mí. Solo está él en el

mundo.

—Soy tuya. —Ni siquiera he intentado oponer resistencia.

—Sí, *tentazione*. Mi mujer.

Los latidos de mi corazón resuenan con tal estruendo bajo mi esternón que me parece increíble que él no pueda escucharlos. Voy a acabar hecha un charco a sus pies. Es el polvo más increíble que me han echado nunca. Al verme tan excitada, Adriano me rodea el cuello con una mano y me sujeta fuerte mientras me folla con todas sus ganas, hundiéndose hasta el fondo una y otra vez.

Nos corremos. El orgasmo nos barre a la vez entre gemidos y balbuceos lastimeros, llevándonos tan alto que acabamos sudorosos y muy agotados, apoyados en el cuerpo del otro. Entonces me besa profundamente y descansa su frente en la mía mientras una suave sonrisa satisfecha le curva los labios.

18

Giulia

No soy capaz de calcular el tiempo que pasamos recuperándonos del orgasmo, pero cuando abro los ojos, Adriano me mira con un anhelo que me eriza la piel. Continúa pegado a mí, con un brazo apoyado en la pared y el otro agarrándome la pierna que tengo enredada en su cadera. La yema de sus dedos se clava en la carne de mi muslo con una presión que me encanta. Tiene el rostro sereno, casi soñoliento, pero rezuma esa fiereza masculina que me fascina. Como si lo tuviese todo bajo control, como si nunca permitiese que nada escapase de su dominio; ni siquiera yo.

Apoyo una mano en su mejilla rasposa y trazo el pequeño hoyuelo que se le forma cada vez que me sonríe. Es el hombre más impresionante que he visto en mi vida. Todavía no puedo creer que estemos así de nuevo. Acerco mis labios y los pego a los suyos con suavidad, provocando un jadeo en su garganta mientras responde con todas sus ganas. Me devora en cada beso, exige todo lo que soy capaz de darle, y a mí me encanta disfrutar de su frenética posesividad. Estoy agotada, satisfecha y muy llena, pues todavía tengo su polla semierecta enterrada en lo más hondo de la vagina.

—¿Por qué no te quedas el resto del verano en Bari? —pregunta de repente, sacándome de mis cavilaciones. Sus labios están tan cerca de los míos que siento su aliento chocar en mi piel.

—No sé qué hacer —me sincero—. Mi padre y la *nonna* no dejan de insistir.

—Me sumo a ellos. No dejaré que te vayas tan pronto, Giulia. Hasta septiembre no empiezan las clases. Y aún no te han asignado un nuevo colegio.

—Lo sé.

—Podríamos vernos a diario. —Roza la punta de su nariz con la mía—. Vendré al *palazzo* cada noche, cuando termine con mis obligaciones.

—Suena muy bien.

—Suena jodidamente bien, nena. —Me muerde el labio inferior y gimo cuando lo aprieta entre sus dientes—. Quiero aprovechar al máximo el tiempo contigo. Conocernos mejor y dejar todo acordado para cuando tengas que irte.

—¿A qué te refieres?

—Voy a comprar una casa en Roma. Vivirás conmigo.

—Pero solo estarás los fines de semana.

—Los fines de semana y cada vez que pueda escaparme sin levantar sospechas.

Frunzo el ceño y lo miro extrañada.

—¿Sospechas? Suena a secreto a largo plazo.

—Puede que lo sea.

—Alguna vez tendremos que hablar de lo nuestro con la familia, ¿no crees? No vamos a ocultarnos el resto de nuestras vidas, Adriano.

—Hablaremos con ellos, pero necesito tiempo. Esto es más complicado de lo que parece. No quiero defraudar a mi padrino.

—Tendrá que aceptarlo, le guste o no.

—Déjame a Riccardo Barone a mí, ¿vale? —Me devora la boca antes de continuar—: Estamos juntos, eso es lo único que importa ahora.

Cuando me dispongo a responder, escuchamos a lo lejos el rugido de un motor recorriendo el jardín del *palazzo*. Adriano levanta la cabeza, poniéndose en guardia, y pega su cuerpo al mío como si pudiese protegerme de cualquier cosa.

—Tu padre y tus hermanos han vuelto. Debemos irnos antes de que noten que las cámaras están desconectadas.

Tras darme otro beso salvaje, saca la polla de mi interior, dejándome vacía, y se arregla los pantalones hasta dejarlos perfectos. Cualquiera diría que acaba de follarme como una bestia, pues luce impoluto. Lo único que lo delata es un mechón rebelde

sobre su frente. ¿Y yo? Debo de tener el cabello despeinado, el vestido arrugado y una cara de recién follada muy evidente. Sin embargo, lo que me inquieta es el viscoso líquido que empieza a resbalar por mis muslos. Recojo un poco con la yema de los dedos y, cuando se lo muestro a Adriano, su sonrisa chulesca se intensifica.

—Lo hemos hecho sin condón —declaro a media voz, con los latidos cada vez más acelerados.

—Lo sé.

—No tomo anticonceptivos.

—También lo sé. —Vuelve a acercarse y apoya su mano entre mis piernas, para recoger el semen que resbala por mis muslos e introducírmelo de nuevo—. Y no podemos desaprovechar nada, *tentazione*. Esto es todo tuyo. Si me entero de que desperdicias un poco, te follaré el resto de la noche hasta que cada uno de tus dulces agujeros esté rebosante de mi leche.

—No puedo luchar contra la gravedad —bufo—. Además, podría quedarme embarazada.

—Deberías. —Me agarra la barbilla y me obliga a mirarlo a los ojos—. Quizá tendría que hacerte un bebé para asegurarme de que ningún hombre vuelve a acercársete.

—¿No confías en mí?

—Claro que sí, pero hay demasiados hijos de puta que no respetan lo ajeno. Debo mantenerlos alejados.

—Soy muy capaz de hacer eso yo solita. No necesito guardaespaldas.

—Pero ya no estás sola, nena. —Posee mi boca en un beso exigente en el que me mete la lengua demandando una respuesta tan ardiente como la suya—. Ahora somos un equipo.

Salimos de la antigua guardería como entramos: separados, cada uno por una puerta distinta, para no levantar sospechas.

Cuando regreso al jardín y camino de vuelta hacia el *palazzo*, una enorme sonrisa curva mis labios. Soy feliz. Soy jodidamente feliz porque todo se ha arreglado entre nosotros. Sé que las cosas no serán fáciles al principio y que Adriano tiene razón cuando dice que lo más prudente es escondernos un tiempo hasta que él hable con mi padre y acepte que su hija y su sobrino están juntos, pero me da

igual. Lo que de verdad me importa es que vamos a luchar por lo nuestro. ¡Quiere comprar una casa en Roma! ¡Por mí! ¡Y que vivamos juntos! ¿No es una puta maravilla de hombre?

Me muerdo el labio al pensar en lo que dirá Siena cuando le cuente que todo ha cambiado. Sé que nos apoyará a muerte, aunque tengamos a medio mundo en contra. Cruzo la puerta de entrada fantaseando con el resto de mis vacaciones.

—¿*Principessa*? ¿Eres tú? —La voz de mi padre me saca de mis cavilaciones.

Freno en seco y, al entrar en la estancia, mi estómago salta al encontrar a Adriano junto a él y a mis hermanos. Está sentado en uno de los sofás con un vaso de güisqui en las manos y me mira con una oscura sonrisa que me hace estremecer. Como si no acabásemos de hacerlo como animales en la antigua guardería, como si llevásemos años sin vernos.

—Hola, papá, no sabía que ya habíais vuelto —miento, haciéndome la inocente. Después, mi atención regresa a Adriano—. Hola, primo, hace días que no te veo por el *palazzo*.

—He estado ocupado, pequeña, pero prometo venir más a menudo a verte.

—Te tomo la palabra —respondo divertida, viendo cómo él también sonríe entre dientes antes de dar un trago a su copa.

—Giulia, *bambina mia*, ¿de dónde vienes? —continúa mi padre, que ha tomado asiento junto a Alessandro en el sofá que está frente al que ocupan Adriano y Fabio—. Es tarde para que andes por ahí.

—Paseaba por el jardín. Hace fresco y aún no tengo sueño.

—Pues quédate con nosotros un rato, aunque puede que te aburras; estamos hablando de negocios.

—No quiero molestar, papá.

—Ven aquí, tú nunca molestas. —Palmea el brazo del sofá para que me siente. Cuando lo hago, mis ojos vuelan hacia Adriano. Las mejillas se me colorean por la forma en que me mira—. Además, cuanto más tiempo pases con nosotros, más posibilidades tenemos de convencerte de que no te vayas el viernes.

—No me voy a ir —declaro con voz suave—. He decidido quedarme en el *palazzo* hasta septiembre.

—¿En serio, *piccola*? —salta Alessandro, dando una palmada sobre su muslo.

—¡Es la mejor noticia del día! —exclama mi padre, rodeando mi cintura con un brazo—. ¡Verás cuando lo sepa la *nonna*!

—Estamos encantados de que te quedes, prima —añade Adriano con satisfacción.

¿Quiero saltarle encima? Con todas mis ganas. ¿Quiero gritar que estamos juntos? Por desgracia, aún no puedo. De momento, me vale con lo que tenemos.

—Bueno, pues volvamos a los negocios —continúa mi padre, sirviéndose un poco de licor en el vaso—. Como te decía, Drio, debemos quitar de en medio a los Moretti. Están tocándome las pelotas con el terreno.

—¿Siguen insistiendo? —Adriano se inclina hacia delante con interés. Apoya los antebrazos sobre las piernas y se rasca el mentón —. Tenemos los documentos que acreditan los trámites de compra.

—Nero Moretti ha sobornado al del banco. Han paralizado la transacción.

—Hijo de puta —susurra entre dientes.

—Papá, no entiendo por qué es tan importante ese terrenucho —se inmiscuye Fabio—. Es un descampado en medio de la nada. Podemos comprar un sitio mejor.

—Es un punto estratégico en Bari —lo corrige Adriano—. Lo valioso no se ve; está debajo.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos descubierto que tiene acceso directo a una red de túneles antiguos que conectan con el puerto. Podríamos mover mucha mercancía sin que la policía sospechase nada.

Mi padre asiente al ver la sorpresa de mi hermano menor y suspira pensativo, antes de sentenciar:

—Nos reuniremos con Nero y los convenceremos de que abandonen la idea.

—Ese cabrón no se echará atrás —lo avisa Alessandro sin dudarlo —. Ya lo conoces. Si sabe que puede jodernos un negocio, no parará.

—Entonces, lo obligaremos a que se tranquilice un poco. —Sonríe —. Mi paciencia es finita y ese gilipollas lleva agotándola demasiado tiempo.

Eso significa muertes. Más tíos con el rostro destrozado en sacos de plástico. Ya no me gusta esta conversación. Me remuevo incómoda en el sofá.

—Por cierto, Russo yace a tres metros bajo tierra —le cuenta mi hermano a Adriano.

—¿Os lo habéis cargado?

—Era el topo —asiente Alessandro como si nada—. Le he reventado el corazón a tiros. Se acabó dar chivatazos a la poli.

—Le hemos mandado a su viuda tres dedos y un zapato para el funeral —se burla mi padre—. Y puede dar gracias de que hayamos dejado vivir a su familia.

La respiración se me acelera al pensar en el cuerpo desmembrado de ese hombre. Se me revuelve el estómago. No puedo creer que sigan como si nada tras cargarse a una persona. A pesar de que comparto ADN Barone, no puedo ser insensible. ¡No puedo, joder!

A los Fabbri no nos gusta la sangre, ni la violencia, ni los asesinatos, sea por el motivo que sea.

—Parece que Giulia está cansada —dice Adriano. Se ha dado cuenta de mi incomodidad y quiere evitarme el mal trago—. La hemos aburrido con los negocios, padrino. Debería irse a descansar.

—*Bambina*, ¿quieres marcharte? —Mi padre me regala su mejor sonrisa. Ya no parece el peligroso asesino de hace unos segundos—. ¿Te hemos aburrido?

—No, yo… es que tengo sueño. —No quiero que me vean como una debilucha.

—Pues a la cama. —Me besa en la mejilla—. Tenemos muchos días por delante, *piccola*. Me alegra que hayas decidido quedarte con nosotros hasta septiembre.

Salgo del salón con tanta prisa que ni me despido de Adriano. Si me quedo un minuto más escuchándolos, acabaré vomitándoles encima. Cierro la puerta de mi habitación y me acerco a la mesita de noche, donde tengo mi teléfono. Veo llamadas de mis tíos, un

mensaje de Siena y notificaciones, pero paso de todo y escribo a toda velocidad:

Giulia
Gracias por salvarme de acabar hecha un guiñapo en el suelo del salón.

Dejo el teléfono sobre la mesita y empiezo a desnudarme. No pasa ni un minuto cuando suena una notificación:

Adriano
Parecías a punto de colapsar.

Giulia
Lo estaba.

Adriano
Te has ido tan rápido que no me has dado ni las buenas noches, *tentazione*.

Una sonrisilla traviesa curva mis labios.

Giulia
Buenas noches, señor mafioso.

Adriano
Vas a tener que esforzarte un poco más.

Giulia
Ja, ja, ja, ¿en serio?
¿Y cómo quieres tus buenas noches?

Adriano
Para que fueran buenas de verdad…

De repente, la puerta se abre y aparece él. Se apoya en el marco con el teléfono encendido y una sonrisa chulesca que hace que mis piernas tiemblen.

—Quiero que mis buenas noches sean contigo —responde con voz grave, mirándome de arriba abajo, a medio vestir, pues solo me ha dado tiempo de ponerme la camiseta que uso para dormir.

Corro hasta él. Tiro de su mano y lo meto en la habitación antes de cerrar.

—¿Qué haces aquí?

—Me quedo a dormir en el *palazzo*. —Envuelve mi cintura con sus brazos y me pega a él—. Hemos bebido y tu padre no quiere que conduzca.

Mis labios se curvan todavía más.

—¿Y si te descubren?

—Merece la pena el riesgo.

—¿Estás seguro?

—¿Crees que podría dormir en otro puto dormitorio sabiendo que estás aquí? Una mierda. —Enreda los dedos en mi pelo, provocándome una deliciosa mezcla de placer y dolor. Me obliga a levantar la cabeza hasta que clava sus pupilas en las mías—. Antes me has preguntado cómo quería mis buenas noches y ahora ya lo sabes. Las quiero en tu cama. Contigo desnuda. Y follándote hasta que no me queden fuerzas.

19

Adriano

Me agarro a las sábanas cuando un intenso calor me moja la polla de arriba abajo. Algo suave y juguetón se desliza por mi tronco y captura el glande con una intensidad flipante, tirando suavemente del *piercing* hasta hacerme estremecer. Es tan bueno que me olvido de respirar. Solo puedo sentir. Sentir que es la mejor sensación del puto mundo y que no quiero que acabe nunca.

Cuando estoy a punto de asfixiarme, abro la boca y lleno mis pulmones con una gran bocanada. No sé en qué momento he empezado a tener este sueño erótico, pero parece real, como si estuvieran mamándomela de verdad, de repente, por las buenas.

—Oooh…, joder —susurro en sueños al tiempo que alzo las caderas para ir al encuentro de esos suaves labios que me están llevando tan alto.

Suelto las sábanas y deslizo una mano entre mis piernas, buscando alivio. Sin embargo, en lugar de mi polla, enredo los dedos en una suave mata de cabello que sube y baja a un ritmo constante. Abro los ojos de golpe. Se siente demasiado real; esto no puede ser un sueño. Estoy muy cerca de correrme y nunca he llegado tan lejos con un puto sueño erótico.

Entonces, la veo. A ella. No estoy soñando. Giulia agarra mi polla con un puño mientras se la mete hasta el fondo en la boca, casi hasta la base, mirándome con ojos ardientes.

Hemos follado tanto esta noche, desde que me colé a hurtadillas en su habitación, que no creí posible estar listo en tan poco tiempo. Pero, mierda, sí lo estoy. Ella me convierte en una bestia insaciable.

—*Tentazione*, ¿te has propuesto matarme a polvos?

—Eso es lo que tú pretendes conmigo —responde con la boca pegada a mi tronco—. Ahora soy yo la que exige venganza.

Vuelve a acoger mi polla entre los labios y succiona rápido, girando la lengua alrededor de la punta hinchada. El *piercing* vibra de un modo increíble y se me pone más dura que nunca. A pesar de que me encantaría responder a su provocación, no puedo. Estoy demasiado cachondo como para hacer otra cosa que no sea levantar de nuevo las caderas y clavarme en su garganta con una fuerza desmedida.

—Qué boca tienes —susurro sin dejar de bombear contra ella. Veo que empiezan a saltársele las lágrimas por la fuerza con que la penetro—. Me gusta tanto que me la mames que vas a tragarte hasta la última gota, ¿de acuerdo?

No puede hablar, pero asiente sin dudarlo, y eso me da alas para tirar más de su pelo y follarle la boca con brutalidad. La miro con ojos ávidos, no quiero perderme ni una imagen suya. Es una puta preciosidad. Tensa la mandíbula con cada acometida. Tiene los ojos cerrados. Ahora que he tomado el control de la situación, se limita a dejarse hacer, a darme placer y acariciarse las tetas.

—Gi-Giulia. Joder, Giulia… —pronuncio su nombre perdiendo el control—. Estoy a punto, nena.

Me estremezco al sentir que su mano empieza a masturbarme a la vez que su boca. Echo la cabeza hacia atrás y gimo su nombre una vez más. Mi polla palpita contra su lengua, está tan tensa e hinchada que es cuestión de segundos que me corra. Y cuando estallo, silencio un hondo gemido mordiéndome los labios mientras el orgasmo me barre con una intensidad abrumadora.

Mi respiración acelerada rompe la calma del dormitorio. No puedo moverme, sigo desplomado sobre el colchón intentando recuperar el control sobre mi cuerpo. Al verme tan hecho polvo, Giulia suelta una risita y escala por mi piel al tiempo que se relame los restos de mi corrida. Sus labios están hinchados y brillan jugosos tras pasarse la lengua sobre ellos. Qué delicia. Y pensar que he vivido tantos años sin saber que existía…

Está completamente desnuda, como yo. No le he permitido vestirse en toda la noche. Quiero ver ese cuerpo cada vez que abra

los ojos y tener acceso a él cuando me apetezca tocarla.

Cuando apoya las manos a cada lado de mi cabeza, me da un tierno beso en la punta de la nariz y se sienta a horcajadas sobre mis caderas.

—¿Sigues vivo?

—Ahora mismo, no lo sé.

—He dudado en si despertarte. Estabas muy guapo dormido mientras me abrazabas. —Me lame los labios y gruño de gusto rodeándole la cintura con los brazos, logrando que sus suaves tetas queden aplastadas contra mi torso.

—Pero has cambiado de opinión.

—Ajá. Me ha entrado hambre. Y tú estás demasiado bueno, no he podido contenerme.

—Eso se llama gula, nena —bromeo encantado.

—Mañana iré a confesar mis pecados y te echaré la culpa de todo.

—Si le cuentas a un cura lo que me has hecho, se pondría cachondo y tendré que matarlo por fantasear con mi mujer. Confiésate conmigo.

—¿Me mandarías hacer una buena penitencia?

—Ya lo creo. Te pondré de rodillas para que expíes tus pecados en mi polla.

—¿Eso te gustaría? —Agita las caderas y restriega su coño contra mi pene semierecto.

Resoplo al sentir un latigazo de placer.

—Joder, pues claro.

—¿Quieres que empiece ahora?

—Aunque quisiera, estoy muerto después de la mamada que acabas de hacerme.

—¿Eso significa que tendré que correrme sola?

La respiración se me dispara al comprender lo que quiere decir. Enredo la mano en su pelo y la acerco tanto que nuestros labios se rozan.

—¿Vas a usarme?

—No te importa, ¿verdad? Tú te has corrido, pero yo me he quedado con las ganas.

Mi polla da un nuevo tirón.

—Hazlo, quiero verte y tocarte hasta que te corras para mí. Quiero tu coño húmedo mojándome la piel.

Giulia se incorpora hasta quedar a horcajadas sobre mi bajo vientre. Me mira desde arriba con el deseo reflejado en su rostro. La suave luz que se cuela por la ventana dibuja bellas formas en su cuerpo, en sus tetas. Son tan pálidas y delicadas que no me resisto a levantarme y atrapar una con la boca, logrando que un gemido lastimero escape de su garganta.

Comienza a mecerse sobre mí. Lo hace lento, intenso, frotando su húmeda vagina en mi bajo vientre. La polla me da un nuevo salto y se pone tan dura como si no acabase de correrme de manera apoteósica entre sus labios. Le succiono los pezones con mucha intensidad, sé que le quedarán marcas. Me encanta marcarla. Ver en su cuerpo la señal de que he estado ahí. Cuando mordisqueo su rugosa piel, gime en voz alta y aumenta el ritmo con el que se restriega.

—Adriano…

—Eso es, di mi nombre. Me encanta cómo suena en tu boca. —Cuelo una mano en su coño. Mis dedos se mojan con sus eflujos y los deslizo por su clítoris para empezar a masturbarla.

—¡Oooh, Dios!

—Siempre tan mojada por mí. —Atrapo su cuello con la mano libre y lo aprieto hasta arrebatarle el aire. Me mira con una suave sonrisa y no intenta apartarse, por el contrario, sus movimientos se aceleran tanto que sus glúteos rozan mi polla erguida—. Me estás llevando al límite de nuevo, Giulia. ¿Qué haces conmigo? Me has arruinado. Pensar en otra mujer es imposible para mí desde que te conocí. Estoy perdido.

Ella sonríe con la excitación rezumando por todos sus poros y junta nuestras caras para darme un beso tan sexual que gimo sin pretenderlo.

—¿Te arrepientes?

—Nunca, *tentazione*. —Agarro sus mejillas con una mano para que me mire a los ojos—. Ese puto viaje a Nápoles es lo mejor que he hecho en la vida. ¡Joder, estás tan mojada…!

—Apuesto a que lo estaré más cuando me folles con todas tus fuerzas —susurra en voz baja—. Estaré tan empapada que me retorceré sobre tu polla y te suplicaré una y otra vez que me destroces; y tú lo harás, con la condición de mamártela hasta que estés a punto de correrte.

—Joder, joder…, qué boca más sucia tienes.

—He aprendido del mejor.

Me cojo la polla con una mano y siento que yo también estoy preparado de nuevo. Tengo el prepucio mojado por varias gotitas de líquido preseminal, los huevos muy duros y la polla temblando de anticipación. Definitivamente, estoy tan cachondo que vuelvo a tener ganas de follármela como si no lo hubiera estado haciendo durante toda la noche. Con ella estoy caliente las veinticuatro horas del día.

Guío la polla hasta su abertura y Giulia apoya las manos en mis pectorales para levantarse un poco y acomodarse sobre ella. Está tan mojada que penetrarla es una delicia. Su carne se abre delicadamente para acoger mi grosor, quedando apretada en sus paredes como una vaina perfecta. Noto que un escalofrío le recorre la espalda al sentirse llena. Me mira maravillada al tiempo que empieza a moverse sobre mí, como una diosa del sexo. Apoyo las manos en sus caderas y la aprieto contra mi carne con cada movimiento descendente, incrustando la polla en su profundidad.

—Mmm…, así, *tentazione*.

Voy a correrme. Sí, sé que no lo creía posible hace un rato, pero ahora es un hecho. La veo rebotar sobre mi polla sin parar, con las manos apoyadas en mis muslos y el cuerpo echado hacia atrás. Sus tetas saltan ante mis ojos y me las meto de nuevo en la boca. Es un vicio, coño.

—Más rápido… —lloriquea entre dientes, pidiéndome intensidad; así que se la doy. La consentiré en todo lo que me pida. Siempre.

Con un brusco tirón, la hago caer de espaldas en la cama para colocarme encima de ella, entre sus piernas, y bombear como un maldito psicópata en pleno brote. Mi cuerpo la cubre entera. Le muerdo el hombro hasta que grita presa de la excitación y me araña la espalda. El sonido de nuestra carne al chocar se escucha por toda la habitación. Es la maldita mejor música del mundo.

Ahogo sus gemidos con un beso y apoyo la frente sobre la suya aumentando el ritmo. Cuando está a punto, pone los ojos en blanco y su cuerpo tiembla porque va a venirse abajo.

—Eso es, cariño, déjate ir. Enséñame cómo te corres para mí.

Lo hace. Cae en un violento orgasmo llevándome con ella. Las convulsiones de su coño me han vuelto loco y el clímax que experimento es tan fuerte que por un momento se me nubla la visión.

Estoy en la puta gloria. Tengo a Giulia pegada a mí en la cama, desnuda, complaciente y muy cariñosa. Desde que hemos terminado de follar, seguimos abrazados en silencio. Y admito que aún me resulta extraño estar tan acaramelado con una mujer.

Desde que tengo uso de razón, he utilizado a las tías para mi propio placer, olvidándome de ellas nada más guardar la polla dentro de los pantalones. Nunca he sido un tipo cariñoso ni detallista. Sin embargo, ella despierta algo en mí que no creía que existía.

Todos los matrimonios que conozco han sido pactados. He crecido rodeado de parejas que no se profesan cariño ni pasión. Entre ellos solo reinan el respeto y una gran lealtad por el apellido de sus familias. Ni siquiera mis padres se casaron enamorados. Mis abuelos pactaron la boda siendo unos adolescentes y no tuvieron otra alternativa que aceptar su destino.

Así que, para mí, los sentimientos nunca han sido algo importante en un casamiento. La familia era lo primero sin discusión posible. Pero, desde que la conozco, mi forma de ver las relaciones conyugales ha cambiado, y eso puede ser tan peligroso como jugar a la ruleta rusa. No sabes si el tiro te salvará o te mandará directo al cementerio.

Se me escapa un suspiro al separarme de ella y me obligo a levantarme de una vez, aunque me quedaría en la cama todo el maldito día a su lado. Me acerco al sifonier donde está mi ropa y comienzo a vestirme en silencio.

—Eh, ¿qué haces?

Cuando la miro, se me curvan los labios en una sonrisa lasciva al contemplar sus tetas respingonas, enrojecidas gracias a mis mordiscos, y su coño brillante por la mezcla de nuestros fluidos.

—Tengo que marcharme ya.

—Todavía es de noche, son las cinco de la madrugada.

—El servicio del *palazzo* empieza a trabajar a las cinco y media. No quiero que nadie me vea saliendo de tu dormitorio.

Giulia hace un mohín con los labios, porque no quiere que me vaya, y se sienta sobre el colchón para contemplarme en silencio. Tiene el pelo revuelto, las mejillas sonrosadas y los labios hinchados por mis besos. No he visto nada más bonito en mi vida.

—No me mires así, *tentazione*, o me obligarás a hacer alguna locura. —Me abotono la camisa lentamente, sin dejar de mirarla a placer.

—¿Te veré hoy?

—En dos horas, en el desayuno. Te espero a las siete en el salón. —Meto la camisa por dentro del pantalón antes de continuar—: ¿Qué planes tienes para hoy?

—Había pensado en ir a ver el pueblo. Aún no conozco Bari. Pero mi padre quiere que uno de sus gorilas me acompañe, y no me apetece tener a un tipo serio y peligroso siguiendo cada uno de mis pasos.

—No es seguro que salgas sola, nena. Aquí nos conoce todo el mundo.

—Bueno, pero yo no tengo nada que ver con vuestros negocios.

—Eres una Barone —digo sin más—. Y un blanco fácil.

—Pues menuda mierda.

Una suave carcajada escapa de mis labios.

—Lo sé. Puede ser agobiante al principio. —Cuando termino de ajustarme el pantalón, me acerco a ella a paso lento y apoyo las manos en la cama, a cada lado de su cuerpo—. ¿Quieres que te acompañe yo en lugar de un gorila, como tú lo llamas?

—¿Vendrías? —Sonríe de oreja a oreja y no me resisto a capturar sus labios y darle un beso posesivo e intenso con el que la hago gemir.

—Tengo una reunión a las nueve y media que me tendrá ocupado un par de horas, pero luego, soy todo tuyo.

—¿Me lo prometes?

—Ajá. —Le mordisqueo el cuello—. Te llevaré a ver el pueblo, las calas y el paseo de Lungomare.

—¿Sin gorilas ni hombres enfadados vestidos de negro?

—Solos los dos. Le diré a tu padre que me ofrezco como guía turístico. —Giulia ríe encantada y yo hago de tripas corazón para no volver a meterme una de sus tetas en la boca.

—Vale, pues tenemos una cita, señor mafioso. Esperaré en el *palazzo* a que termine tu reunión y nos iremos a visitar Bari.

—No tienes que esperarme aquí. Puedes ir mientras tanto al centro comercial, a las mujeres os encantan esos sitios.

—Me da igual, Adriano, te esperaré. Ya lo veré otro día.

—Te aburrirías —insisto—. Estas reuniones son largas y pesadas. Ve a divertirte y, en cuanto pueda escaparme, me reúno contigo y le damos una patada en las pelotas al gorila que tu padre haya mandado a vigilarte.

20

Giulia

Mi cuerpo huele a él. Mi ropa. Mi habitación. Y es la sensación más increíble del mundo. Llevo despierta desde que nos despedimos y me he pasado las últimas dos horas soñando con los ojos abiertos.

Oficialmente, estoy ilusionada nivel dios con ese hombre. Ya está, lo he admitido. Pero es que es imposible negar lo evidente. Adriano Barone es todo lo que está bien en la vida. Bueno, todo, todo, no. Pero si omitimos el pequeño detalle de que es mi primo, además de un mafioso sanguinario que destroza las caras de los enemigos de la familia, es perfecto. En definitiva: un príncipe azul con las mismas ganas de sexo de un demonio muy obsceno y obsesionado conmigo. Que alguien me pellizque para asegurarme de que no estoy soñando. A veces dudo de si está ocurriendo de verdad.

Termino de vestirme tras darme una ducha y, antes de salir de mi dormitorio para reunirme con los Barone y desayunar, cojo mi teléfono y le escribo a Siena. Ayer me mandó un par de mensajes, pero ni siquiera pude responderle. Adriano me tuvo demasiado ocupada como para prestar atención al móvil.

Siena
¡Giulietta! ¿Cómo te va por Bari ignorando a cierto mafioso tío bueno de tu familia? Espero que se las estés haciendo pasar canutas y te hayas follado a otro en sus narices.

Siena
Te echo de menos. Roma es muy aburrida sin ti. Necesito desahogarme y contarte mil cosas sobre los tíos a los que me tiro. Somos una trieja de puta madre. Deberías buscarte a dos

hombres para ti sola, es una maldita fantasía.
Hazme caso.

Suelto una suave carcajada al terminar de leer.

Si ella supiera…

Tengo que ponerla al día. Ayer no pude contarle que Adriano y yo hemos decidido pasarnos por el arco de triunfo el tema del incesto y la traición a nuestra familia para estar juntos. Pero es demasiado largo como para escribírselo todo en un mensaje.

Giulia
Llámame en cuanto puedas, tengo novedades.
¡Novedades increíbles y acojonantes!

Giulia
Echo mucho de menos nuestro jueves de terapia y borrachera.
¡Qué ganas de verte!

Giulia
Hay mil cosas que todavía no sabes, pero te lo resumiré: ¡tía, soy muy feliz! ¡Mucho, mucho, mucho, mucho, mucho! Tanto que gritaría ahora mismo del subidón que llevo encima. No, en serio, llámame, porque vas a alucinar.
Gritaremos juntas, te lo juro.

¿Acabo de sonar como una persona adicta a ciertas sustancias ilegales? No lo dudo. La última vez que hablamos estaba hecha mierda al enterarme de que me follaba a mi primo, y ahora, con tanta euforia, parezco miembro de una secta utópica donde todo es chupiguay. En fin. Siena no me juzga, y si lo hace lo disimula muy bien.

Guardo el teléfono en el bolsillo y me dirijo hacia el salón para reunirme con el resto a desayunar. Mi amiga no es como Adriano, que responde al instante. Ella todavía estará durmiendo, follando con sus ¿novios?, o vete tú a saber.

Antes de entrar en el salón, me encuentro con Teodoro, que acaba de llegar al *palazzo*. Me dedica su mejor sonrisa y me rodea los hombros con un brazo, en un gesto fraternal.

—Prima, qué guapa estás hoy. —Besa mi frente.

—Gracias. —Le sonrío. Teo es dos años mayor que Adriano, pero comparten la misma sonrisa de depredador y una mirada oscura e insinuante que encandilaría a cualquier mujer de la galaxia; sin embargo, el hermano de mi mafioso tiene el pelo largo hasta los hombros, la nariz algo más aguileña y el cuerpo fibroso, pero más esbelto—. No sabía que ibas a venir a desayunar con nosotros.

—Tenemos una reunión importante con los Valenti. Estaremos todo el *crimine* de la familia.

—¿Los Valenti son aliados?

—Algo así. Nuestros padres y Antonio Valenti mantienen una cordial amistad desde la época jurásica, además de ser el capo de una de las cuatro familias que conformamos la Sacra Corona Unita.

Asiento, almacenando la información que acaba de darme, y dejo que me guíe hasta el salón, desde donde se escucha el murmullo de los demás Barone, que aguardan nuestra llegada para empezar a desayunar. Una vez cruzamos la puerta, descubrimos a todos sentados alrededor de la mesa. No falta nadie. Está incluso Vittoria. Es la primera vez que se reúne con la familia desde que llegué al *palazzo*, y me mira con esa misma cara de víbora asesina que me dedicó anoche. La parte buena es que ahora no puede insultarme, pues mi padre también está aquí, sentado varias sillas alejado de su mujer.

—¡Los que faltaban! —exclama mi tío Ettore, levantando los brazos al aire, haciendo reír a Raffaella—. ¡Mi Teodoro se ha encargado de traer consigo a la *principessa* de la casa!

—¡Venga, sentaos! —nos apremia Alessandro, mirando la comida con ojos golosos—. Estoy muerto de hambre de tanto esperar.

Apoyo una mano en el hombro de mi *nonna*, que me la besa con un cariño que me conmueve, y señala la silla libre que hay junto a mi hermano menor.

—Fabio te ha guardado un sitio a su lado.

—Vamos, *piccola*, date prisa o Alessandro nos deja sin desayunar —me apremia, burlándose de nuestro hermano.

—Cierra el pico, estos músculos no se mantienen solos.

Teo, que aún me sujeta por los hombros, acerca su boca a mi oído para comentar:

—Alessandro solo tiene un músculo en la barriga, y cada vez es más prominente.

Suelto una carcajada y le doy una palmada en el brazo. Teodoro Barone es encantador. Hablamos mucho cuando viene al *palazzo*. Tiene el humor de mi tío Ettore y la amabilidad de su madre.

Me acomodo junto a Fabio, con Adriano sentado enfrente, vestido con un nuevo traje negro impoluto y el cabello húmedo tras haberse dado una ducha. Está guapísimo y sexi a rabiar.

Cuando nuestras miradas coinciden, nos sonreímos en silencio, logrando que un incontrolable temblor me recorra el estómago. Me saluda como si nada, como si no nos hubiésemos comido a lo bestia en mi habitación unas horas atrás después de reconciliarnos en el jardín del *palazzo*. Resulta antinatural fingir que somos simples familiares cuando la realidad es tan diferente.

—Buenos días, prima.

—Hola, Drio —respondo intentando que la sonrisa ilusionada no me delate ante los Barone—. ¿Qué tal?

—Bien, pero tú pareces cansada.

—¿Ah, sí?

—¿No descansaste anoche?

Lo observo con los ojos muy abiertos, porque es un cabrón de cuidado. Su sonrisa se intensifica todavía más al verme enrojecer. Todos nos miran.

—Dormí a ratos, ¿y tú?

—Yo también. —Noto su pierna acariciar la mía bajo la mesa. Se me aceleran los latidos—. Casi no pegué ojo. El calor, supongo.

—Giulia, *cara* —se inmiscuye nuestra *nonna*, que se encuentra sentada varias sillas a mi derecha, entre mi padre y Raffaella. Cuando poso los ojos en ella, una enorme sonrisa curva sus labios—. Cuando me lo he dicho tu padre no podía creérmelo. ¡Me has hecho tan feliz!

—¿Por qué?

—¡Vas a quedarte hasta septiembre con nosotros!

—Oh, sí, claro. No podía irme tan pronto.

—Qué bien lo vamos a pasar juntas. ¿Te gusta cocinar conmigo?

—Me encanta, *nonna*, estoy aprendiendo de la mejor.

—¿La has oído, Riccardo? La niña es una Barone de los pies a la cabeza.

—Y que lo diga, *mamma*. Nuestra Giulia es un sol.

Escuchamos el resoplido de Vittoria y nuestros ojos van hacia ella. Ni siquiera se molesta en ocultar frente a los demás el asco que me tiene. Si pudiese asesinarme con una mirada, ahora mismo estaría muerta a sus pies. Y destripada.

Mi teléfono comienza a vibrar de repente dentro de mis pantalones. Estoy esperando la respuesta de Siena a mis mensajes; sin embargo, cuando me fijo en el nombre de la pantalla, no es ella, sino Adriano, a pesar de que está sentado justo enfrente.

Adriano
Odio tener que fingir que no me perteneces.

Adriano
Tenerte tan cerca y no poder tocarte.

Adriano
Algún día, todos sabrán que eres mi mujer,
tentazione.
Lo gritaré ante el jodido mundo.

Giulia
Esto también es raro para mí.

Adriano
Joder, te follaría aquí mismo.

Levanto de nuevo la mirada hacia el frente, encontrándome de pleno con Adriano y su sonrisa anhelante.

Se me aceleran los latidos al ver cómo se muerde el labio inferior y asiente lentamente. En serio, este tío me tiene idiotizada.

Giulia
Si quieres empezar conflicto fratricida, adelante,
fóllame aquí.

Adriano
No me tientes, nena. Sabes de lo que soy capaz.

Giulia
Qué peligro tienes, señor mafioso.

Adriano
¿Sigue en pie nuestro día juntos por Bari?

Giulia
Claro que sí.

Adriano
Bien. En cuanto termine la reunión te llamo.

Giulia
¿De verdad no quieres que te espere en el *palazzo* mientras estás ocupado?

Adriano
Te aburrirías, solo son negocios. Nos vemos más tarde.

Los Barone se retiran poco a poco de la mesa del desayuno hasta que solo quedamos mi padre, Adriano y yo. El ambiente es relajado entre los tres, pues, básicamente, ellos hablan del negocio y de ese tal Nero Moretti, que no deja de meter las narices en la compra del nuevo terreno, mientras yo trato de no quedarme mirando a Adriano embobada. Tarea dificilísima porque está tremendamente bueno e irresistible tan concentrado en lo que dice mi padre, y su ropa de mafioso malote parece confeccionada para que no pueda soportar las ganas de arrancársela a bocados.

Juro que yo antes no era así. El sexo me gustaba, pero no hasta este punto de ebullición que me provoca Adriano Barone. Siena estaría muy orgullosa de mi lado calentorro. Lo sé.

—He concertado una reunión la próxima semana con el *consigliere* de Moretti para darles un ultimátum.

—¿Irá mi padre?

—Sí. Ettore conoce bien a ese hijo de puta y sabe cuáles son sus puntos débiles, pero me gustaría que lo acompañases, por si

surgiera algún problema.

—Claro, padrino. Cuenta conmigo.

—Alessandro y Fabio irán con vosotros. Esas alimañas sarnosas deben entender que estamos decididos y dispuestos a todo por quedarnos con el terreno. Me reuniré personalmente con Nero al día siguiente para sellar el trato al que lleguéis con sus hombres. —Mi padre se levanta de su asiento, tras palmear el hombro de Adriano, y mira su reloj de muñeca—. En media hora vendrán los Valenti para la reunión. Será mejor que nos preparemos.

Entonces sus ojos van hacia mí. Borra su expresión tensa para dedicarme la sonrisa más suave y tierna del mundo.

—*Principessa*, ¿qué planes tienes para hoy?

—Me gustaría ir al centro comercial y luego dar un paseo por Bari.

—Bien, le diré a Luca que te acompañe. —Mete la mano en el bolsillo de sus pantalones y saca la cartera—. ¿Cuánto dinero necesitas?

—Papá, tengo dinero. —Pongo los ojos en blanco.

¿Me escucha?

Ni de coña.

Apoya en la mesa una tarjeta de crédito de color dorado, que tiene pinta de tener más dinero del que nunca haya escuchado hablar, y la desliza hacia mí, obligándome a cogerla a pesar de mis quejas.

—Mi pequeña no va a gastar ni un euro estando en mi hogar. —Sonríe—. Pásatelo bien por el pueblo.

—Padrino —lo llama Adriano—. Le dije a Giulia que le enseñaría Bari cuando acabase la reunión. ¿Hay algún inconveniente?

Mi padre nos mira a ambos en silencio y su sonrisa se ensancha.

—Claro que no, adelante, hijo. Me hace feliz que te lleves tan bien con tu prima. —Vuelve a palmear su brazo—. Si acompañas tú a mi *bambina*, estaré mucho más tranquilo, Drio.

◆ ◆ ◆

Una hora más tarde, termino de recogerme el pelo en una coleta alta y salgo de mi dormitorio vestida con unos tejanos cortitos, una

camiseta blanca de manga corta y una gorra rosa sobre la cabeza para protegerme del sol.

Quiero ir cómoda para visitar el pueblo, aunque primero haré tiempo en el centro comercial hasta que acabe la reunión, que ahora mismo debe de estar celebrándose en el despacho de mi padre, y Adriano pueda reunirse conmigo.

Me cuelgo un bolso de ganchillo al hombro y salgo de la habitación. Son las diez de la mañana y el *palazzo* está en relativa calma, salvo por el discreto ir y venir del servicio que se ocupa de adecentar cada estancia religiosamente. Aún me cuesta acostumbrarme a no tener que mover ni un dedo. Aquí hay gente que lo hace todo por mí, así que, cuando regrese a Roma y tenga que volver a la rutina, me va a costar la vida.

Mientras recorro el pasillo, abro el bolso para asegurarme de que no me olvido nada. Sobre todo, el monedero. Quiero comprar lencería sexi para esta noche, para que Adriano se vuelva loco y me la arranque nada más verme con ella puesta. Palpo el monedero en el fondo y sonrío orgullosa por haber dejado la tarjeta que me dio mi padre en la habitación. Soy una mujer trabajadora e independiente. No necesito que nadie me pague los caprichos.

Estoy a punto de alcanzar la escalera cuando alguien se cruza en mi camino, haciéndome frenar de golpe para no chocarme con él. Es mi tío Ettore. Está hablando por teléfono y ni siquiera se percata de que estoy aquí hasta que se da la vuelta. Cuando me descubre, se dibuja una sonrisa en sus labios. Adriano se parece mucho a su padre. Ambos son gigantes, corpulentos y poseen una mirada directa y penetrante que hipnotiza.

El hermano de mi padre levanta una mano y me pide que aguarde un momento antes de despegarse el móvil de la oreja. Va vestido con elegancia, como es normal en todos ellos, y bajo el brazo lleva una gruesa carpeta repleta de papeles que pone en mi mano.

—Giulia, preciosa, ¿puedes llevarle a Riccardo estos documentos? Está reunido en el despacho y los necesita.

—Claro, tío, se los llevo ya.

—Gracias. —Me guiña un ojo—. Dile que me reuniré con ellos enseguida.

Da media vuelta y sigue hablando por el teléfono con gesto serio, olvidándose por completo de que sigo aquí.

Miro con curiosidad la carpeta y giro sobre mis talones en dirección al despacho de mi padre, desde el que se escuchan risas y un suave murmullo de voces. Cuando estoy junto a la puerta, me aclaro la garganta y toco un par de veces con los nudillos, logrando que el murmullo se silencie de repente.

Ups. Yo interrumpiendo una reunión de la mafia. Jamás lo habría creído.

Entonces oigo el sonido de unas pisadas dirigiéndose a la puerta. Es un rítmico taconeo de mujer, que supongo será de Raffaella, pues creo recordar que todos los Barone pertenecientes al *crimine* de la familia iban a estar presentes, y ella es la *contabile* de mi padre. Pero una vez la puerta se abre, no es la madre de Adriano la que aparece ante mí, sino una joven preciosa a la que no conozco de nada, que me mira de arriba abajo con una hostil indiferencia.

21

Giulia

—¿Quieres algo? —pregunta ella con antipatía, con una voz profunda y sexi que resultaría de lo más agradable si le diera la gana.

Doy un paso hacia atrás y paseo la mirada por la desconocida, aunque no quiero parecer maleducada. Pero es una mujer tan bonita que no puedo evitarlo. Me puede la curiosidad. Tiene el cabello de un intenso color negro que forma una perfecta cascada hasta media espalda. Ojazos enormes de un azul tan vivo que parecen hechos de agua. Rostro oval y delicado de piel perfecta, pómulos altos de lo más orgullosos y unos labios llenos y rosados que ahora mismo están fruncidos, esperando a que le responda. Es de mi misma altura, pero su cuerpo es mucho más armonioso, esbelto y con unas tetas perfectas. Parece una modelo.

Sin embargo, la paciencia no es lo suyo, porque bufa poniendo los ojos en blanco antes de volver a hablar:

—¿Es que no sabes que el puto servicio tiene prohibido molestar cuando hay una reunión?

—P-perdona, no soy del servicio.

—¿Y puede saberse quién eres?

Eso podría preguntar yo, porque no la conozco de nada. Si fuera una Barone, lo sabría, así que supongo que será parte de la familia Valenti.

Le muestro la carpeta con los documentos que me ha dado mi tío y le sonrío, intentando ser maja, no como ella.

—Tengo que darle estos documentos a mi padre.

—¿Tu padre? —Enarca una ceja y entonces sus ojos vuelven a posarse en mi cara, aunque esta vez con más interés, como si antes ni siquiera hubiese reparado en mí—. ¿Tú eres Giulia?

—Eeeh, sí. —Frunzo el ceño—. ¿Nos conocemos?

La comisura derecha de sus labios se alza en lo que parece un amago de sonrisa.

—No, no nos conocemos, pero he oído hablar mucho de ti. —Me tiende la mano, esperando a que se la estreche—. Soy Stella Valenti. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Giulia Fabbri. —Se la estrecho—. ¿Por qué tenías ganas de conocerme?

No responde, salvo por otro misterioso amago de sonrisa, al tiempo que se encoge de hombros. Después se hace a un lado y señala hacia el interior del despacho con una mano.

—Pasa. Estábamos a punto de empezar.

Asiento en silencio y cruzo la puerta con la carpeta bajo el brazo, notando que nada más entrar decenas de ojos se posan sobre mí. A un lado, los Barone; al otro, supongo que los Valenti. Mi padre levanta las cejas al descubrirme allí; no obstante, mi atención se posa de inmediato en Adriano, que se encuentra sentado a su lado y que acaba de ponerse muy rígido. Me observa con el semblante tan serio que me resulta de lo más extraño, porque él nunca me mira así. Parece alterado, furioso de que haya aparecido en el despacho.

—Giulia, ¿qué ocurre? —dice mi padre, que se levanta de su silla para recibirme.

—Disculpa, papá, pero el tío Ettore me ha dicho que te trajese la carpeta. Dice que te hacía falta.

—Oh, gracias, *principessa*. —Me pellizca la mejilla como si fuera una niña.

Por el rabillo del ojo veo a la tal Stella caminar por el despacho y rodear la mesa hasta sentarse en la silla vacía que está junto a la de Adriano. Le susurra algo al oído, a lo que él asiente con esa odiosa rigidez que sigue poseyendo su cuerpo.

—Riccardo, amigo, ¿esta es tu pequeña? —La voz de un hombre a mi derecha me hace despegar la atención de Adriano.

—Sí, Antonio, quiero que conozcas a mi Giulia.

El desconocido se levanta de su asiento. Viene a mi encuentro con los brazos abiertos y una enorme sonrisa en los labios. Tendrá la edad de mi padre. Su rostro es redondo y amigable, cabello corto completamente blanco y unos pequeños ojos color pardo, que reflejan serenidad e inteligencia.

—*Cara*, qué placer conocerte al fin. —Me rodea entre sus brazos y le palmeo en la espalda, sintiéndome bastante incómoda. Nunca se me ha dado bien gestionar que un desconocido me abrace—. Tu padre me ha hablado mucho de ti.

—Gracias, señor. Es usted muy amable.

—Oh, ¡no, no! Antonio. Nada de señor. —Me da un beso en la mejilla y me mira complacido—. Los Valenti y los Barone somos prácticamente familia.

—¡Y tanto que sí! —responde mi padre con euforia.

Doy un paso atrás antes de volver a mirar a Adriano, que continúa en su asiento, mirándome con el gesto demasiado serio. ¿Le molesta que haya interrumpido la reunión? No entiendo por qué está tan rígido. A su lado, la hija de Antonio Valenti me dedica una sonrisa misteriosa, que tampoco comprendo.

—Giulia, *bambina*, no te entretenemos más —añade mi padre, señalando hacia la puerta—. Sé que querías dar un paseo por Bari. Luca te acompañará a donde quieras ir hasta que tu primo pueda reunirse contigo.

—Bien, vale. Pues me voy ya. —Miro a mi alrededor, sonriéndoles a todos—. Buen día.

Miro una última vez a Adriano, antes de dar media vuelta, y ahora sí que me sonríe. Parece mucho más tranquilo. No entiendo nada. Pero, claro, ¿qué voy a saber yo de reuniones de las mafias? Me despido de Stella Valenti con un suave asentimiento de cabeza y me dirijo hacia la puerta, escuchando a mi padre reanudar la conversación.

—Bien, prosigamos. —Da un golpe sobre su escritorio—. Hay mucho de lo que hablar, señores. No podemos estar esperando a Ettore eternamente. Cuando regrese mi hermano, le contaré cuál ha sido nuestra decisión.

Apoyo la mano en el pomo, lo giro para abrir la puerta y salir del despacho. Sin embargo, antes de marcharme, Antonio Valenti dice algo que me detiene en seco:

—Y tanto, amigo mío. Drio y Stella deben casarse cuanto antes. Su compromiso está durando demasiado.

Se me hiela el cuerpo. La mano que tengo agarrada al pomo se queda rígida, igual que mi espalda. Durante unos segundos ni siquiera sé si he escuchado bien. El corazón ha empezado a latirme a un ritmo tan imperioso que me siento incluso mareada.

¿Ha dicho que están prometidos? ¿Adriano? ¿Con… Stella Valenti? No. Es imposible. ¡Es jodidamente imposible! Él y yo… Nosotros estamos juntos. Va a comprar una casa en Roma para que viva con él, nos hemos follado hasta la saciedad, me ha dicho que lo que siente por mí no lo ha sentido por nadie, se está jugando el pellejo con los Barone para estar conmigo. ¿Cómo va a estar comprometido con otra? ¿Con esa mujer preciosa que parece una supermodelo? ¿Con la hija de… del jodido amigo de mi padre?

No soy capaz de reaccionar. Apenas puedo respirar con normalidad. Un enorme nudo me tapona los conductos y el oxígeno no llega a mis pulmones. Doy la vuelta para mirarlo y que me diga que es una puta equivocación, que él no es ese Drio del que Antonio Valenti está hablando. Sin embargo, cuando poso la mirada en él, Adriano tiene los ojos cerrados muy fuerte y sus labios pronuncian una muda maldición.

—Por mí no hay inconveniente y supongo que Adriano estará deseando que Stella se convierta en su mujer y formar al fin una familia —asiente mi padre.

—Como no se den prisa, estos dos nos dejarán sin herederos —se ríe Antonio, palmeando la espalda de Adriano, que abre los ojos y los fija en mí, en silencio. No lo contradice, se limita a mirarme con el rostro desencajado, esperando una reacción por mi parte—. Mi hija tiene treinta años, Riccardo. Dejó de ser una jovencita hace tiempo. Se va a hacer vieja sin darme un nieto.

—Podemos fijar la boda para septiembre —continúa mi padre mientras abre la carpeta que le he traído y mira algunos papeles

antes de añadir—: Tres meses son más que suficientes para organizarlo todo.

—Eso pensaba yo. Adriano ya compró una casa grande donde vivir con Stella aquí en Bari, y podemos celebrar el banquete en mi jardín.

—Bien, pero la comida corre de nues…

Un pitido me taladra los oídos de repente. No oigo nada. Es como si estuviera metida en un túnel donde todo pasa demasiado deprisa y donde solo hay luces ante mis ojos. De lo único que soy consciente ahora mismo es de los latidos furiosos de mi corazón y de los intentos infructuosos de mis pulmones por recoger algo de aire.

Me ahogo. Me asfixio, joder.

La imagen de Adriano sentado junto a Stella Valenti se desdibuja de repente hasta que solo distingo un borrón sin sentido.

Doy un paso atrás, luego otro. Si no me largo de aquí, mis piernas acabarán fallando y caeré al suelo delante de todas estas personas. No puedo permitir que me vean tambalear. Retrocedo un paso más. Adriano se remueve en su silla y se pasa una mano por la cara, nervioso. No deja de mirarme. O al menos creo que me mira a mí. Ya no estoy segura de nada.

—Eh, Giulia, ¿aún por aquí?

Descubro a Ettore a mi lado, en la puerta del despacho. Pero ya no puedo responder. Ni siquiera soy capaz de abrir la boca. Simplemente, lo miro acongojada, luego observo a Adriano por última vez y echo a correr hacia ninguna parte, dejando atrás esa maldita reunión y a toda la gente que hay en ella antes de venirme abajo.

◆ ◆ ◆

No sé a dónde voy. Ni siquiera me he parado a pensar antes de salir disparada fuera de la propiedad. He aprovechado que la gran puerta de hierro se ha abierto para dar paso a una furgoneta de reparto y me he alejado del *palazzo* sin mirar atrás. Llevo cinco minutos corriendo en paralelo a unos acantilados. Los pulmones me

queman tanto que no puedo evitar frenar un poco y apoyarme en la gran pared de piedra que tengo a mi izquierda.

Levanto la mirada hacia el horizonte para recuperar la respiración y me topo con la inmensidad del mar. Con el intenso color azul que serpentea frente a la costa de Bari, en la que navega algún que otro velero, dejándose mecer por las suaves olas. El sol comienza a ascender en el cielo donde reinará hasta el ocaso y el calor ya es notable a mi alrededor, así que más me vale encontrar algún lugar donde resguardarme o acabaré quemándome la piel.

Ahora que por fin he salido de la casa Barone, me doy cuenta de que, en realidad, el pueblo está lejos y que la carretera que lleva hasta allí no tiene ni siquiera arcén, así que no es prudente caminar por la orilla a no ser que me apetezca acabar aplastada bajo las ruedas de algún camión.

—¡Giulia! —Una profunda voz a varios metros me sobresalta, pues no esperaba que me encontrasen tan pronto—. ¡Giulia, espera!

Ni siquiera tengo que girarme para saber que es él. Lo reconocería hasta en el fin del mundo. No me apetece una mierda verle la cara, pero, como parece que no me queda más remedio, encaro a Adriano con el rostro embargado por la ira, aguantándome las ganas de tirarle la primera piedra que encuentre a mis pies. Sin embargo, cuando mis ojos se pasean por sus facciones, no es la culpa lo que veo en él, sino el enfado. Adriano me mira como si la que hubiese cometido el peor crimen de la historia fuese yo.

—¡Es la última vez que sales del *palazzo* sin avisar a nadie! ¿Me oyes? —declara con una tensión palpable en su mandíbula. Está plantado ante mí con ese gesto impenetrable de señor de la mafia que siempre me ha encantado, aunque esta vez no me dejo engatusar por su cuerpo perfecto ni su rostro sexi. Me limito a mirarlo de arriba abajo con desprecio—. Te estoy hablando, Giulia, contéstame.

—Que te jodan —bufo con la voz rebosante de rabia—. No tienes ningún derecho a seguirme.

—Vamos a hablar. —Da un paso hacia mí, intentando suavizar la tensión que hay entre ambos.

—¿Cómo me has encontrado?

—Eso da igual.

—No da igual, ¿cómo coño has dado con mi paradero tan pronto?

—Tengo mis trucos. Y ahora hablemos. —Suspira al ver que guardo silencio—. Mira, esto es demasiado complicado y no sé cómo empezar a…

—¿No sabes cómo empezar a contarme que estás prometido con otra? —escupo hostil—. ¿Vas a casarte con Stella Valenti?

—Deja que te explique lo que…

—¡No quiero tus putas explicaciones! ¡Solo quiero que me digas si estás o no comprometido con esa mujer!

Adriano se muerde el labio inferior y me mira con el rostro tenso antes de asentir de mala gana.

—Lo estoy.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace siete años.

—Hijo de puta —susurro con los ojos cerrados, notando un dolor sordo en el pecho por la decepción. Me abrazo a mí misma para intentar permanecer lo más serena posible. No se merece verme mal. Y una mierda.

—Olvida a Stella, ¿vale? Lo que siento por ti es lo más fuerte que…

—Me has engañado —lo interrumpo antes de que termine de hablar.

—¡No!

—Me has estado follando, cabrón. Me has contado milongas, prometiéndome el oro y el moro, cuando ya tenías una prometida esperándote en Bari. —Lo miro con desencanto, como si la persona que se encuentra frente a mí fuese un total desconocido, y no el hombre por el que he estado tan ilusionada desde hace semanas—. Soy una gilipollas, joder. Me lo he creído todo a pies juntillas cuando solo te estabas riendo de mí.

—Lo nuestro es real, *tentazione*. Jamás te haría daño gratuitamente.

—Que te follen. ¡Que te follen! —Me llevo las manos a la cabeza y jadeo desesperada—. Eres el peor cabrón que he conocido nunca. ¿Para qué insistías tanto en hablar con mi padre cuando no sabías

quién era? ¿Lo habrías engañado también a él si no hubiera sido tu maldito tío?

—¡Repito que esto no es ninguna mentira! —Da otro paso hacia mí.

—¡No te me acerques!

—¡Pues escúchame, joder! Estoy loco por ti, eres la mujer más especial que he conocido nunca. Y no voy a perderte.

—Ya me has perdido. —Aprieto los dientes porque noto los ojos húmedos. Ni de coña voy a llorar por alguien como él—. ¡Por eso insistías en que no te esperase en el *palazzo* hasta que acabara la reunión, ¿verdad?! ¡Me querías lejos para que no me cruzase con tu prometida y pudieses seguir aprovechándote de mí hasta el día de tu boda! ¡Habría seguido en la inopia, sin saber la verdad!

—¡Iba a decírtelo!

—¡Ja!

—¡Te habría dicho lo de Stella, solo necesitaba un poco más de tiempo!

—¡Tiempo! ¿Tiempo para qué?

—Para que te enamorases de mí y no pudieras dejarme.

—¡Puto loco! ¡Estás mal de la cabeza si piensas que hubiese aceptado ser tu amante!

—¡Es que no lo habrías sido! ¡Tú eres la mujer que de verdad deseo conmigo! ¡No quiero a Stella, no quiero estar con ella! ¡Yo te elijo a ti, te elegí en cuanto te conocí!

—¿Y qué se supone que voy a hacer después de esto, Adriano? ¿Qué coño pretendes que haga?

—Que te quedes conmigo. —Recorre el espacio que nos separa y entrelaza nuestras manos. A pesar de que intento soltarme, no me lo permite—. Te lo daré todo, nena. Tendrás todo lo que quieras, compraré una casa para nosotros en Roma, seré tuyo para siempre. Y tú serás mi reina, *tentazione*. Mi todo. Te haré la mujer más feliz del mundo, lo prometo. Te daré una vida de ensueño, te daré hijos, muchos, formaremos una familia.

Me tiemblan los labios antes de responder:

—Pero estarás casado con otra.

—Es un trámite, no significa nada para mí.

—¿Y por qué no suspendes ese compromiso?

—No puedo hacerlo. Un Barone nunca falta a su palabra. Y yo prometí casarme con Stella. Sería una ofensa para la familia si me echase atrás. Estoy atado de pies y manos.

Me quedo mirándolo en silencio lo que se me antoja una eternidad. Contemplo esos ojos oscuros que me encantan. Su pelo, sus labios, su mentón cuadrado. Es el hombre más perfecto del jodido mundo, pero esto es demasiado, incluso para mí. Así que separo nuestras manos y vuelvo a dar un paso hacia atrás para tomar distancia una vez más.

—Aléjate de mí.

—Giulia…

—¡No, cállate! ¡Ahora vas a escucharme, porque no has entendido nada, joder! ¡Mírame! —Me señalo con el dedo índice—. ¡Soy la hija bastarda de Riccardo Barone!

—A mí eso me da igual.

—¡Pero a mí no! ¡Llevo toda la vida sintiéndome una basura, alguien que no es digno de recibir amor por el simple hecho de no haber nacido dentro de un puto matrimonio! ¡Mi madre me abandonó, mi padre tenía otra familia! ¡No permitiré que mis hijos pasen por lo mismo que yo! ¡No seré la amante, la otra! ¡Yo valgo mucho más que toda esta mierda! ¡Así que déjame en paz, porque de ahora en adelante, si hablo contigo en algún momento, será para no incomodar a los demás! ¡Lo que teníamos se ha acabado!

—¡Y una mierda! —brama, tirando de mi brazo para pegarme a su cuerpo—. ¡Tú eres mía! ¡No me vas a dejar! ¡Entiendo que estés enfadada, esperaba ser yo quien te diese la noticia, pero te demostraré que todo lo que digo es cierto! ¡Te lo demostraré cada puto día de mi vida!

—Si crees que eso me va a hacer cambiar de opinión, estás muy equivocado. —Doy un tirón al brazo para liberarme de su agarre.

—Lo harás.

—Suéltame de una jodida vez, Adriano.

—No.

—Si no lo haces, se lo contaré todo a mi padre.

—¡A mí no me amenaces, maldita sea! —susurra entre dientes muy cerca de mis labios—. Estoy haciendo de tripas corazón para no encerrarte en mi puta casa.

—Ah, ¿sí? —bufo—. ¿Me matarás si no acepto convertirme en tu puta?

—No. Te follaré hasta que vuelvas a entrar en razón y no te niegues a ser mi mujer.

—Eres tú el que tiene que entrar en razón porque eso nunca pasará.

—¿Quieres apostar?

—No tienes ninguna posibilidad. No con esto.

—Si me lo propongo haré que…

—¡Giulia! ¡Drio! —Una tercera voz se cuela en medio de nuestra discusión. Cuando levantamos la mirada descubrimos a Fabio, que se acerca a nosotros con la respiración alterada por la carrera. Aprovecho la presencia de mi hermano para soltarme de su agarre y tomar distancia—. ¿Qué coño os pasa? Papá está muy enfadado. *Piccola*, te has ido sin compañía del *palazzo*, y tú… —se gira hacia Adriano— has salido de la reunión sin avisar, en plena negociación. Los Valenti pueden tomárselo como una afrenta.

—Hablaré con ellos —responde Adriano con una fingida tranquilidad que ahora mismo ninguno de los dos sentimos.

Fabio nos mira a ambos con el ceño fruncido, pensativo. No es tonto, sabe que hay algo raro en nuestra forma de actuar, en lo que acabamos de hacer, pero de su boca no sale ni una pregunta. No nos atosiga, respeta a Adriano y confía en que nuestro primo siempre hace lo correcto. Así que se limita a decir:

—Volvamos ya o mi padre mandará a todos nuestros jodidos hombres a buscarnos.

22

Adriano

Llevo siete putos años comprometido con una mujer a la que no quiero. Y cada día que amanece me obligo a olvidar que mi destino quedó sellado cuando mi tío y Antonio Valenti decidieron que lo mejor para ambas familias era reforzar la alianza a través del matrimonio.

Me eligieron a mí. De entre todos mis malditos primos, fui yo al que eligió mi padrino. Lo peor de todo es que no me negué. Acepté de buen grado lo que se me encomendaba. Por la familia. Por ascender de posición en el *crimine*.

Era tan jodidamente joven que ni siquiera sopesé que existiese la posibilidad de encontrar a una mujer que me gustase de verdad para formar una familia. Tenía veintiséis años, una lista interminable de tías a las que follarme y cero ganas de sentar la cabeza. Nunca fue una prioridad. El matrimonio era para mí un trámite más por el que había que pasar para ser aceptado por la sociedad. Y si la boda era con Stella, todo sería mucho más fácil para ambos. Nos conocemos desde niños, su personalidad me agrada y nunca la he considerado un muermo. Al contrario. Tenemos una forma de ver la vida similar. Es preciosa, divertida, leal… Tiene todo lo que cualquier hombre podría desear en una mujer.

Pero no la quiero, no la deseo y no lo haré nunca, porque mi puto cuerpo ha decidido volverse loco con la hija de mi padrino.

He sido un cabrón por ocultarle a Giulia la existencia de Stella y ahora está enfadada conmigo. Lo comprendo. Entiendo que pueda sentirse traicionada, pero se le pasará. Yo haré que se le pase y que me acepte de nuevo.

Lo que le he dicho en el acantilado es cierto. Tenía un plan desde el principio: hacer que se enamorase de mí para que no pudiese dejarme cuando le contase lo de la boda con Stella, pero se me han adelantado, joder. Giulia tenía que haberse enterado por mí, a solas, con palabras tiernas que suavizasen el golpe. No ha sido así y ahora debo arreglar lo que se ha roto. La traeré de vuelta. Para siempre.

Cuando llegamos al *palazzo*, mi *tentazione* va directa a su habitación sin mirarme ni una sola vez. Necesita tiempo para procesar lo que acaba de descubrir. Se lo voy a dar. Le concederé unos días. No la presionaré. Le daré su espacio y después regresaré a por ella.

Esto no ha terminado. Y una mierda. No me va a dejar. Está hecha para mí y haré todo lo que esté en mi mano para traerla de vuelta, aunque no quiera y se resista. Aunque eso signifique sumirla en un caos tan violento e impredecible que su única opción sea agarrar mi mano para que su mundo deje de tambalearse. Yo seré su faro, su dios, su todo.

De nuevo en el despacho, ni siquiera recuerdo la excusa que les he puesto a mi padrino y a los Valenti para justificar mi marcha a la carrera en plena negociación, pero parecen haberse quedado conformes y la reunión sigue su curso durante una hora más.

Al acabar, me quedan dos cosas claras: que la boda se celebrará el 14 de septiembre en la finca de Antonio Valenti y que debo empezar a hacer hueco en mi casa para las pertenencias de Stella.

El despacho queda en silencio cuando mi padre y mi tío acompañan a mi futura familia política hasta la entrada del *palazzo* una vez termina la reunión. A solas, me froto los ojos con una mano y maldigo entre dientes mi puta suerte. Cuando creía que por fin tenía a Giulia, todo se ha desmoronado una vez más. Volvemos al punto de partida. Bueno, no. En realidad, es todavía peor, porque ahora me odia y será muy complicado acercarme a ella teniendo a toda nuestra maldita familia pululando alrededor.

—¿A qué viene esa cara de culo? —De improviso, una tintineante voz se cuela en el silencioso despacho. Ni siquiera tengo que levantar la mirada para saber de quién se trata; sin embargo, lo hago de todos modos, y la curvilínea figura de Stella aparece ante

mis ojos. Mi prometida se encuentra apoyada en el marco de la puerta en actitud relajada, con los brazos cruzados y la curiosidad refulgiendo en sus grandes ojos azules—. ¿Va todo bien?

—No, no va todo bien —respondo con tirantez—. Va de puta pena, de hecho.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—No es qué pasa, sino quién.

—¿Pues a quién nos cargamos entonces? —Me guiña un ojo.

—A mí. Reviéntame los sesos de un tiro y acabemos de una maldita vez con esto.

Stella suelta una musical carcajada y despega el costado de la puerta, para acercarse con andares felinos y elegantes hasta detenerse frente a la silla en la que estoy sentado con los brazos en jarras.

—Y una mierda, Barone. Si te mueres, me casarán con algún soplapollas del tres al cuarto. No voy a encontrar mejor partido que tú, así que te quiero vivito y coleando.

—Hoy no estoy para gilipolleces, Stella. ¿Qué haces aquí? Tu padre acaba de irse.

—Ya lo sé, pero no ha puesto inconvenientes cuando le he dicho que me quedaba un rato con mi prometido. —Al ver que mi única respuesta es resoplar, se acuclilla hasta quedar a la altura de mi regazo y apoya los brazos sobre mis rodillas antes de continuar—: No, en serio, ¿qué te pasa, Drio? Hace un rato estabas bien.

—Creo que la he cagado con ella, y mucho.

—¿Con ella? —Frunce el ceño—. ¿Te refieres a Giulia? ¿Por eso has salido corriendo hace un rato?

—Quería que se enterase por mí —respondo con una seriedad impenetrable, fijando los ojos en los suyos. Doy un puñetazo al reposabrazos de mi asiento—. ¡Joder! ¡Me cago en la puta vida!

Stella parpadea varias veces en silencio, sin quitarme la vista de encima, intentando comprender mi repentino arranque de ira. Hasta que…

—Adriano, ¿estás queriendo decirme que ella no lo sabía? —Agito la cabeza con desapasionamiento como respuesta—. ¿No le dijiste a Giulia que estábamos comprometidos? ¡¿Por qué?!

—No estaba preparada. Aún no. Quería esperar un poco más para darle la noticia.

—¿Has dejado que se entere por otras personas?

—No tendría que haber venido al despacho. Ni siquiera tenía que haber estado en el *palazzo*. Íbamos a vernos en el pueblo después de la reunión.

—Y por tu forma de comportarte, presumo que se lo ha tomado bastante mal.

—No quiere volver a verme.

—Normal, yo te habría cortado la polla y hubiese hecho vudú con ella. Se sentirá engañada y usada.

—Si lo que quieres es pisotearme, lo estás consiguiendo.

—No seas imbécil, sabes que estoy para lo que necesites, pero… —Se muerde el labio cuando una carcajada traidora escapa de su garganta—. Joder, has sido tan torpe…

—No te rías o te rajo el puto cuello.

Ella vuelve a hacerlo, pasando por alto mi amenaza. Me mira con una sonrisilla cabrona en los labios. Sabe que jamás le haría daño.

—Es que me sorprende que, con lo meticuloso que eres para el negocio, hayas dejado que ocurra esto. Adriano, llevas hablándome de Giulia Fabbri desde hace dos meses. Estás obsesionado con esa chica, no has dejado de repetir lo perfecta que es para ti. Somos amigos desde que éramos críos y, hasta que la conociste, nunca pensé que te vería caer de rodillas ante una mujer. Pero, joder, la has espantado como un maldito principiante.

Aprieto los dientes y fulmino a Stella tras escuchar su réplica.

—No necesito un sermón cuando soy plenamente consciente de mi error. Así que haz el puto favor de irte a la mierda y dejarme tranquilo.

—¿Que me vaya? —Alza las cejas—. Claro que me voy a ir. No tengo intención de quedarme en la jodida casa Barone todo el día. Pero tú te vienes conmigo.

—No.

—Mueve el culo y llévame en tu coche a Bari. —Palmea mi rodilla y se incorpora del suelo—. De todos modos, ya estás en la mierda. Ella no va a perdonarte, al menos de momento. Te invito a un trago.

Hace un rato hablé con Farnese. Me dijo que ella y Marino iban un rato al club. Te vendrá bien despejarte.

◆ ◆ ◆

El club al que se refiere es un selecto casino que se encuentra en el centro de la ciudad, muy cerca del puerto deportivo, en el que solemos reunirnos varios días a la semana desde hace años.

No me apetece ir. Lo que de verdad necesito es buscar a Giulia y obligarla a que me escuche. Hacerle entender que este compromiso y la futura boda con la hija de Antonio Valenti no significan nada para ninguna de las partes implicadas. Pero en este momento estoy atado de pies y manos. Ella no quiere verme y, aunque me encantaría raptarla y follarla como un puto tarado hasta que acepte mis condiciones, en esta ocasión lo mejor es dejar que se calme antes de hacer mi siguiente movimiento.

Una vez en el estacionamiento privado del casino, le lanzo las llaves al aparcacoches y camino hacia el interior del local con Stella a mi lado. He recorrido este trayecto cientos de veces. La indiferencia cubre mi rostro cuando cruzo las enormes puertas de madera tallada. Como de costumbre, las lámparas de cristal derraman una luz cálida que hace brillar las mesas de juego. El contraste entre lo clásico y lo contemporáneo tiene su encanto: columnas antiguas conviven con pantallas digitales y ruletas electrónicas.

A nuestro alrededor se respira una mezcla de perfume caro, tabaco y café recién hecho. Sin embargo, no nos detenemos en ninguno de los juegos, en los que decenas de gilipollas pierden su dinero creyendo que la suerte va a sonreírles. Sino que cruzamos el lugar hasta darnos de bruces con unas gruesas cortinas de terciopelo azul que llevan a las salas privadas. A las que solo acceden los clientes VIP y personalidades que lo frecuentan.

Abro la puerta de la sala que tenemos reservada y doy un golpe de cabeza indicándole a Stella que entre primero. Al poner un pie en la elegante estancia, me doy cuenta de que no estamos solos. Frente a nosotros se encuentra otra persona que fuma

despreocupada en uno de los sofás mientras ojea su teléfono sin demasiado interés.

—Menos mal, cabrones, llevo esperando media hora —resopla con aburrimiento al tiempo que ofrece la mejilla cuando Stella se acerca para darle un beso.

—Hola, Gin —la saluda con cariño—. La reunión se ha alargado más de lo que pensaba.

—Barone, no te esperaba hoy. ¿Ya se ha cansado tu novia de ti?

—Que te den por culo, Ginevra —respondo a modo de saludo, dejándome caer en el sofá que se encuentra frente al de ellas—. ¿Tienes un cigarro?

—Toma. —Me lanza el paquete junto al mechero—. Un cáncer de pulmón es más divertido si se comparte entre amigos.

Aprieto los labios aguantando la sonrisa y, después de encenderlo, expulso el humo del cigarro con satisfacción. No suelo fumar, solo cuando estoy estresado o nervioso, así que hoy, que tengo un cóctel explosivo de ambos sentimientos en el estómago, me viene de puta madre.

Tras dar una segunda calada, mis ojos se dirigen de nuevo a Ginevra Farnese, hacia el traje de chaqueta que lleva puesto y que le queda como un guante. Siempre elegante, siempre perfecta. Con su abundante cabello rubio peinado hacia un lado y sus eternos labios rojos.

Es la hija menor de Isabella Farnese, la matriarca y líder de su *crimine*. Una de las mayores aliadas de los Barones, junto a los Valenti y los hermanos Marino.

La conozco desde que era un niño, tanto tiempo como a Stella, pero con Ginevra mi relación no es tan estrecha porque ella no ha dejado que lo sea. De hecho, no permite que nadie se le acerque demasiado. Es desconfiada, arisca y sufre fuertes episodios de disociación emocional que la convierten en una zorra sin sentimientos.

—Bueno, ¿y qué? ¿Ya hay fecha para la boda?

—El 14 de septiembre —responde Stella sin una pizca de emoción en la voz—. Y creo que necesito emborracharme.

—Sí, ya veo que estáis los dos saltando de la ilusión —se burla al tiempo que aplasta la colilla de su cigarro en uno de los ceniceros sobre la mesa—. Drio, deberías hacer algo para alegrar a tu futura mujer.

—No me toques los huevos, Farnese. Hoy no estoy para bromas.

—Joder, sois tan divertidos que tengo ganas de suicidarme.

—Adriano la ha cagado con Giulia —le rebela la otra con voz neutra.

—¿Cómo que la ha cagado? ¿Qué has hecho?

—No tengo ganas de hablar de ello. Ocúpate de tus putos asuntos.

—Mis asuntos están en orden, me interesa más meter las narices en los tuyos —bromea, pero no insiste. Ginevra es una tía inteligente, sabe cuándo tiene que dejar de tocarme la moral. En cambio, mira su reloj de muñeca y resopla desencantada—: Hoy no puedo quedarme mucho tiempo en el club. Tengo que hacer un trabajito en Trani. Un gilipollas nos debe dinero.

—Pensaba que de esas cosas se encargaba tu madre personalmente —se extraña Stella.

—La he obligado a que delegue obligaciones. Últimamente parece cansada.

—Está bien que os involucréis en el negocio, tarde o temprano será vuestro. Alice y tú debéis aprender a llevarlo todo.

—Mi hermana pasa del puto negocio. Está demasiado ocupada criando a esa panda de delincuentes que parió tras casarse con mi cuñado.

—Me conmueve el amor que profesas por tus sobrinos.

Me río al escuchar la réplica de Stella y doy una nueva calada al cigarro antes de comentar:

—Farnese es tan dulce y cariñosa como una lija de grano cuarenta.

—Y lo dice el que acaba de perder a su novia —me ataca la afectada donde sabe que escuece. Echa el cuerpo hacia adelante, dispuesta a rematar—. Venga, Barone, ¿tienes ganas de reírte? Pues vamos a reírnos todos. ¿Por qué te ha dejado la hija de Riccardo?

Como respuesta, levanto la mano derecha y le muestro el dedo corazón mientras la observo con el rostro helado.

—Lo que nos pase a Giulia y a mí no te incumbe. Todas las parejas discuten. Pero es normal que no lo sepas. El único que aguanta tus mierdas es tu vibrador.

—Porque los tíos no valéis la puta pena. Ninguno. Por algo las Farnese somos un matriarcado, Drio. —Me guiña un ojo—. Y a mucha honra.

Se me curvan los labios en una sonrisa. Ginevra Farnese es una víbora venenosa que ataca a todo el que se atreve a acercarse a su lado, pero me gusta. Siempre me ha fascinado su crudeza, que no se muerda la lengua con nadie. A pesar de que es una jodida loca, tanto ella como su familia son leales. Si dan su palabra, puedes estar seguro de que la cumplirán.

—¡Eeeh, hijos de puta! ¿Me echabais de menos?

De improviso, una grave voz interrumpe nuestra conversación. Cuando volvemos la cabeza hacia la puerta, descubrimos a la persona que faltaba para que el grupo esté completo.

Dante Marino.

El gilipollas sanguinario más lascivo que he conocido en mi vida. Y un amigo barra aliado de puta madre, también hay que decirlo.

Entre él y su hermano reflotaron el negocio de su familia, convirtiéndose en los reyes de los sobornos en toda la región y consiguiendo la confianza de mi tío Riccardo tras demostrar que son tipos serios, comprometidos con la Sacra Corona Unita.

Los hermanos Marino son relativamente nuevos en el mundillo de la mafia, pero su abuelo fue uno de los capos más poderosos que se recuerda en Bari, hasta que la policía lo cosió a balazos en una redada.

Cierra la puerta una vez entra en la sala privada y camina hacia nosotros con gran seguridad. Es tan alto como yo, medirá más de un metro noventa. Cabello moreno, corto y rapado por los lados. Rostro anguloso de piel aceitunada y cuello grueso. El cabrón tiene buen porte. Viste ropa informal, pero eso no parece ahuyentar a las tías, que pelean por su atención cada vez que sale a algún antro a

divertirse. Y a Dante le encanta ser el centro de atención. Es como un íncubo que se deja querer por todo el que se acerca.

Al llegar junto a los sofás, Dante les guiña un ojo a Stella y Ginevra y se deja caer a mi lado.

—¿Lleváis mucho tiempo esperándome?

—¿Esperándote para qué? —habla Stella, enarcando una ceja.

—Seguro que estabais muertos de aburrimiento sin mí. —Nos sonríe—. Lo entiendo.

—Este cabrón se cree la última Coca-Cola del desierto —le da un codazo Ginevra, burlándose.

—Nos las estábamos apañando bastante bien sin ti, Dante. Pero gracias por preocuparte.

—Ay, Valenti, Valenti. Tienes suerte de que estés comprometida, o haría que te tragases tus palabras a base de polvos.

—Por mí no te cortes —respondo, encogiéndome de hombros.

—No, gracias —declina Stella de inmediato—. Ya lo he probado, y no fue para tanto.

—Pues te abalanzaste desesperada sobre mí.

—Estaba borracha, Dante.

—Todavía no puedo creer que te follases a Marino y no pillases una venérea —comenta Ginevra con asco—. Se tira a todo lo que se mueve. Sea del sexo que sea.

—Él. Ella. Elle. ¿Qué más da? Con que tenga un agujero, me es suficiente. Mi polla está para usarse, Farnese.

—Pues asegúrate de usarla lejos de mí si no quieres acabar degollado como un cerdo.

—Algún día me buscarás, nena. Da igual que finjas que no te gusto.

Ginevra se gira hacia Stella y le dice sin titubeos:

—Si me ves tan desesperada como para follar con él, te doy permiso para que me pegues un tiro.

—Hecho, para eso están las amigas.

—Gracias.

—¡Eh, que os follen a las dos! —exclama Dante, fingiendo estar contrariado, pero sabemos que a él se la suda todo. Vive en su mundo de orgías, negocios y diversión. Tanto es así que mete la

mano en el bolsillo de sus tejanos y saca una bolsita repleta de coca con la que comienza a hacerse una raya sobre la impoluta mesa, que después esnifa con indiferencia.

—Deja esa mierda, Dante, o te llevará al cementerio —le aconsejo con el ceño fruncido.

—Moriré feliz porque he vivido al límite y de putísima madre. —Sonríe. Después nos mira a todos al tiempo que apoya la espalda en el respaldo del sofá—. Bueno, ¿qué?, contadme, ¿cómo ha ido la reunión entre los Barone y los Valenti?

—Tenemos fecha de boda —responde Stella con desagrado.

—Después de siete años, nuestra parejita finalmente pasará por el altar.

—No jodas, Marino —salto con voz helada—. No es una buena noticia. Es una farsa.

—Y ambos están depresivos —se ríe Ginevra, señalándonos—. Han venido con unas caras…

—Debemos hacernos a la idea de que finalmente esta boda se va a celebrar —añade Stella soltando un suspiro—. No tenemos escapatoria.

Dante la mira con una sonrisilla en los labios.

—Pero si ni siquiera vais a consumar. Todavía alucino cuando recuerdo que congelaste tus óvulos para cuando debáis darle un heredero a ambas familias.

—¿Y qué pretendes que hagamos? —se defiende Stella—. Drio y yo no vamos a acostarnos. Sería como follar con mi hermano, joder.

—Este compromiso siempre ha sido y será una farsa para ambos —sentencio sin titubeos—. Yo ya tengo una mujer.

—Oh, claro, me había olvidado de la hija de tu padrino —declara Dante, agitando las cejas—. ¿Y qué opina ella de tener que compartir a su hombre?

—Giulia no tendrá que compartirme con nadie —exclamo entre dientes.

—Pero a ojos de la sociedad será tu amante. La mala.

—¡Cierra el puto pico, Dante!

—Uuuh, parece que este tema es espinoso. ¿No será que la hija de Riccardo no está de acuerdo?

—Eres un tocapelotas, Marino —sentencia Stella con un bufido.

—Giulia lo aceptará —sentencio con determinación, porque con esto no pienso claudicar—. Puede que ahora no esté muy convencida, y lo entiendo, pero me aseguraré de que sepa que ella es mi prioridad. Siempre. Así que deja de tocarme los huevos si no quieres terminar el día con la lengua metida por el culo.

23

Giulia

Han transcurrido cuatro días desde que descubrí que Adriano Barone es un puto embustero que me tuvo engañada desde que nos conocimos, y cada maldito minuto que pasa me arrepiento de haber aceptado quedarme en el *palazzo* hasta el final del verano.

No quiero estar aquí. Quiero irme a Roma, a mi hogar, a mi lugar seguro. Lo último que me apetece es permanecer en una casa donde todo me recuerda a él. Con su hermano, con sus padres. Con el nerviosismo constante mordiéndome el estómago por la posibilidad de verlo aparecer y tener que fingir que todo está bien, que no tengo ganas de lanzarle el primer objeto punzante que encuentre y desfigurarle esa cara de adonis con la que engatusa a las tontas como yo.

No debí confiar en él.

A ver si aprendo de una vez.

Estaba tan cegada por todas sus promesas que no quise ver las señales, porque las había y muchas.

Está comprometido con otra mujer. Con una tía preciosa, elegante, que parece sacada del anuncio de un perfume de lujo.

Y ahora solo quedan el arrepentimiento y la culpabilidad por haberme convertido en lo que he rechazado toda mi vida. Me queda la desilusión porque, a diferencia de él, yo sí pensaba que lo nuestro era real y sincero. Que esta relación podía llegar lejos. Pero no. Después de descubrir la verdad, me siento usada. El segundo plato. Un agujero en el que Adriano Barone se desfogaba hasta su boda con Stella.

Desde que me separé de él, tras nuestra discusión en el acantilado, estoy taciturna. Apenas converso con nadie ni intento integrarme del todo en la familia. Mi mente es un bucle constante lleno de odio y arrepentimiento del que no puedo salir. No aquí. No estando en la casa Barone. Y no lo entiendo, joder. Tampoco nos conocemos tanto tiempo como para sentirme así. Hace apenas dos meses que Adriano irrumpió en mi vida. No debería notar ese vacío en el pecho al repetirme que todo se ha terminado, ni tendría que estar tan decaída, porque no se lo merece.

No puedo permitir que me afecte tanto.

Me muerdo el carrillo para salir de la maraña de pensamientos en la que estoy sumida y remuevo sin ganas el café ya helado que tengo delante, mientras mi padre conversa con Ettore. Varias mujeres del servicio terminan de colocar sobre la mesa las fuentes de bollería para el desayuno.

—¿A qué hora os veréis el viernes con el *consigliere* de Moretti? —le pregunta a mi tío, tras dejar su taza de café sobre la mesa.

—Hemos acordado vernos en el muelle a las once de la noche. Pero ese gilipollas no lo pondrá fácil. Su actitud al teléfono era altiva y amenazante.

Mi padre se acaricia el mentón y se queda en silencio varios segundos antes de responder:

—Era de esperar. Lo más probable es que tengamos que pagar bastante dinero para que se olviden del terreno.

—Nero va a intentar jodernos por todos los medios, Riccardo.

—Si quiere conservar la cabeza sobre el cuello, no me tocará los cojones. Estoy siendo muy indulgente cuando tendría que haberlo quitado de en medio el día que empezó a darnos problemas.

No sé si estoy acostumbrándome a este tipo de conversaciones, o si mi estado de ánimo me tiene adormecida, pero apenas reacciono a las palabras de mi tío y mi padre; es más, las ignoro y me dedico a romper el papel de una magdalena mientras ellos continúan conversando. Hasta que…

—Ya estoy aquí. Siento llegar tarde, padrino.

Dejo de respirar.

El aire se niega a entrar en mis pulmones y me agarro fuerte a la mesa cuando escucho su voz. Siento una gran debilidad en mi interior. Es como si todo mi cuerpo se convirtiera en gelatina y temblase sin poder remediarlo. Levanto la mirada en un acto reflejo y doy de bruces con Adriano, que se acerca a nosotros vestido con su habitual elegancia. Seguro de sí mismo, chulesco, despreocupado, como si el mundo girase solo por él, y tan guapo que todo mi interior vibra sin remedio.

—Drio, hijo, llevas cuatro días sin venir al *palazzo* a vernos —comenta Raffaella, que alarga la mano para rozar su brazo—. ¿Tan ocupado estás que te has olvidado hasta de tu madre?

—No me he olvidado de nadie, *mamma*. —Entonces, levanta la mirada y posa sus ojos en los míos. Una suave sonrisa curva sus labios—: Es imposible que eso ocurra.

Aprieto los labios cuando mi estómago salta al escuchar sus palabras. Sé que lo ha dicho por mí, pero me niego a dejar que me afecte. Se le da demasiado bien mentir. Por el contrario, aparto la cara como si nada y le doy un sorbo a mi café helado, disimulando una mueca de desagrado.

—Siéntate, Drio —lo anima mi padre, señalando la silla libre que hay frente a la mí. Mierda—. Estábamos hablando de la reunión de mañana con el *consigliere* de Nero Moretti.

—Ponedme al día —asiente tras acomodarse y servirse un poco del humeante café en una taza limpia. Luego, vuelve a mirarme de arriba abajo, y el anhelo que veo en sus ojos me eriza el vello de los brazos. Es como si de repente acabase de empequeñecer el salón. Solo lo veo a él. A nadie más—. Giulia. ¿Cómo estás?

Me muerdo la lengua para no decir nada fuera de lugar delante de nuestra familia y me limito a encogerme de hombros, intentando no ponerle mala cara.

—Perfectamente, gracias.

—Me alegro. Tenía ganas de verte.

—Pfff —bufo cortante. Después, vuelvo la cabeza hacia mi padre, que ha empezado a hablar de nuevo, e ignoro a Adriano a conciencia. Me da absolutamente igual que mi corazón haya empezado a latir tan fuerte que parezca a punto de destrozarme la

caja torácica. Que el remolino de mi estómago esté dándome ganas de vomitar. Y que sus ojos sobre mi cuerpo me produzcan un hormigueo inmarcesible en la piel de los brazos. Estoy tan dolida, y me siento tan usada, que me niego a ablandarme ni un poco.

He pasado cuatro días sin verlo y ojalá hubiesen sido cuatrocientos. Estoy mejor sin él. Punto.

Así que, cuando mi teléfono empieza a vibrar, tengo que contenerme para no estamparlo en el suelo, porque sé que es Adriano quien está escribiéndome. Esta vez no leeré sus mensajes. Ni siquiera sé por qué no he bloqueado su número.

El aparato vibra sin parar, pero me limito a metérmelo en el bolsillo de los pantalones e ignorarlo… Hasta que siento algo que me roza la pierna. Es él. Doy un sobresalto y me pongo muy rígida en la silla. Está intentando llamar mi atención para que le haga caso. Lo mataría. Lo juro. ¿Cómo se atreve a presentarse en el *palazzo* y actuar como si no hubiese pasado nada? Le retorcería el cuello, maldita sea.

—*Piccola*, ¿estás bien? —me pregunta Fabio, extrañado por el salto que he pegado en la silla. Mi hermano desayuna a mi lado y me mira como si me hubiesen salido tres cabezas.

—Eeeh, sí. —Le doy una patada a Adriano para que deje de rozarme con la pierna y fuerzo una sonrisa.

—Te noto inquieta.

—No, es que…

—¿Te ocurre algo, *bambina*? —Ahora es mi padre quien llama mi atención y, con él, todos los Barone comienzan a mirarme. Mierda.

—Esto…, yo…, tengo que ir al servicio —respondo con lo primero que se me ocurre—. Disculpadme.

Me levanto como un resorte y me niego a girar la cabeza hacia el hombre guapísimo y traicionero que tengo enfrente.

—¿Puedes traer a la vuelta más café, cielo? —me pide mi tía Raffaella con una suave sonrisa—. ¿Te importa?

—Claro que no, ahora lo traigo. Enseguida vuelvo —respondo con suavidad y salgo del salón casi con desesperación, alejándome de Adriano y maldiciéndome por actuar de esta forma, porque han

bastado dos minutos con él para que todo mi ser se vuelva completamente loco.

Me encierro en el enorme baño que está pegado al salón y apoyo la espalda en la puerta, en busca de serenidad. No puedo seguir comportándome así. No se lo merece. No merece todo lo que provoca en mi interior. Ni tampoco merece que haya pasado cuatro putas noches casi sin poder dormir porque mi cabeza no deja de dar vueltas a sus mentiras.

Debo recomponerme.

Para bien o para mal, he prometido quedarme en el *palazzo* el resto del verano y me niego a pasar el mes que me queda condicionada por ese infiel sin corazón.

Permanezco en el baño diez minutos hasta que reúno las fuerzas que necesito para continuar frente a Adriano y los Barone el resto del desayuno y, tras echarme un poco de agua al cuello, me dirijo a la cocina a por el café que mi tía Raffaella me ha pedido.

Una vez cruzo la puerta, descubro que la cocina está vacía. No hay ni rastro del chef ni de las señoras del servicio, pero sobre la mesa del fondo hay una humeante cafetera colocada sobre una fina bandeja de metal, lista para servir. Junto a ella, una docena de cucharas esperando a ser metidas en el cajón de los cubiertos.

Me dirijo hacia la cafetera y la agarro por el asa para llevarla al salón; sin embargo, antes de levantarla de la mesa, un movimiento a mi espalda me hace erguir la cabeza y ponerme de nuevo en tensión. A través del reflejo del cristal de la ventana distingo a un inesperado acompañante: un hombre apoyado en el marco de la puerta, en silencio, observa cada uno de mis movimientos como si fueran lo más fascinante del mundo. Ni siquiera necesito girarme para saber quién es. Lo reconocería incluso con los ojos cerrados. La energía que desprende es arrolladora.

Aprieto los dientes con fuerza y apoyo las manos sobre la mesa antes de decir:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tardabas mucho y quería asegurarme de que estabas bien —responde Adriano con voz calmada.

Giro sobre mis talones y lo enfrento con gesto hostil, ignorando la suave sonrisa que curva sus labios, su enorme cuerpo musculoso y el temblor de mis piernas.

—Estaba perfectamente hasta que he vuelto a verte.

—Te echaba de menos, *tentazione*.

—¿Por qué has venido al *palazzo*?

—Esta también es mi casa. Tengo derecho a estar aquí, ¿no crees?

—Haz lo que quieras, pero no te acerques a mí. —La sonrisa se le curva todavía más en los labios cuando despega el costado del marco de la puerta y comienza a acercarse a paso lento—. ¿Es que estás sordo? ¡Alto, no te acerques!

—No.

—¡Adriano, basta! ¡Lo que te dije el otro día iba totalmente en serio! —Levanto las manos creando una barrera entre mi espacio vital y el suyo.

No intenta cruzar ese espacio, se limita a frenar cuando la palma de mis manos queda apoyada contra sus pectorales.

—Mis palabras también iban en serio, Giulia.

—Lo nuestro se acabó.

—No se ha acabado nada, tú eres mi mujer.

—¡Vete a la mierda! ¡Tu mujer es Stella Valenti!

—Stella es mi amiga.

—¡Vas a casarte con ella! ¡Lleváis prometidos siete putos años!

—Ojalá te hubiera conocido antes de aceptar esa alianza.

Jadeo al escuchar sus palabras y niego con la cabeza, resistiéndome a creerlo.

—Cállate.

—No voy a permitir que te alejes de mí, nena.

—¡Dios, que te calles! —Apoyo las manos en la mesa donde sigue la cafetera y agarro un puñado de las cucharas. Comienzo a lanzárselas con rabia—. ¡Eres un puto mentiroso, Adriano Barone! ¿Crees que voy a tragármelo?

Él da un paso atrás cuando las cucharas comienzan a golpearle el pecho.

—¡Deja de hacer eso!

—¡Vete! ¡Olvídate de mí!

—¡Giulia!

—¡Que te jodan! —Le lanzo la última cuchara, que le golpea en el brazo derecho, y cuando voy a girarme para coger el resto de los cubiertos, Adriano se lanza sobre mí y me inmoviliza contra su cuerpo—. ¡Aaah, suéltame, cabrón! ¿Qué demonios haces?

Nuestras respiraciones alteradas resuenan por toda la cocina, mis senos están aplastados contra su torso por la fuerza con que me sostiene. Tengo una de sus manos enredada en la cintura y la otra me agarra la barbilla, obligándome a mirarle los ojos.

—Te he dado tiempo, *tentazione*. He respetado que quisieras estar a solas estos cuatro días, pero la tregua ha terminado porque no puedo estar sin ti.

—Ese es tu problema, no el mío —susurro con rabia, intentando no flaquear por su cercanía, pero es malditamente complicado—. No voy a perdonarte. Eres un puto embustero, no confío en nada de lo que dices.

—Lo harás, porque voy a demostrarte que en esto no miento.

—¡No cambiará nada! ¡Jamás podría estar con un hombre casado! ¡Acabaría odiándote y odiándome a mí por hacerle eso a otra mujer!

—¡Es que esa mujer y yo no nos queremos! ¡Es un maldito acuerdo! ¿Por qué no lo entiendes? ¡Yo te elegí a ti!

—¡Y yo he elegido no entrar en esto! ¡Respeta mi decisión!

—¡No puedo, joder! —Me acaricia la mejilla con una mano y niega con la cabeza mientras su respiración se torna jadeante—. No puedo.

Me humedezco los labios con el nerviosismo desbordando todos mis poros y aprieto los dientes cuando siento que comienzan a temblarme.

—No tengo más remedio que quedarme en el *palazzo* hasta que termine el verano porque se lo prometí a mi padre, pero en un mes volveré a Roma.

—Y yo iré a buscarte.

—No dejaré que me encuentres.

—Te buscaré hasta en el puto fin del mundo, Giulia. Da igual lo lejos que huyas de mí. Siempre voy a encontrarte, cueste lo que

cueste.

Antes de que pueda responder, escuchamos unos pasos acercándose a la cocina. Adriano se pone tenso y resopla cuando no le queda más remedio que soltarme. Al verme libre, tomo distancia y peleo con mis pulmones para que vuelvan a convertirse en órganos funcionales y me permitan seguir respirando con normalidad.

—Oh, pero si estáis aquí. —Es Raffaella, que entra en la cocina y se acerca a nosotros con su habitual gesto amable. Ambos recomponemos el semblante para que la madre de Adriano no sospeche lo que estaba ocurriendo—. ¿Por qué tardabais tanto? Nos hemos quedado sin café.

—Estábamos hablando —responde él como si nada—. Giulia me contaba que se alegra de quedarse el resto del verano.

Qué cabrón, el puto Adriano Barone.

Le lanzo una rápida mirada de odio, para que Raffaella no me descubra, y fuerzo mi sonrisa antes de hablar:

—Sí, me lo estoy pasando increíble con vosotros.

—Claro, cariño. —Ella me acaricia el brazo—. Nosotros también estamos muy felices de que te quedes.

—Nos alegramos mucho, prima —sentencia él, regalándome su típica sonrisilla burlona. Lo mataría. Lo juro.

—Bueno, se acabó la cháchara —se inmiscuye de nuevo la madre de Adriano y señala la cafetera humeante—. Drio, sé un caballero y llévala al salón por nosotras.

Él asiente y, cuando pasa por mi lado con la bandeja, roza con descaro nuestros brazos. Después, Raffaella me guía hacia el salón, donde toda la familia sigue hablando y disfrutando del desayuno.

—¿Dónde demonios os habíais metido? —salta mi padre al vernos llegar a los tres.

—Estos jovencitos estaban de cháchara en la cocina —ríe la madre de Adriano—. Se habían olvidado de nosotros.

—Divina juventud —añade la *nonna* con gesto soñador, apoyando la mejilla en una mano.

Mi padre me sonríe con cariño y luego mira a Adriano.

—Me gusta que os llevéis tan bien, pero reconozco que siento celos. A Drio le cuentas muchas más cosas que a mí, *principessa*.

—Riccardo, eres su padre —se carcajea Ettore, palmeando su espalda—. A nosotros no nos cuentan nada. Somos demasiado viejos para ellos.

Tomamos asiento de nuevo, Adriano frente a mí, y de nuevo evito mirarlo por todos los medios. Joder, esto es muy difícil. ¿Cómo voy a ignorarlo si tengo que estar luchando con las ganas de buscarlo con la mirada a todas horas?

—Por cierto, Giulia, ¿a qué hora llega hoy tu amiga? —pregunta mi padre tras servirse otra taza de café—. Me dijiste que vendría de visita, pero no a qué hora.

—Sobre las ocho, creo.

—Tengo ganas de conocer por fin a Siena Greco.

—¿Viene Siena? —me pregunta Adriano, alzando las cejas.

—Ajá —asiento con tirantez, sin contacto visual, jugueteando con mis anillos—. ¿Algún problema?

—¿Por qué iba a tenerlo? Es tu amiga. Seguro que Lorenzo se alegra.

—¿Conoces a la amiga de mi hermana, Drio? —se inmiscuye Alessandro con el ceño fruncido—. ¿Cómo es posible?

Levanto la mirada de golpe y mis ojos coinciden con los de Adriano, cuando nos damos cuenta de que Alessandro nos ha escuchado.

—No la conozco en persona. Giulia me ha hablado de ella —responde con una calma que me sorprende.

—¡Pues sí que habláis de cosas vosotros dos! ¡A mí Giulia tampoco me cuenta nada!

—Eso es porque eres muy aburrido y solo te interesa la comida —se burla Fabio, dándole un codazo.

La conversación cambia de tema poco después y logro controlar los nervios. Casi todos han terminado con su desayuno y yo estoy deseando largarme para alejarme de Adriano. ¡Dios, cómo odio esta situación!

Aguardo un par de minutos más antes de levantarme y disculparme con la familia.

—Me retiro, si no os importa. Quiero prepararlo todo para cuando llegue Siena.

—Está bien, *bambina*. Puedes marcharte —asiente mi padre con una cariñosa sonrisa.

Rodeo la mesa y le doy un beso en la mejilla a la *nonna* antes de encaminarme a la salida. Sin embargo, cuando estoy a punto de alcanzarla, escucho a Adriano hablar de nuevo:

—Padrino, estoy haciendo reformas en mi casa. Si no te importa, voy a quedarme en el *palazzo* hasta que todo esté listo.

Freno en seco y abro mucho los ojos sin poder creer lo que he escuchado. ¡No! ¡Cabrón! ¡No has dicho lo que acabo de escuchar! ¡No puedes haberlo dicho!

Rezo en voz baja para que mi padre se niegue. Que le diga que no hay habitaciones libres, que los colchones tienen pulgas, una plaga de piojos, que están desamuebladas.

Sin embargo, su respuesta me hace desear esconderme bajo tierra.

—Claro, Drio, mandaré a que el servicio prepare tu antigua habitación. Quédate todo el tiempo que necesites. Esta es tu casa, hijo.

¡Quiero gritar, maldita sea! ¡Dar media vuelta y seguir lanzándole todo lo que encuentre a mi paso! ¡Ya sean cucharas, tenedores, cuchillos o toda la maldita vajilla al completo! ¿Reformas en su casa? ¡Ja! ¿Quién coño se cree eso? ¿No es suficiente con aguantar sus visitas? Ahora voy a tener que soportar la presencia de Adriano Barone a diario. De día y de noche. Saber que duerme aquí. A unas cuantas habitaciones de distancia. ¿Por qué es tan cruel conmigo la puta vida? ¿Esto es el karma? ¿Tan mala persona he sido que no deja de joderme?

24

Giulia

Echo a correr hacia Siena cuando la descubro en medio del jardín, tirando de una pequeña maleta con ruedas. La abrazo con tanta fuerza que logro desestabilizarla y hacerla tambalear un poco hacia atrás.

Reímos, damos vueltas y saltamos como crías por volver a vernos al fin.

Cómo necesitaba a mi amiga.

Con toda esta mierda de Adriano me siento muy sola. En la casa Barone no tengo a nadie con quien hablar, con quien desahogarme, con quien escupir sapos por la boca y salir hasta las tantas para beber y olvidar esta situación.

—¡Pero qué guapa estás, Giulietta! —exclama, apretándome aún más entre sus brazos—. El clima de Bari te sienta de puta madre.

La miro a los ojos, contemplando que todo en ella sigue igual. Su rostro delicado y bonito, su perfecto cabello rubio recogido en una coleta alta, su impecable gusto al vestir y su sonrisa gamberra que me hace sentir como en casa.

—¿De verdad lo crees? Porque me siento fatal.

—No se te nota que estás en la mierda. Pareces la Giulia de siempre.

—Llevo unos días horribles, Siena. —Suspiro—. Aunque supongo que por eso estás aquí, ¿no? Por los audios penosos y desesperados que te envié la otra noche.

—Hubiera venido a verte de todas formas, pero… sí, esos audios me dieron el empujón que me faltaba.

—Lo siento. Sé que tienes una vida superajetreada y repleta de cosas divertidas que hacer. No tendrías que haber venido a consolarme. Me las habría apañado.

—Las amigas estamos para eso, tonta. Además, tengo muchas ganas de conocer por fin al gran Riccardo Barone.

—Mi padre también quiere conocerte.

—¿En serio? Pues no lo hagamos esperar más. Cuando me instale, te invito a cenar por ahí. ¿Te apetece?

—Sí, por favor, lo necesito. Me estoy ahogando encerrada en esta casa.

◆ ◆ ◆

Mi padre no se pone excesivamente pesado con las preguntas cuando se entera de que voy a salir esta noche con Siena, pero, como sospechaba, ha mandado que uno de sus hombres nos siga allá adónde vayamos. En este punto, ya me da igual. Necesito salir y desconectar de todo lo que tenga que ver con Adriano y los Barone. Y no hay mejor persona para hacerlo que con mi amiga.

Ataviadas con sendos vestidos cortitos y una cantidad nada deleznable de maquillaje y perfume en nuestros cuerpos, vamos a cenar a uno de los restaurantes que hay frente al puerto de Bari. Eso sí, con el gorila de mi padre vigilando en la puerta. Es un lugar tranquilo y la comida está deliciosa. Nos quedamos hablando hasta que son más de las doce, hora en la que Siena sugiere ir a alguna discoteca de la ciudad.

La realidad es que no tenemos que andar demasiado. Cerca del puerto hay varios garitos con buen ambiente y música decente para bailar.

—Acompañadme —nos pide el hombre de mi padre nada más entrar.

Siena y yo nos miramos extrañadas y lo seguimos por la discoteca, sorteando la marabunta de personas que bailan a nuestro alrededor. Nos lleva a uno de los reservados, donde todo es más lujoso y en el que nadie nos molestará, pues solo puede entrar gente importante y clientes VIP del local.

—Quedaos aquí. Tu padre pagará todo lo que consumáis.

Pongo los ojos en blanco. Solo quiero salir a bailar con mi amiga como una chica normal, sin que nadie meta las narices a cada paso. No obstante, cuando estoy a punto de negarme, Siena se me adelanta y le sonríe encantada.

—¡Estupendo! ¡Pues tráenos champán, hombretón, gánate el sueldo!

El gorila de mi padre pone mala cara, pero nos deja a solas cuando va a por el champán. Ya sin nadie a nuestro alrededor, Siena me coge de la mano y me empuja hasta un cómodo sofá desde el que contemplar el local.

La discoteca en cuestión es un lugar amplio y moderno, con techos abovedados y paredes de piedra vista en el que la música techno suena a gran volumen. El suelo de la pista de baile apenas es visible por la masa compacta de cuerpos que se mueven bajo las luces estroboscópicas. Hay buen ambiente, lo admito. Y me gusta no tener que estar aplastada junto al resto de personas.

—Pareces una famosa acompañada en todo momento por tu guardaespaldas —comenta Siena con diversión.

—Lo odio. No lo necesito. Nadie va a atacarme, pero mi padre se empeña en que no es seguro que salga sin vigilancia por Bari.

—Se preocupa por ti. Es muy tierno.

—Es agobiante, Siena —resoplo.

—Si yo fuera tú, lo disfrutaría. Cuando vuelvas a Roma, tu vida será tan aburrida como siempre y echarás de menos esto.

—Me gusta mi vida aburrida. Y me gustaría estar en casa.

Mi amiga se acomoda un mechón de su rubio cabello tras la oreja y me observa con detenimiento antes de contestar:

—Todavía no me has hablado de lo sucedido con Adriano. Tuvo que ser una gran hostia enterarte de que estaba prometido.

—Lo fue.

—¿Y cómo estás?

—Aparte de sufrir una hemorragia cerebral cuando supe de la existencia de Stella Valenti, bastante bien —respondo sarcástica para quitarle hierro al asunto.

—Es que… ¡es tan fuerte!

—¿Qué me vas a contar? Estaba ilusionada. Muchísimo. Llevo hecha mierda cuatro días, vagando por el *palazzo* como un alma en pena. Y el cabrón de Adriano se ha atrevido a presentarse como si nada.

—Eso significa que has vuelto a verlo.

—Esta mañana. En el desayuno. Está convencido de que superaremos esto.

—¿A qué te refieres? Él está prometido.

—Quiere que sea su amante. Que acepte la boda con Stella y me convierta en la otra.

—¡No puede ser tan hijo de puta!

—Dice que me lo dará todo, que yo seré su mujer en todos los aspectos, que Stella no es importante para él, que solo es un contrato para sellar la alianza de ambas familias. —La miro con ojos tormentosos y niego con la cabeza—. Pero no puedo. ¡No puedo! Si hiciera algo así, iría en contra de mis principios.

Siena se queda pensativa unos segundos antes de soltar:

—En realidad, si lo piensas bien, Dios dijo: «No desearás a la mujer del prójimo». ¡Mujer! Se lo dijo a ellos, a nosotras no nos dijo nada.

—¡Estoy hablando en serio! —Pongo los ojos en blanco.

—¡Vale, vale, disculpa! Tienes razón. Es que… no sé, Giulietta. Ya habíais superado eso de ser primos. ¿Convertirte en su amante te parece más horrible que el incesto?

—No quiero convertirme en mi madre ni joderle la vida a otra mujer.

—Pero Adriano dice que no la quiere, que solo es un contrato entre familias.

—Ya no sé si creerle. No me fío. —Suspiro y me cubro la cara con ambas manos, sintiendo que el agobio regresa a mí—. ¡Maldita sea! ¿Por qué tuve que fijarme en él?

—Porque está buenísimo, por ejemplo.

—Si solo fuera eso… —me lamento—. Adriano es guapísimo, sí, pero también es un jodido cielo cuando está conmigo. Me consiente, me cela, me protege. ¡Es una puta desgracia que me guste tanto! ¡Cada vez que estoy con él mi cuerpo se vuelve loco! ¡Es algo muy

fuerte, algo que no puedo controlar! ¡Todo me empuja a su lado! ¡Incluso tú me empujaste cuando lo conocimos en Nápoles!

—¿Y por qué me haces caso? Dios, Giulia, parece mentira que no me conozcas. Yo nací por cesárea, no supe ni por dónde nacer.

Su respuesta me hace reír, a pesar de la desesperación que me reconcome por dentro. Esa es la cualidad que más me gusta de Siena. Logra sacarme una sonrisa aunque esté sumida en la mierda más absoluta.

—¿Sabes qué? —comenta ella de repente—. Se acabó hablar de tu mafioso. Esta noche vamos a divertirnos.

—¡Sí, por favor, lo necesito!

—Y dicen que un clavo saca otro clavo.

—¡Oh, no, no! ¡No quiero saber nada más de los hombres ni de las relaciones de pareja! Cuanto más lejos, mejor.

—Ese es tu problema. Que piensas en los tíos solo para cosas serias y aburridas. —Me agarra por los brazos y me zarandea—. Giulia, diviértete. Úsalos, pásatelo en grande y olvídate de ellos nada más acabar. Es simple.

—Yo… no soy así.

—Esta noche lo vas a ser. —Sonríe, se levanta de su asiento y se apoya en la barandilla que da a la pista de baile. Mira hacia el gentío durante unos segundos, atenta, en busca de algo interesante entre el mar de cuerpos sudorosos que bailan. Cuando encuentra un objetivo, señala con el dedo hacia un grupito de cinco chicos que se encuentran bebiendo en una esquina. Agita la mano y los saluda para llamar su atención e invitarlos a que se unan a nosotras—. Ya tenemos compañía.

—Siena, no estoy segura de esto. No sabemos quiénes son.

—Relájate y diviértete. Fíjate en mí.

—Pero ¿tú no estabas saliendo con esos dos tíos de los que no dejabas de hablar por teléfono?

—No es nada serio. Ya sabes.

Abro la boca para responder; sin embargo, la puerta del reservado se abre de repente y por ella empiezan a entrar esos cinco chicos a los que Siena acaba de invitar. El gorila de mi padre se adelanta y les corta el paso con actitud amenazante, pero mi amiga le hace una

señal de que todo está bien y acepta marcharse a regañadientes tras darnos la botella de champán que ha traído.

—¡Pasad! ¡Vamos a divertirnos! —dice mi amiga con su mejor sonrisa—. Estábamos muy solas aquí. Este reservado es demasiado grande para nosotras.

Los chicos son bastante guapos, altos y con pinta de haber bebido más de la cuenta, pues a algunos les cuesta pronunciar bien según qué palabras. Genial. Ahora voy a tener que lidiar con una panda de borrachos mientras mi cabeza no deja de darle vueltas al tema de Adriano. Jodida Siena.

—¿Quién era ese que no nos quería dejar pasar? ¿Es que sois famosas? —pregunta el más guapo de todos. Un tipo moreno con perilla que derrocha chulería y bebe con pasotismo de su vaso de tubo.

Dos de los recién llegados toman asiento a mi lado y me sonríen con simpatía y ojillos bailongos por el alcohol. Les devuelvo la sonrisa y me encojo sobre mí misma, intentando conservar un pequeño espacio vital entre sus dos cuerpos y no tenerlos pegados a mi costado.

Como el que no quiere la cosa, el tiempo va pasando entre risas y charla, sobre todo, gracias a Siena, que tiene conversación para rato. Mi amiga se metería en el bolsillo al mismísimo presidente si quisiera. Tiene soltura, gracia y derrocha buen rollo. Todo lo contrario que yo, que apenas presto atención al tipo que tengo al lado y que no deja de insistir en que baile con él.

—No me va la música techno —repito tras su quinto intento.

—Yo haría que te gustase. Bailo de puta madre.

Niego con la cabeza una vez más y jugueteo con los anillos de mis dedos. No estoy a gusto y se me debe de notar en la cara, porque Siena me hace una señal para que me relaje. Lo intento. De verdad. Pero no puedo. Yo no soy un animal social como ella. Y, para colmo, el tipo de mi derecha acaba de apoyar la mano sobre mi cintura mientras comienza a hablar de su coche de carreras.

—Quita la mano de ahí —le pido con voz seria.

—¿Qué mano? —Sonríe haciéndose el inocente.

—No te conozco y no te he dado permiso para que me toques.

—Me llamo Andrea. Y podemos conocernos mejor, si quieres. Tengo mi coche fuera, te doy una vuelta. Podríamos pasarlo bien.

—¿Esta mierda te funciona con las tías?

—¿Contigo no?

—Joder. —Me río con desapasionamiento y le aparto yo misma la mano—. Andrea, siéntate más lejos. No me interesas ni tú ni tu coche.

No responde, se limita a rumiar entre dientes y se centra por fin en Siena, que está encantada de tener tantos admiradores.

Respiro más tranquila. Con un poco de suerte, me dejarán en paz. Lo que le he dicho a Siena iba en serio, no estoy de ánimos para tontear con nadie. No obstante, el alivio me dura demasiado poco. El tipo de la perilla ocupa el sitio de ese tal Andrea y me sonríe con chulería al tiempo que da un nuevo sorbo de su vaso de tubo.

—Pareces incómoda.

—Lo estoy.

—¿No te caemos bien mis amigos y yo?

—No podría responder a tu pregunta, ni siquiera os conozco.

—Siena dice que te has peleado con tu novio y por eso estás tan seria. —Frunzo el ceño y me encojo de hombros. No tengo ganas de hablar de ese tema con un desconocido. Al darse cuenta de que no voy a contestarle, el tipo de la perilla me da un suave empujón con el hombro y sonríe—. Eres de las difíciles, ¿eh?

—Simplemente, no me interesa tontear con nadie.

—Toma, bebe un poco. Te vendrá bien para relajarte.

Me apoya su vaso en los labios. No tengo más remedio que beber. Doy un sorbo y vuelvo a empujarlo para que lo aparte.

—Ya he bebido.

—Entonces, es cuestión de tiempo que te suavices. Ya verás.

—¿Qué quieres decir con eso?

El de la perilla sonríe encantado.

—Mi cóctel lleva polvos mágicos, preciosa.

—¿Polvos mági…? ¡¿Droga?!

—Muy poco, no te preocupes. Lo justo para que disfrutes con nosotros.

—¡Pero ¿de qué coño vas?! ¡Lo que acabas de hacer es un delito!

—Me lo agradecerás en unos minutos.

—¿Qué mierda me has dado?

—No montes un drama. Solo es éxtasis.

—¿Solo éxtasis, hijo de puta? —Lo empujo con una rabia que empieza a subirme por el estómago y me colorea las mejillas—. ¡Cabrón de mierda! ¡Debería llamar a la policía para que ellos se ocupasen de ti, maldito asqueroso!

Él apenas reacciona a mis insultos. Va tan puesto, entre el alcohol y el éxtasis, que se ríe y me inmoviliza los brazos para pegarme a su pecho a pesar de mis intentos por soltarme. Giro la cabeza hacia Siena en busca de ayuda; sin embargo, ella me da la espalda y ríe de forma escandalosa con el resto de los tíos, sin percatarse de lo que está sucediendo.

Me agobio. Este tío no me suelta por más que lo empujo e intento pegarle. Pero en el preciso instante que abro la boca para gritar, un fuerte estruendo se escucha a nuestro alrededor y la puerta del reservado se abre de forma violenta, chocando con la pared.

Al levantar la mirada, mis ojos coinciden con los de Adriano, que se encuentra en la entrada del reservado con el rostro desfigurado por la rabia y un fuego devastador reflejado en sus pupilas. Su atención se centra en el tipo de la perilla y en la forma en que me agarra de los brazos.

Se me acaba de secar la boca. La amenaza que desprende su rostro es terrorífica y su cuerpo permanece rígido mientras apunta al tío que está a mi lado con una pistola. El silencio en la sala es absoluto. Incluso Siena se ha quedado sin palabras, y eso es muy raro en ella.

Tras él se encuentra Lorenzo, que aguarda con el semblante pétreo a recibir alguna orden. Pero eso no ocurre, porque es el mismo Adriano quien comienza a caminar adentrándose en el reservado y fulmina a todos los que me rodean, incluida a Siena, hasta que sus ojos se posan en mí. Y lo que veo en ellos me eriza la piel de los brazos. Es la primera vez que me mira de esta forma: con desprecio, como si acabase de cometer el delito más horrible del mundo, como si no me conociera.

—Levántate de ahí. —Se dirige a mí con un rugido gutural, posando después la mirada en el tipo de la perilla. No obstante, estoy tan nerviosa y alterada que mis oídos tardan en procesar su orden.

—¿Q-qué?

—¡Que te alejes de ese gilipollas, Giulia! ¡Ya!

Aprieto los labios, con una mezcla de alivio y furia centrifugándome en el estómago tras su dictamen. Aun así, hago lo que me exige y me levanto del sofá.

—¡Más lejos! —Doy un paso hacia la izquierda—. ¡Más! ¡A la pared del fondo!

—¿Por qué?

—¡Porque te lo estoy ordenando, maldita sea! ¡Aléjate de ese desgraciado!

Levanto un poco la mirada hacia Lorenzo y el gorila de mi padre y ambos asienten, advirtiéndome de que no lo contradiga.

Ahora mismo no reconozco a Adriano. Su rostro está desfigurado por la ira y su cuerpo parece una montaña gigante y amenazadora que se abalanzará sobre nosotros al mínimo descuido.

Hago lo que me exige. Camino, todo lo digna posible, hasta la pared del fondo y aguardo en silencio mientras él continúa acercándose al tipo de la perilla sin soltar la pistola.

—¿Quién mierda eres tú, hijo puta? —rumia, observándolo con asco.

—Yo… —Se remueve nervioso en el sofá—. Amigo, no sabía que ella tenía relación con la mafia. Lo juro.

—La estabas tocando. —Frunce el ceño—. ¿Por qué tocabas algo que no te pertenece?

—Creía que estaba disponible. No sabía que era tu mujer.

—Adriano, por favor —le suplico al ver que levanta la pistola y lo encañona con una frialdad que me eriza la piel—. Te lo suplico, no hagas…

—Silencio. Contigo hablaré luego —me interrumpe con desagrado y sus ojos se fijan de nuevo en el rostro del de la perilla—. ¿Sabes qué les ocurre a los perros que no respetan a las mujeres ajenas?

—¡No! ¡Perdón! ¡Ella no me dijo nada, pensé que…! —El estallido de un disparo interrumpe su contestación y su cuerpo sin vida se desploma hacia atrás en el sofá, mientras un río de sangre comienza a brotar de su frente.

Me tapo la boca con ambas manos, pero no puedo evitar que el grito de terror se escuche a mi alrededor. Aprieto la espalda contra la pared y las lágrimas escapan de mis ojos sin pedir permiso. Miro a Adriano horrorizada, sin poder creer lo que acaba de hacer, pero su semblante sigue furioso y helado como el del mejor asesino.

Los cuatro tíos restantes huyen del reservado muertos de miedo y pidiendo perdón, dejando a Siena sola en medio de la sala con la boca abierta y las manos temblorosas.

—Se acabó la fiesta. Llevadlas de regreso al *palazzo*.

Niego con la cabeza ante sus palabras y mi respiración comienza a tornarse rápida y furiosa por todo lo que acaba de suceder.

—¿Cómo te atreves? —susurro entre dientes, dando un paso hacia él—. ¿Cómo coño te atreves a comportarte como si fueras un puto dios? ¡Acabas de arrebatar una vida!

—No voy a discutir contigo ahora, Giulia.

—¿No? ¡Pues qué pena, porque es justamente lo que me propongo! ¡A no ser que también me dispares a mí!

—¡No digas estupideces, mujer!

Me planto frente a él y lo encaro con una rabia desbordante en mis pupilas.

—¿Por eso no quieres que discutamos? ¿Por si pierdes los papeles y me disparas?

—¡Yo nunca te haría daño!

—¿Y debo de creérmelo o es otra de tus mentiras? —Lo miro con desprecio—. ¿Cómo me has encontrado?

—¿Eso ahora a quién le importa?

—¡Me importa a mí! ¿Cómo sabías dónde estaba?

—Ya te dije que tengo mis métodos.

—¿Me has puesto un localizador en el móvil? ¿Es eso? —Lo saco de mi bolso y se lo muestro con rabia. Acto seguido lo arrojo al suelo con mucha fuerza, destrozándolo en el acto—. ¡Pues que te jodan! ¡No tienes ningún derecho a seguirme!

—No me toques los huevos, Giulia, porque esta noche ya lo has hecho suficiente. —Levanta la mirada hacia el gorila de mi padre—. Llévala al *palazzo*. Debo esperar hasta que nuestros hombres limpien toda esa sangre y se lleven el cuerpo.

Adriano da media vuelta y se aleja de mí, dejándome en medio de la sala con una impotencia y unas ganas de gritar imposibles de reprimir.

—¡A mí no vas a dejarme a medias!

—Señorita, volvamos a casa —me pide el gorila de mi padre con voz tranquila.

—¡Yo no me voy a ninguna parte hasta que él se disculpe!

Adriano se ríe al escuchar mi exigencia.

—Joder. —Niega con la cabeza—. Paolo, llévatela de aquí.

—¡Que no me voy! ¡No me muevo de este puto sitio!

—Ya has oído a tu primo.

—¡Que le jodan! ¡Él no es mi dueño!

—Debemos obedecer a Drio. En ausencia de tu padre, él es quien manda.

—¡Sobre mí no manda una mierda! ¡Eh, pero ¿qué haces?! —El tal Paolo, alias el gorila, me agarra de la muñeca y tira de mí para que abandone la sala, a pesar de que me resisto a hacerlo—. ¡Suéltame! ¡No me toques! ¡No quiero irme!

—Solo sigo órdenes.

—¡Haz lo que te salga de la polla, pero no sois nadie para obligarme a…! ¡Aaah, imbécil! —Rodea mi cintura y me levanta en peso para sacarme de allí a pesar de que pataleo y grito—: ¡Me haces daño, joder! ¡Déjame en el suelo! ¡Sé andar! ¡Ah! ¡Déjame!

—¡Eh, eh, suéltala ahora mismo, maldito cabrón! —grita Adriano, viniendo hacia nosotros con el rostro desfigurado por la rabia. Me arrebata de los brazos de Paolo y después le propina un derechazo que lo hace tambalear—. ¡No vuelvas a rozar ni un centímetro de su piel si no quieres acabar muerto como ese gilipollas!

—Pero Drio, ella no quería venir y…

—¡Vete! ¡Fuera de aquí, joder! —lo echa. Luego mira a Lorenzo, que está junto a mi amiga observando la escena con tensión—. Llévate a Siena al *palazzo*. Giulia se viene conmigo.

—¡Yo no voy contigo a ninguna parte!

—¡Cállate! —me grita perdiendo los nervios.

—¡Cállate tú, imbécil! —Lo empujo con toda mi rabia y niego con la cabeza, mirándolo como si no conociera en absoluto al hombre que tengo delante.

Lorenzo y Siena acaban de salir por la puerta. Estamos a solas en el reservado con un cadáver tirado en el sofá, pero la furia que reina en mi interior es tan brutal que no me importa lo más mínimo. Solo quiero gritar y maldecir el día en que lo conocí.

—¡No tienes ningún derecho a prohibirle a nadie que me toque! ¡Eso lo decidiré yo!

—¿En serio? —Curva los labios en una sonrisa tan fría que no parece él—. Creo que te olvidas de algo, nena.

—¿De qué?

—¡Eres mi maldita mujer!

—¡No soy nada tuyo, ya tienes una prometida!

—¡Mi mujer! —repite, acercando la boca a mi rostro—. ¡Y no voy a tolerar que nadie te ponga un puto dedo encima!

—¡Pues buena suerte, porque me pienso follar al primer tío que se cruce en mi camino!

—¡Hazlo si quieres provocar una masacre! —chilla entre dientes.

—¡Eres un asqueroso asesino!

—Sí, no lo niego, pero a ti te encanta que este asesino te folle, *tentazione*. —Enreda una de sus manos en mi pelo y tira de él, haciéndome contener el aliento por el dolor. Me obliga a levantar la mirada y nuestros ojos quedan frente a los del otro.

—No soy de tu propiedad.

—Deberías estarme agradecida por haberte quitado de encima al imbécil del sofá. Se te veía incómoda.

—No eres mi salvador, no te lo he pedido. Puedo defenderme sola. El hecho de ser mujer no me convierte en una persona débil.

—Te defiendo porque eres mi mujer, no porque crea que seas débil o incapaz de hacerlo por ti misma.

Mi corazón late desacompasado y a un ritmo imposible tras su respuesta. No sé qué responder, pero debo hacerlo, decir cualquier cosa que acabe con este silencio. Sin embargo, cuando voy a abrir la

boca, comienzo a no poder enfocar bien la mirada, veo el rostro de Adriano doble. Debe de ser por el éxtasis que ese desgraciado me hizo beber. Agito la cabeza y me obligo a seguir pensando con claridad.

—Lo único que quiero es que me dejes en paz —respondo al fin—. ¡Lo nuestro nunca funcionará!

—Funcionará aunque tenga que retenerte a mi lado hasta que aceptes que tú también quieres esto.

—Vas a conseguir que te odie. —Apoyo las manos sobre sus brazos, buscando apoyo. Con cada minuto que pasa me siento más y más débil. A pesar de que lo tengo pegado a mí, su rostro comienza a convertirse en un borrón—. Si me obligas a estar contigo, te aborreceré, me escaparé en cuanto tenga una oportunidad.

—¡Entonces buscaré en cada rincón del puto mundo y te traeré de vuelta!

—¡Eres un enfermo!

—Un enfermo obsesionado por ti, nena. —Salva la distancia que nos separa y me come la boca con unas ansias salvajes que me hacen contener el aliento.

Sus labios sobre los míos son exigentes y duros. Me muerde, me lame, me succiona. Reclama mi boca y yo no hago nada para remediarlo. No puedo aunque quisiera. La droga está privándome de mis plenas facultades, de mi capacidad de razonar. Así que respondo a su beso. Lo hago con sus mismas ganas, alegremente, como si estos cuatro días no hubiesen sucedido nunca, como si todo entre nosotros fuese como antes.

Enredo los brazos alrededor de su cuello y lo aprieto contra mi cuerpo, dándole alas para que no deje de besarme, para que me levante en peso y me estampe contra la pared, devorándome como un animal hambriento.

Sus manos me masajean las tetas y un gemido lastimero escapa de mis labios. Estoy en una nube, como metida en un dulce sueño donde creo flotar, donde solo existe el placer que Adriano provoca con cada caricia. Me cuesta tanto abrir los ojos que me parece más

fácil dejarlos cerrados y abandonarme a él, a lo que quiera hacerme. Sea lo que sea.

—Giulia, pasa la noche conmigo —susurra contra mis labios con la voz tan grave que se me eriza la piel de la espalda—. Déjame compensarte por no haberte contado lo de Stella.

No respondo. Es un esfuerzo que no merece la pena. Simplemente asiento con los ojos cerrados.

—¿Eso es un sí? Giulia, mírame. —Me acuna la cara con ambas manos—. Mírame.

Me es imposible abrir los ojos. Lo intento, pero no responden. Estoy tan concentrada luchando contra mi cuerpo que, de repente, me fallan las piernas y comienzo a desvanecerme. Si no caigo al suelo es porque Adriano me sujeta entre sus brazos e impide la caída.

—Eh, ¿qué te pasa? ¡Nena, abre los ojos! ¿Te encuentras mal?

—Estoy muy bien. —Mi respuesta es un susurro tan suave que apenas es audible.

—*Tentazione*, mírame. —La cabeza se me ladea. No tengo fuerzas ni para soportar su peso—. ¡Giulia, maldita sea! ¿Qué pasa?

—Éxtasis —susurro a duras penas.

—¿Has tomado éxtasis? ¡El éxtasis no te hace esta mierda! ¡Dime qué te has metido!

—El cadáver me engañó. —Intento sonreír, pero en mis labios apenas asoma una mueca.

—¿Ese hijo de puta te drogó? ¡Tendría que haberlo desollado vivo, joder! ¡Un balazo en la frente es una puta mierda para lo que se merece! —grita entre dientes con una rabia devastadora. Luego suspira y acaricia mi mejilla, haciéndome gemir de nuevo—. Te pondrás bien. Vamos a ver a un médico y luego te llevaré de vuelta a casa.

25

Adriano

Ayer, como sospechaba, ese hijo de puta no drogó a Giulia con éxtasis sino con Rohypnol, la droga que usan la mayoría de violadores para someter a sus víctimas. Nuestro médico me lo confirmó antes de llevarla de vuelta al *palazzo*.

Cuando llegamos, Lorenzo me esperaba en la puerta, todavía montado en su coche, con Siena también inconsciente. Esos gusanos de mierda no eran más que una panda de agresores sexuales que intentaron aprovecharse de ellas y terminaron cosidos a balazos por nuestros hombres.

Intentaron hacerle daño a mi *tentazione*, así que sus cuerpos yacen enterrados en cal, con las pollas dentro de sus asquerosas bocas y el corazón por el culo.

Lorenzo y yo llevamos a Giulia y Siena a sus dormitorios, tras desconectar las cámaras de seguridad, para que mi padrino ni nadie de la familia las viesen en ese estado.

Todavía ahora, un maldito día después, la rabia se retuerce en mi estómago cuando pienso en lo que podrían haberles hecho si mi obsesión por ella no me hubiera obligado a seguirla.

Me miro en el espejo de mi antiguo dormitorio del *palazzo*, el que mi padrino mandó adecentar cuando le dije que mi casa estaba en reformas. No pienso marcharme de aquí hasta que ella regrese a Roma. Pasaré el mayor tiempo posible a su lado. Aunque intente evitarme, aunque se empeñe en alejarse de mí.

Me ajusto con fuerza el chaleco antibalas sobre la camiseta interior y, después, lo cubro con la camisa negra que voy a llevar para la reunión con el *consigliere* de Nero Moretti.

Mientras me pongo la funda sobaquera para portar las pistolas, mi cabeza no deja de imaginarla. Nunca lo hace. De recordar nuestra discusión en el reservado. Su rostro furioso, sus palabras de desprecio.

Quiero verla, maldita sea. Llevo todo un día sin saber cómo está y no puedo escribirle ningún mensaje a su teléfono, porque lo rompió al darse cuenta de que le había puesto un localizador. Le compraré otro. No estaremos incomunicados por mucho tiempo. Bastante difícil es la situación de por sí, con nuestra familia siempre entre nosotros.

Necesito preguntarle cómo se encuentra. Giulia no se ha presentado a ninguna de las comidas; su silla ha permanecido vacía en todo momento. Le ha pedido a mi padrino que la disculpase con el resto porque le dolía la cabeza y se encontraba indispuesta, pero sé que estará muy afectada por lo ocurrido en ese garito.

Una vez me pongo la americana, me paso una mano por el pelo, que luce perfectamente peinado hacia atrás, y suspiro mentalizándome por la tensa reunión que se celebrará en el muelle. Sin embargo, cuando estoy a punto de abandonar mi dormitorio, unos golpes en la puerta me hacen fruncir el ceño. No espero a nadie.

Un latido insistente me susurra que puede ser Giulia. Así que corro a abrir a toda prisa. Pero no es mi *tentazione* quien aparece cuando lo hago. Sino Teodoro.

Mi hermano me contempla con una sonrisilla ladina y el costado apoyado en el marco. Va vestido con un traje similar al mío, pero su camisa es blanca, impoluta, y su cabello largo le enmarca su cuadrado rostro a la perfección.

—¿Quieres algo? —pregunto al ver que no dice nada.

—He venido a avisarte de que papá está en el salón con Alessandro y Fabio.

—Ya iba a reunirme con vosotros.

—Pues vamos. A no ser que quieras despedirte antes. —Sonríe.

—¿Despedirme? ¿De quién?

—De nuestra prima. —Agita las cejas—. Últimamente os veo muy unidos. Quizá quieras avisarla de que no estarás en el *palazzo* esta

noche.

—¿Qué mierda insinúas, Teo? —Ni siquiera necesito que me conteste. Mi hermano no es gilipollas y reconozco que yo tampoco he sido muy sutil.

—¿Insinuar, yo? Nada —ríe con ojos cabrones—. Es entrañable la relación tan estrecha que tienes con la hija del tío Riccardo.

—Que te jodan —respondo con hastío.

—Cada vez que Giulia está a tu lado, eres todo sonrisas, hermano: caballeroso, atento… Joder, y qué casualidad que justo ahora hayas empezado una reforma en tu casa y tengas que quedarte en el *palazzo*, ¿eh?

—Cierra el puto pico y vamos a esa maldita reunión.

Sin embargo, aunque comienzo a caminar hacia el salón, Teodoro me agarra por el brazo y me obliga a frenar en seco, quedando frente a frente.

—Drio. —Me mira a los ojos y suspira—. No hagas gilipolleces, ¿vale? Tú vas a casarte y Giulia es la hija de nuestro padrino. Estás jugando con fuego y podrías acabar muy mal.

Doy un tirón al brazo, para obligarle a que me suelte, y aprieto la mandíbula mientras lo miro con el rostro helado de ira.

—No estoy jugando con nada, así que deja de joder y vámonos de una maldita vez.

◆ ◆ ◆

El muelle de Bari está desierto a esta hora de la noche, a excepción de varios pescadores que preparan sus embarcaciones para salir a faenar y que, de pronto, echan a correr cuando nos descubren caminando en dirección a la antigua lonja, ahora convertida en museo marítimo, donde tendrá lugar la reunión con el *consigliere* de Moretti.

Mi padre va a la cabeza, con la autoridad que le confiere ser el *sottocapo* de nuestro *crimine*, la mayor autoridad después de mi padrino. Alessandro, Fabio, Teodoro y yo formamos un perfecto cuadrado en torno a él, cubriéndole los flancos.

El rostro de mi padre desprende tensión. Esta reunión es muy importante para la futura compra del terreno, y tiene sobre sus hombros una gran responsabilidad.

Cuando llegamos a la parte trasera de la lonja, los hombres de Moretti ya están aquí, esperándonos armados hasta los dientes. Son cinco, al igual que nosotros.

Una vez estamos frente a frente, el *consigliere* de Nero avanza un paso, al igual que mi padre, y se saludan con un beso en la mejilla; es un pacto de no agresión entre ambas familias y la intención de conversar amistosamente.

Mis ojos se dirigen a Pietro Moretti, el primo y *consigliere* de Nero. Un tipo entrado en años con un cuerpo orondo y una prominente calva que intenta cubrir con un mechón de pelo largo colocado encima. Nos sonríe con tensión y asiente a modo de saludo. Le devuelvo el saludo, pero no me fío de él. La familia Moretti es famosa en Bari por ser traicionera y no tener palabra.

Los Barone y los Valenti fueron aliados de los Moretti hace bastantes años; mas, con la muerte de su antiguo capo y el ascenso al poder de Nero, comenzaron las rencillas y desencuentros hasta acabar convertidos en rivales directos.

—Bien, Barone, ya estamos aquí —comienza a hablar Pietro con voz oscura y fría—. ¿Qué era eso tan importante que teníamos que debatir?

—No te hagas el inocente, Moretti, porque sabes muy bien el motivo de nuestra reunión —responde mi padre sin dejarse achantar —. Ese terreno es nuestro. Estáis dificultando la compra cuando nosotros lo reclamamos primero.

—Podréis haber sido los primeros, pero los Moretti también estamos interesados en él.

—¡Vais a dejar de joder! Mi hermano está perdiendo la paciencia y Riccardo no es de los que perdonan cuando le arrebatan algo de su propiedad.

—Si fuese vuestro, no podríamos provocar problemas, ¿no lo has pensado, Ettore? —se burla Pietro, dando un paso hacia mi padre. En respuesta, mis primos, mi hermano y yo avanzamos otro hacia

ellos—. Esas tierras están en venta, ambos las queremos y os va a tocar luchar por ellas. A no ser…

—¿Qué?

—¿Estáis dispuestos a negociar?

Mi padre levanta el mentón y los mira a todos con asco antes de cruzar los brazos sobre el pecho.

—¿Qué queréis?

—Cuatro millones de euros al contado, el almacén gigante que tenéis en Alberobello y a vuestras mujeres.

—¡Hijo de puta! —grito entre dientes antes de lanzarme hacia él con la intención de romperle todos los putos huesos del cuerpo. Sin embargo, mi hermano y mis primos me inmovilizan.

—Drio, calma —susurra Teodoro, apoyando su mano en mi hombro.

—¿No os gusta la propuesta, Barone? —se carcajea Pietro, mirándome fijamente—. El dinero y las propiedades están bien, pero, uf, la bella Vittoria Conti, la diligente Raffaella de Luca y la preciosa Giulia Barone, tan joven, tan tierna… Es tan bonita que incluso pasaría por alto que es una bastarda cualquiera.

Voy a matarlo. Lo juro. Acabaré con la miserable existencia de Pietro Moretti y me encargaré de que su descendencia lo acompañe al infierno. Todos y cada uno.

Intento soltarme del agarre de mis primos, pero ellos no me lo permiten, maldita sea.

—Estás insultándonos deliberadamente, Pietro —le avisa mi padre, aparentando calma, pero en su tono se refleja la ira—. Esta iba a ser una reunión pacífica.

—Y lo está siendo. —Sonríe el otro con suficiencia—. He hecho una propuesta, sois libres de aceptarla o no.

—¡Las mujeres de nuestra familia son sagradas! —bramo tan alto que todos me miran.

—Tío, esta reunión se ha acabado —comenta Fabio, quien mantiene el tipo a duras penas.

—Se ha acabado —asiente mi padre con rabia, irguiendo la espalda con gran tensión—. No habrá negociaciones, Moretti. Has insultado a mi familia y actuaremos en consecuencia.

—Que así sea —asiente Pietro con el semblante tranquilo—. Pero… yo también tengo una advertencia para vosotros, Barone: mi primo quiere ese terreno y lo conseguiremos a cualquier precio. Sea como sea. Aunque eso signifique romper la débil paz que hay entre nosotros.

◆ ◆ ◆

No hay trato con los Moretti y lo más probable es que toda esta mierda acabe en una guerra y muchos muertos.

Nero está jugando con fuego y a los Barone nos encanta la gasolina. Si lo que busca es acabar con su puto cuerpo de rata apestosa hecho un colador, se ha metido con la familia adecuada.

Desde primera hora de la mañana, mi padrino nos reúne a todos los miembros del *crimine* en su despacho para que le relatemos lo ocurrido en el muelle, a pesar de que mi padre lo puso al corriente en cuanto regresamos al *palazzo*.

Se enfurece. Se enfurece tanto como lo estuve yo anoche. Si por mí fuera, habría masacrado con mis propias manos a esos gilipollas y lo único que hubiese regresado junto a Nero Moretti habrían sido los meñiques ensangrentados de sus parientes.

La reunión no acaba hasta el mediodía, y, tras cumplir con la petición de mi padrino de telefonear a los Valenti para informarles de la situación, voy al salón, donde el servicio nos ha preparado un pequeño ágape, ya que ni siquiera hemos desayunado. Sin embargo, allí solo están mi madre y mi primo Fabio, que charlan algo más relajados.

Tomo asiento en mi silla habitual y miro hacia la que tengo enfrente. La de Giulia. Ella habrá desayunado temprano, pues no pertenece al *crimine*. Y me pregunto qué estará haciendo ahora. ¿Seguirá en su dormitorio? ¿Paseando por Bari? Esté donde esté pienso buscarla y pasar el resto del día con ella.

—Qué callado estás, hijo —comenta mi madre, sacándome de mis cavilaciones—. ¿No tienes hambre?

—Sí, pero ¿el resto no viene?

—Mi padre sigue encerrado en su despacho con el tuyo —continúa Fabio—. Y Alessandro se fue con Giulia a la playa de la propiedad.

—¿Están en la playa? —La comisura de mis labios se curva hacia arriba. Bingo.

—Mi hermano está empeñado en ser el favorito de Giulia. Tiene celos de que pase más tiempo con ella y nos llevemos mejor. Pero, conociéndolo, se le pasará el interés en cuanto le entre el hambre canina y tenga que regresar al *palazzo*.

—Quizá los acompañe —suelto como si nada, aunque, en realidad, tengo unas ganas locas de ir con ella y contemplar su cuerpecito delicioso enfundado en un bikini—. Me apetece tomar un poco el sol.

—Drio, hijo, pero si tú odias la playa —salta mi madre tan extrañada como lo parece mi primo—. Ni siquiera te gustaba cuando eras un niño. Aborrecías la arena.

No respondo, me limito a encogerme de hombros y a sonreír. Es cierto, nunca he sido fan de la playa. Siempre he preferido las piscinas. Sobre todo la del *palazzo*, a la que nunca va nadie. No obstante, solo con imaginar allí a mi *tentazione* tumbada al sol, se me antoja el mejor lugar del mundo. Quiero revolcarme con ella por todas las malditas playas de Bari o arrastrarla a una isla desierta donde nadie pueda encontrarnos.

Media hora más tarde, con mi bañador puesto y sin camiseta, me dirijo hacia el solitario muelle de la propiedad, pues la playa está justo al lado. Desde aquí puede apreciarse lo inmensa que es la finca que rodea el *palazzo*. Estoy tan acostumbrado a verlo que a veces se me olvida lo impresionante que debe parecerles a nuestros socios y aliados al visitarlo por primera vez.

Cuando estoy a punto de llegar, escucho la risa de Giulia mezclada con el sonido de las olas. Adoro oírla reír, aunque no sea conmigo. Aprieto el paso y me interno en la pequeña bahía de arena fina de los Barone, con vistas al mar Adriático, donde ella y Alessandro charlan relajados sobre sus toallas.

Todavía no saben que estoy aquí, así que puedo aprovechar para mirarla a placer.

Está bocabajo, apoyada en su toalla sobre los codos, con una coleta alta despejando sus facciones y un diminuto bikini color morado que deja a la vista la mayor parte de su cuerpo.

Mis latidos se aceleran y la polla empieza a endurecerse dentro de mi bañador. La parte de abajo de su bikini es un tanga, por lo que su trasero redondito está jodiéndome la vida a base de bien, porque, si por mí fuera, mi boca ya estaría lamiéndolo y mordisqueando su suave piel hasta que la marca de mis dientes quedase tatuada en él.

Me humedezco los labios al contemplar la pronunciada curva de su cintura y sus caderas generosas, tan blanditas y mulliditas. En una ocasión, Giulia se quejó de sus cartucheras, pero, por más que las miro, solo veo un puto monumento.

Maldigo en silencio por lo cachondo que está poniéndome, y ni siquiera sabe que estoy aquí. Así que me recoloco la polla dentro del bañador, intentando disimular la erección, y recorro la distancia que nos separa. Mis pasos decididos llaman la atención de Alessandro, que me saluda de inmediato.

—¡Eh, Drio! ¿Te quedas con nosotros?

Giulia se pone rígida. Lo noto en la forma en que yergue la espalda a pesar de estar tumbada. Gira lentamente la cabeza hacia mí y ni siquiera intenta disimular que no le gusta que haya venido.

No me importa.

Coloco la toalla junto a la suya y le sonrío con socarronería, mirándola de arriba abajo una vez más.

—Prima… —Luego le contesto a Alessandro—: Me apetecía tomar un poco el sol.

—Joder, pues me alegro. —Estira la mano y lanza algo que lleva en ella y que cojo al vuelo. Es una botella de protector solar—. Voy al *palazzo* un momento, me muero de hambre. Ponle tú la crema a mi hermana en la espalda.

—¡No, no es necesario! —salta Giulia con los ojos muy abiertos, negando con la cabeza sin parar—. Yo puedo hacerlo.

—*Piccola*, acabas de pedirme que te la ponga precisamente porque no llegabas —resopla Alessandro—. El primo Drio se encargará.

—Claro, yo lo hago. No me importa. —Giulia me mira desconfiada, con ojos ariscos, pero como su hermano insiste, termina cediendo—. Relájate.

—¿Por qué haces esto? —pregunta con voz tensa una vez Alessandro se marcha.

—¿El qué? ¿Ponerte crema solar?

—Adriano, no te hagas el estúpido.

Le echo un poco de loción en la parte baja de la espalda y la extiendo suavemente con ambas manos, dando un suave masaje sobre su caliente piel.

—Solo pretendo pasar tiempo contigo. No nos vemos desde hace dos días. No sé cómo estás después de lo que ocurrió en el club.

Giulia se humedece los labios y suspira al notar que mis manos ascienden poco a poco por su espalda. Está nerviosa, lo sé. Su respiración es rápida y la piel de su espalda se eriza cada vez que mi mano pasa por una nueva zona.

—Me siento rara —admite a media voz—. Es la primera vez que intentan… abusar de mí.

—Jamás lo hubiese permitido —respondo acercando la boca a su oreja—. Siempre voy a cuidarte.

—¿Eso es lo que hiciste? ¿Llevarme a casa y cuidarme?

—Te llevé a un médico y luego te dejé en tu habitación.

—¿Y ya está? ¿Me dejaste en la cama y te marchaste?

—¿Qué estás insinuando? ¿Crees que me aproveché de ti mientras estabas drogada? —mi voz suena helada—. ¿Crees que soy igual que esos hijos de puta?

—No. Yo… —Se muerde el labio inferior y en sus ojos se refleja la culpabilidad—. No he querido… Perdón. Joder, perdón, Adriano. No eres como ellos. Ya lo sé. Es que todavía estoy un poco en *shock*.

—No necesito aprovecharme de mujeres indefensas para follar. —Le echo un poco más de crema en la espalda, junto al omóplato derecho—. Por suerte siempre he tenido donde elegir.

—Claro que sí, donjuán —responde con sequedad—. ¿Y por qué no eliges ponerle crema a otra?

—Giulia, no quiero discutir contigo, ¿vale? La otra noche te perseguí, es verdad. Te seguiría hasta el fin del mundo, nena.

—Eso suena a discurso de acosador.

—Quizá lo sea. —Sonrío—. Por ti estoy haciendo cosas de las que nunca me creí capaz.

—¿Como engañar a tu prometida?

—Eso es un golpe bajo.

—Es una simple pregunta.

Suspiro.

—No he engañado a Stella, ¿y sabes por qué? Por el simple y jodido hecho de que nunca hemos estado juntos. Nos conocemos desde niños. Es algo así como una hermana.

Giulia gira una vez más la cabeza y me mira con el ceño fruncido, sin intención de ser amable.

—Por supuesto. Porque tú nunca haces nada mal. No tienes nada de lo que arrepentirte, ¿verdad?

—Hay cosas de las que me arrepiento a medias.

—En eso no hay punto medio. O te arrepientes o no.

—Me arrepiento a medias de haberte puesto un localizador en el teléfono.

—Eres un puto cabrón.

—*Tentazione.* —Acerco mi rostro a su oreja sin dejar de masajearle la espalda—. Me arrepiento porque sé que está mal, que mereces privacidad. Pero por otro lado, me alegra haberlo hecho porque ese localizador me permitió encontrarte antes de que esos perros cabrones te hicieran daño.

—¿Y qué se supone debo hacer yo? ¿Perdonarte a medias?

—Quiero una tregua absoluta y total entre ambos.

—Una tregua —repite con voz plana.

—Lo último que deseo es que volvamos a discutir.

Ella se muerde el labio inferior, sopesando mis palabras, y se encoge de hombros antes de responder:

—Ya sabes cuál es mi postura en cuanto a tu boda con Stella.

—Eso ahora mismo me da igual. Solo quiero que dejes de mirarme como si fuera el mayor hijo de puta de la Tierra. —Le acaricio el hombro cuando termino de untarle la crema—. Te he comprado algo.

—¿A mí?

—Sí. —Sonrío al ver su incredulidad.

—¿Piensas que voy a cambiar de opinión con un regalo?

—No, lo que pienso es que destrozaste tu móvil y odio no poder escribirte mensajes. —Meto la mano en el bolsillo de mi toalla y le doy el teléfono que compré ayer en el pueblo, perfectamente empaquetado y con un lazo rojo adornándolo.

Ella me mira con reparo.

—No puedo aceptarlo.

—Sí que puedes.

—Este teléfono es muy caro. El mío no valía ni la mitad.

—¿Crees que tengo problemas de dinero? —Río y se lo pongo en la mano a pesar de que se resiste—. ¿Sabes qué es lo mejor de este teléfono?

Giulia se incorpora sobre sus codos y da media vuelta, quedando sentada frente a mí, mirando su nuevo móvil.

—Venga, dime, ¿qué es lo mejor de este teléfono?

—Que no lleva ningún localizador. De momento.

Una sonrisa traidora aparece en sus labios e intenta disimularla. Le ha hecho gracia mi respuesta.

—Más te vale.

—Te doy mi palabra.

—No tengo más remedio que aceptarla, ¿verdad?

—O podrías confiar en que digo la verdad.

Ella me mira a los ojos, directamente, sin titubeos, como si pudiera ver a través de mis pupilas. Yo también lo hago, y lo que veo me gusta. Parece mucho más relajada que estos días atrás.

—Está bien, Barone. Te creo —sentencia al fin—. Acepto tu regalo y tus medias disculpas.

—Bien. —Sonrío acariciando su mejilla, disfrutando de su tacto suave y delicado. Ella se muerde el labio inferior y baja la vista a su regazo, aunque no intenta apartarme.

—Gracias, Adriano.

—¿Por el teléfono? Ni se te ocurra agradecerme esta tontería.

—No, no es eso. Sino por evitar que ese gilipollas abusase de mí. —Me mira de nuevo a los ojos—. No quiero ni imaginar qué hubiera sucedido si tú no…

—Por fortuna no pasó nada y Siena y tú estáis bien.

—Es la primera vez que he visto a Siena acojonada, ¿sabes? Cuando despertó al día siguiente, vino a mi dormitorio llorando y disculpándose conmigo por haber invitado a esos gilipollas al reservado.

—¿Y dónde está ahora? No la he visto por el *palazzo*.

—Regresó a Roma esta mañana. Tiene que terminar los diseños de su próxima colección de joyas.

—¿Volverás a modelar para ella?

—¡Dios, ni de coña! —exclama con una sonrisa horrorizada—. Lo pasé supermal en Nápoles. Quería que me tragase la tierra. Sabes que soy una persona pacífica, pero ese día quise matarla, en serio.

Se me escapa una carcajada y echo la cabeza atrás al ver su cara de agobio y aprensión. Me encanta su forma de ser, de comportarse, su humor, lo transparente que es.

¿En qué puto momento me he vuelto tan loco por esta mujer que incluso arriesgaría mi propia vida, mi palabra y mi honor, aunque eso significase perderlo todo?

La sonrisa de mi boca comienza a borrarse lentamente y lo único que queda son mis labios entreabiertos mientras la miro con una intensidad ardiente. Entrelazo nuestras manos y tiro para acercarla, hasta que la tengo a escasos centímetros de mi boca.

—Tienes que entender una cosa, Giulia.

—¿El qué? —titubea.

—No voy a renunciar a ti —susurro con las pupilas clavadas en el marrón de sus iris—. Nunca.

Ella entrecierra los ojos y jadea, negando con la cabeza sin apenas fuerza, como si esta situación fuera demasiado dolorosa.

—Esto no está bien, tú vas a …

—Me da igual. —Me humedezco los labios y junto nuestras frentes, sin dejar de mirarle la boca—. ¿Puedes imaginar todo lo que te haría si no estuviésemos rodeados de cámaras de vigilancia? Creo que aún no eres consciente de lo que despiertas en mí. Te follaría tanto y tan fuerte… Te obligaría a aceptar que tú también deseas esto, te demostraría que tus miedos son infundados, que siempre serás lo más importante, que sacrificaría mi jodida vida por darte

todo lo que mereces. —Levanto un poco la mirada hacia la cámara de seguridad que hay sobre nuestras cabezas, asegurada al poste de una farola. Luego mi atención regresa a ella—. Pero la realidad es que estoy atado de pies y manos, *tentazione*. Un Barone siempre cumple lo que promete. Estoy condenado a hacerlo. Y la puta realidad es que ni siquiera puedo darte un jodido beso sin que nos descubran.

—No quiero que me beses —responde también entre susurros; sin embargo, sus actos contradicen sus palabras, porque acerca un poco más nuestras bocas y cierra los ojos, abandonándose por completo, agarrándose con fuerza a mi brazo.

—Mierda. Mierda, nena. —Apoyo la mano en su mejilla y acaricio sus labios con el dedo pulgar—. Estoy a punto de mandarlo todo al carajo, ¿lo sabes?

—No lo hagas —contesta tan excitada como lo estoy yo.

Pierdo la razón.

Me lanzo a su boca como un desesperado y la devoro como si llevase años sin probar bocado y mi *tentazione* fuera mi plato favorito. Lo es. Lo es, maldita sea, porque incluso ya me la sudan las cámaras. Me ocuparé luego de borrar los vídeos y no dejar rastro, pero este momento con Giulia no va a arrebatármelo nadie.

O sí. Pues, de repente, escuchamos pasos acercándose a nosotros y no me queda más remedio que separarme de ella a regañadientes.

—He traído un arsenal de comida para pasar el día —anuncia Alessandro con una enorme sonrisa en la cara, agitando un canasto de mimbre.

Apenas le hago caso. Mi atención está puesta en Giulia, que ha vuelto a tomar distancia. Se muerde el labio inferior con el rostro sonrojado y la mirada repleta de arrepentimiento por lo que hemos hecho.

Y yo, aunque quiero, no puedo hacer nada para calmarla. Me limito a atrapar al vuelo un refresco que mi primo me lanza desde la distancia y fingir una sonrisa indiferente cuando se deja caer de nuevo sobre su toalla, rompiendo del todo nuestro momento a solas.

—¿Quieres tomar algo, *piccola*? No sé lo que te gusta beber, así que he traído de todo. —Mira dentro de la cesta y comienza a

enumerar—: Refrescos de limón y cola, zumos, té frío, café embotellad…

—No. No, gracias, Alessandro —lo interrumpe de repente, levantándose de su toalla como si quemase. Muy alterada—. Eeem, disculpadme, yo… regreso al *palazzo*, no me encuentro muy bien.

No se digna ni a mirarme cuando pasa por delante. Giulia se marcha a toda prisa, alejándose de mí, y lo único que puedo hacer es mirarla y maldecir mi vida mientras tanto.

¿Qué coño hago ahora? No puedo perseguirla. No con mi primo aquí. No tengo más remedio que quedarme con Alessandro y fingir que me encanta la puta playa.

26

Giulia

Ha pasado una semana desde que hui de la playa y apenas he visto a Adriano. Lo esquivo y lo ignoro; intento pasar el menor tiempo posible con él.

No me controlo cuando lo tengo delante. Mis ganas y mis emociones son más fuertes que mi sentido común, y esta situación empieza a ser dolorosa. Hace mucho que lo nuestro dejó de ser algo físico. De hecho, creo que nunca lo ha sido. Cuando estamos juntos, hay conexión. Una conexión tan fuerte, intensa y real que dudo poder mantenerme fría y distante por mucho tiempo.

Es perfecto, maldita sea.

Nunca había conocido a nadie que me complementase tan bien. Ni siquiera Siena, a la que se lo cuento todo y ha sido mi mayor apoyo desde que tengo uso de razón.

Esta situación es una gran putada; a veces, me planteo seriamente si aceptar sus condiciones y convertirme en su amante. Ser el tipo de mujer con principios opuestos a los míos y nula moral.

Por suerte, todavía me queda un poco de sentido común y el recuerdo de lo jodida que fue mi niñez por ser el fruto de una relación extramatrimonial.

Sí, vale, Adriano no quiere a Stella. No obstante, seguirá siendo su mujer a ojos de la sociedad. En cambio, yo sería una paria, el objeto de rabia y burla de todo el mundo.

Doy un hondo suspiro y me seco el sudor de la frente sin apartar la mirada de la fontana del jardín.

Estamos a mediados de julio. Hace un mes que vine a la casa Barone sin saber que mi vida se convertiría en un absoluto caos. Lo

peor es que todavía queda otro mes antes de regresar a Roma. Y no sé si lo soportaré sin volverme loca por el camino.

Apoyo la espalda contra la estatua en la que suelo sentarme para contemplar la fontana. La de la mujer bailando. Cierro los ojos, dejando que el sonido del agua me inunde. Busco un poco de paz en medio del embrollo que reina en mi mente.

—Ah, eres tú —pronuncia de improviso una voz femenina que reconozco al instante.

Cuando abro los ojos, descubro a Vittoria frente a mí, observándome con el ceño fruncido y una mueca asqueada en sus perfectos labios pintados de carmín.

La mujer de mi padre y yo no hemos hablado desde nuestro primer encuentro. Pero, aun así, no deja pasar la oportunidad para demostrar que mi presencia en el *palazzo* le da un asco tremendo. Es triste, pero ya me he acostumbrado a sus ataques y los ignoro. Todos.

—¿Es que no puedo pasear tranquila por mi propia casa sin tener que soportar tu presencia?

—Ignórame, Vittoria, ¿vale? No me apetece discutir con nadie.

—¿Cómo voy a ignorarte si siempre que miro hacia un lado estás tú? En mi territorio. Con mi familia.

—¿Es que no te cansas, joder? —maldigo entre dientes—. Yo solo quiero vivir en paz.

—Entonces, vuelve a Roma. Aquí no se te ha perdido nada. Me altera tu presencia.

Resoplo poniendo los ojos en blanco y me levanto de los pies de la estatua.

—Vale, pues a la mierda, pasea tranquila. Vuelvo a mi habitación.

Camino por su lado, airada, pero antes de marcharme, agarra con fuerza mi muñeca y me obliga a permanecer frente a ella.

—¿Por qué nunca discutes conmigo, niñata? ¿Es que eres masoquista? ¿Te gusta que te insulten?

—Lo que no quiero es incomodar a mi padre con peleas estúpidas que carecen de sentido. ¿Crees que a él le satisface esta situación? ¿Que su mujer y su hija se lleven tan mal?

—Es el castigo por su infidelidad. —Sonríe.

—Lo que tú digas.

—No le contaste a Riccardo que te traté mal la primera vez que nos vimos. Te quedaste callada, no me acusaste. ¿Por qué?

—Te lo repito: no quiero peleas. En un mes regresaré a casa y no tendrás que verme más. No es necesario montar un circo. Si tanto odias mi presencia, ignórame, como yo hago contigo, y hagamos esto más fácil.

—¡No se te ocurra decirme cómo tengo que actuar!

—Es una sugerencia.

—Y tú un maldito estorbo —escupe, soltando todo su veneno en mí—. Más te valdrá no dejar que…

—¡Oh, estás aquí! ¡Te estaba buscando, *principessa*! —Es mi padre. Camina hacia nosotras con agilidad y buen humor hasta que descubre que no estoy sola. Entonces mira a Vittoria con los ojos entrecerrados, pues supone que no tenemos una apacible conversación familiar. Y ha acertado, por supuesto—. ¿Va todo bien, *bambina*?

—Sí, papá, todo bien —miento, logrando que su mujer me mire con incredulidad porque he vuelto a encubrir sus ataques—. Solo estábamos hablando.

—¿Hablando, Vittoria? —le pregunta directamente. La conoce demasiado bien.

Sin embargo, ella no contesta; se limita a dar un resoplido y a observarlo con rabia. Con tanta rabia como cuando me mira a mí. Después da media vuelta y se larga con un exagerado contoneo de caderas, ignorándonos a ambos.

En el tiempo que llevo viviendo en el *palazzo*, no he visto nunca a mi padre tener una conversación agradable con ella; no son cariñosos el uno con el otro, ni se miran con complicidad. Entre ellos solo hay silencio y frialdad.

—Llevo un rato buscándote, Giulia —comenta él de repente, olvidando el desplante de su esposa y regalándome la sonrisa que no le ha dado a ella.

—¿Ocurre algo?

—Solo quería avisarte de que esta noche saldremos a cenar fuera. Y que sobre tu cama tienes dos vestidos que la tía Raffaella ha

comprado hace un rato para ti.

—¿Vestidos? —Frunzo el ceño—. ¿Dónde vamos?

—Los Valenti nos han invitado a cenar a su casa. —Me rodea por los hombros y comenzamos a andar hacia el *palazzo*—. Ya sabes que Drio y la hija de Antonio se casan en septiembre. Desean celebrar una especie de cena de ensayo.

Se me cae el alma a los pies. Por un momento lo veo todo negro.

Mi padre quiere que vaya a la cena de ensayo de la boda de Adriano. Que esté presente cuando se besen, cuando todos coreen sus nombres, que finja una sonrisa y me comporte como si la situación me fuera indiferente. Como si me alegrase por ellos.

—Eeeh, papá, yo… —Me humedezco los labios. De repente, tengo la garganta muy seca—. ¿Te importa si no voy? Es que… me pone nerviosa estar rodeada de gente a la que no conozco.

—Giulia, tienes que venir. Estaremos todos los Barone. Seguro que a Drio le encantaría que asistieses. Te llevas fenomenal con tu primo. —Me da un codazo mientras esboza una sonrisilla ladeada—. No vas a arrebatarme la ocasión de presumir de hija delante de nuestros aliados de la Sacra Corona Unita, ¿verdad?

—Pero, yo…

—Hazlo por mí, *principessa*. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —acepto a regañadientes porque sé que insistirá hasta obligarme a dar mi brazo a torcer.

—¡Estupendo! Saldremos hacia la casa de los Valenti a las seis.

◆ ◆ ◆

Raffaella tiene un gusto exquisito para la ropa y los vestidos que me ha comprado son preciosos.

Elegantes, sencillos, atemporales. Elijo el de color melocotón. No lleva mangas, ni ningún otro adorno más que un delicado cuello *halter* cruzado por delante. Es largo hasta los tobillos y parece bastante cómodo pues, a pesar de ajustarse a la cintura, la falda es vaporosa y liviana, dándome bastante margen de movimiento.

Me recojo el pelo en una coleta baja con la raya en medio y me pinto los labios de carmín, intentando darle un toque de color a mi

cara.

No me encuentro bien. Tengo el estómago revuelto por los nervios. Lo último que quiero es pasar la noche viendo a Adriano y a Stella juntos mientras nuestras familias los felicitan por su futura boda.

Mi teléfono no ha dejado de vibrar sobre la mesita de noche desde hace más de una hora. Sé que es él; intenta hablar conmigo, pero no he tenido valor de contestar. Miro el móvil de reojo cuando vuelve a vibrar y me doy la vuelta para meter mis cosas en el bolso. Uno bastante pequeño en el que solo caben mi cartera y el teléfono.

Cuando solo me queda guardar el móvil, no resisto la curiosidad y desbloqueo la pantalla. En ella aparecen veinte llamadas perdidas y cinco mensajes.

> **Adriano**
> Coge mi llamada, *tentazione*, tenemos que hablar.
>
> **Adriano**
> Giulia, no me ignores.
>
> **Adriano**
> Intento respetar tus tiempos, pero no me lo estás poniendo fácil, nena.
>
> **Adriano**
> Quiero hablarte de la cena de esta noche.
>
> **Adriano**
> ¡Descuelga el puto teléfono, joder!

Cierro los ojos con fuerza y meto el móvil en el bolso antes de abandonar mi dormitorio.

Son las seis en punto de la tarde, hora en la que mi padre dijo que saldríamos hacia la casa de los Valenti, y noto tal flojedad en las piernas que dudo poder soportar varias horas poniendo buena cara y siendo amable con todo el mundo, cuando la realidad es que me apetece meterme en la cama y dormir cien días.

Aun así, camino por el pasillo del *palazzo* y desciendo las escaleras que llevan al salón, donde la mayoría espera a que estemos todos para marcharnos.

Nada más poner un pie en él, mi mirada queda atrapada en la de Adriano, que permanece apoyado en una de las paredes vestido con un impoluto traje de chaqueta negro y un clavel rojo prendido de la solapa. Sin embargo, en sus ojos no encuentro su habitual calidez. Me mira con una fría hostilidad que me acelera los latidos. Está molesto porque he ignorado sus llamadas. Tan molesto que ni siquiera me sostiene la mirada, sino que se gira y me da la espalda con la excusa de hablar con Teo.

—¡Giulia, cielo, estás preciosa! —exclama Raffaella, agarrando mi mano con una gran sonrisa—. Sabía que este vestido era ideal para ti.

—Gracias, es muy bonito, tienes un gusto increíble.

—*Bambina*, vas a ser la sensación de la cena. —Mi padre me besa la frente—. Esta noche, todos los solteros se pelearán por tu atención.

—¡Pues si ya estamos todos, vayámonos! —salta mi tío Ettore—. ¡Adriano estará ansioso por llegar! ¿Verdad, hijo?

—Claro, papá —declara con voz helada, mirándome con malicia—. Estoy deseando ver a mi prometida y celebrar la cena de ensayo de nuestra boda.

Qué hijo de puta.

Lo está haciendo para joderme, ya lo sé. Lo peor de todo es que lo consigue y, a pesar de seguir rodeados por nuestra familia, las miradas de furia y odio que nos dedicamos deben de ser muy evidentes.

—Giulia, *cara*, ¿vendrás conmigo en el coche de tu padre? —Una vocecilla suave llama mi atención al mismo tiempo que noto cómo alguien entrelaza nuestros brazos. Al girar la cabeza y ver a mi *nonna*, el enfado se esfuma de mis facciones. Le regalo la sonrisa más sincera que he esbozado en esta semana.

—Claro que sí. Iremos juntas.

—Quiero ver las caras de todos los invitados cuando te vean llegar —se ríe—. Esta noche te ayudaré a conseguir un marido. Tú

déjamelo a mí. Confía en la *nonna*.

De repente, pierdo el equilibrio cuando alguien pasa por mi lado y choca con mi hombro. Me apoyo en el respaldo del sofá antes de levantar los ojos. Descubro que ha sido Adriano, quien me mira con una hostil indiferencia.

—Perdón, prima. No te había visto.

—Ya. Claro.

—Puedo llevarte en mi coche si tienes prisa por encontrar a ese marido del que habla la *nonna*.

—No, gracias. Ese asiento es para Stella. ¿Quién soy yo para ocupar el lugar de tu prometida?

—Bien dicho. —Me guiña un ojo y me mira de arriba abajo con descaro antes de encaminarse hacia la salida, dejándome con unas ganas enormes de tirarle la banqueta del piano a la cabeza.

—Gilipollas —murmuro con una rabia muy potente bulléndome en el pecho.

27

Adriano

La *masseria* Valenti está situada a varios kilómetros de Bari, en pleno campo, perdida de la mano de Dios. Es una elegante finca fortificada de ochenta hectáreas, presidida por una enorme casona de principios del siglo XX y rodeada de huertos repletos de árboles frutales, que le proporcionan un gran beneficio a mi futuro suegro, además de ser una forma sencilla de blanquear el dinero.

Conozco este lugar desde que tengo memoria, podría recorrer cada centímetro de la casona con los ojos cerrados, pero esta noche el ambiente es totalmente distinto. Está repleta de gente: familias aliadas, conocidos y trabajadores que se apresuran por servir las mesas y tener contentos a los invitados.

Los gritos, los aplausos, las veces que nuestras familias corean nuestros nombres. Todos se acercan a la mesa para decirme la suerte que tengo por casarme con Stella. Yo simplemente asiento y fuerzo la sonrisa; porque sacar mi pistola y reventarles los sesos no sería algo que hiciese un futuro novio feliz.

No he probado bocado desde que nos sentamos a cenar. Solo bebo. Este es mi quinto cóctel y, en vez de relajarme y tomármelo con calma, estoy cada vez más enfadado.

Mi atención está fija en ella. En la chica preciosa que cena junto a mi abuela y que sonríe cada vez que el gilipollas de al lado le dice algo al oído. No sé quién es, pero lo averiguaré y terminará con el cráneo como un colador. Pensaba que mi *nonna* bromeaba con eso de buscarle un marido a Giulia, pero no ha dejado de presentarle imbéciles desde que llegamos.

Doy un nuevo trago a mi vaso cuando la veo reír. Cierro los ojos con fuerza y me obligo a mantener la calma para no abalanzarme sobre ese hijo de puta y retorcerle el cuello hasta que sus ojos salten de las cuencas como si fueran un jodido muelle.

¿Por qué coño le ríe las gracias? Ignora mis mensajes, me evita a toda costa y tontea con otro como si yo no existiera. Presiento que esta noche va a correr la sangre.

—Drio, relájate. —La suave voz de Stella, sentada a mi lado en la mesa presidencial, logra sacarme de esta creciente espiral de odio y ansias de muerte.

Lleva puesto un sencillo pero elegante vestido de color crema, con su largo cabello recogido en un moño bajo y el rostro maquillado con naturalidad.

Hago una mueca despectiva con los labios. Estoy hasta la polla de esta situación.

—Ahora mismo la calma no es una opción.

—Entonces, mátalo, si quieres provocar una guerra. —Señala con disimulo al tío que está con Giulia—. Es el hijo menor de Francesco Lombardi, un buen amigo de mi padre.

—Pues lo siento por Lombardi, pero mi paciencia está a punto de irse a la mierda. Se está aprovechando de que Giulia está enfadada conmigo.

—¿Qué coño va a saber él lo que pasa entre vosotros? Y si tanto te molesta que esté aquí, ¿por qué dejaste que viniera? Esto tampoco tiene que ser agradable para ella.

—¿Crees que he podido hacer algo para evitarlo, joder? Ni siquiera responde a mis mensajes. —Me bebo de un trago el contenido de mi vaso y le hago una señal al camarero para que me traiga otro.

—Si no dejas de beber, acabarás haciendo alguna gilipollez.

—Para ti es fácil hablar, ¿verdad, Stella? Tú no estás jugándote nada con esto. —Fijo una vez más la mirada en Giulia y niego con la cabeza—. La estoy perdiendo, joder. Y ya no sé qué más hacer para evitar que siga alejándose.

—¿Quieres que hable con ella?

—Voy a secuestrarla.

—¡Drio! —Pone los ojos en blanco—. Eres un puto cromañón. ¿De verdad piensas que cambiará de parecer estando raptada?

—Sí.

—El cerebro de las mujeres no funciona de esa forma.

—Me da igual. Ella es mía y ya no me queda paciencia.

—¡Adriano, Stella! *¡Bacio, bacio, bacio!* —Uno de los invitados grita para que nos besemos y las ganas de cargarme a alguien se tornan imposibles de soportar—. *¡Bacio, bacio, bacio, bacio!*

Se suman más invitados coreando que nos besemos, así que Stella y yo nos acercamos el uno al otro y le doy un casto beso en la mejilla que dura menos de un segundo; no obstante, ese inocente contacto logra que todos griten y aplaudan coreando de nuevo nuestros nombres.

La mejilla. Es lo máximo a lo que vamos a llegar. Ninguno de los dos está dispuesto a ir más allá.

Sin embargo, cuando mi atención regresa Giulia, la veo con la cabeza gacha, mirándose el regazo y jugueteando con la tela del mantel para evitar ver el beso.

Mierda.

Esto está siendo una puta tortura para ambos y lo peor de todo es que la noche acaba de empezar. Los camareros recogen los restos de la cena, pero la sobremesa durará hasta el amanecer, pues Antonio Valenti ha contratado una orquesta para que amenice la velada con música en vivo.

Me levanto de mi asiento en cuanto tengo ocasión y me pierdo entre la gente, buscándola. Giulia ya no se encuentra sentada junto a mi abuela, como tampoco lo está ese gilipollas que la ha hecho reír desde que llegamos. ¿Dónde coño se han metido?

—¡Eeeh, aquí está el futuro novio! —Dante Marino aparece a mi lado y me rodea los hombros con un brazo, zarandeándome con cariño. A su lado, Ginevra Farnese nos observa como si fuéramos dos sucios críos de parvulario—. ¿Cómo va la noche?

—Estoy hasta la polla.

—Mmm…, cuánta felicidad desprendes —ironiza ella, enarcando una ceja tras dar una calada a su cigarro.

—No estoy para tonterías, Farnese.

Ambos van vestidos de gala, como corresponde a la ocasión. Ella con un vestido negro de lentejuelas y él con un traje gris que se ajusta a su cuerpo musculoso. Están alejados del resto de los invitados. Podría jurar que siguen aquí porque no tienen más cojones, pues sus familias son aliadas; sin embargo, tanto Dante como Ginevra saben perfectamente que esta boda es una farsa.

—¿Dónde está Stella? Hace un rato que no veo su rostro de futura novia amargada en la mesa presidencial —se interesa Ginevra, cruzándose de brazos.

—¿Y yo qué sé? No soy su padre.

—No, claro. ¿Cómo se me ocurre? ¿Por qué te iba a importar dónde está tu prometida?

Ni siquiera le hago caso, mi atención está puesta en la mesa donde estaba sentada Giulia, en la que solo permanece mi abuela hablando con mi tío Riccardo.

—Amigo, creo que te han quitado a tu novia —continúa Dante como si nada.

—Cállate.

—Tu Giulia se ha cansado de ti y se ha ido con otro.

—¡Marino, que cierres el puto pico!

—Drio, cariño, esta noche estás especialmente insoportable —añade Ginevra a nuestro lado.

—¿La habéis visto? —es mi única respuesta.

—¿A tu prima? Sí —responde Dante, encogiéndose de hombros—. Te acabo de decir que se ha ido con otro. La he visto salir al jardín con el hijo de Lombardi.

—¿Al jardín? ¿Solos? —trueno, sintiendo que todo a mi alrededor se torna rojo por la cólera.

—Se la veía muy sonriente —añade Ginevra, echando más leña—. Seguro que se la folla. Es tan guapa que hasta yo me la tiraría.

—¡Farnese, no lo calientes más o la fiesta acabará en una jodida masacre!

—Bien, a ver si nos divertimos un poco, porque esto es un muermo —sentencia ella.

Ya no los escucho. Mi mente ha entrado en un bucle del que no puedo salir. Aprieto los puños a cada lado del cuerpo y me alejo de

mis amigos sin decir ni una palabra más.

—¡Eh, Barone! ¿Adónde vas?

Por el rabillo del ojo veo a Ginevra agarrar a Dante para detenerlo. Farnese es una cabrona incendiaria. Si esta fiesta se convirtiese en un maldito campo de batalla sería la tía más feliz del mundo. Y quizás esa es mi intención. Quiero ver arder al hijo de Lombardi por haberse atrevido a desear a mi mujer. Por apartarla del resto, por susurrarle cosas al oído.

Cruzo la puerta que da al jardín, ignorando a los invitados que intentan retenerme por el camino. Que les jodan a todos. Ahora mismo solo puedo pensar en una cosa: hacer desaparecer a ese gusano y secuestrar a Giulia Fabbri durante el resto de la eternidad para que nunca vuelva a huir de mí.

Una vez piso la húmeda hierba del exterior, el sonido de la música y el barullo de las voces de los invitados se tornan cada vez más lejanas. El jardín de la *masseria* Valenti es enorme. Rodea la casa y tiene una arboleda que llega hasta el comienzo de la zona de huerta.

Agudizo la vista intentando descubrirla en medio de esta semioscuridad y frunzo el ceño cuando me doy cuenta de que no hay nadie a mi alrededor. Estén donde estén, voy a tener que buscarlos. Y lo siento mucho por ellos, esta noche no van a follar, porque se me da de puta madre dar con el paradero de mis presas.

Camino hacia la arboleda, prestando mucha atención a cada pequeño sonido, a las pisadas que hay sobre la hierba húmeda.

Hace una noche fresca, a pesar de estar en pleno julio. La brisa mueve las hojas de los árboles y alivia la sensación de bochorno de estos días atrás. Levanto levemente la mirada al cielo, dándome cuenta de que las nubes cubren la luna, por lo que todo está más oscuro de lo que debería.

Cuando doy el primer paso dentro de la arboleda, la silueta de un cuerpo me hace frenar en seco. Es el hijo de Lombardi, que permanece apoyado contra el tronco de un árbol mientras se fuma un cigarro, relajado. De Giulia, ni rastro.

—¡Ah, Barone, maldita sea, qué susto me has dado! —exclama nada más percatarse de mi presencia.

No digo nada, continúo caminando hacia él hasta detenerme justo enfrente, cara a cara.

No nos conocemos. De hecho, ni siquiera recuerdo haber hablado con su padre, pero el asco que me da este gilipollas es tan fuerte que no soy capaz de disimular. Lo miro de arriba abajo, intentando averiguar qué ha visto en él Giulia, porque yo solo veo a un tipo del montón, enclenque y prepotente que no sabe cómo funciona el maldito mundo.

—¿Dónde está? —pregunto de repente como si nada. Sin especificar, sin decir su nombre.

—¿Buscas a tu prima? —Da una nueva calada a su cigarro—. Regresó a la fiesta hace unos minutos. Me reuniré con ella en cuanto acabe de fumar.

—¿Qué quieres de Giulia? Llevas toda la noche con la lengua en su culo.

—¿Que qué quiero? ¿Por qué tendría que querer algo? Joder, pero si apenas la conozco —se ríe.

—¡Contesta!

—Pu-pues… —Frunce el ceño al percatarse de que no estoy bromeando con este tema—. Supongo que quiero lo mismo que ella: divertirme y pasar un buen rato.

—¿Te lo ha dicho Giulia? —mi voz es dura y helada.

—¿Decirme? ¿El qué?

—Que quiere pasar un buen rato contigo.

—No ha hecho falta. Ya sabes.

—Pues no. No lo sé. Explícate.

—Eh, eh, tranquilízate, Barone. He sido un caballero en todo momento. No me he propasado con tu prima. Incluso fue ella la que me pidió que la besase.

Yergo la espalda de repente al escuchar sus últimas palabras a la vez que unas ganas irreprimibles de hacer trizas el puto mundo me golpean sin piedad. Me acerco a él con el rostro embargado por la ira.

—¡¿Te has atrevido a hacerlo, hijo de perra?! —bramo entre dientes.

—¡Fue idea suya, no estoy mintiendo! ¡Puedes preguntarle si quieres!

Apoyo una mano en el tronco donde está apoyado, amenazante, con las pupilas dilatadas y la respiración convertida en sonoros jadeos.

—Repíteme lo que acabas de decir.

—En serio, ¿qué demonios te pasa? ¿Por qué tanto drama? Tu prima me dijo que estaba soltera.

—Conque está soltera —digo para mí, notando que puedo reprimirme a duras penas—. Cuánto lo siento por ti, hijo de puta.

—¿Lo sientes? ¿Cómo que lo s…? —No puede continuar hablando porque de repente apoyo la pistola contra su estómago y le sonrío con una indiferencia que le hace contener el aliento—. Barone, ¡¿qué coño haces?!

—¡Reclamar lo que me pertenece!

—Pero si vas a casarte con la hija de Antonio. Giulia no es… —Le propino un fuerte puñetazo en la cara y su frase vuelve a quedar a medias, pues se tambalea y no le queda más remedio que sujetarse al tronco.

—¡Giulia es mía, asqueroso de mierda! —trueno cada vez más furioso, apoyando de nuevo la pistola contra su cuerpo.

—¡Adriano, maldita sea! ¡Ella no me dijo nada! ¡Incluso tu abuela me animó a que la cortejase y…!

—¡Ni una puta palabra más!

—¡No vas a hacerme daño! —exclama, intentando que entre en razón—. ¡Mi… mi padre destruiría tu familia si algo me sucediera, es vengativo! ¡Y esto es una traición! ¡Somos aliados de tu suegro!

—¡Vuelve a amenazar a los Barone y lo próximo que sentirás es una bala en tu puto estómago!

—¡Entonces deja que me vaya! ¡Esto ha sido un error! ¡No volveré a acercarme a ella, te lo juro!

—La has besado, Lombardi —le recuerdo con voz muy suave—. Has mancillado sus labios ¿y pretendes que lo olvide y lo deje pasar?

—Me acabo de disculpar.

—Claro, perdona, se me olvidaban tus disculpas. —Sonrío entre dientes al tiempo que le apoyo la pistola en la frente. Después ladeo

la cabeza y lo observo como se observan a las alimañas indeseables —. Qué pena que me la sude.

Disparo. Y a través del agujero de su frente puedo ver el tronco del árbol en el que sigue apoyado. Aunque no por mucho tiempo. El hijo de Lombardi cae al suelo desplomado, sin vida, con la sangre saliendo a borbotones de su cabeza y la mirada vacía. Lo observo desde arriba con una indiferencia pasmosa. Mi única reacción es darle una patada en los cojones, aunque ya no sienta nada, y escupirle con desprecio antes de dar media vuelta para marcharme en busca de Giulia.

—¡Dios mío! —Una conocida voz femenina rompe el silencio de repente, seguida por la maldición de un hombre—. ¡Drio! ¡¿Qué demonios acabas de hacer?!

Stella corre hacia el cuerpo del hijo de Lombardi y lo contempla horrorizada, cubriéndose la boca con ambas manos, sin saber cómo actuar. Ginevra, que se coloca a su lado, le da unos empujoncitos con la pierna, como si fuera un pobre animal atropellado.

—Está muerto. Por más que lo muevas no va a resucitar.

—Barone, tú sí que sabes cómo animar una fiesta —se ríe ella.

—¡Callaos los dos! —se entromete Stella, visiblemente nerviosa—. ¿Has perdido la cabeza, Adriano? ¡Su padre está en la casa, a menos de veinte metros, es un aliado, joder!

—Me importan una mierda tus aliados. Este gilipollas no se acercará nunca más a Giulia.

—¡Te lo has cargado!

—¡Lo mío no se toca! —bramo.

—¡Te advertí que te calmases, Barone! ¡Mira lo que has hecho!

Dante pasa por delante y mira en silencio el cuerpo sin vida antes de hablar en tono solemne:

—Hay que hacerlo desaparecer antes de que alguien más lo vea.

—O podríamos dejar que lo encuentren —añade Ginevra con ojos ilusionados—. Piénsalo. Sería un final de fiesta épico. ¡Disparos, muertos y diversión!

—¡Cállate, Farnese! —Dante pone los ojos en blanco—. Joder, necesito una raya para pensar con claridad. ¿Alguno lleváis coca?

—Dejad de decir gilipolleces y de actuar como putos tarados novatos —resoplo, poniendo los ojos en blanco—. Yo me ocuparé de este hijo de perra. Mis hombres lo descuartizarán y lo enterrarán en cal para que su papaíto nunca lo encuentre. Y ahora, si habéis terminado de hiperventilar, me largo a buscar a mi víctima número dos.

28

Giulia

Cierro la puerta del enorme baño detrás de mí y me apoyo en el lavabo con el cuerpo tembloroso y unas ganas de llorar que apenas puedo soportar.

No me apetece estar aquí, en esta puta casa, oyendo cómo todos corean los nombres de Adriano y Stella, viendo cómo se besan y cómo todos se alegran de su próxima boda mientras yo me retuerzo de dolor intentando fingir que estoy bien y que también me alegro por ellos.

No quiero que mi *nonna* sospeche ni me vea triste. He aceptado coquetear con ese tal Filippo Lombardi, le he reído todos sus chistes malos, lo he acompañado al jardín y, después, me he lanzado a sus labios intentando que mi mente me diera un respiro para dejar de pensar en Adriano. ¿Lo he conseguido? Rotundamente, no. Todo lo contrario; ahora me siento mucho peor.

Me miro en el espejo con el semblante inexpresivo. Mi reflejo tiene una apariencia perfecta; sin embargo, me siento como si me faltase medio cuerpo. Como si estuviera incompleta. Paso el dorso de la mano por los labios, fuerte, rabiosa, borrando el rastro de la boca de Filippo. No me ha gustado, no ha despertado nada en mí, ni una puta emoción. Y no tengo la intención de repetir. Solo quiero largarme, joder.

Cierro los ojos unos segundos, buscando las fuerzas que necesito para seguir afrontando esta maldita noche. La puerta del baño se abre y suspiro al darme cuenta de que ya no estoy sola. Aprieto los labios y me preparo para fingir otra sonrisa, esta vez para la persona

que acaba de entrar. Sin embargo, el corazón se me detiene al descubrir que Adriano está detrás de mí, en silencio.

En sus pupilas hay rabia, burla, chulería, un brillo macabro que no me gusta nada. Tiene el cuerpo crispado, los puños apretados a cada lado de sus caderas. Parece un león a punto de abalanzarse sobre una indefensa gacela. Lo que no imagina este león es que la gacela está cansada de acabar malherida.

—Este es el baño de las mujeres —digo como si nada, ignorándolo a conciencia mientras abro el grifo.

Espero una contestación que no llega. Así que levanto la mirada y lo descubro todavía más cerca. Tanto que podría tocarlo tan solo dando un paso atrás. Su olor penetra en mi nariz y logra que mis piernas comiencen a temblar. Es matemático. Cuando lo tengo cerca, me convierto en un flan, maldita sea. Pero no esta noche. No después de todo lo que ha pasado. Yergo la espalda y fuerzo una sonrisa burlona.

—¿No contestas? ¿Vas a castigarme con tu silencio, señor mafioso?

—Ríete una puta vez más de mí y sufrirás las consecuencias.

—¿Me estás amenazando?

—Puedes estar segura, joder —brama entre dientes, pegando su pecho contra mi espalda, intimidante. Luego acerca sus labios a mi oreja—: De repente, me apetece verte gritar de dolor, prima.

—Vete a la mierda y déjame en paz. —Le doy un empujón para que se aparte y paso por su lado en dirección a la salida, con su misma chulería. No pienso rebajarme.

—¿Adónde crees que vas?

—¡Lejos de ti!

Ni siquiera puedo dar dos pasos más antes de que me agarre de los brazos y me empuje con violencia contra una de las paredes, la que está junto a la puerta. Cuando mi espalda golpea los azulejos, me quedo sin respiración y aprieto los dientes por el dolor. Me tiene inmovilizada entre la pared y su cuerpo, con los brazos apoyados sobre mi cabeza y su rostro tan cerca del mío que siento su aliento chocar con mis labios.

—¡¿Qué cojones estás haciendo?! ¡Suéltame! ¡Ya!

—A mí nadie me da órdenes, *tentazione* —susurra rabioso—. ¡Y ahora mismo, serías la última persona a quien obedecería!

—¡Olvídate de mí!

—¿Crees que no lo haría si pudiese?

—¡Pues inténtalo con más ganas!

—¡Mi paciencia no está para gilipolleces esta noche, Giulia! ¡Así que cierra la puta boca hasta que yo te ordene lo contrario!

—¡Que te jodan! —Me zarandeo para intentar soltarme de su agarre, pero Adriano me sujeta los brazos más fuerte, haciéndome daño—. ¡Vas a romperme la maldita muñeca!

—Tienes suerte de que no te haga lo mismo que a tu amiguito y acabes con la frente agujereada.

Frunzo el ceño sin comprender a qué se refiere.

—¿Qué amiguito? ¿De qué coño hablas?

—Es el segundo hombre que mato por ti, Giulia.

—El seg… —Me quedo muda al comprender a lo que se refiere—. No. ¡No!

—¡Sí! —Sonríe rabioso—. ¿Lo echarás de menos, nena?

—¿Has disparado a Filippo? —Se me revuelve el estómago.

—Qué tierna, incluso sabías su nombre —se burla—. En estos momentos, tu querido Filippo va de camino a su tumba.

—¡Estás loco! ¡Eres un jodido loco, un asesino sin corazón!

—¡La única que no tiene corazón de los dos eres tú!

—¿Yo? —Jadeo incrédula e intento darle una patada en la espinilla, pero Adriano parece haberme leído el pensamiento y la esquiva—. ¡Asesino de los cojones, mentiroso, infiel de mierda!

—¿Me llamas infiel cuando eres tú la que se ha besado con otro? —brama entre dientes y me zarandea—. ¿Yo soy el infiel?

—¡Eres el que me vendió una vida de ensueño teniendo una prometida!

—¡Te lo he explicado cientos de veces! ¡Stella no significa…!

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡No quiero volver a oír esa mierda nunca más!

—¡No me da la puta gana, me escucharás porque me sale de las pelotas! —Niega con la cabeza, mirándome fijamente—. ¡Me has ignorado! ¡Has ignorado mis llamadas, mis intentos de acercarme!

¡No hago más que arrastrarme a tu lado y tú sigues empeñada en poner obstáculos!

—¡Vas a casarte!

—¡Sí, y también voy a secuestrarte! —Enreda su mano en mi pelo con fuerza, haciéndome daño, y me obliga a mirarlo a los ojos—. ¡Esto no entraba en mis planes, pero me estás obligando a hacerlo!

—¡Te odiaré el resto de mi vida!

—¡Te quedarás a mi lado, aunque me odies! ¡Si tengo que follarte cada día, cada hora, cada puto segundo, hasta que entres en razón, lo haré!

Una lágrima resbala por mi mejilla. No quiero reaccionar a sus amenazas, pero, joder, me parece lo más romántico que nadie ha hecho por mí en la puta vida. Está dispuesto a cualquier cosa para que me quede a su lado. ¿Por qué tiene que ser tan perfecto? ¿Por qué no puede darme igual? Debo estar tan enferma como él.

—No te entiendo. —Doy un nuevo zarandeo, tratando una vez más de soltarme—. ¡Adriano, maldita sea, no te entiendo! ¡Podrías tener a quien te diera la gana y te empeñas en que sea yo, cuando sabes que no puedo aceptar tu boda con Stella!

—¡Tú eres mi mujer! ¡Esa boda no tiene validez para mí!

—¡Pero para el resto del mundo sí la tendrá, y para mí! —Otra lágrima escapa de mis ojos—. ¡Deja que me vaya, me duele esta situación! ¡¿Por qué no me dejas marchar?!

—¡Porque te quiero, hostia! —exclama, juntando tanto nuestros rostros que siento su frente rozar la mía—. ¡Estoy enamorado de ti, Giulia! ¿Te queda claro ahora, joder? ¡Te quiero con una intensidad y una desesperación tan acojonantes que dan miedo! ¡No puedo dejar que te vayas, no vas a separarte de mí! ¡Eres mi puto oxígeno!

He dejado de respirar tras su primera frase. Su declaración de amor me ha dejado temblando por fuera, pero sobre todo por dentro. Mi pecho sube y baja a un ritmo frenético, pues los latidos se me han disparado y ya no sé si mis piernas siguen sujetándome o sigo en pie gracias a que Adriano me tiene inmovilizada.

—¿Q-qué? —Solo soy capaz de decir eso.

—Te quiero, *tentazione* —repite con voz suave, sin rastro de la ira ni de la rabia—. Me has jodido a base de bien, porque ya no sé vivir

sin ti, nena.

No puedo despegar los ojos de su rostro, del dolor que transmite cada centímetro de su cara. Juraría que ambos nos miramos igual: con unas ganas y unas enormes ansias de estar juntos. Me limpia las lágrimas y me suelta los brazos para sujetarme las mejillas con ambas manos, acunándolas, logrando que mi respiración se dispare porque sé que va a besarme. Y aunque debería separarlo de mí una vez más, resistirme a sus caricias, respondo a su beso en cuanto sus labios rozan los míos.

No puedo seguir negando lo evidente. Acaba de confesar que me quiere, no soy de piedra, maldita sea. No puedo luchar contra los sentimientos.

Abro la boca al sentir su lengua presionando contra mis labios y todo se desdibuja a mi alrededor. Rodeo a Adriano con ambos brazos por el cuello mientras nos besamos como si la vida nos fuese en ello, como dos locos salvajes que respiran del otro.

Gimo cuando rodea mi cintura y me pega a su cuerpo con más fuerza. Me muerde, me lame, me toca, me aplasta contra la pared para no darme la oportunidad de volver a escapar. Pero no quiero. No quiero, maldita sea. Lo necesito.

—Mi mujer. Mi diosa —susurra con voz muy grave, haciéndome jadear de pura excitación—. No tendrías que haber venido a esta mierda de cena, Giulia.

—Mi padre insistió.

—Déjame compensártelo. —Me devora los labios una vez más—. Quiero hacerte olvidar de alguna forma esta situación.

—¿Cómo?

No responde. Sus labios se curvan en una sonrisa sexual. Me agarra el cuello mientras vuelve a poseer mi boca casi con brutalidad. El oxígeno entra a duras penas a mis pulmones cuando sus dedos ejercen presión alrededor de mi tierna carne, dejándome sin aliento. Sin embargo, mi única reacción es gemir más fuerte porque su lado dominante me pone muchísimo. Comienza a descender por mi cuello, dejando una húmeda estela de saliva y calor que me hace apretar las piernas buscando alivio.

—Te he echado tanto de menos —susurra contra la piel de mi cuello. Siento que una de sus manos se cuela bajo mi vestido para ascender con lentitud por la pierna; me pellizca la cara interna del muslo, haciéndome gemir. Luego sigue subiendo hasta encontrar mi vagina—. He echado mucho de menos mi coño. Tan suave, tan caliente, tan empapado por mí. Se me hace la boca agua cada vez que pienso en comértelo, Giulia.

—¡Oooh! —gimo al sentir que comienza a acariciarme el clítoris con dos dedos. Me sujeto con fuerza a su cuerpo y lo miro con las pupilas dilatadas—. Adriano…

—Haré que te corras —susurra de nuevo sobre mis labios—. Voy a provocarte un orgasmo tan jodidamente brutal que nunca más pensarás en que lo mejor para ambos es estar separados. Porque no lo es, hostia. Tú te quedas conmigo.

Apenas puedo reaccionar cuando se desliza por mi cuerpo y se mete bajo mi vestido, colocándose una de mis piernas sobre el hombro. Contengo el aliento al sentir que me arranca las bragas y se las guarda en el bolsillo de sus pantalones.

—¡Dios, sí! —exclamo al sentir su boca zambullirse en mi coño. Me estremezco de arriba abajo y apoyo las manos en su cabeza, animándolo a que siga devorándome. Yo también había echado de menos tenerlo así, haciéndome enloquecer. Echaba de menos cada momento vivido con él. Lo que siento cuando lo tengo al lado.

Pasa la lengua de arriba abajo, mordisqueando el clítoris hasta que arqueo la espalda y echo la cabeza hacia atrás. Uno de sus dedos juguetea con mi agujero. Me humedezco los labios y levanto la tela del vestido para poder ver cómo me folla con la boca. Nuestros ojos coinciden de inmediato. En los de él hay fuego. Me tiene sujeta por el trasero con uno de sus brazos mientras que su otra mano bombea en mi interior, logrando que me ponga de puntillas de gusto.

Voy a correrme. Lo haré en cuestión de segundos si sigue lamiéndome así, como un animal hambriento, tirando de mi cuerpo para que no tenga la mínima opción de moverme. Pellizco mis pezones y muevo las caderas contra él, mojándole la cara con mis fluidos. Le gusta, porque un gruñido gutural escapa de su garganta

y me lo come con más intensidad. Pongo los ojos en blanco porque no aguanto más.

—¡¿Adriano?! —De repente, la aguda voz de una mujer al otro lado de la puerta, sumada a varios golpes en la madera, me sacan de la telaraña en la que estoy metida. Es Stella—. ¡Adriano, tienes que salir!

Él no contesta, continúa lamiéndome bajo el vestido e ignora a conciencia la llamada de su prometida. Pero yo no. Me tenso un poco y lo empujo por los hombros para que me suelte.

—¡Adriano, maldita sea! ¡Sé que estás aquí! ¡Haz el puto favor de salir!

Lo escucho maldecir entre dientes por la inoportuna interrupción y me mira desde abajo, sopesando mi reacción. Sin embargo, ahora mismo estoy tan cachonda y confusa por todo que apenas puedo moverme.

—¿Qué coño quieres ahora, Stella? —ruge al tiempo que se lleva una mano a la polla, que luce enorme y apretada contra la tela de sus pantalones, intentando calmar sus ansias de continuar—. ¡Lárgate, estoy ocupado!

—¡Me parece genial que estés ocupado, joder! ¡Pero tu padrino está buscándote por toda la puta casa! —responde ella con tensión en la voz—. ¡Si no queréis que os pillen juntos, más vale que salgas y vayas con él! ¡Todos se están preguntando dónde te has metido!

Maldice en voz baja y se pasa una mano por la frente, asqueado por tener que dejar esto a medias.

—Ya voy —responde sin más. Después se incorpora y me agarra las mejillas con una mano, obligándome a que lo mire a los ojos. En los suyos veo reflejado el hastío mezclado con las ganas de quedarse conmigo—. Tengo que ir a ver qué quiere tu padre.

No contesto, simplemente asiento en silencio. Aunque quisiera, no podría hacer otra cosa. Mi mente ahora mismo es un gallinero.

Adriano me devora la boca por última vez, logrando que vuelva a sujetarme a sus brazos y responda con todas mis ganas. Es algo que no puedo remediar. Mi cuerpo, mi mente y mi corazón lo han elegido a él y me lo demuestran cada vez que lo tengo delante.

—En cuanto pueda escaparme, te buscaré y seguiremos donde lo hemos dejado. —Me da un último beso y sonríe con suavidad—. Quédate con la *nonna* y dile que no te presente a más gilipollas.

Cuando se va, me llevo las manos al estómago, intentando calmar el torbellino que tengo girando en mi interior. Ahora que vuelvo a quedarme a solas, me siento vacía, muy excitada y sin bragas. Mierda. Soy una jodida debilucha. Juré que me alejaría de él y hemos acabado encerrados en el baño de su futuro suegro a punto de follarnos a lo bestia.

Me quiere. Ha confesado que está enamorado de mí en medio de la discusión, y creo que todavía me siento volar. Maldita sea, esto es tan complicado…

—¿Molesto?

Al escuchar esa voz, levanto la cabeza de inmediato y me encuentro cara a cara con Stella Valenti. La prometida de Adriano está preciosa con un sencillo vestido color crema y un recogido bajo que realza sus delicadas facciones. Se encuentra apoyada en el marco de la puerta y me mira con una suave sonrisa curvándole los labios.

Suspiro antes de responder:

—No, claro que no molestas. Yo… iba a regresar con mi familia, puedes usar el aseo a solas.

—¡Espera, Giulia! —Me coge la muñeca cuando paso por su lado, obligándome a frenar en seco—. ¿Podemos hablar sobre Adriano?

Su pregunta me deja muda. ¿Quiere que hablemos de él? Lo sabía. Ahora es cuando me insulta por haberme liado con su prometido. Sabía que esto pasaría tarde o temprano. ¿Qué esperaba? ¿Una palmadita en la espalda y una medalla? Lo que le hemos hecho a Stella Valenti es horrible y ahora tengo que afrontar las consecuencias.

—Sí, claro, hablemos.

—La primera vez que nos vimos en la casa Barone, como estábamos reunidos, apenas pudimos conversar. Adriano no deja de hablar sobre ti.

Asiento sin más y me encojo de hombros. Joder, ni siquiera sé lo que voy a decirle.

—Lo siento. Te juro que no sabía que existías hasta que llegué a Bari. Yo no soy así, Stella. No me voy metiendo en medio de las relaciones de pareja de los demás.

—Espera, espera, ¿te estás disculpando conmigo? —Enarca una ceja.

—Claro.

—¡Joder, Barone, me importa una mierda a quién se folle Adriano! —Se ríe—. Él hace su vida y yo la mía. ¿Es que no te lo ha dicho? ¡Claro que te lo ha dicho!

—Pero no me siento bien haciendo esto.

—¿Por mí? —Al ver que asiento, da un manotazo al aire quitándole importancia—. Qué tontería. Yo me he acostado con Teodoro muchísimas veces y él nunca se ha molestado.

—¿Teodoro? ¡¿Con su hermano?!

—Con mi futuro cuñado, sí. —Sonríe de oreja a oreja—. Quizá tendría que haberme prometido con él. Al menos Teo me pone cachonda.

—¿Adriano y tú nunca…?

—¡No, joder! —Hace una mueca de asco y se persigna—. Sería como hacer guarradas con mi hermano. Eso te lo dejo a ti, que parece ser que se os da bastante bien.

—¿Nunca habéis intentado nada?

—Bueno, una vez hubo algo —admite, y me hace una señal con la cabeza para que me acerque a ella; cuando lo hago, entrelaza nuestros brazos y me guía hacia la salida del aseo mientras continúa hablando—: Pero fue un fracaso. Acababan de prometernos. De esto hace casi siete años. Pues, bueno, la cuestión es que decidimos probar a ver si había… no sé, algo.

—¿Y lo hubo?

Stella se ríe y niega con la cabeza.

—Después de tres intentos, nos rendimos. A él no se le puso dura y yo tuve que pensar en otros hombres para inspirarme un poco. Así que cada uno siguió a lo suyo.

—¿Y qué pasará cuando debáis tener hijos?

—Congelé óvulos hace unos años. Si nuestra familia nos obliga a multiplicarnos, el trabajo será para el laboratorio.

—No puedo creer que hables con esa frialdad sobre tener hijos con él.

—Eso del instinto maternal ha debido saltarse una generación en mi familia. ¿A ti te gustaría ser madre?

—Algún día —asiento.

—Conociendo a Adriano, te hará una docena de críos en cuanto te descuides. —Me da un suave codazo y me guiña un ojo—. Nunca lo había visto tan encoñado de ninguna mujer como lo está contigo. Ni tan insoportable.

—¿Por qué insoportable?

—No se lo estabas poniendo fácil. Él va en serio con lo vuestro, ¿sabes?

—Para mí tampoco es sencilla esta situación. Va en contra de mis principios. No merezco pasar el resto de mi vida siendo la amante de un hombre, su secreto. ¿Dónde queda mi orgullo, Stella?

—No es tan grave. Puedes estar orgullosa, en serio. —Me agarra de las manos y me mira a los ojos, con amabilidad—. Él te quiere, Giulia. Si Adriano pudiera, daría marcha atrás, suspendería esta boda y se casaría contigo. Pero en la mafia las cosas no funcionan así. Prometimos unirnos para fortalecer el vínculo entre ambas familias, y romper esa promesa significaría perder la confianza de nuestro *crimine*, pues nuestra palabra dejaría de tener validez.

29

Giulia

La fiesta en casa de los Valenti termina de forma abrupta cuando mi *nonna* viene a buscarme y me dice que debemos regresar al *palazzo* de inmediato.

Al parecer, alguien se ha colado en el almacén de los Barone en Alberobello y mi padre ha ordenado que Adriano, mis hermanos y varios de sus hombres se encarguen de los intrusos. En este mundo, las obligaciones con el negocio son mucho más importantes que una cena de ensayo para la boda de uno de sus miembros; hasta el mismísimo Antonio Valenti ha apoyado esa decisión y ha puesto fin a la celebración.

Cuando llegamos a casa, el resto del *crimine* se reúne en el despacho y las únicas que no acudimos somos Vittoria y yo. Sin embargo, la mujer de mi padre no pierde la ocasión de poner mala cara cuando nos quedamos a solas y se retira a su dormitorio, dejándome sola en el salón.

No tengo sueño.

Dudo mucho que pueda dormir después de todo lo que ha ocurrido esta noche. De lo que ha pasado con él. Meterme en la cama ahora mismo solo serviría para pasar horas y horas dando vueltas sobre el colchón con la mente funcionando sin parar. Así que decido salir al jardín. A ese solitario remanso en el que nadie va a molestarme y donde espero aclarar las ideas.

Como siempre, me siento bajo la figura de la mujer que baila, frente a la enorme fontana, que ahora permanece apagada. A mi alrededor se escucha el sonido de los grillos y la iluminación tenue es tranquilizadora.

Es una noche más oscura de lo habitual. Las nubes cubren el cielo y ni un débil rayo de luna se filtra entre ellas. Sin embargo, apenas le presto atención a nada de lo que sucede a mi alrededor. Estoy nerviosa, confusa, sin saber qué cojones hacer con toda esta situación. Me está sobrepasando. Mi corazón quiere algo totalmente opuesto a lo que me dicta el sentido común, y es doloroso porque me doy cuenta de que, haga lo que haga, decida lo que decida, nunca seré plenamente feliz. Siempre habrá algo que me recuerde que mi decisión no ha sido la acertada.

Me abrazo a mí misma, recordando a la Giulia ingenua que llegó a Bari hace más de un mes, la que pensaba que la vida estaba empezando a sonreírle, que todo iba de puta madre, y no puedo evitar apiadarme de ella, sentir pena por lo patética y estúpida que fui mientras no sabía la verdad.

Estoy tan metida en mis cavilaciones que el tiempo pasa sin que me dé cuenta. Solo salgo de este círculo vicioso de dudas cuando el crujido de unas hojas secas al ser pisadas rompe el silencio.

Al alzar la vista, veo a mi padre caminando pensativo por el jardín, a pesar de ser de madrugada. Sigue vestido, al igual que yo, con la ropa de la cena. Al parecer, la reunión ya ha terminado.

—¡Ah, *principessa*! No sabía que estabas aquí —me saluda suavizando su gesto—. Es la segunda vez que nos vemos hoy junto a la fontana.

—Me gusta el silencio del jardín. Necesitaba pensar.

—En eso nos parecemos. —Sonríe y toma asiento a mi lado a los pies de la estatua—. Yo también he venido a por un poco de tranquilidad.

—Me resulta raro verte pasear a estas horas.

—Hasta que los chicos no vuelvan a casa del almacén, no dormiré tranquilo. Quiero saber quiénes eran esas ratas que se han colado en nuestro territorio y aplastarlas hasta que sus huesos acaben convertidos en polvo.

—Qué explícito. —Hago una mueca de asco.

—No es bonito, ya lo sé, pero es la única forma de demostrar a todo el mundo que con los Barone no se juega. El próximo gilipollas que quiera jodernos se lo pensará dos veces.

—Claro, eso es cierto. —Asiento sin más.

Frunce el ceño al escuchar mi escueta respuesta y, ahora sí, centra toda su atención en mí.

—*Bambina*, ¿te encuentras bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Últimamente te veo muy pensativa.

—Lo estoy —admito con un suspiro—. Es que en mi vida han pasado tantas cosas, y en tan poco tiempo, que me cuesta asimilarlas.

—Sé que no tuvo que ser fácil para ti conocer a todos los Barone de golpe. Siempre has vivido con la familia de tu madre. —Entrelaza nuestras manos y me mira con cariño—. Giulia, sé que me disculpé contigo hace un tiempo, pero quiero volver a hacerlo.

—No, papá, está bien, no pasa nada.

—Odio que sintieses que no eras importante. Porque para mí lo eres tanto como tus hermanos. Sin distinción. —Suspira—. Nunca tuve que haberme separado de ti cuando eras un bebé. Me arrepentiré el resto de mi vida. Yo era joven. Me dejé influenciar por demasiadas personas.

—¿A qué te refieres?

—Rompí el código de honor de un buen líder. En la mafia se dice que, si un hombre no puede serle fiel a la mujer con la que juró pasar su vida, no es de fiar en los negocios, pues si engañas a la persona que duerme a tu lado, ¿qué te impide traicionar a los demás por una mejor oferta?

—¿Te arrepientes de haber conocido a mi madre?

—Nunca, *bambina*. —En sus ojos se refleja la añoranza—. Me enamoré de Elena Fabbri en cuanto la vi trabajando de camarera en un restaurante en Roma. Y al poco tiempo nos enteramos de que tú venías de camino.

—¿Os alegrasteis, de verdad?

—Saber que existías me hizo el hombre más feliz del mundo —asiente—. Compré una casa en Bari para tu madre y se vino conmigo. Fue una época inolvidable.

—¿Y qué pasó luego?

—Alguien nos vio juntos y todo se desmoronó. Mi día a día se convirtió en discusiones con Vittoria, con la *nonna*, con el resto de la familia. Nuestros aliados nos retiraron su confianza, el negocio tambaleó. Y yo… hice lo que todo el mundo esperaba de mí: dejé de ver a tu madre. A pesar de que estaba loco por ella, corté nuestra relación y mis abogados se encargaron de darle dinero para que siguiera viviendo cómodamente.

—¿Por eso me abandonó? ¿Tuvo miedo de criar sola a un bebé?

—Tu madre no te abandonó. —Aprieta los labios y suspira con pesar antes de continuar, como si seguir hablando fuera tan doloroso como una puñalada en el pecho—. Elena Fabbri murió mientras daba a luz en la casa que compré para los dos.

Dejo de respirar.

¿Qué demonios…? ¡No! ¡No, es imposible! Me abandonó, joder. Es lo que mis tíos maternos me dijeron desde que era una niña.

—¿Q-qué?

—Ella te amaba tanto como yo, Giulia. —Sus ojos brillan por las lágrimas contenidas—. Pero la dejé, maldita sea. Abandoné a la mujer que quería y murió sola y asustada mientras nacía nuestra hija.

—Papá… ¡No! —Una lágrima resbala por mi mejilla y niego convulsivamente con la cabeza—. ¡Nunca me quiso y me dejó con su hermana! ¡Mi madre…!

—Yo te llevé a casa de tus tíos unos días después de tu nacimiento. Vittoria se negaba a tenerte en el *palazzo* y yo me sentía tan culpable por todo lo que la había hecho pasar que decidí complacerla.

No puedo hablar. No soy capaz de reaccionar a esto. He pasado toda la vida creyendo que la mujer que debía quererme por encima de todo se había despreocupado de mí. He llegado a odiarla, a desear que fuera infeliz, que sufriera lo mismo que había sufrido yo por su abandono. Y ahora…

—¿Por qué nadie me lo dijo? ¡¿Por qué incluso mi tía, su propia hermana, repite hasta la saciedad que Elena Fabbri me abandonó?!

—Porque fue lo que yo les conté.

—¡¿Mentiste?! ¡¿Mentiste sobre ella?!

—No pude hacer otra cosa. Tus tíos nunca vieron con buenos ojos que Elena se enredara conmigo. Me temían; tenían miedo a la mafia y me habrían acusado si hubiesen sabido que estaba muerta. Nunca habrían creído la verdad y hubieran ido a la policía. Lo último que necesitábamos los Barone, en aquel momento de debilidad, era una investigación sobre nuestra familia.

—¡Papá, he crecido viviendo una mentira! ¡Lo que hiciste fue horrible! —grito dolida, mientras me limpio las lágrimas y niego con la cabeza.

—No hay día que no me arrepienta de mis actos, Giulia.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi madre? ¿En qué cementerio la enterraste? ¡Quiero verla!

—Elena no está en ningún cementerio.

—¡¿Te deshiciste de su cuerpo como si fuera una criminal?!

—La llevé al único lugar donde puedo visitarla cada vez que necesito un poco de su paz: a mi hogar.

—¿Está aquí?

—Estamos sentados sobre su tumba, *principessa*.

Me levanto como un resorte y me llevo una mano a los labios, estoy temblando. Entonces mis ojos se posan una vez más sobre la estatua. La mujer bailando. Delicada, etérea, preciosa.

—¿Es… ella?

Mi padre se coloca de pie, a mi lado, y contempla la escultura con dolor en los ojos.

—La mandé construir en su honor. A modo de disculpa. Elena me dio lo más bonito que tengo, *bambina*: a ti. La amé como nunca he vuelto a amar a ninguna mujer y me aseguré de que su descanso eterno fuera en el jardín más bello del mundo, porque ella merecía lo mejor, la felicidad más absoluta, el amor más puro e intenso. Y yo no pude dárselo.

No puedo dejar de llorar. Me duele haber pensado tan mal de ella, haber pasado tantos años guardándole un rencor que no se merecía.

Mi padre me abraza y me acuna entre sus brazos, y yo dejo que lo haga. Sé que debería estar furiosa con él y, en cierto modo, lo estoy, pero no puedo culparlo. No cuando yo también guardo un secreto que nunca podré contarle. No soy mejor que él ni que nadie.

Riccardo Barone no es un santo, actuó mal, se equivocó, pero en sus ojos tormentosos veo que lleva pagando esa equivocación desde hace veinticuatro años.

Permanecemos abrazados durante una eternidad, en silencio, mirando la estatua de la mujer que me dio la vida, a la que él siempre quiso a pesar de que todos estuvieron en contra.

Sin embargo, el sonido de su móvil rompe esta débil paz. Mi padre, todavía rodeándome con los brazos, se pone el aparato al oído y responde con autoridad:

—Barone al habla. ¿Venís de regreso? ¿Habéis encontrado a las ratas que se metieron en nuestro almacén? —Escucha con atención lo que su interlocutor responde al otro lado de la línea, pero hay algo en él que llama mi atención, pues de repente se pone rígido—. ¿Heridos? ¿Cómo que heridos? ¿Quiénes? ¡No me jodas, Luca!

—¿Papá? —No me gusta nada el tormento que refleja. Ni el nerviosismo que está apoderándose de su cuerpo.

—Está bien, traedlos rápido, llamaré al equipo médico. ¡No tardéis! —Cuando cuelga y se guarda de nuevo el móvil en el bolsillo, se pasa una mano por su canoso cabello—. *Principessa*, tengo que irme. Ha ocurrido algo malo.

—¿Qué pasa? ¿A quién han herido?

—A Fabio y a Drio. Les han disparado. Vienen de camino a casa y tengo que avisar a los médicos.

El rostro se me deforma por el terror. Se me paraliza el cuerpo por un miedo tan intenso e incapacitante que no me deja reaccionar. Están heridos. Mi hermano y Adriano. ¡No! ¡No, no, no, por favor!

Las manos me tiemblan sin remedio cuando veo a mi padre correr hacia el *palazzo* a toda velocidad. Yo también lo hago tras él. Corro todo lo rápido que me lo permiten las piernas, descalza, con los tacones en las manos y una desesperación desbordante mordiéndome dentro del pecho. Rezo por mi hermano, para que no sea nada grave. Por Adriano. Si le pasa algo malo, me muero. A él no. A él no, joder.

◆ ◆ ◆

El tic tac del reloj está destrozándome. Llevamos esperando en el salón, mi padre, Vittoria, mis tíos y yo, más de diez minutos, y no hay ni rastro de ellos.

Ando de un lado a otro. Me asomo por la ventana. Cojo la mano de Raffaella, que tiene el rostro desencajado de preocupación. Qué lento pasa el puto tiempo. Cada segundo se me antoja una eternidad. Estoy reprimiendo las ganas de volver a echarme a llorar. No quiero hacerlo delante de ellos. Eso solo sumaría más estrés a la situación.

De repente, el rugido del motor de un coche que se acerca a toda velocidad por el camino de tierra del jardín nos hace correr hacia el ventanal. Son ellos. Reconozco el todoterreno negro de Alessandro.

—Ya están aquí —sentencia mi padre con premura—. Ettore, dile a los médicos que salgan con las camillas.

—¡Enseguida!

El personal médico corre hacia el exterior del *palazzo*, seguidos por mi padre y mi tío, pero Raffaella y Vittoria continúan aquí, esperando con una serenidad admirable, aunque por dentro estén muertas de preocupación. Así que me quedo con ellas, aunque yo sigo andando de un lado a otro sin apartar los ojos de la puerta. Agudizando el oído. Tratando de calmar los latidos furiosos de mi corazón.

Los primeros en entrar son un grupo de médicos empujando una camilla a gran velocidad, con mi hermano Fabio tumbado en ella y mi padre al lado, presionando contra sus costillas un trozo de camiseta empapada en sangre. Tiene los ojos entrecerrados y en sus labios se dibuja una mueca de dolor, pero cuando pasa por mi lado, hace el esfuerzo de guiñarme un ojo, lo que me calma un poco.

Ni siquiera puedo reaccionar cuando la otra camilla irrumpe en el salón y pasa por delante tan rápido como la de mi hermano. Doy unos pasos hacia ella, intentando ver a Adriano, pero no es él quien está tumbado con una herida de bala en el muslo, sino uno de los gorilas de mi padre.

Una lágrima de desesperación resbala por mi mejilla al no verlo. ¿Dónde está? No puedo respirar, joder. ¡¿Dónde está Adriano?!

—No pasa nada, papá, puedo andar.

¡Su voz!

Giro sobre mis talones y lo descubro al fin cruzando la puerta junto a Ettore. Va sin camisa, pues ha tenido que usarla para hacerse un torniquete en el brazo, pero camina sin ayuda y tiene buen aspecto.

Un torrente de alivio me sacude de arriba abajo al ver que está a salvo. Un sollozo escapa de mi garganta cuando echo a correr hacia él y me abrazo con fuerza a su cintura, haciéndolo tambalear.

—Estoy bien —me susurra al oído, abrazándome a él con su brazo sano. Todo el mundo nos mira, pero me da igual. He pasado tanto miedo que me la suda lo que los demás piensen—. No llores, *tentazione*. Hemos sufrido heridas peores. Todos saldremos de esta.

—Giulia, ¿puedo? —es Raffaella, que espera detrás a que le permita ver a su hijo.

—Oh, claro, perdona.

Adriano y yo nos miramos a los ojos antes de separarnos a regañadientes y su madre ocupa mi lugar, abrazándolo con fuerza.

—¿Qué ha pasado, hijo?

—Ha sido una puta emboscada. Lo habían planeado todo para acorralarnos en el almacén y masacrarnos.

—¿Quiénes? —se inmiscuye su padre, tenso.

—Los hombres de Moretti.

—i¿Ese malnacido se ha atrevido a atacarnos?!

—Nero quiere el terreno. Nos hemos convertido en una molestia para él. —Sonríe entre dientes con una furia demoledora—. Lo que no sabe ese hijo de puta es que voy a matarlo. Voy a destrozarlo, papá. Lo descuartizaré y dejaré tan irreconocible que solo servirá para dar de comer a los cerdos.

Adriano es atendido por uno de los médicos nada más llegar, quien le extrae la bala del brazo sin mayor dificultad. Cuando vuelve a reunirse con nosotros en el salón, toma asiento a mi lado, en el sofá, y me rodea por la cintura con el brazo sano, pegándome a su cuerpo, logrando suavizar mi desesperación. Todavía no hay noticias de Fabio. El equipo médico que lo atiende sigue operándolo para sacarle las dos balas que tiene alojadas en las costillas.

Apoyo la cabeza en su hombro y suspiro al tiempo que un par de lágrimas resbalan por mis mejillas. Todos están tan nerviosos y preocupados por mi hermano que nuestras muestras de cariño pasan totalmente desapercibidas. Para ellos, simplemente somos dos primos dándose apoyo en una situación difícil.

—¡He venido en cuanto me ha sido posible! —es Teodoro, que corre por el salón para reunirse con nosotros, pues acaba de llegar al *palazzo*. Va a medio vestir. Con la camisa por fuera de los pantalones y el cabello recogido en una coleta deshecha—. Drio, ¿cómo estás?

Cuando se acerca a nosotros, sus ojos se posan en la mano de su hermano en mi cintura. Me remuevo incómoda e intento separarme un poco, pero Adriano no me lo permite. Me quiere cerca y le da igual lo que puedan pensar.

—Bien, solo ha sido un disparo en el brazo. Pero Fabio sigue con los médicos. Estamos esperando noticias.

—Tendría que haber ido con vosotros, joder.

—Y también habrías acabado herido. Esos cabrones iban con la intención de matarnos.

Teo abre la boca para responder; sin embargo, un movimiento a nuestra espalda lo silencia. Es el médico. Y eso solo puede significar que viene con noticias sobre el estado de mi hermano.

Todos nos levantamos de nuestros asientos y nos acercamos a él, con rostros largos de preocupación.

—Está fuera de peligro —dice de inmediato—. Hemos conseguido extraerle las balas y contener la hemorragia.

—¿Podemos entrar a verlo? —salta Vittoria, acongojada.

—Por supuesto, pero no despertará hasta mañana. —Mira varios papeles que tiene en las manos antes de continuar—: Les aconsejo que se vayan a descansar. El señor Riccardo pasará la noche con su hijo. Estarán acompañados en todo momento por dos enfermeros, se asegurarán de que todo vaya bien. Está todo controlado.

Respiro.

Ahora sí, mis pulmones se llenan del todo de oxígeno y mi cuerpo se comienza a relajar por el alivio.

—Iré a ver a mi hijo de todos modos —sentencia Vittoria con autoridad, acompañando al médico a la sala donde han intervenido a Fabio.

Cuando nos quedamos a solas, Raffaella se pasa una mano por los ojos y niega con la cabeza, al tiempo que mi tío Ettore la rodea por la cintura.

—Necesito un té. Tengo el estómago que parece una coctelera —comenta con un hilo de voz.

—Vamos a la cocina a preparar uno —asiente él. Después mira a sus dos hijos y a mí—. ¿Os apetece?

—Gracias, tío, pero estoy agotada. Me voy a la cama.

—Yo sí que voy —asiente Teodoro—. Drio, ¿nos acompañas?

—Eeeh, no. Me duele el brazo y también estoy cansado. Me voy a dormir.

Raffaella asiente y besa la mejilla de Adriano, dándole las buenas noches; luego se coloca frente a mí, me acaricia el cabello y me da otro beso en la mejilla, igual que a él.

—Descansad y recobrar fuerzas. Nos vemos mañana.

30

Giulia

El corazón me late tan rápido que hasta me retumba en los oídos. Adriano camina en silencio tras de mí, por las escaleras que llevan al ala de los dormitorios, y con cada paso que nos acerca a nuestro destino, mi cuerpo se vuelve más y más loco de anticipación.

Mi padre pasará la noche en la sala que ha servido de quirófano improvisado, junto a Fabio. Mis tíos y Teodoro toman té en la cocina. Mi *nonna* duerme ajena a lo que está sucediendo en nuestra familia.

Todos están en el *palazzo*; un movimiento en falso y nuestro secreto podría ser descubierto. Pero ahora mismo lo único en lo que puedo pensar es que Adriano Barone me sigue, y un intenso cosquilleo de nervios y excitación asciende por mi estómago.

Llegamos al piso superior y me dirijo a mi habitación con él pisándome los talones. Sin previo aviso, se coloca a mi lado y gira la cabeza para dedicarme una enigmática sonrisa. Todavía va con el torso al aire, dejando a la vista la venda firmemente sujeta en el brazo izquierdo y algún resto de sangre seca marcándole la piel.

Trago saliva al no poder despegar los ojos de su cuerpo, de su rostro anguloso, de sus labios. Estoy demasiado enganchada a él para poder hacerlo.

La puerta de mi habitación aparece ante nosotros y apoyo la espalda sobre la madera, mirándolo fijamente, en silencio, dándome un atracón de su anatomía.

Adriano hace lo mismo, pero desde la pared de enfrente. Silencioso, expectante, excitado. Como si estuviéramos viéndonos por primera vez.

Nuestras miradas se enredan. Se nota que está cansado. Le han pegado un tiro en el brazo, maldita sea. Debe de estar agotado. Ladeo la cabeza y suspiro acongojada al recordar que algo horrible podría haberle sucedido en el almacén.

—Giulia, ven aquí —susurra de repente, sin despegar sus pupilas de las mías.

Ni siquiera dudo en obedecerlo.

Despego la espalda de la puerta y recorro la poca distancia que nos separa, hasta que nuestros cuerpos quedan a escasos centímetros. Adriano me acaricia la mejilla con una suavidad que me estremece, me toca los labios y yo beso sus dedos. Tomo su mano entre las mías y le beso la palma, los nudillos, el tatuaje de la calavera.

—*Tentazione*, podemos…

—Te quiero —lo interrumpo antes de que termine de hablar. Mis ojos se pierden en los suyos—. Yo también estoy enamorada de ti.

Se le acelera la respiración y una amplia sonrisa aparece en sus labios al tiempo que me rodea con fuerza por la cintura con el brazo sano. Junta nuestras frentes y niega con la cabeza, intentando asimilar lo que acabo de confesarle.

—Repite eso. Repite lo que acabas de decir.

—Te amo.

—Mierda, joder —exclama con una naciente emoción reflejándose en sus pupilas—. Te quiero, nena. Lo sabes, ¿verdad? ¿Sabes que estoy jodidamente loco por ti?

Me besa. Devora mi boca como si fuera la única fuente de alimento que necesitase para vivir. Y en cierto modo así me siento yo también. Cada vez que él está conmigo, es como si el resto del mundo sobrase.

Respondo a su beso con una intensidad desbordante, agarrándome a su espalda para no tambalear, clavándole las uñas en la caliente piel. Necesito sentir que estoy anclada a algo, que aún sigo con los pies en el suelo. Nuestras lenguas juguetean, nos comemos a lo bestia como animales, exigiéndolo todo del otro.

Adriano me levanta en peso y me aplasta contra la pared, clavándome en el estómago su polla dura y enorme.

—Bájame, estás herido —susurro contra su boca—. Te harás daño en el brazo.

—No lo necesito para lo que quiero hacerte.

—¿Vas a follarme?

—Joder, sí. —Me muerde el cuello y yo gimo echando la cabeza atrás.

—Te necesito —admito con la voz temblorosa—. He pasado tanto miedo cuando mi padre me ha dicho que estabas herido…

—Hace falta mucho más que un disparo en el brazo para acabar conmigo. Nadie va a separarme de ti.

Vuelve a besarme sin medida, lamiéndome la boca, mordiéndome los labios como un salvaje. Me deja sin respiración cuando me aplasta entre su cuerpo y la pared. Sabe cómo provocarme, qué hacer para que responda a sus juegos y me olvide de todo lo demás.

Ondea las caderas para que sienta su polla contra mí. Quiero lamerla, tragármela, ahogarme con ella hasta quedarme sin aire. Estoy tan cachonda que noto los muslos empapados. Sigo sin bragas desde que me las quitó en la fiesta de los Valenti.

En la soledad del pasillo solo se oyen nuestros gemidos y susurros. Cualquiera podría descubrirnos si apareciese en este momento. Él también se ha dado cuenta de lo expuestos que estamos, pues de inmediato, me lleva en brazos hasta una de las habitaciones: la suya.

Está situada al final del pasillo, cinco dormitorios más allá del mío. Es una estancia amplia y señorial sin apenas mobiliario más que la enorme cama y un armario ropero que ocupa toda la pared del fondo. Pero lo que más me gusta de ella es que huele a Adriano.

Una vez dentro, me lleva en volandas hasta la cama. Caemos sobre el colchón sin romper el beso, tocándonos con desesperación. Me acomoda sobre él; es más fácil que yo esté encima, pues apenas puede mover el brazo herido.

—Quítate el vestido —ordena mientras cuela la mano bajo la tela y aprieta la tierna carne de mis glúteos—. Deja que te devore las tetas, llevo deseando hacerlo una jodida eternidad.

Con las manos temblorosas, me saco la prenda por la cabeza y quedo completamente desnuda sobre su cuerpo. Adriano profiere un

gruñido gutural antes de atrapar mis pechos. Me los come con desesperación, haciéndome gemir de puro éxtasis. Sus dientes castigan mi pezón sin piedad; un contraste de placer y dolor que me excita muchísimo, que me obliga a dejar de pensar para entregarme por completo a él.

—Me encanta, no pares. —Muevo las caderas sobre él y le mojo los pantalones con la humedad de mi coño. Rozando, una y otra vez, mi centro contra su dureza.

Me devora los pechos como si la vida le fuese en ello, primero uno, luego el otro. Las rojeces que empiezan a aparecer junto a mis pezones lo satisfacen, pues sonríe al verlas.

Estoy tan excitada que cuelo una mano dentro de los pantalones, logrando que varios botones se suelten. Le rodeo la polla con los dedos. Está húmedo por mí, de la punta del glande nace una gotita de líquido preseminal que extiendo con el pulgar por su fina piel. Adriano me muerde las tetas y gruñe descontrolado, dejando la marca de sus dientes en ellas. Después palmea mi trasero con fuerza; lo hace de tal forma que noto la vibración hasta en el coño. Mi tierna carne palpita donde ha estampado los dedos. Qué delicia.

—Como sigas haciendo eso, te follaré ahora mismo, *tentazione* —susurra contra mis labios—. Y lo haré tan duro que no sabrás si es un premio o un castigo.

Mis muslos tiemblan al escuchar su amenaza y gimoteo cuando desliza los dedos por mis pliegues mojados, moviéndolos de arriba abajo por los labios.

—Mmm… Dios.

—Eres perfecta. Mírate. Me encanta cómo te rindes a mí, cómo aceptas que tu cuerpo, tu corazón y tu coño me pertenecen. —Penetra mi vagina con dos dedos y los curva en el interior—. Sigues estando tan apretada…

Mi única respuesta es un gemido. Después de haber pasado las últimas semanas sin acostarnos, siento una gran liberación en mi interior porque esto era lo que me faltaba: él. Me faltaba lo que siento cuando somos nosotros.

Me corro sin remedio con sus dedos dentro, a horcajadas sobre sus caderas, con su boca castigándome las tetas. Un escalofrío

recorre mi cuerpo y cierro los ojos con fuerza, dejándome llevar por completo por este torrente de gozo que me lleva hasta el cielo.

Todavía no me he repuesto cuando Adriano levanta las caderas de la cama para bajarse los pantalones con el brazo sano. Su polla erecta aparece ante mis ojos, con ese *piercing* sexi atravesando su glande y otra gotita mojando su piel. Me relamo los labios al verla, haciéndolo sonreír con mi reacción.

—Luego te exigiré que me la comas, pero ahora tengo que follarte. —Traga saliva mientras me observa con fuego en las pupilas, sentada desnuda sobre sus caderas, y me da otra palmada en el trasero, que me hace contener el aliento—. Móntame. Cabálgame, Giulia. Quiero verte rebotar sobre mi polla hasta que me corra dentro de ti, viendo lo sucio y marcado que te he dejado el coño.

Asiento convulsivamente y me apoyo en su estómago para alzar las caderas y acomodar su falo en mi húmeda entrada. Acabo de correrme y ya estoy excitándome de nuevo solo de pensar en lo que sentiré cuando lo tenga empalado en mi profundidad.

Adriano apoya la mano en mi cintura y tira de mi cuerpo, penetrándome de una fuerte embestida. Mi boca se curva formando una O, pero de ella no sale ni un solo sonido. Echo la cabeza hacia adelante y disfruto de las suaves convulsiones de mi vagina al tenerlo dentro y, cuando abro los ojos, él me mira con una mezcla de aturdimiento y deseo que me eriza la piel de la espalda.

Se muerde el labio inferior antes de levantar las caderas e introducirse aún más en mi conducto.

—¡Aaah, joder! —es lo único que acierto a decir.

—Muévete, Giulia. Baila sobre mi polla, entrégate a mí por completo. —Me pellizca el trasero y gimo de puro gozo—. Eres mía, nena. Lo sabes, ¿verdad?

Cuando vuelvo a asentir, levanta bruscamente las caderas y se incrusta tan adentro que los pezones se me endurecen como piedras.

Una vez se queda quieto, soy yo quien comienza a mecerse contra él, a subir y bajar sobre su pene, tan cachonda y con la mente tan nublada que no puedo hacer otra cosa más que mirarlo y aceptar que esto era inevitable, que nunca tuve opción de escapar de él y

que por mucho que me lo proponga, Adriano Barone siempre vivirá en mi corazón.

Asciendo sobre sus caderas, sacándomela casi por completo, y luego me dejo caer de nuevo, logrando una profundidad que me deja sin respiración. Inclino el cuerpo sobre el suyo y nos devoramos los labios sin dejar de follarnos a lo bestia, entre gemidos, susurros y respiraciones entrecortadas.

Agarra mi cuello con posesividad, privándome del aire, y me obliga a recostarme sobre él, sin dejar de movernos contra el otro. De follarnos con esa intensidad bestial y demoledora que se crea cuando estamos juntos.

Me corro por segunda vez en muy poco tiempo y el orgasmo que experimento no se parece a ninguno que haya tenido antes. Es desgarrador, demasiado profundo para soportarlo sin gritar. Las paredes de la habitación retumban con mi voz. Me tapa la boca con firmeza para silenciar mi aullido. En lugar de reprochármelo y advertirme que alguien podría escucharnos, sus labios se curvan en una sonrisa complacida porque acabo de demostrarle lo mucho que me gusta el sexo juntos. No obstante, dicha sonrisa muere en su boca cuando le sorprende su propio orgasmo.

Se corre dentro. Ninguno de los dos hacemos nada para remediarlo. Me llena con su semen, vaciándose del todo en mi interior, al tiempo que sus labios capturan una vez más los míos y me devora con un hambre insaciable.

◆ ◆ ◆

Adriano se queda dormido abrazado a mí, todavía desnudos sobre su cama, después del tercer polvo.

Tengo la cabeza apoyada en su brazo sano y me rodea la cintura con el otro, a pesar de que la venda no le da mucho margen de movimiento.

Su respiración en mi oído es tranquilizadora y el calor de su cuerpo pegado a mi piel, lo más agradable del mundo.

Lleva dormido más de dos horas y en ningún momento me ha soltado. Cada vez que cambia de posición, se ocupa de atraerme

hacia él y enredar los brazos en mi cuerpo. Siempre me ha encantado que hiciera eso, que me quisiera cerca cada segundo.

Desde que hemos entrado a su dormitorio, no ha hecho más que mimarme, follarme y tratarme como una jodida reina. Como a su reina.

Pero hay algo en mí que no anda bien.

No he pegado ojo. No tengo sueño. Sin embargo, eso no es lo que me perturba. Sigo teniendo unas enormes ganas de echarme a llorar, aunque él esté a mi lado. La desesperación se enreda en mi estómago y empieza a hacerme sentir fatal. Llevo horas luchando contra ella, asegurándome que todo está perfectamente, que no debo sobrepensar. Aunque, llegado a este punto, me he dado por vencida.

Todo el *palazzo* está en absoluto silencio y por el ventanal del dormitorio se filtra un débil haz de luz proveniente de las farolas del jardín.

Me llevo una mano a la mejilla y me seco una lágrima. He perdido la cuenta de las veces que lo he hecho en estos últimos quince minutos.

Hoy ha sido un día de mierda.

Lo último que esperaba era que mi padre me confesase que la tumba de mi madre siempre ha estado aquí. Que no me abandonó, que llevo engañada toda mi maldita vida. Cualquier persona con un corazón en el pecho, por pequeño y podrido que fuera, se sentiría como yo.

Sin embargo, el asunto de mi madre no es lo que me tiene tan jodida. Es por él.

Levanto la mirada y observo el rostro de Adriano, que permanece pegado al mío. Tranquilo, relajado, guapísimo. Cuando no frunce el ceño, parece el típico chico despreocupado y canalla con el que todas las mujeres hemos soñado alguna vez en nuestra vida, y no un señor despiadado de la mafia.

Acaricio su mejilla con suavidad, disfrutando del tacto áspero del vello que empieza a salirle en el mentón, a pesar de que a simple vista parece perfectamente rasurado.

Las lágrimas humedecen de nuevo mis ojos y ahogo un gemido al no ser capaz de aguantar el llanto.

No puedo hacerlo. No puedo seguir con esto. Por más que lo intente, mi cabeza no me lo permite. Aunque esté enamorada de él. Aunque la sola idea de separarnos sea como si me clavasen veinte cuchillos en el estómago. No obstante, quedarme aquí siendo su eterno secreto, viéndolo casarse con otra mientras yo estoy obligada a permanecer en las sombras, es mil veces peor. Me destruiría. Acabaría odiándolo a él. A mí. Reprochándome el haberme convertido en su amante. En convertirme en el tipo de mujer que siempre rechacé.

Me tapo la boca con ambas manos y mi cuerpo se agita por la desdicha. La pena me golpea tan fuerte que me hace sentir insignificante.

Lo amo. Pero no puedo quedarme a su lado. No de esta forma. No así.

Miro su rostro con una pena que me rompe por dentro, despidiéndome de él, de nosotros. Diciéndole adiós a esta intimidad que nunca volveremos a compartir.

Lleno los pulmones de oxígeno y aparto su mano lentamente de mi cintura para no despertarlo. Me incorporo en la cama, quedando sentada sobre el colchón, dándole la espalda.

Mi vestido está tirado en el suelo, muy arrugado, junto a su ropa. Solo unos pasos y todo acabará.

—¿Giulia? ¿Estás llorando?

Cierro los ojos muy fuerte al escuchar su voz soñolienta. Me limpio de nuevo las lágrimas y me encojo de hombros antes de contestar:

—Estoy bien.

—¿Por qué lloras? —Siento su brazo de nuevo en mi cintura, atrayéndome a él. Adriano se incorpora en la cama, con cuidado de no hacerse daño en la herida, y me agarra de las mejillas para que lo mire—. ¿Qué te pasa?

Mis lágrimas se desbordan una vez más, mojándole los dedos. Tiene los ojos rasgados por el sueño, el cabello despeinado y el ceño fruncido por la preocupación.

—Yo… —Trago saliva y cojo fuerzas para continuar—: Mañana regreso a Roma.

—Ni hablar. —Sonríe y tira de mi brazo para que me recueste sobre el colchón—. Sigue durmiendo.

—Lo estoy diciendo en serio.

—Y yo también.

—Adriano. Basta. —Le aparto el brazo de mi cintura y niego con la cabeza—. Voy a regresar a casa.

—Esta es tu casa.

—Es la casa de mi padre. Y no puedo seguir aquí.

Se queda en silencio unos segundos, me mira con el ceño fruncido, comprendiendo lo que significan mis palabras.

—¿Crees que voy a dejar que te vayas?

—Es mi decisión.

—¿Vas a decirme qué coño pasa, Giulia? —Niega con la cabeza—. Estábamos bien. Esta noche todo estaba bien.

—¡Nada estaba bien! ¡Nunca lo ha estado! ¿Es que no lo comprendes? ¡No puedo seguir con esto!

—¡No te vas a ir! —exclama entre dientes para no alertar a nuestra familia—. ¡Así que deja de decir esa mierda!

—Cogeré un autobús en Bari.

—¡Giulia! —brama con fuego en las pupilas.

—¿Por qué no respetas mi decisión?

—¡Porque no tiene ningún sentido! ¡Queremos estar juntos, joder! ¡Hace tres putas horas me repetías que me querías mientras follábamos como unas jodidas bestias!

—¡Y te quiero!

—¡Entonces, no hay más que hablar!

—¿Es que no lo entiendes? ¡No puedo quedarme! —Una lágrima me moja el cuello—. ¡Acabaría muriéndome de dolor!

—¡Yo me encargaré de que eso no ocurra! —Vuelve a enmarcar mis mejillas—. ¡*Tentazione*, te haré muy feliz!

—Feliz —repito sin emoción en la voz—. ¿Feliz cómo, Adriano? ¿Pasando el resto de mi vida escondida? ¿Siendo tu amante para siempre? ¿Obligada a callar lo que siento por miedo a que todos me señalen?

—¡Mataré al que se atreva a hacerlo!

—¡Es que esa no es la solución, maldita sea! —Me llevo una mano al cabello, desesperada—. ¡Acabaría volviéndome loca!

—No es verdad.

—¡Te odiaría! ¡Te aborrecería por obligarme a vivir siendo tu amante! ¡Me odiaría a mí misma! ¡La culpabilidad acabaría destruyéndome!

—Pero ¿de qué puta culpabilidad hablas? ¡Aquí no hay esposas engañadas! ¡Ya conoces a Stella!

—¡No me merezco esto, joder! ¡Merezco a alguien que me dé mi sitio!

—¡Tu sitio es a mi lado!

Otra lágrima resbala por mi mejilla.

—Quiero una boda. Una donde toda mi familia celebre que voy a compartir mi vida con el hombre al que amo. Quiero ser la única. De verdad. Ante todos. Que mis hijos no tengan que agachar la cabeza porque alguien los llame bastardos. Quiero exclusividad en todos los sentidos.

—Ojalá pudiera darte eso, pero estoy atado de pies y manos, nena.

—Entonces deja que me vaya.

—No.

—¡Adriano, joder!

—¿Pretendes que me quede callado y sonriendo mientras veo cómo se marcha la mujer a la que quiero? ¡Y una mierda, y una puta mierda!

—Si me quieres de verdad, aceptarás mi decisión.

—¡Eso es un maldito chantaje emocional!

Niego con la cabeza, destrozada por dentro.

—¿De verdad quieres que sea feliz?

—¡Claro, joder!

—Bien, porque nunca podría serlo de esta forma. No cuando el 14 de septiembre caminarás hacia el altar para casarte con otra mujer que no soy yo.

—Nena…

—Mañana regreso a Roma, Adriano —repito con voz muerta—. Te pido por favor que no me lo pongas más difícil. Si de verdad estás enamorado de mí, déjame marchar.

31

Giulia

Adriano no lo aceptó. Por más que le expliqué cómo me sentía, no dio su brazo a torcer; se empeñó en que me quedase a su lado. Lo intentó de todas las formas posibles.

Pero no lo hice. No pude hacerlo.

Cogí mi ropa del suelo y me marché de su habitación llorando, destrozada, en plena madrugada. Sin embargo, eso no fue lo peor, sino su reacción. Cuando se quedó a solas, comenzó a descargar su ira rompiéndolo todo. No lo vi, pero lo escuché mientras me alejaba por el pasillo. Los golpes debieron despertar a todo el maldito *palazzo*.

Y después llegaron los mensajes.

Decenas de mensajes que pasaron del amor al chantaje y finalmente a las amenazas al darse cuenta de que no pensaba responder. Tuve que apagar el teléfono; cada notificación se me clavaba en el pecho como un puñal, porque sabía que eran suyas y que si seguía insistiendo acabaría contestándole. Con él soy jodidamente débil. Y no puedo seguir siéndolo, por mucho que me duela.

—¿De verdad vas a marcharte, *piccola*?

La pregunta de Fabio, que permanece tumbado en su cama con una gran venda alrededor de las costillas, me hace regresar a la realidad. A este quirófano improvisado que mi padre mandó montar anoche en una de las salitas del *palazzo*, para que los médicos de los Barone pudiesen operar a mi hermano.

Estoy sentada a su lado en la cama, estrechando su mano, mientras el pitido constante del electrocardiógrafo rompe el silencio

que reina a nuestro alrededor.

Tiene buen aspecto, a pesar de que unas horas atrás estaba desangrándose con dos malditas balas alojadas muy cerca del pulmón izquierdo.

—Me voy en un rato —asiento, dedicándole una sonrisa falsa, pues por dentro me muero de pena—. Ya sé que prometí quedarme hasta que acabase el verano, pero…

—Comprendes que la *nonna* va a disgustarse, ¿verdad? —se entromete mi padre, que permanece de pie frente a nosotros con los brazos cruzados sobre el pecho. Él tampoco quiere que me vaya—. Estaba muy ilusionada de que te quedases hasta septiembre.

—Me despediré de ella antes de marcharme.

—¿Cómo vas a volver a Roma? —continúa Fabio.

—Cogeré un autobús en Bari.

—Alessandro te llevará —sentencia mi padre con voz de mando.

—No es necesario, papá.

—Eres una Barone, no vas a montar en un sucio autobús. ¿Qué clase de padre sería si lo permitiese?

—Uno que comprende que su hija necesita un poco de soledad.

—¿Tan mal has llevado el estar acompañada por tu familia?

—No es eso. Este mes y medio en el *palazzo* ha sido increíble. —Los ojos se me humedecen por las lágrimas. Fabio me aprieta la mano al ver que me emociono—. Yo… siempre lo recordaré con mucho cariño. Sois geniales todos.

—Entonces, ¿por qué no te quedas aquí?

Quizás en otras circunstancias habría pensado seriamente su oferta. Pero ¿cómo hacerlo cuando quedarme en Bari significa verlo a él? Sería como meterme en la boca del lobo por mi propio pie.

—Tengo que regresar a Roma. A la vida que dejé allí.

—Al menos, promete que vendrás para Navidades —insiste mi hermano sin dar su brazo a torcer.

—O podríais venir vosotros a Roma.

—¿Todos los Barone en tu apartamento enano?

—Me refiero a vosotros. A papá, Alessandro y tú. ¡Ah, y la *nonna*!

—Está muy mayor para hacer un viaje tan largo, *bambina* —me recuerda mi padre, negando con la cabeza—. Sería demasiado

pesado para ella.

Hundo los hombros al comprender que tiene razón. Si quiero volver a ver a mi abuela, tendré que regresar a Bari.

—Está bien, volveré en Navidad —acepto al fin. En Navidad. Cuando todo se haya enfriado un poco, cuando mi amor por Adriano haya desaparecido, cuando él ya esté casado con Stella.

—¡Giulia, querida! ¿Es verdad que te marchas? —Raffaella aparece en la sala vestida con un traje de chaqueta sencillo y elegante de tono marfil. Va acompañada por mi tío Ettore, que me mira sorprendido por la noticia.

—Es cierto, regreso a Roma en un rato.

—Oh, ¿tan pronto? ¡Ven aquí y dame un abrazo! ¡Vamos a echarte mucho de menos! —La madre de Adriano me estrecha entre sus brazos y yo cierro los ojos y contengo las ganas de echarme a llorar una vez más—. Tienes que visitarnos más a menudo.

—Ni siquiera deberías marcharte —sentencia Ettore, acariciándome el brazo—. Hermano, ¿por qué dejas que la niña se vaya?

—¿Crees que no he intentado convencerla?

—Tío Ettore, es mi decisión.

—¡Cuando se entere la *mamma*, será un drama!

—Yo se lo diré a la *nonna* —declaro con calma para infundirles tranquilidad.

—Llamaré a Teodoro para que venga a despedirse de ti antes de que te vayas —continúa Raffaella, pulsando sobre su teléfono. Sin embargo, cuando se vuelve para ponérselo al oído, la veo levantar la mano hacia una persona que pasa por el pasillo—. ¡Drio! ¡Espera un momento!

—¿Sí?

Al verlo frente a mí, mi mundo se tambalea. Adriano está en la puerta de la sala, impecable con su traje de chaqueta negro y un aspecto increíble, guapísimo, sexi, embriagador, mientras yo me siento como una mierda. Sin embargo, se nota que no ha descansado y que está molesto: las ojeras oscurecen la piel bajo sus ojos y el rictus amargo de sus labios es evidente.

—Giulia regresa hoy a Roma, ¿te has despedido de ella?

Entonces me mira. Y lo que reflejan sus ojos no es cálido ni tranquilizador. En sus pupilas reconozco una helada indiferencia que me golpea en el corazón cuando enarca las cejas en actitud chulesca.

—Que te vaya bien —me dice con frialdad. Después, da media vuelta y se marcha de la sala sin mirar atrás. Dejando a nuestra familia extrañada por su forma de comportarse.

Me odia. He conseguido que no quiera saber nada más de mí, que me aborrezca y le dé absolutamente igual.

Qué dolor. Es muy jodido saber que el hombre al que amas ni siquiera puede mirarte a la cara sin demostrar asco, pero era la única forma de que me dejase marchar.

◆ ◆ ◆

Una hora más tarde, arrastro mi maleta por el recibidor del *palazzo*, donde el silencio es demoledor, y en el que solo encuentro a una de las trabajadoras que limpia una de las lámparas.

Mis ojos se pierden en todos los detalles que me rodean, sabiendo que voy a echar de menos cada rincón de este lugar, cada cosa que he vivido entre estos muros, pues ya nada será igual.

Mi padre camina a mi lado, también en silencio. No le quedan excusas ni argumentos con los que pedirme que me quede. Y lo agradezco. La situación ya es jodida de por sí; no necesito más presión, sino un poco de paz.

—*Principessa*, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro. —Asiento y lo miro de frente, dejando de caminar. Apenas me quedan fuerzas. Estoy agotada física y emocionalmente.

—¿Esto es por lo de anoche? ¿Por lo de tu madre? —Se lleva una mano al pelo, peinándoselo hacia atrás—. Giulia, sé que fue horrible no haberte contado la verdad, pero yo…

—Ya lo sé, papá.

—Era joven. La situación me vino muy grande. Todo se desmoronó en mi vida y, maldita sea, no supe cómo afrontarlo.

—No pasa nada.

—Sí que pasa, hija. —Me coge las manos y las aprieta entre las suyas—. Has tenido que soportar muchas mierdas por mi culpa. Tú no merecías esto, Giulia. Por culpa de mis malas decisiones, lo has pasado mal, cuando tu maldito lugar siempre ha sido junto a nosotros. Con tu familia.

—No te mortifiques por algo que no se puede cambiar.

—Puedo compensártelo.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Mi vida no ha sido del todo horrible, ¿sabes? Me criaron mis tíos maternos: unas personas increíbles que me dieron todo su amor desde que era un bebé y me hicieron sentir querida y especial. Tengo un padre sobreprotector y pesado al que adoro, unos hermanos un poco locos que darían la vida por mí, y una familia en Bari que me aprecia y que me demuestra que me quiere a su lado. Tengo suerte, papá. Quizás antes no supe verlo, pero ahora me siento muy afortunada —sentencio con los ojos repletos de nuevo de lágrimas. Joder, no puedo dejar de llorar.

—*Principessa*, dame un abrazo. —Me envuelve entre sus brazos y aprieta fuerte, tal y como necesito. No quiero seguir llorando delante de mi padre o acabará sospechando que ha ocurrido algo que ha acelerado mi regreso a Roma.

—Te quiero.

—Y yo a ti, *bambina*. Llama cuando estés en casa.

—Lo haré en cuanto compre un nuevo teléfono. El mío se rompió ayer. —Es mentira. Lo dejé en la puerta del dormitorio de Adriano antes de marcharme, con la tarjeta SIM incluida. No puedo seguir conservando el mismo número, ni su contacto en la agenda. Podría caer en la tentación de llamarlo en un momento de debilidad. Y eso pondría las cosas más difíciles. Necesito empezar desde cero. Desaparecer, aunque su recuerdo siga jodiéndome en las entrañas y tenga su imagen clavada en la mente a todas horas.

Me despido de mi padre cuando llegamos al jardín. Alessandro está arrancando el coche en el garaje y no tardará en aparecer para llevarme de vuelta a Roma.

Ya a solas, busco un poco de sombra cerca de una de las paredes laterales del *palazzo* y tomo asiento sobre mi maleta, sintiéndome

diminuta, insignificante.

Me habría encantado regresar en autobús, al menos allí no habría tenido que seguir fingiendo que todo va bien. Solo de pensar que tendré que poner buena cara otras cinco horas para que Alessandro no sospeche, me vengo abajo.

—Pero ¿qué…? —Alguien chasquea la lengua—. ¿Es que no voy a poder deshacerme de tu presencia ni un maldito segundo?

Al girar la cabeza, descubro a Vittoria, que camina con decisión hacia la misma sombra en la que me resguardo del sol. Al igual que yo, tira de una enorme maleta, pero la suya con estampado animal y lleva unas elegantes gafas de sol que le cubren medio rostro.

Deja de caminar cuando llega a mi altura y me mira de arriba abajo con ese desprecio que siempre me ha tenido.

—¿Es que tu padre no te da dinero para comprarte unos tejanos sin agujeros, joder?

—Son así.

—Pues es una moda de mierda.

—Si no te gusta mi presencia, vete a otra parte.

—Es lo que me propongo. Has ganado.

Enarco una ceja al no comprender a qué se refiere. Su rostro no refleja ninguna emoción.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo que he ganado?

—Que me largo de esta puta casa y no pienso volver jamás.

—¿Te vas? —Frunzo el ceño y niego con la cabeza—. Pero mi padre…

—Vamos a divorciarnos. Tendríamos que haberlo hecho hace muchos años, pero fui tan estúpida que seguí conservando la esperanza de que se enamorase de mí.

—Lo siento.

—¿Tú qué vas a sentirlo? Ya eres la dueña y señora de la casa Barone. Enhorabuena. Tu madre finalmente consiguió lo que se propuso. No quiero volver a saber nada de vuestro puto apellido. Si no me largo a otro continente, es por mis hijos.

Me ha dejado muda.

Siempre me extrañó que no hubiese ninguna interacción entre mi padre y su esposa, pues seguían siendo un matrimonio, pero nunca

imaginé que las cosas entre ellos estuvieran tan mal.

—No tienes que irte —digo con voz suave—. Yo nunca he querido echarte, solo… estaba aquí por mi familia. Me habría encantado que hubiésemos tenido una relación cordial, Vittoria. Pero nunca lo permitiste.

—Agradéceselo a tu padre. —Se cruza de brazos.

—En serio, no tienes que irte. La que se va soy yo.

—¿Te vas? —Ahora sí parece sorprendida—. ¿Por qué? Los tenías a todos comiendo de tu mano.

—Es complicado. Yo… tengo que regresar a Roma.

—¿Y vas a abandonar a mi sobrino?

El corazón se me acelera al escuchar esta última pregunta.

—¿Q-qué?

—¿Adriano y tú os habéis peleado?

Se me corta la respiración.

—¿Cómo sabes que …?

—¿Que estabais liados? —Resopla y pone los ojos en blanco—. ¿Crees que soy estúpida, niña? Era tan evidente que lo único que me extraña es que tu padre siga creyendo que simplemente os llevabais bien. Solo os faltó meteros mano delante de nosotros.

—Fuimos cuidadosos.

—En tu mente, quizá. —Se ríe—. Déjame decirte que era un secreto a voces.

—¿Lo… lo sabe alguien más?

—Supongo. No lo sé. Y me da igual. —Me mira con desprecio—. Pero has demostrado que, además de su imagen, has heredado el carácter robahombres de tu madre.

—No sabía que estaba prometido cuando lo conocí.

—Ahora lo sabes.

—Por eso me voy —admito por fin ante alguien—. Lo nuestro se ha terminado. Yo no soy así.

—Haces bien. No consientas que otra mujer pase por lo mismo que yo, Giulia. Una traición así es imposible de superar. Te destroza la vida.

Asiento con la cabeza y, aunque me jode admitirlo, entiendo el dolor de Vittoria. No fue culpa mía, no tuve nada que ver, pero mi

presencia en el *palazzo* ha sido para ella un continuo recordatorio del engaño que sufrió por parte de su propio marido.

—¿Puedo pedirte un favor? —pregunto con un hilo de voz.

—Prueba, pero no te aseguro nada.

—¿Podrías no hablar de esto con nadie? No quiero que las cosas se compliquen más. —Trago saliva antes de continuar, notando un nudo enorme en el pecho—. Adriano se va a casar y lo nuestro ha terminado. Sería estúpido remover algo que ya no existe. Lo que teníamos acabó para siempre.

32

3 de agosto
Tres semanas después

Adriano

Echo el cuerpo hacia atrás después de esnifar otra raya y me reclino en el sofá, donde llevo sentado desde que llegamos.

Hemos pasado toda la noche sin dormir, de fiesta, de un tugurio a otro. Mezclándonos con el gentío de las discotecas, deambulando por las calles desiertas de Bari hasta el amanecer. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que dormí más de cuatro horas seguidas desde que se marchó. Últimamente vivo a base de estimulantes y café, pero intentar hacer memoria me resulta imposible por la mezcla explosiva de cocaína y alcohol que llevo en el organismo.

No quiero seguir pensando. No quiero que la mente siga jodiéndome con recuerdos de ella. Con su imagen. Con sus sonrisas. Estoy en la mierda desde que se largó, llegando a un punto en que ni las drogas logran adormecerme lo suficiente para no echarla de menos.

—¿No tienes nada más fuerte? —digo cuando vuelvo a abrir los ojos.

—Eh, tranquilo, Barone. Queremos divertirnos, no acabar en el hospital con una sobredosis, ¿de acuerdo? —responde Dante Marino tras esnifar otra raya.

—Pero ¿tienes o no?

—Me estás llevando por el mal camino. —Lo escucho reír mientras niega con la cabeza.

—Cierra el puto pico.

—¿Sabes qué viene de puta madre para descargar tensiones y no es perjudicial para la salud?

—Sorpréndeme. —Resoplo.

—Follarte un culo prieto y calentito. Tendrías que haberme hecho caso cuando te aconsejé tirarte a esa morena de la discoteca. —Me guiña un ojo—. Su amigo, el que me llevé al baño, la chupaba de vicio.

—Paso de las mujeres.

—¿En serio? Pues habérmelo dicho y hubiésemos compartido al amigo.

—Sabes que no me van las pollas, Dante.

—Pues tú te lo pierdes. —Sonríe de oreja a oreja y termina con el contenido de su copa—. ¿Quieres otro trago?

—Sí, joder. Es lo más inteligente que has dicho desde que te conozco.

—Que te follen, gilipollas. —Pero sigue riéndose.

Pasar el tiempo con Dante es sencillo. Es el puto mejor compañero de juergas. Se limita a tirarse a todo lo que se mueve, a drogarse y no hace preguntas incómodas. Cosa que me viene de vicio, pues todo el maldito mundo ha decidido meter las narices en mi vida.

Menos ella.

La única persona a la que se lo permitiría no quiere saber nada de mí. Se largó. Me dejó tirado y no he vuelto a tener noticias suyas. Lo peor de todo es que no puedo culparla. Estuve furioso con Giulia la primera semana tras su marcha, pero ahora… Joder, ahora daría cualquier cosa por volver a verla. Haría lo que fuera.

—¡Puaj, vaya dos putos deshechos!

La repentina voz de Ginevra nos hace girar la cabeza hacia la puerta del reservado, por donde acaban de entrar ella y Stella, quien frunce el ceño, preocupada, al verme en este estado.

—¿Qué hay, Farnese? —la saluda Dante con su mejor sonrisa—. ¿Te lo has pensado mejor y has venido a abrirte de piernas para mí?

—No, he venido para pegarte un tiro en la polla y que nunca te multipliques. —Se deja caer al lado de Dante y le roba el cóctel para dar un trago—. Habéis empezado con la fiesta desde bien pronto.

—No, ricura. Más bien seguimos de fiesta desde anoche.

—¿Estáis de coña? —se inmiscuye Stella, tomando asiento a mi lado—. Adriano, ¿es eso verdad?

—¿Ahora eres mi maldita madre para controlar lo que hago?

—¡Soy tu amiga, joder! ¡Me preocupo por ti! ¡Y desde que Giulia se fue, tú…!

—¡No la nombres! —gruño entre dientes—. ¡No digas su puto nombre nunca más!

—¿Estás amargado, Barone? —Se ríe Ginevra, lanzándome su paquete de tabaco—. Toma, no te olvides de alimentar a tu futuro cáncer de pulmón.

Le sonrío mientras saco un cigarro y me lo pongo en la boca.

—Tú sí que molas, Farnese.

—¿Por qué? ¿Porque te ríe las gracias y no te dice lo que piensa? —continúa Stella con dureza.

—¿Y qué se supone que piensa? —Miro directamente a Ginevra—. Venga, Farnese, ¿es eso cierto? ¿Qué piensas de mí?

—Que eres patético —suelta sin más—. Y que es divertido ver cómo te autodestruyes por una mujer porque no tienes huevos de ir a buscarla.

—No tenéis ni puta idea de mi vida ni de la vida de Giulia, así que cierra el maldito pico.

—Ahora dirás que me equivoco.

—¡Pues sí, te equivocas, hostia! ¿Crees que no lo he intentado? ¿Piensas que no intento ponerme en contacto con ella cada jodido día? ¿Piensas que es fácil para mí respetar su decisión y no ir a buscarla? —Doy un puñetazo sobre la mesa—. Si por mí fuera, ella estaría aquí, Ginevra, aunque me odiase el resto de su vida.

—Ay, Drio —suspira Stella, mirándome con pena.

—Hoy es su puto cumpleaños —continúo—. Y en vez de estar con ella, me encuentro sentado en la sala VIP de un sucio casino, drogado hasta las cejas, para no mandarlo todo a tomar por culo y presentarme en su casa.

—Deberías ir —añade Ginevra como si nada.

—Farnese, cómo te gusta ver el mundo arder, hija de puta —comenta Dante sin aguantar la sonrisa.

Stella no les hace caso. Tiene la mirada fija en mí, en mi lamentable aspecto. Creo que es la primera vez que me siento tan mal por dentro como por fuera.

—Drio, ¿por qué no vas a buscarla? —pregunta al fin.

—Yo también tengo orgullo, ¿sabes? Lo intenté todo. Le ofrecí todo lo que tengo. Mi puto corazón. Y aun así se largó.

—El orgullo no es un buen compañero de vida.

—Entonces, reza por mí porque voy a necesitarlo.

—¡No digas gilipolleces!

—¡Pues deja de meter las narices donde no te llaman!

Stella se pasa una mano por la frente y resopla al darse cuenta de que es una batalla perdida. Me arrebata el cigarro de la mano y le da una calada de mala gana.

—Mira, haz lo que te salga de los huevos, ¿vale? Si quieres seguir autodestruyéndote, adelante, pero más te vale estar presentable mañana. Tenemos una reunión para hablar sobre la boda.

—Estoy hasta los huevos de esa boda.

—¿Sí? Pues entonces podemos darnos la mano —sentencia ella, cruzándose de brazos.

—Lo digo en serio, Valenti. No aguanto más. ¡Estoy cansado de fingir todo el maldito tiempo! ¡Ninguno de los dos queremos esto! ¡Paso de esta mierda!

—Drio…

—¡A tomar por culo, joder!

—¡Drio! —Cuando la miro al fin, Stella me observa con los ojos muy abiertos—. ¿Eso significa lo que yo creo?

—Es posible.

—¿Vas a… romper el acuerdo?

—Bingo —respondo con rotundidad.

—Sabes que es una locura, ¿verdad? ¡Pueden echarte de tu *crimine*! ¡Perderás la confianza de todos! ¡Te quedarás solo, Adriano!

—A estas alturas, me importa una mierda. Lo que tenga que ser, será. Lo único que quiero es terminar con esto.

◆ ◆ ◆

La mañana siguiente, llego a la casa Barone poco después de amanecer, justo cuando la familia se reúne en el salón para desayunar. Es la primera vez que piso el *palazzo* desde que Giulia se fue. Y parece que la veo en cada puto rincón.

Me largué de vuelta a mi hogar un par de horas después de su marcha. No di explicaciones, ni siquiera me molesté en contestarle a mi madre cuando me preguntó si ya habían acabado las supuestas obras por las que me mudé al *palazzo*. Cogí mis cosas y me marché. Al menos en mi casa no tengo recuerdos con ella. Ni percibo su olor cada vez que paso frente a su dormitorio.

Una vez llego al salón, descubro que todos están aquí. No falta nadie, a excepción de mi tía Vittoria y de mi *tentazione*. Ambas se marcharon el mismo día.

—¡Adriano, hijo! ¡Ven con nosotros, siéntate! —exclama mi madre nada más descubrir que estoy aquí. Pero es ella la que viene a mi encuentro y me abraza fuerte—. Llevas tres semanas sin aparecer por el *palazzo*. ¿Qué pasa?

—Nada, mamá.

—No tienes buen aspecto. Estás más delgado y con ojeras.

—Todo está bien, no te preocupes —miento para que se tranquilice y deje de hacer preguntas.

—Ven aquí, chico —me anima mi padrino, señalando la silla que se encuentra frente a la suya—. Ya que estás en casa, podemos hablar sobre la reunión con Antonio Valenti mientras desayunamos.

Tomo asiento en silencio y mi primo Fabio, que se encuentra en la silla de al lado, me palmea el hombro. También está mi *nonna*, que me sonríe desde el otro extremo de la mesa.

—¿Te quedarás a comer hoy, Drio? Voy a preparar *ossobuco*.

—No sé si podré.

—Oh, pues claro que puedes —responde ella convencida—. Llevas mucho tiempo sin venir a cocinar conmigo y…

Mi abuela deja de hablar cuando un fuerte pitido proveniente de su bolsillo la sobresalta. De él saca un teléfono que le entrega a mi padre. Es la primera vez que lo veo.

—Ettore, mira a ver este trasto.

Aprieto los labios para no sonreír. Hasta donde yo recuerdo, nunca ha tenido móvil.

—Es Giulia, *mamma* —dice él tras desbloquear la pantalla. El corazón se me para en el mismo momento en que escucho su nombre—. Te desea buenos días y pregunta qué tal estás.

—¡Ay, mi pequeña! —Aplaude feliz antes de palmear el brazo de mi padre—. Haz que esa porquería haga un vídeo. Quiero saludarla. Grábame.

—Yo hablé con ella hace dos días —comenta mi madre como si nada—. Me dijo que nos echaba de menos.

—A mí me escribió anoche —añade Teo con una gran sonrisa—. Se interesó en si estábamos bien.

Giulia sigue en contacto con toda la familia, menos conmigo. Estoy haciendo de tripas corazón para no arrebatarles el teléfono y apuntarme su nuevo número. Necesito escuchar su voz, aunque solo sea unos segundos. Me he vuelto un yonqui de todo lo que tiene que ver con Giulia Fabbri y ella no quiere saber nada más de mí.

—Bien, mientras la *mamma* habla con ella, empecemos con lo importante —se inmiscuye mi tío Riccardo tras dar el último sorbo a su café—. Los Valenti llegarán en una hora al *palazzo*.

—¿Qué quiere ahora Antonio? —se interesa mi madre, apoyando la barbilla sobre una mano.

—Viene a hablar sobre el cáterin de la boda de Adriano y Stella, de las flores y del viaje de luna de miel.

—Mmm… ¿y eso no deberían elegirlo los novios? —se inmiscuye mi padre tras terminar de grabar a mi *nonna* y enviarle a Giulia el vídeo.

—Ettore, hermano, parece mentira que no conozcas a Antonio. Es el hombre más controlador del jodido mundo.

—Pues en eso estoy de acuerdo con mi marido. Es cosa de Stella y de mi hijo.

Mi padrino frunce el ceño y me mira con curiosidad.

—¿Tú qué dices, Drio? ¿Convencemos a Antonio para que os deje elegir todo lo relacionado con…?

—No voy a casarme con ella —lo interrumpo con voz grave antes de que termine de hablar.

Se hace un hondo silencio en el salón cuando todos escuchan mi respuesta. Incluso Alessandro ha dejado de comer y me mira boquiabierto con el tenedor a un palmo del rostro. Riccardo parpadea varias veces, sin apartar los ojos de mi cara, y niega con la cabeza, dudando de si ha escuchado bien.

—¿Cómo dices?

—Que no voy a casarme con Stella, tío.

—Pero hijo… —salta mi madre contrariada.

—¿Cómo que no te casas con ella? ¿Qué tontería es esa? —habla mi padrino sin tomarse en serio lo que acabo de decir—. Si no os apetece elegir nada pues nosotros lo haremos y…

—¡No va a haber boda!

—¡Claro que va a haber boda! ¡Lleváis prometidos siete años!

—Pues se terminó.

—Adriano, ¿qué demonios estás diciendo? —me interroga mi padre con el semblante tenso.

—¿Quieres que vuelva a repetirlo, papá? ¿De verdad no te has enterado?

—Lo prometiste, diste tu palabra, y una promesa no debe ser incumplida.

—No puedes traicionar a tu familia de esta forma, Drio —me presiona mi padrino con sequedad—. Diste tu palabra frente a los Valenti.

—Pues la retiraré.

—¡Por el amor de Dios, Adriano! —grita mi padre, dando un golpe sobre la mesa—. ¡No vamos a faltar a nuestra palabra!

—No os estoy pidiendo permiso —gruño, mirándolos a todos con hostilidad.

—¡Si te atreves a hacerlo, nadie del negocio volverá a confiar en ti! ¡Serás un paria, alguien que no es de fiar! —Mi padrino niega con la cabeza—. Esa boda se celebrará.

—¡¿Es que estáis todos sordos, maldita sea?! —estallo, levantándome como un resorte de mi silla, logrando que se vuelque. Apoyo las manos sobre la mesa y me inclino hacia adelante con actitud desafiante—. ¡No! ¡Hay! ¡Boda!

—¡Pero ¿qué demonios te ocurre?! ¡Siempre has sido leal al *crimine*! ¡Eras de mis mejores hombres, Drio!

—¡Mi implicación en cuanto al negocio no ha cambiado, puedes contar conmigo para lo que necesites, pero en esto no cambiaré de opinión! ¡No cuando no es lo que quiero!

—¿Por qué? —insiste mi padre, mirándome como si me hubiesen salido dos jodidas cabezas del cuello—. ¡Tú mismo aceptaste casarte con ella! ¡Nunca te has quejado, parecías conforme, maldita sea, cooperabas en todo!

—Ya no puedo hacerlo.

—¿Cuál es el motivo?

—Estoy enamorado de otra mujer.

Mi madre se lleva la mano a la boca y me contempla con ojos brillantes. Aunque no sé si de emoción o decepción. Mis primos y mi hermano no han dicho nada desde que comenzó la discusión y la *nonna* parece impasible. Solo mira, observa y calla.

—En este mundo el amor es secundario, Drio —añade mi padrino con la voz algo más calmada—. Pensaba que ya lo sabrías a estas alturas.

—Yo también pensaba que era así. Hasta que la conocí.

—¿A quién? ¿Quién es esa mujer por la que estás a punto de joderte la vida?

Lleno de aire los pulmones y lo miro de frente.

—Giulia.

—¿Qué Giulia?

—¡Tu hija! ¡Giulia Fabbri! ¿A qué otra Giulia conocemos?

—¿Mi… *bambina*?

—¡Estoy enamorado de ella!

—¡Lo sabía, coño! —salta Teodoro, dando un puñetazo al aire, satisfecho por su poder de deducción—. ¡Te lo dije, Adriano, te dije que veía demasiada complicidad entre Giulia y tú! ¡Dios, qué puta mente tengo!

—Teo, hijo, no hiperventiles. Lo sabíamos todos —resopla mi madre, dejándome boquiabierto a mí esta vez.

—¿Lo sabías, mamá?

—Pues claro. ¿De verdad piensas que me chupo el dedo? Soy tu madre. Además, Giulia y tú disimulabais muy mal.

—Sobre todo fue muy evidente en la fiesta de los Valenti —se inmiscuye mi *nonna*, que habla por fin.

—¿Tú también?

—Adriano, cariño, os vi discutir y luego besaros en el baño.

—Pero estábamos solos.

—No tan solos.

—¿Cómo que besaros? —truena mi tío Riccardo, dando otro golpe sobre la mesa—. ¿Con mi pequeña? ¿Has besado a mi hija?

—Sí.

—¿A mi Giulia?

—La niña no tiene cinco años, Riccardo. —Mi *nonna* pone los ojos en blanco.

—¡Pero son primos, *mamma*! ¡Es mi hija, joder, y mi sobrino! ¡Adriano, ¿qué demonios has hecho?!

—¡Drio, que tenéis la misma sangre! —dice mi padre con los ojos muy abiertos.

—Cuando nos conocimos, ninguno de los dos sabíamos quién era el otro en realidad.

—¿Os habíais visto antes? ¿Cuándo?

—En Nápoles. Cuando fui a negociar con Ricci el precio del cargamento de armas de los griegos. Giulia estaba en la ciudad con Siena; la descubrí en la Galería Umberto.

—Mis abuelos eran primos —salta mi *nonna* con una suave sonrisa en los labios.

—¡Ahora no, *mamma*! ¡Esto es grave, maldita sea! —exclama mi padrino, frotándose la frente con una mano. Luego me mira con gesto iracundo y me señala con el dedo índice—. ¡No te vuelvas a acercar a mi hija!

—¡Riccardo! —Mi madre se levanta de su silla y lo encara—. ¡Te recuerdo que ese a quien estás gritándole también es mi hijo!

—Raffaella, no te metas —se inmiscuye mi padre.

—¡Me meto porque no voy a permitir que nadie trate a Drio como si fuera un criminal cuando lo único que ha hecho ha sido enamorarse!

—No pasa nada, mamá. —Le hago una señal con la mano para que se tranquilice—. Esperaba esta reacción.

—¿La esperabas? —salta Riccardo entre dientes—. ¡Pues entonces te lo repito! ¡No te vuelvas a acercar a Giulia!

Sonrío entre dientes y ladeo la cabeza sin dejarme achantar.

—No te equivoques, padrino. Si no me acerco a Giulia es porque ella no me quiere a su lado, y no porque tú me lo ordenes. Si por mí fuera, me la habría llevado lejos de toda esta mierda, donde nadie nos conociera. Lo habría dejado todo atrás. Así que, no. No me casaré con Stella Valenti por mucho que insistáis o me amenacéis con expulsarme del *crimine*. Porque si tengo que elegir entre Giulia y un puto negocio familiar, podéis estar seguros de que siempre la preferiré, aunque ella no me haya elegido a mí.

33

Roma
10 de agosto

Giulia

—¿De verdad vas a estar bien?

—Sí, no te preocupes.

—Puedo quedarme contigo y hacerte compañía.

Niego con la cabeza una vez más y le doy un abrazo de despedida a Siena cuando llegamos a mi portal.

Como cada jueves, hemos quedado para vernos. Es un ritual al que nunca faltamos, por muy jodidas y tristes que estemos, como es mi caso. Porque, la verdad, me siento tan mal que apenas me he acabado la primera copa.

Desde que regresé a Roma, no levanto cabeza.

Tengo los malditos ánimos por los suelos y, por más que me repito que saldré de esta, que el dolor no durará para siempre, me siento fatal.

Lo único que me apetece es quedarme en casa y lamentarme por todo lo ocurrido con él. Por mucho que me repito que estoy haciendo lo correcto, no puedo borrar lo vivido a su lado. Esa plenitud que sentía cuando Adriano estaba conmigo.

Solo salgo a la calle si no me queda más remedio. Aunque me empeñe, se me acaban las excusas para seguir tirada en el sofá con el pijama manchado de helado de chocolate.

Los recuerdos me taladran el corazón sin que pueda evitarlo. Cuando lo imagino follándome de ese modo salvaje, pidiéndome que me quede con él. Pero, sobre todo, cuando lo imagino aquí, conmigo, en casa. En el mismo sofá donde lo hicimos por primera

vez, donde tonteamos, comimos, hablamos. Donde empecé a enamorarme de él.

Sé que mi decisión de marcharme de Bari fue acertada. Jamás podría ser su amante, aunque acabe retorciéndome de dolor por haberlo perdido. Yo merezco mucho más, y compartir con otra mujer al hombre que quiero no es una opción.

—No hace falta, Siena, de verdad. Estoy bien —respondo al fin, intentando sonar convincente. Pero ni estoy bien ni me apetece pasarme otra noche llorando como una gilipollas por algo que nunca podrá ser. Finjo una sonrisa que no me llega a los ojos y le palmeo el brazo a mi amiga, que sigue mirándome con la duda de si cancelar su cita y acompañarme—. Ni de coña vas a darle plantón a ese morenazo del que llevas hablándome desde hace días.

—Giulietta, eso da igual. Si no me lo follo hoy, ya me lo follaré otro día. Es un polvo asegurado. —Me estrecha las manos—. Lo primero eres tú. Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Lo sé.

—No me gusta verte tan triste.

—Se me pasará, es cuestión de tiempo.

—Eso dijiste hace un mes, y cada vez te veo peor.

—Es parte del duelo. La semana que viene estaré repuesta, te doy mi palabra. —Fuerzo una última sonrisa.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Mmm…, vale, elijo creerte. —Suspira y me besa en la mejilla—. Me voy a mi cita, pero si en algún momento te agobias y quieres que venga, llámame.

Cierro la puerta de casa una vez Siena desaparece al girar la esquina y me apoyo en la madera con la mirada puesta en mis sandalias.

Llevo sin comer nada desde esta mañana y me siento un poco mareada por la copa que ni siquiera me he terminado. Quizá Siena tenía razón y no ha sido buena idea quedarme sola; en momentos de debilidad suelo cometer gilipolleces. Y ahora mismo me encantaría cometer el peor error de todos.

Miro las notificaciones de mi teléfono, sabiendo que no hay ninguna de Adriano. ¿Cómo va a haberlas si ni siquiera tiene mi nuevo número? Dejé el móvil que me regaló junto a la tarjeta SIM antigua en la puerta de su dormitorio. Me encargué de hacerle saber que no quería que me localizase.

Ha respetado mi decisión. Ni siquiera lo ha intentado. Creo que, en el fondo, tenía la esperanza de que tratase de volver a ponerse en contacto conmigo.

Soy imbécil y me gusta mortificarme, ya lo sé.

A pesar de que lo mejor para mí es dejar de verlo y olvidarme de que existe, no hago más que llamar a mi *nonna*, a mi tía Raffaella, a mis hermanos, con el anhelo de que él esté con ellos y se ponga alguna vez al teléfono. Permanezco atenta a cada voz de fondo en las llamadas, a cada Barone que aparece en los vídeos que me manda mi abuela, pero nunca es Adriano.

Quizá, finalmente, haya decidido que no merece la pena seguir insistiendo. Le repetí tantas veces que lo mejor era estar separados que habrá decidido pasar página. Algo que, por lo visto, yo soy incapaz de hacer.

¿Por qué va a seguir pensando en mí cuando puede conseguir a la mujer que le dé la gana? ¿Qué tengo yo de especial que no tengan otras?

Suelto un hondo suspiro y camino hacia el salón, donde todo sigue en absoluto silencio. Estoy empezando a aborrecer esta tranquilidad. Quizá me vendría bien dejar una temporada mi apartamento y volver con mis tíos hasta que deje de sentir que los pedazos de mi corazón me desgarran el pecho cada vez que su imagen aparece en mi mente.

—Estás tan jodida como él, ¿verdad?

Me pongo en guardia cuando una repentina voz emerge desde el fondo de mi salón. Una voz femenina, musical y grave que reconozco a la perfección.

Al levantar la mirada, descubro a Stella Valenti con la cadera apoyada en el respaldo del sofá y los brazos cruzados sobre el pecho. Va vestida con unos tejanos negros que se amoldan

perfectamente a sus curvas, el cabello recogido en una coleta alta y el rostro maquillado con delicadeza.

Durante unos segundos, trato de averiguar si realmente está aquí o es mi mente la que me hace delirar.

—¿Stella? —Frunzo el ceño y doy un paso en su dirección—. ¿De verdad eres tú?

—Oh, Dios, no me jodas. Dime que no has estado drogándote también para paliar el dolor.

—¿Drogándome? ¿Yo? —Niego con la cabeza, confusa—. Nunca lo he hecho.

—Bien, al menos hay alguien cabal en vuestra relación.

—Te juro que no entiendo lo que estás diciendo. Ni siquiera entiendo cómo has entrado en mi casa.

—Eso es lo de menos. —Se acerca a mí con el semblante serio y se detiene a menos de un metro—. Lo realmente importante, y por lo que he venido, es porque tienes que volver con Adriano.

Su respuesta me deja muda unos segundos. Me abrazo a mí misma cuando el dolor regresa a mi pecho.

—No puedo, Stella.

—Claro que puedes. Y lo vas a hacer antes de que ese estúpido se autodestruya.

—¿A qué te refieres? ¿Eso de las drogas iba por él?

—Se ha convertido en un puto kamikaze —asiente—. Jamás lo había visto así. Le da igual todo, Giulia. Todo, menos tú.

Los ojos se me llenan de lágrimas al tiempo que niego con la cabeza.

—No puedo. No puedo volver con él. Si lo hiciera, me odiaría a mí misma. Vais a casaros y…

—Ya no hay boda —me interrumpe, dejándome a mitad de la frase—. Se suspendió hace una semana.

—¿Q-qué? ¿Por qué?

—Drio se enfrentó a tu padre y le dijo que no iba a casarse conmigo porque estaba enamorado de ti.

Se me eriza la piel de la espalda tras su confesión. Tengo que apoyarme en la pared, pues la adrenalina hace que todo empiece a

dar vueltas a mi alrededor. ¿Esto es verdad? ¿No estoy soñando? ¿Adriano ha suspendido la boda?

—¿No os vais a casar?

—Se lo ha jugado todo por estar contigo. —El torrente de energía que me recorre de arriba abajo logra que una tímida sonrisa aparezca en mis labios. La desdicha comienza a esfumarse de mi pecho y deja lugar para la esperanza—. Es lo más loco y estúpido que ha hecho nunca Drio. Él te quiere.

—Yo también lo quiero. Joder, lo quiero muchísimo. Estoy destrozada con esta situación. —Me llevo una mano al pecho y jadeo, embargada por una gran emoción—. ¡Dios, no va a casarse! —Podría saltar, gritar, dar vueltas. Sin embargo, no lo hago, pues algo no cuadra. Mi atención regresa de nuevo a Stella—. ¿Dónde está? ¿Dónde está Adriano? Si suspendió la boda hace una semana, ¿por qué no me ha buscado?

—Cariño, él también tiene orgullo, ¿sabes? Se ha arrastrado tanto por ti que me extraña que no tenga cayos en las rodillas. Lo dejaste, Giulia. Aunque te lo pidió por activa y por pasiva, te largaste y lo abandonaste; le prohibiste que volviera a acercarse a ti, cambiaste de número de teléfono… ¿Y aún preguntas por qué no te busca?

—No, es que… Yo solo intentaba protegerme. Necesitaba olvidarlo. ¡Iba a casarse contigo, maldita sea!

Stella niega con la cabeza y chasquea la lengua contra los dientes al ver que no sé cómo actuar.

—En serio, espero no enamorarme nunca. El amor solo trae problemas y debilidad. Estáis ciegos. —Se mete la mano en el bolsillo de sus tejanos y saca el móvil—. Toma. Habla con él y haz que entre en razón antes de que sea tarde y le metan un puto disparo en la cabeza por psicópata.

Cojo el teléfono, pero en vez de marcar, sigo mirándola con un presentimiento raro en la boca del estómago.

—¿A qué te refieres? ¿Qué quieres decir con eso?

—Desde que te fuiste de Bari, se ha propuesto inmolarse. Y esta noche tiene la intención de conseguirlo.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas el nombre de un tal Nero Moretti?

—Sus hombres fueron los que hirieron a Adriano y a mi hermano.

—Exacto. Pues hace unos días vuestra familia ideó un plan para matar a los Moretti y así cobrarse la venganza que merecen. —Suspira—. Giulia, Adriano nos dijo ayer en el club que se había ofrecido de señuelo para atraer a los hombres de Nero.

—Señuelo —repito con un nudo enorme en la garganta.

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Si se produce un enfrentamiento, las primeras balas irán directas a él. Y conociendo a ambas familias, no será un encuentro pacífico.

El corazón me da un vuelco al imaginar a Adriano en medio de una lluvia de balas. No puedo respirar, joder. Si algo malo le sucediese, me moriría, maldita sea. ¿Cómo vivir sin él? ¿En un mundo donde ya no exista?

Las manos me tiemblan tanto que el teléfono de Stella casi se me resbala de entre los dedos, pero, aunque el miedo comienza a retorcerse en mi estómago, no dejo que me venza. Miro la pantalla, donde aparece su número en la lista de contactos y pulso su nombre antes de llevarme el aparato al oído, esperando escuchar su voz.

Voy de un lado a otro en silencio, esperando una respuesta que no llega. Marcando una y otra vez, insistiendo.

—¡No lo coge! —Pulso una vez más—. ¡Adriano, responde al teléfono!

—Piensa que soy yo. ¡Mierda! —Stella da un golpe en la pared—. Llevo tres putos días intentando convencerlo para que no cometa ninguna estupidez, pero no ha querido escucharme. Por eso estoy aquí, Giulia. Ya no sabía qué más hacer.

—Lo llamaré con mi propio teléfono. —Saco mi móvil e insisto. Lo llamo tantas veces que los minutos vuelan, pero él sigue sin contestar—. ¡Adriano, joder!

—Debe creer que sigo siendo yo.

—Pues insistiré hasta que se canse y conteste. —Pulso de nuevo sobre su número y, antes de dar señal, la llamada se corta de improviso. La operadora me avisa de que el teléfono está apagado —. ¡No! ¡No, no!

—¿Qué pasa?

—¡Lo ha apagado! —Hiperventilo al darme cuenta de que no puedo localizarlo—. ¡Contesta, Adriano! ¡Contesta!

Desesperada, abro la aplicación de chats y comienzo a escribirle:

Giulia
Adriano, soy yo.

Giulia
Te quiero.

Giulia
Por favor, ven a Roma esta noche.

Giulia
Tenemos mucho de lo que hablar.

Giulia
Perdóname, no debí marcharme así. Te echo muchísimo de menos.

Giulia
Contesta, por favor.

Giulia
¡Adriano, contesta!

Ninguno de mis mensajes llega a marcarse con el doble *check*. Su teléfono sigue apagado y no hay forma de localizarlo. Una lágrima resbala por mi mejilla debido a la desesperación, al miedo de no poder detenerlo antes de que vaya al encuentro de Nero Moretti.

—¡No responde, Stella!

—¡Mierda! ¡El maldito Drio Barone va a ponerlo difícil hasta el final!

—¿Sabes a qué hora y en qué lugar tienen planeada la emboscada a Moretti?

—A las dos de la madrugada en el muelle de Bari —responde con solemnidad.

—¿Cuándo llegaríamos si condujese a toda hostia hasta allí?

—A las dos, Giulia. Es imposible llegar antes.

—¡Pues vamos! —Tiro de su mano hacia fuera de mi apartamento —. No hay tiempo que perder. Tengo que impedir que ponga su vida

en peligro y decirle que lo amo con todo mi corazón.

Mientras yo conduzco, Stella intenta ponerse en contacto con los demás Barone, pero tampoco hay suerte.

¿Qué demonios ocurre? ¿Es que nadie va a coger el puto teléfono? Tanto silencio me pone aún más nerviosa. ¿Y si han adelantado la hora de la emboscada? ¿Y si Adriano está ahora mismo debatiéndose entre la vida y la muerte, tirado en el suelo de ese sucio muelle?

No quiero pensar más. Llevo sin dejar de llorar desde que salimos de Roma y necesito mantener la calma para no acabar estrellando el coche a mitad de camino.

El tiempo pasa lento. Cada jodido segundo se me antoja una eternidad, pero, cuando por fin llegamos a Bari, faltan diez minutos para las dos.

—Stella, ¿cómo llegamos al muelle?

—Sigue recto. La tercera calle antes del paseo marítimo a la derecha. —Mira su reloj de muñeca y da un golpecito al cristal de la ventanilla—. ¡Vamos a conseguirlo, Giulia!

—Espero que no hayan empezado.

—Tu padre es un jodido loco de la puntualidad. Estarán esperando a que el reloj marque la hora en punto. Y eso está de puta madre, porque Farnese y Marino también llegarán a tiempo.

—¿Los conozco?

—Todavía no, pero los conocerás —sonríe—. Pertenecen a la Sacra Corona Unita. Son amigos. Y unos hijos de puta de cuidado. Dante y Ginevra te caerán bien.

—¿Son pareja?

—Repite esa pregunta delante de ella si pretendes acabar dentro de una caja de pino antes de que termine la noche.

Si no estuviera tan nerviosa, seguro que me habría hecho gracia su respuesta, pero la ansiedad solo me deja hacer una mueca con los labios.

Acelero a fondo al coger una recta que lleva junto a una construcción de piedra situada en el puerto pesquero, ahora tan solitario que no se ve ni un alma a nuestro alrededor.

—¡Es allí! —señala Stella hacia el frente—. ¡Frena, lo que queda tenemos que hacerlo a pie!

Cuando bajamos del coche, me guía por uno de los laterales de la construcción. No es más que una nave antigua, visiblemente reformada, que lleva hacia el muelle, donde decenas de barcos permanecen amarrados firmemente con gruesas cuerdas.

Siento los pulmones ardiendo dentro del pecho. El nerviosismo y las ganas de llorar me oprimen de tal modo que aprieto los dientes para contener las lágrimas.

—¿Y ahora por dónde, Stella?

—Recto. —Corre a mi lado con la misma tensión que debe reflejar mi rostro. Pero entonces, de repente, me agarra del brazo y me detiene de golpe—. Espera, espera.

Su voz ha sonado susurrante.

—¿Qué pasa?

—Están allí. ¿Los ves?

Fuerzo la vista hacia el punto exacto que señala. Hacia un rincón donde predomina la oscuridad.

Entonces los reconozco.

Mi padre, mi tío Ettore y mis hermanos permanecen escondidos tras una hilera de contenedores de hierro desde los que se asoman de vez en cuando. Vigilan lo que ocurre unos metros por delante. De Adriano no hay ni rastro.

Ni siquiera me aseguro de que Stella me sigue; echo a correr hacia ellos con la desesperación reflejada en el rostro y un horrible presentimiento que no puedo evitar.

—¡Papá! —Todos se sobresaltan al escuchar mi voz a sus espaldas. Incluso veo a Fabio apuntarme con su arma hasta que me reconoce.

—¡Bambina! ¿Qué demonios…? —Mi padre me agarra con fuerza del codo y me obliga a esconderme con ellos tras el contenedor de hierro. Después me mira con ojos iracundos—. ¿Qué haces aquí? ¡Esto es peligroso, Giulia! ¿Cuándo has vuelto a Bari? ¡Pensaba que seguías en Roma!

—¿Dónde está?

Mi padre frunce el ceño.

—¿Quién?

—¡Adriano! ¿Dónde está?

—¡Eso ahora no importa, regresa al *palazzo* hasta que hayamos terminado!

—¡No! ¡Y una mierda! ¿Dónde coño está Adriano?

—Se ha adelantado. Se ofreció a ser el portavoz ante los Moretti.

—¿El portavoz o el señuelo? ¡Stella me ha contado lo que sucede! ¡No puedo creer que hayáis permitido que ponga su vida en peligro, joder! —Giro la cabeza y miro con hostilidad al hermano de mi padre —. ¡Tío Ettore! ¡Es tu hijo, maldita sea!

—¿Crees que pudimos hacer algo para impedirlo, Giulia? ¡Me opuse y no me escuchó! ¡Últimamente no obedece las putas órdenes de nadie!

—¡Tenemos que hacer que vuelva!

—Ahora es imposible, *principessa* —responde mi padre con voz grave—. Si delatamos nuestra posición, los hombres de Moretti nos atacarán.

—¡No podemos quedarnos de brazos cruzados!

—Adriano es el mejor tirador de la familia. Debemos tener esperanza.

—Esperanza —repito casi sin voz—. ¿Quieres que tenga esperanza cuando esos cabrones pueden matarlo?

—Aunque te empeñes, no podemos hacer nada.

—¿No? —Jadeo, negando con la cabeza, con el enfado refulgiendo en mis pupilas—. Pues yo creo que sí.

Doy un tirón al brazo por el que mi padre me tiene sujeta y echo a correr hacia Adriano, con los latidos del corazón retumbándome en los oídos y el terror de acabar muerta por los disparos de los Moretti.

—¡Giulia! —me llama mi padre con la voz temblorosa por el miedo. Pero no pienso regresar; no lo haré hasta que Adriano esté conmigo.

Sigo corriendo entre los contenedores metálicos del muelle, con la respiración acelerada y la desesperación reflejada en el rostro. A mi alrededor no se escucha el mínimo ruido. No hay ni un alma y la neblina del mar enturbia mi visión. Freno de repente cuando ante mí aparece un camino alternativo y no sé por cuál de los dos continuar.

Sin embargo, cuando voy a doblar a la derecha para seguir buscándolo, me veo arrastrada violentamente hacia el lado opuesto al ser agarrada del cuello con brutalidad.

El oxígeno abandona mis pulmones cuando mi espalda choca con uno de los contenedores. Ni siquiera puedo reaccionar antes de que la boca de una pistola acabe apoyada en mi sien. Una enorme presencia me acorrala entre el frío contenedor y su cuerpo.

Al levantar la vista, lo descubro frente a mí. Es Adriano el que me amenaza con su propia arma, pero lo que veo en sus ojos me aterra todavía más. Nada. Están vacíos, sin vida, como si su cuerpo fuera una cáscara carente de emociones. Su respiración es ruidosa, casi animal. No sé qué le ocurre, pero juraría que ni siquiera me ve.

—Adriano —susurro sin respiración, pues sus dedos aprietan mi cuello tan fuerte que acabará rompiéndomelo—. Adriano, mírame. Soy yo. Giulia.

Cuando escucha mi voz, parpadea varias veces con el ceño fruncido, pero la presión del arma en mi cabeza no disminuye.

—¡Soy yo, soy yo! ¡Por favor!

—Giulia —susurra con voz fría y ojos amenazadores. No sé qué le pasa, pero este no es mi Adriano. Parece… ido.

—Eh, estoy aquí, mírame. —Levanto el brazo despacio y le acaricio la mejilla—. Estoy aquí, ¿vale?

Al darse cuenta de que está asfixiándome, aparta la mano de mi cuello y la pistola de mi sien. En sus ojos veo el horror por lo que ha estado a punto de hacer. Tiene la mirada brumosa. Hay algo en él que no está bien.

—Giulia… —repite mientras una suave sonrisa aparece en sus labios. Junta nuestras frentes y me rodea con fuerza por la cintura, levantándome del suelo.

—¿Qué has tomado? Adriano, ¿qué te has metido?

—De todo.

—Joder, ¿por qué?

—Es la única forma de lograr mantenerme alejado de ti. Estando en mi juicio, habría ido a buscarte hace mucho tiempo.

—¿Por qué no viniste? Stella me dijo que ya no hay boda.

—Me pediste distancia. Dijiste que, si de verdad te quería, te dejase ir.

—Pero no a costa de esto. —Una lágrima resbala por mi mejilla—. Te estás haciendo daño por mí. Ibas a poner tu vida en peligro frente a los Moretti.

—Cualquier cosa para dejar de pensar. —Se humedece los labios cuando me mira la boca. Quiere besarme, pero sigue respetando mi petición, así que no lo hace—. ¿Por qué has vuelto, Giulia?

—¿De verdad no lo sabes? He vuelto porque te quiero. —Cierro los ojos y rozo la punta de mi nariz con la suya—. Porque no vas a casarte. Y porque jamás me hubiera perdonado que te ocurriese algo por mi culpa.

—Intenté cumplir con mi promesa de casarme con Stella y ser un hombre de palabra. Lo intenté, *tentazione*. Pero ¿cómo voy a casarme con otra cuando mi mujer eres tú?

—Siento que tuvieras que pasar por esa mierda.

—Yo no. Es lo mejor que he hecho en mi puta vida.

—¿Te han expulsado del *crimine*?

—La familia me apoyó cuando le comuniqué mi decisión a Antonio Valenti y él me retiró su confianza. Tu padre dio la cara por mí.

—¿En serio? ¿No se opuso?

—Lo hizo, y mucho. Pero frente a los Valenti dimos imagen de unidad. —Siento sus manos en mis glúteos, pegándome a su cuerpo —. Tu padre me prohibió volver a acercarme a ti.

—Qué pena que esa decisión sea cosa mía y no suya.

—No sabes lo que estás haciendo, Giulia. —Niega con la cabeza con un anhelo tan desbordante que las bragas se me empapan de excitación—. Has cometido un gran error al volver a Bari.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—Porque ya no volveré a verte marchar. Voy a retenerte, joder. Puedo soportar que me odies, que me insultes, que me ataques, pero no dejaré que te vayas.

—Siento mucho privarte de la diversión de encerrarme, señor mafioso, porque no va a ser necesario. No tengo intención de irme a ninguna parte si no es contigo.

Adriano sonríe con un deseo que nos envuelve a ambos. Acerca tanto su rostro al mío que nuestras bocas se rozan mientras responde:

—Te esposaré a mi muñeca. Te ataré a mi cintura. Te encerraré en mi casa. Te haré tantos bebés que vivirás constantemente embarazada. —Me muerde los labios y gimo de puro placer—. Pero ahora no puedes quedarte aquí, Giulia. Es peligroso. No tendrías que haber venido.

—Pues vámonos.

—No puedo marcharme; me ofrecí a ser el señuelo para pillar a los Moretti.

—¡No! Nos vamos los dos.

—Te llevaré con tu padre y me esperarás en el *palazzo*.

—¡Adriano!

—Obedéceme de una maldita vez. Nero Moretti es un jodido asesino. No puedo perderte.

—¡Yo tampoco te perderé a ti! ¡No estás bien, te has drogado! No estás en tus plenas facultades para hacer esto.

—Ahora que te tengo conmigo, podría matar sin ayuda a un puto estadio de fútbol. Te acompañaré con tu padre y luego…

—¡Vaya, vaya! Pero ¿a quién tenemos aquí? —Una voz profunda y desgarrada interrumpe a Adriano antes de que termine la frase.

No sé quién es, pero, por la forma en que tensa su cuerpo contra el mío, intuyo que no es alguien de confianza.

Mis ojos coinciden con los de Adriano y lo que veo en ellos me pone muy nerviosa. En sus pupilas bulle la rabia, la determinación y la sed de sangre.

Da media vuelta, encarando al recién llegado sin dejar de cubrirme con su cuerpo, protegiéndome en todo momento. Después levanta la pistola en su dirección.

—Hola, Nero, ¿dando un paseo nocturno?

—No lo sé, dímelo tú, Barone. ¿Qué haces en mi territorio a estas horas?

—¿Desde cuándo el muelle es territorio de nadie? —pregunta con una chulería y una tensión palpables en su cuerpo. Me tiene sujeta

con la mano que no sostiene el arma y lo hace tan fuerte que, aunque quisiera, no podría soltarme.

Adriano se mueve ligeramente hacia la izquierda y veo al famoso Nero Moretti por primera vez.

Es un tipo de mediana edad, alto, corpulento, que viste con ropa elegante. Sus ojos son amenazantes y un espeso bigote negro cubre su labio superior.

No me gusta su sonrisa. Parece demasiado seguro de sí mismo, demasiado aterrador. Y lo peor de todo es que no está solo. Tras él hay seis hombres más armados hasta los dientes, que nos apuntan con sus pistolas esperando la orden de su jefe para acabar con nuestras vidas.

—El muelle es territorio de los Moretti desde que me sale de los huevos. Y no me has pedido permiso para pisar lo que es mío.

—Cómeme la polla, Nero.

—¿Yo? No, gracias; de eso ya se encarga la putita con la que te estabas magreando hace un momento.

—¡A mi mujer la respetas, hijo de perra! —truena Adriano, dando un paso hacia él, apuntándolo con su pistola a la frente—. A ella no la metas en esta mierda.

—¿Tu mujer? Barone, esta zorra no es Stella Valenti. —Nero Moretti levanta la mirada hacia mí y sonríe entre dientes—. Es la bastarda de Riccardo. ¿Ahora te follas a tu prima?

—¡Una puta palabra más y te reviento la cabeza de un balazo! —Amartilla su arma, avisando de que no es ningún farol.

—Eh, eh, chico, no te enfades. Si yo estuviera en tu lugar, haría lo mismo —se ríe—. Tiene que ser una delicia follarse su coñito prieto y joven. Quizá lo haga cuando os extermine a todos los Barone como si fuerais cucarachas.

Adriano ruge, perdiendo los nervios. Sin embargo, en vez de asustarse y pedir piedad, Nero se ríe y hace una suave señal a sus hombres, que levantan las armas y me apuntan directamente a mí, a la cabeza.

—Mátame, Barone. Vamos, hazlo. Pero, en cuanto aprietes el gatillo, tu puta vendrá al infierno conmigo.

—¡Ella no tiene nada que ver en esto! —exclama Adriano, intentando cubrirme de nuevo con su cuerpo, pero uno de sus hombres nos rodea y apoya la pistola en mi sien—. ¡Diles que la dejen en paz! ¿Quieres a los Barone? ¡Aquí estoy, hijo de puta! ¡Pero deja que ella se vaya!

—Mmm… no. Es más divertido así. Y ahora, si quieres que Giulia Barone siga respirando, dame tu arma.

—¡Es una inocente!

—¡Que me des tu maldita arma o le vuelo la cabeza! —chilla el otro, poniéndose rojo de ira.

La respiración de Adriano es tan rápida y ruidosa que se escucha por encima del sonido del mar. Todavía me cubre con su cuerpo, pero no sirve de mucho cuando tengo a uno de los Moretti apuntándome a la sien con su pistola.

Después de varios segundos en silencio, Adriano gira la cabeza hacia mí, resistiéndose a obedecer las exigencias de Nero, pero sus ojos reflejan el miedo a que puedan hacerme algo. Refulgen con una mezcla explosiva de ira y contención, pues sabe que un paso en falso podría significar la muerte.

A regañadientes, baja el arma de su frente y se la pone en la palma de la mano. Moretti la coge con satisfacción y nos mira a ambos con una hostilidad desbordante.

—Ya tienes mi pistola; ahora cumple con tu parte del trato y deja que Giulia se vaya.

—¿Trato? ¿De qué puto trato hablas? —Mira de reojo al pelirrojo que está apuntándome con el arma—. Sepárala de él.

—¡No, no! —grito cuando me rodea la cintura y me arrastra lejos de Adriano—. ¡Suéltame, cabrón de mierda!

—¡Nero! ¡Dile que no la toque! ¡Que no se le ocurra ponerle un dedo encima a mi mujer o lo despellejaré en cuanto tenga la mínima oportunidad!

—¡No estás en posición de exigir nada, así que cierra el maldito pico! —El pelirrojo me arrastra hasta que nos situamos tras Nero Moretti y vuelve a apuntarme a la cabeza con el arma—. Te creía más inteligente, Barone. Pensaba que me pondríais las cosas mucho más difíciles, pero esto ha sido un maldito juego de niños.

—Entonces, mátame y déjala libre.

—¡No, Adriano, no! —lloro desesperada al ver que ahora es Nero quien lo apunta a él con su pistola.

—Sabía que estaríais aquí esta noche. Y también sé que tu tío y los demás están escondidos por ahí. ¿Creías que ibais a engañarme? ¿Que podríais acabar con nosotros y quedaros con la propiedad del campo? ¡Y una mierda, Barone! ¡Y una jodida mierda! ¡Tuvisteis suerte de que mis hombres no os matasen en vuestro almacén la otra noche, pero hoy la suerte está de mi lado! ¡¿Me oyes, Riccardo?! —grita al aire para que mi padre lo escuche—. ¡No seas cobarde y sal de tu puto escondite si no quieres que masacre a tu bastarda y a tu sobrino!

—¡No salgas, papá! ¡No lo hagas! ¡No…! —El pelirrojo me golpea la cabeza con la culata de su arma y grito de dolor.

—¡Voy a reventarte, cabrón de mierda! —ruge Adriano, intentando llegar hasta mí; sin embargo, otro de los hombres de Nero le apoya la pistola en el pecho, obligándolo a frenar de golpe—. ¡Hijos de perra!

—¡No lo repetiré otra vez, Riccardo! —continúa Nero a pleno pulmón—. ¡Deja de esconderte y da la cara o me los cargo!

—Suelta a mi hija. —La voz de mi padre a nuestra espalda es tan serena y tranquila que cualquiera diría que nadie corre peligro de muerte—. Aquí estoy, Moretti. Es a mí a quien quieres.

Cuando giro la cabeza, ante nosotros aparece mi padre, que camina con elegancia hacia nuestra posición, seguido por el padre de Adriano y mis hermanos.

—Tirad las armas al suelo y levantad los brazos sobre vuestras cabezas —les ordena Nero, amenazante—. ¡Vamos! ¡Rapidito!

—Deja que se vayan, Nero. Arreglemos esto de hombre a hombre —intenta convencerlo mi padre—. Esto es entre tú y yo.

—Esto es entre familias. Y la tuya lleva jodiéndome el negocio mucho tiempo, pero eso se va a acabar. Cuando termine con todos vosotros, seré el que mande en Bari. ¡Seré el puto amo de la región!

—¡Eso será si me sale del coño, hijo de puta! —Una nueva voz se une a la conversación. Cuando todos miramos hacia la derecha,

vemos a una mujer rubia y joven, con una sonrisa macabra en los labios que me pone los pelos de punta.

Ni siquiera puedo reaccionar cuando el sonido de un disparo hace gritar al pelirrojo que me sostiene. Noto que su cabeza hace un brusco movimiento hacia atrás y cae al suelo muerto, arrastrándome con él.

—¡Un cabrón menos! ¡Nos debes medio gramo de coca, Barone! —exclama un hombre alto y moreno que acaba de aparecer junto a la rubia.

Entonces se desata la locura.

Adriano aprovecha el desconcierto para darle un cabezazo a Nero y arrebatarle su arma, mientras los demás toman posiciones y comienzan a disparar los unos contra los otros.

—¡Giulia, aquí! —Es Stella, que se arrastra hasta mí y me agarra del brazo, tirando de mi cuerpo para que me ponga a salvo de los disparos tras uno de los contenedores.

—¡Espera, espera, no puedo irme! ¡Adriano, mi padre, mis hermanos!

—¡Ellos estarán bien! ¡Somos nosotras quienes corremos peligro! ¡Vamos desarmadas!

—¡Pero…!

—¡Vamos, joder! ¡Farnese y Marino están con ellos! —Sigue arrastrándome hasta que consigue ponernos a salvo—. ¡Cúbrete la cabeza con los brazos!

Hago lo que me ordena, pero mi cuerpo empieza a zarandearse por el llanto y el terror de que algo malo pueda pasarles. Se escuchan gritos, puñetazos, disparos por doquier y la risa macabra de esa tal Ginevra Farnese.

Cierro los ojos con mucha fuerza y me pongo a rezar. Nunca he sido una persona especialmente devota, pero en estos momentos necesito que Dios nos eche un cable. Si algo malo les sucediera… Si algo le sucediera a Adriano, me muero, joder. Estoy aterrada.

Después de más de quince minutos de lucha, un último disparo resuena en nuestros oídos. Luego, silencio.

Stella y yo nos miramos a los ojos y nos levantamos del suelo a toda velocidad para ver qué ha pasado. ¿Por qué no habla nadie? No

me gusta una mierda este silencio.

Cuando salimos de detrás del contenedor, lo primero que encontramos son seis cuerpos ensangrentados a nuestros pies y decenas de casquillos de bala esparcidos por doquier.

—¿Estáis todos bien? —Es mi tío Ettore, que sale de un improvisado escondrijo tras un viejo bote pesquero y se limpia el polvo de su traje.

—A Alessandro le han disparado en el brazo; por lo demás, bien —contesta Fabio, presionando un trozo de la tela de su camiseta contra el antebrazo de nuestro hermano.

—¿Dónde está papá? —pregunta Alessandro, mirando hacia todos lados.

—Estoy aquí —responde él, apareciendo de repente acompañado por esa tal Ginevra Farnese y Dante Marino—. Los Barone estamos en deuda con vuestras familias.

—Para eso estamos los aliados —responde Dante, quitándole importancia—. Además, Farnese no se habría perdido la fiesta por nada del mundo.

La otra abre la boca para hablar; sin embargo, tras ellos vislumbro a otra persona que se lleva toda nuestra atención.

Es Adriano. Y sobre sus hombros carga un cadáver.

¡Es él! ¡Está bien! ¡Está vivo!

Al verlo sano y salvo, las piernas me tiemblan y un nudo de alivio me presiona la garganta. He pasado tanto miedo.

Tira el cuerpo sin vida al suelo y es entonces cuando todos reconocemos a Nero. Aunque la imagen de su rostro destrozado por los golpes me hace llevarme una mano a la boca.

—Aquí lo tienes, padrino —dice con un tono frío y calmado—. Este cabrón desgraciado no volverá a meterse en nuestros asuntos.

—Buen trabajo, Drio. —Le da una patada al cadáver—. Púdrete en el infierno, hijo de puta.

Mi padre comienza a hablar con Adriano y lo felicita por haber acabado con el capo de los Moretti; sin embargo, él apenas le presta atención. Sus ojos están puestos en mí. Desde la distancia. Me mira fijamente con un anhelo que me hace estremecer de arriba abajo.

—Disculpa, padrino —lo interrumpe de improviso, sin importarle los buenos modales ni la jerarquía del *crimine*.

Camina hacia donde me encuentro como si la vida le fuera en ello. Yo también lo hago; corro hacia él con una naciente sonrisa en los labios y nos abrazamos con fuerza cuando nuestros cuerpos colisionan.

Entonces me besa. Su boca me devora con esas ansias que hemos estado aguantando todo este tiempo separados. Me mete la lengua en la boca, poseyéndome, mordiéndome, marcándome a fuego. Y yo respondo con una intensidad arrolladora, rodeando su cuello con ambos brazos y pegándome tanto a él que siento contra mi pecho los furiosos latidos de su corazón.

—¿Estás bien, *tentazione*?

—¿Tú estás bien?

—Ahora mismo, de puta madre. —Sonríe contra mi boca y me devora una vez más, haciéndome gemir de puro placer—. Vámonos de aquí. Vamos a casa. Tenemos que recuperar este jodido mes de mierda.

—¡Drio! ¡Suéltala! —se inmiscuye mi padre con hostilidad. Camina hacia nosotros con los dientes apretados, fulminándolo con la mirada —. ¡Te advertí que no te acercases a ella, y tú…!

—¡No! —gruñe Adriano como única respuesta. Me abraza más fuerte contra su cuerpo.

—¡Giulia y tú no podéis…!

—¡He dicho que no!

—¡Es mi hija, maldita sea! ¡Tu prima!

—¡Es mi mujer! ¡Y mi mujer se viene conmigo! —le advierte con un tono gutural que no permite réplica. Entrelaza nuestras manos y tira de mí para separarme del resto—. Nos largamos de aquí.

—¡Yo soy el que manda, Adriano! ¡Debes obedecerme!

—En esto no, padrino. Con ella no hay negociación posible. Es mía y se viene a mi casa.

—¡Eso tendrá que decidirlo mi hija! ¡Ni siquiera sé si ella quiere esto o…!

—Sí que quiero, papá —respondo antes de que pueda terminar de hablar.

Adriano curva sus labios en una sonrisa enorme y me agarra la barbilla para comerme la boca ante todos. Luego mira por última vez a mi padre y asiente con la cabeza antes de marcharnos del muelle:

—Mi mujer ha hablado. Buenas noches a todos.

EPÍLOGO I

Giulia

Siempre me he considerado una persona cabal y muy racional en cuanto a las emociones se refiere. Pero eso, ahora mismo, con Adriano lamiéndome entre las piernas, es una tarea de lo más complicada. Mi cerebro acaba de explosionar tras mi tercer orgasmo.

Agito las caderas contra su rostro y le mojo la cara con mis fluidos; con los fluidos de ambos, pues tengo el coño rebosante de su semen después de haberse corrido dos veces dentro de mí y no haberme permitido levantarme de la cama para que no desperdiciase nada.

Y cuando digo que no me lo ha permitido, es en sentido literal, porque estoy esposada al cabecero desde que llegamos a su casa. Al lujoso chalé en el que vive desde que se independizó y se marchó del *palazzo*. Una enorme construcción situada frente al Adriático, en el extremo noreste de Bari.

Nada más entrar por la puerta, me llevó en volandas a su dormitorio y no hemos salido de él, a pesar de que ya hace varias horas que amaneció.

No recuerdo una noche más épica que esta.

Hemos follado tanto, y ha sido tan intenso, que los recuerdos del tiempo que hemos pasado separados empiezan a emborronarse en mi cabeza. Y me alegro de que sea así. No quiero sentir de nuevo esa tristeza incapacitante ni volver a separarme de él. Mi lugar está a su lado. En su cama. En su casa. En su vida. Me da igual lo que pueda pensar la gente o nuestra familia. Lo importante es que nos queremos y deseamos estar juntos. Todo lo demás es secundario.

—Vamos, *tentazione*, sé buena chica y córrete para mí —susurra entre mis piernas justo antes de zambullirse de nuevo contra mis pliegues y devorarme el coño como un salvaje.

Levanto las caderas a modo de respuesta y enredo los dedos en su pelo, animándolo a seguir lamiéndome de esta forma. Su lengua recorre de arriba abajo mi vagina y se detiene en el pequeño botón donde el placer me hace gemir desesperada.

El orgasmo me sorprende con una fuerza descomunal, haciéndome subir hasta las nubes mientras su boca sigue, sigue y sigue. Adriano no se detiene hasta que mi cuerpo termina desmadejado sobre las sábanas, con él todavía desnudo entre mis piernas.

Intento recuperar la respiración. Como sigamos follando de esta forma, mi corazón dejará de latir. No pueden ser sanos tantos sobresaltos; cada vez que él me toca, se vuelve loco latiendo contra mi caja torácica.

Con los ojos todavía cerrados, lo noto ascender por mis piernas y dejarse caer a mi lado en la cama. Pero antes de apoyar la cabeza en la almohada, me lame los pezones, logrando que vuelva a contener el aliento.

—Ya sé lo que te propones —susurro haciendo un gran esfuerzo para que las palabras salgan de mis labios—. Quieres castigarme a base de polvos por haberme ido de Bari.

La risa de Adriano me hace cosquillas en el oído.

—Has acertado. —Me rodea por la cintura para pegarme a él—. Vas a pagar muy caro el haberme abandonado.

—Si pretendes continuar con tu plan malvado mucho tiempo, más te vale traerme algo para comer. —Abro los ojos lentamente y descubro su rostro varonil y sexi muy cerca del mío—. Llevo sin probar bocado prácticamente un día.

—¿Qué quieres que te prepare?

—Mmm… —Sonrío entre dientes—. Me da igual. Cualquier cosa. Ahora mismo, me comería un ñu.

—Ñus no me quedan en la nevera. ¿Te conformarías con unas tostadas?

—Solo si me permites verte cocinar desnudo.

Adriano me muerde el cuello, dejándome la marca de sus dientes en la suave carne mientras aprieta contra mi costado su polla semierecta para que la sienta.

—De eso nada, nena. Tú no te mueves de mi cama. Yo te traeré la comida.

—¿También me vas a dar de comer? Porque con la mano derecha esposada, me va a ser difícil coger un tenedor.

—Podría hacerlo.

—O podrías soltarme.

—No —sentencia sin pensarlo dos veces.

—¿Crees que quiero escaparme?

—No te voy a dar esa opción, así que…

—Lo que te dije ayer es cierto. No voy a irme a ningún lado, ¿vale? Quiero estar contigo. Te quiero.

La sonrisa de sus labios se torna más amplia y se lanza a mi boca para darme un beso sensual e incitante que me encanta. Después enreda la mano en mi pelo y me obliga a mirarlo a los ojos:

—Ya sé que me quieres, Giulia. Pero eso no te detuvo para marcharte la otra vez.

—Estabas prometido con otra. Era muy doloroso.

—Lo siento, nena, nunca fue mi intención hacerte daño —susurra contra mis labios.

—Ya lo sé.

—Si te sirve de consuelo, no lo pasé mejor que tú.

Lo miro con ojos doloridos cuando recuerdo en qué estado lo encontré anoche en el muelle. Estaba medio ido, ese no era mi Adriano.

—Cuando Stella vino a casa y me contó lo que estabas haciéndote, tuve mucho miedo. Podría haberte sucedido algo horrible. No quiero que vuelvas a tomar nada.

—Las drogas me ayudaban a adormecerme. Eran un inhibidor para las emociones. —Me agarra la barbilla—. Pero no las necesito, ¿de acuerdo? A quien necesito es a ti. Tú eres mi droga. La más dura y adictiva que he probado jamás. Lo supe desde el primer día en que te vi. Supe que estaba perdido y que ya no había marcha atrás.

—Prométemelo.

—Prometido. Y ahora, prométeme tú que no volverás a intentar alejarte de mí. Nunca. Jamás.

—Lo prometo. —Al ver que relaja la expresión, junto nuestras frentes y lo beso con sensualidad—. ¿Te han dicho alguna vez que eres un controlador y un celoso enfermizo, señor mafioso?

—Solo cuido lo que amo, Giulia.

—¿Sigue en pie eso de comprar una casa en Roma?

—¿Para qué? Acabas de decir que no te vas a ir de mi lado.

—La semana pasada me llamaron para incorporarme en septiembre de suplente en un colegio.

—Pues rechaza el puesto.

—No puedo, lo acepté.

—Da igual, vuelve a llamar y diles que lo has reconsiderado. Ya sabes lo que pienso sobre eso de que mi mujer trabaje.

—Y tú también sabes lo que pienso de no trabajar. Me gusta lo que hago. En esto no voy a dejarte ganar.

—Está bien —bufa con los ojos en blanco y se queda en silencio unos segundos, pensativo—: Te conseguiré un puesto de profesora en Bari.

—¿Ahora también tienes contactos en el Gobierno?

—Claro, ¿por quién me tomas? —responde con gesto burlón—. Marino tiene cogidos por los huevos a varios ministros. Le deben un par de favores y, si él no lo hace, me los cobraré yo.

—Eres el rey de las ilegalidades, ¿eh?

—Lo que sea por mi reina.

La comisura de los labios se me curva poco a poco en una sonrisa encantada.

—Tu reina tiene un par de condiciones para quedarse en la ciudad del rey.

—Dilas.

—No quiero perder el contacto con mis tíos maternos, ni con Siena.

—Iremos a verlos cada semana. Y puedo comprar una casa aquí para cuando vengan de visita.

—Tampoco quiero tener a ningún gorila siguiéndome cada vez que salga a pasear.

—Es por tu seguridad, Giulia.

—No estoy acostumbrada a que me sigan.

—En esto soy yo quien no puede dejarte ganar. Ser una Barone conlleva riesgos.

—Soy una Fabbri.

—Eres mi mujer y la hija de Riccardo Barone. Irás acompañada por un escolta cuando salgas de casa sin mí.

Aparto la mirada, nada conforme con la decisión de Adriano; no obstante, no puedo enfadarme con él. Aunque me joda admitirlo, tiene razón. Tengo una familia mafiosa y eso conlleva sus peligros.

—Vale, acepto la escolta, pero quiero que guarden distancia.

—Concedido.

—Y una última cosa más.

—¿Qué?

—Quítame las esposas, Adriano. Si de verdad queremos que esto funcione, tendrás que confiar en mí. —Doy un suave tirón y la cadena de metal resuena contra una de las barras del cabecero—. Voy a quedarme contigo, para siempre, porque te amo. Porque ya no imagino la vida sin que tú estés a mi lado.

◆ ◆ ◆

Salimos del dormitorio una hora más tarde, después de hacerlo como animales una vez más.

No puedo dejar de sonreír ni de tocarlo. Sé que debo tener una cara de recién follada impresionante. Todo en mi cuerpo es un recordatorio de que pertenezco a este hombre. Tengo marcas moradas en el cuello, en los senos. Sus dientes tatuados en el hombro.

Caminamos jugueteando por el pasillo que lleva a la cocina, descalzos y medio desnudos. Él con el torso al aire y unos pantalones de algodón sin abotonar, y yo con una camiseta suya que me queda gigante y el cabello enmarañado.

Me da igual. Soy feliz. Con él sería feliz donde fuera, incluso bajo un puente en ruinas.

Cuando apenas nos faltan unos pasos para llegar a nuestro destino, Adriano enreda las manos en mi cintura y me levanta en peso, haciéndome gritar por la sorpresa. Me agarro a su cuello y nos comemos la boca durante el resto del trayecto, que lo hacemos dando bandazos de un lado a otro. Besándonos contra las paredes, tocándonos como si no acabásemos de echar un polvo apoteósico. Como si no llevásemos toda la noche haciéndolo.

Me acaricia con una increíble intensidad. Mete las manos bajo la camiseta y me toca los senos al tiempo que enredo una pierna alrededor de sus caderas, rozándome contra él. Sin embargo, de repente, escuchamos un carraspeo a nuestra espalda.

Adriano y yo giramos la cabeza hacia el inesperado sonido y se me corta la respiración cuando descubro a mi padre, a mi tío Ettore y a Raffaella frente a nosotros.

Noto que él se pone rígido contra mi cuerpo y que se coloca delante para que no me vean, aunque no vaya desnuda. Le ha cambiado la cara. Ya no es el chico relajado y divertido de hace un momento; ahora es Adriano Barone, el temido ejecutor de la familia.

—¿Quién coño os ha dejado entrar en mi casa sin mi permiso? —truena, encarando a nuestros padres con gesto hostil. Apoyo una mano en su hombro para tranquilizarlo.

—¿Qué permiso, joder? —salta mi padre, tan recto como siempre, sin demostrar ni una pizca de arrepentimiento—. A mí nadie me impide entrar en ningún sitio.

—¡Esta es mi puta casa, hostia!

—¡Y esa que está contigo es mi hija!

—¡Papá, basta! —me inmiscuyo, cansada de su sobreprotección—. Soy lo bastante mayorcita como para saber qué hago y con quién.

—Esa no es la cuestión, Giulia.

—Estáis haciendo las cosas mal —concluye mi tío Ettore, apoyando a mi padre.

—¿En serio? —Adriano sonríe hostil—. ¿Y qué sugerís? ¿Qué dices, mamá? Has venido con ellos, así que debes de apoyar su decisión de entrometerse en nuestras vidas.

—Drio, cariño, en esta ocasión estoy con tu padre y con Riccardo.

—Fuera de mi casa.

—No. —Mi padre se planta delante de nosotros y se cruza de brazos, mirándonos con mucha seriedad. Sin embargo, a quien se dirige es a él—. Adriano, siempre te consideré un hombre de honor, y me has decepcionado.

—¿Te he decepcionado por enamorarme de ella? —resopla.

—Puedo entender esa parte. Lo que no entiendo ni voy a consentir es que mi hija esté viviendo en la casa de un hombre que no es su marido. Giulia es una mujer decente, no una cualquiera.

Adriano se queda en silencio tras la réplica, pero la que contesta esta vez soy yo:

—Estamos juntos, papá, no hay nada de malo en eso.

—¡Si duermes con él, te casas con él!

—Joder, ¿puedes dejar que vayamos a nuestro ritmo, maldita sea?

—En la familia no funcionan las cosas de ese modo, hija. Y no consentiré que nadie cuchichee sobre ti por estar viviendo con un hombre.

—¿Quién va a cuchichear?

—¡Nuestros putos aliados! ¡Ambos sois Barone!

—¡Esto es ridículo! ¡Estamos en el maldito siglo XXI!

—Me casaré con ella —suelta Adriano de repente.

—¿Qué? —Se me abren los ojos como platos.

—Nos casaremos, Giulia. Tu padre tiene razón.

—¿Ahora tiene razón?

—Tú ya eres mi mujer, has sido mi mujer desde que te conozco. Así que lo formalizaremos.

—Adriano, ¿estás hablando en serio?

—Sí, *tentazione*. —Entrelaza nuestras manos y una suave sonrisa aparece en sus labios—. Nos queremos y queremos estar juntos, ¿por qué esperar?

—Porque debería ser decisión nuestra y de nadie más.

—¿Es que no te gustaría? —Me acaricia la mejilla, logrando que las piernas me tiemblen sin remedio.

—Claro que sí. Pero ¿no es un poco precipitado?

—Me habría casado contigo en la jodida Galería Umberto, cuando te descubrí en medio del gentío. Cuando te acompañé a tu hotel esa misma noche después de buscarte en esa discoteca. O cuando te visité por primera vez en Roma. Me casaría contigo cada vez que me sonríes. Cuando te enfadas. Siempre que me miras con esos ojazos marrones.

—Eso son muchas bodas. —La emoción aletea en mi pecho.

—Muchas bodas y todas perfectas, porque serían contigo, nena. Porque cuando pienso en el futuro, solo hay una persona con la que quiero recorrer el camino. —Junta nuestras frentes y suspira contra mis labios—. Giulia, ¿tan malo sería darle la razón a tu padre por esta vez y hacer las cosas como las haría un Barone?

EPÍLOGO II

Siete meses después

Adriano

Cuando llego a nuestra sala privada en el casino, Stella, Ginevra y Dante ya están aquí. Sentados en los sofás tomando una copa, como de costumbre.

Llevamos casi un mes sin vernos, pues el negocio y nuestras respectivas vidas nos mantienen bastante más ocupados que de costumbre. Es lo que tiene pertenecer a las familias que conforman la Sacra Corona Unita. Siempre hay que estar al pie del cañón, aunque eso signifique sacrificar la diversión.

Tomo asiento en el hueco libre que hay junto a Ginevra, quien me muestra el dedo corazón a modo de saludo mientras vacía el contenido de su vaso de un trago.

—Que te jodan, Farnese —respondo mientras una suave sonrisa aparece en mis labios.

—El último que me jodió amaneció con un cuchillo atravesándole el cuello.

—Eres como una viuda negra.

—Eso es porque no has encontrado al indicado, nena —salta Dante mientras se hace una raya sobre la mesa—. Si me dejaras follarte, sonreirías más.

—Prefiero comer cristales, gilipollas —responde ella, echando el cuerpo atrás con chulería—. Métete esa raya y déjame en paz.

—Como quieras, preciosa. —Le guiña un ojo—. Pero, cuando esta noche me folle el culo de algún tío bueno y me olvide de ti, no llores mucho.

—Cualquier día vas a pillar algo, Marino. Te tiras a todo lo que se mueve —salta Stella, poniendo los ojos en blanco.

—No tengas envidia, Valenti. Hay Dante Marino para todas.

—No, gracias.

Dante enrolla un billete en forma de tubo y se tapa un agujero de la nariz para esnifar la raya de coca. Después echa la cabeza hacia atrás y sonríe al notar el subidón.

—Algún día me buscaréis y seré yo quien os mande a tomar por culo.

Su respuesta me hace reír.

—Marino, ¿a quién quieres engañar?

—A nadie. —Se ríe también—. Soy incapaz de decirle que no a una mujer.

—Ni a ningún hombre —se carcajea Ginevra.

Por el rabillo del ojo veo que Dante me lanza algo y lo cojo al vuelo. Es una bolsita de cocaína.

—¿Quieres?

—No, paso. —Se la vuelvo a lanzar—. Esa mierda para ti.

—¿Es que no te deja tu mujer?

—Que te follen, Dante. —Pongo los ojos en blanco.

Ginevra me mira con la comisura de los labios curvada y me señala con el dedo índice.

—Desde que te casaste, te has convertido en un señor recto y respetable, Barone. ¿Quién te ha visto y quién te ve?

—La felicidad —respondo, encogiéndome de hombros, sin dejar de sonreír.

—¿Y dónde te has dejado a Giulia? Sois tan dependientes el uno del otro que ya no sabéis cómo existir por separado.

—Viene enseguida. Estaba hablando con su padre en la puerta del casino.

—¿Cómo lo lleva Riccardo? —continúa Stella—. Al principio no se tomó muy bien que su sobrino y su hija estuvieran juntos.

—Las aguas se han calmado. Pero, aunque no lo hubiesen hecho, me la suda. Nadie me separará de mi mujer. Ni siquiera su padre. Riccardo es mi tío y le soy leal en el negocio. Pero su hija es mía y no hay discusión.

Farnese abre la boca para responder; sin embargo, no tiene ocasión, pues la puerta del reservado se abre y por ella aparece la preciosa personita de la que estamos hablando. Giulia nos sonríe desde la entrada y cierra de nuevo tras entrar.

Se quita la chaqueta y la cuelga en el perchero; después camina hacia nosotros. Me quedo mirándola fijamente, sintiendo que mi corazón vuelve a acelerarse y mi polla se agita dentro de los pantalones. No puedo remediarlo, mi cuerpo se vuelve loco por mi esposa; parece darle igual que solo nos hayamos separado diez minutos, ya estoy deseando llevármela de aquí y tenerla para mí solo.

La puta obsesión que tengo con ella no tiene límites. Ni siquiera en el día de nuestra boda, pues me la llevé de la fiesta una hora después de que el sacerdote nos convirtiese en marido y mujer.

—Cuánto tiempo sin verte, Giulia, ¿cómo estás? —la saluda Stella, que se levanta para darle un beso en la mejilla.

—Liada, la verdad —responde con simpatía después de saludar también a Ginevra y Dante—. Entre las clases y la familia, voy siempre hasta arriba.

—Pues a mí me da en la nariz que quien te roba la mayor parte del tiempo es tu maridín —comenta Ginevra con burla.

—Puedes estar segura —asiento con chulería al tiempo que rodeo a mi esposa por la cintura y hago que se siente sobre mi regazo—. Aún no sé cómo sigo permitiendo que vaya a ese puto colegio a trabajar, cuando debería estar en nuestra cama cada maldito minuto.

—Eres un cromañón, señor mafioso —responde ella sin poder aguantar la sonrisa. Después me besa y gruño enredando los brazos alrededor de su cintura, profundizándolo, devorándola con ansias.

—Joder, estos dos siempre están igual —resopla Ginevra, encendiéndose un nuevo cigarro—. Son tan monos y achuchables que dan ganas de vomitar.

—Lo que me extraña es que Adriano no la haya preñado ya —salta Dante, mirándonos con una sonrisilla pícara en los labios—. No le quita las manos de encima.

Giulia se echa a reír y me mira mordiéndose el labio inferior, porque, aunque lo intuyan, nadie sabe todavía que es cierto. Sin

embargo, Marino ha dado en el clavo.

Mi *tentazione* está embarazada de dos meses y medio, pero aún no se siente segura para dar la noticia. Prefiere esperar un poco más. Y a mí me parece de puta madre. Que les follen. Esto es algo nuestro y vamos a disfrutarlo hasta que ella quiera compartirlo con el resto.

—Bueno, yo tengo que largarme ya —dice Stella, poniéndose en pie.

—¿Adónde vas, Valenti? No hace ni media hora que llegaste —pregunta Dante con el ceño fruncido.

—Agradéceselo a mi jodido padre —resopla—. Se ha empeñado en que no puedo estar soltera mucho tiempo más. Dice que me voy a hacer vieja sin darle nietos.

—¿Te ha buscado un nuevo prometido?

—Aún peor: va a entregarme al mejor postor. Como si fuera un puto caballo. Me siento expuesta.

—¿Y por qué no lo mandas a la mierda? —la interroga Ginevra con un bufido—. Tienes treinta putos años. No eres ninguna cría.

—Si fuera tan fácil, ya lo habría hecho. No se puede razonar con mi padre. El gran Antonio Valenti está acostumbrado a que todo el mundo haga lo que le sale de las pelotas. —Luego me señala—. A Adriano todavía no le ha perdonado que rompiese el compromiso. Y, conociéndolo, no lo olvidará nunca.

—¿Y por qué no te escapas? Ven a nuestra casa —le ofrece Ginevra—. Mi madre nunca permitiría que alguien obligase a sus hijas a casarse. De hecho, ella nos anima a que no lo hagamos nunca. —Se ríe—. Ven con nosotras, te apoyará. Serás una más de nuestro matriarcado.

—Eso significaría enemistar a nuestras familias, Farnese. No puedo hacerlo.

—Entonces ¿vas a ceder? —se interesa Giulia con el rostro contraído por la pena—. ¿Te casarás con el hombre que elija tu padre?

—Ojalá pudiese decirte que no, pero es mi deber. Las mujeres de la mafia solo somos una maldita moneda de cambio.

Ginevra se despide de nosotros poco después de que Stella se marche a la *masseria* Valenti, y Marino recibe una llamada de su hermano para que se reúna con él en uno de los locales de Bari que extorsionan. Así que en la sala solo nos quedamos Giulia y yo.

A pesar de que ahora ya hay sitio de sobra, sigue sentada sobre mi regazo, abrazada a mi cuello y con la mirada perdida en la pared del frente. Lleva muy callada desde hace un buen rato y su silencio no me gusta.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo que… Dios, no quiero ni imaginar cómo debe de sentirse Stella.

—Es una mujer fuerte. Estará bien. Su padre escogerá a un buen hombre. Antonio quiere a su hija y no dejará que cualquiera se case con ella.

—Es que me parece tan injusto… —Fija sus ojos en los míos—. Me apena que nunca pueda ser feliz junto al hombre con el que tendrá que compartir su vida.

—El negocio es así, Giulia.

—Pero es que nos veo a nosotros… Soy tan feliz contigo, con el hombre que yo elegí, que no me cabe en la cabeza que ella nunca vaya a sentir tal plenitud.

—Eh, no te mortifiques por eso. —Acuno sus mejillas y acerco su rostro al mío antes de susurrar—: Nosotros somos la excepción, *tentazione*. Nadie suele nadar contra corriente.

—Tú lo hiciste. Rompiste el compromiso a pesar de que todo estaba en nuestra contra.

—Y volvería a hacerlo mil y una veces, Giulia. Por ti me enfrentaría a todo el jodido mundo si fuera necesario. Pasaría de nuevo por la pena, por el dolor, porque sé que tú estarías al final del camino, esperándome. Porque desde que te tengo a mi lado soy infinitamente feliz.

—Te amo tanto, Adriano Barone.

La beso con una intensidad que nos incendia. Que nos hace jadear de puro gozo. Esta mujer es mi perdición, mi tentación, mi mundo entero.

—Tengo tanta jodida suerte de tenerte —digo contra sus labios—. Te amo, nena. Eres mi todo. Lo más dulce y bonito que jamás han visto mis ojos. Mía para siempre. Mi mujer. Mi compañera. ¡Vas a darme un bebé, joder! ¿Puedes imaginarte lo pleno y feliz que me siento contigo?

—Me lo imagino porque tú me haces sentir igual.

—Estoy deseando poder gritar a los cuatro vientos que vamos a tener un hijo. Quiero que todo el maldito Bari lo sepa. Que se mueran de envidia por nuestra felicidad.

Los ojos de Giulia se humedecen por la emoción.

—Podemos… podemos decírselo esta tarde a la familia, si quieres.

—¿En serio? —La sonrisa de mis labios se vuelve enorme por la sorpresa—. Pensaba que todavía no te apetecía contárselo a nadie.

—Estoy preparada. —Asiente sin ningún atisbo de duda en su rostro—. Deben saber que en pocos meses nacerá una personita fruto de nuestro amor a la que amaremos con toda el alma. El primer nieto.

—Un nuevo Barone.

—Nuestra propia familia. —Sonríe con la ilusión reflejada en sus preciosas pupilas—. Te quiero con todo mi corazón, Adriano. Contigo tengo todo lo que siempre soñé, y estoy deseando descubrir juntos las sorpresas que la vida nos tiene preparadas.

FIN